Lord Kit Aston - Libro Cuatro

El Fantasma

AUTOR

JACK MURRAY

EL FANTASMA

Lord Kit Aston No 4

Jack Murray

Los Misterios de Kit Aston

Una tarjeta de Navidad envenenada

Los asesinatos del tablero de ajedrez

El caso del diplomático francés

El fantasma

El halcón de San Francisco (próximamente)

INDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epilogo – Un Año Después

Nota del Autor

Sobre el autor

Agradecimientos

A continuación, encontrará un avance de la quinta novela de Kit Aston: El Halcón de San Francisco

Prólogo

Capítulo 1

Copyright © Edición original 2018 por Jack Murray
Copyright © Edición en español 2023

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar permiso, escriba al editor, a la dirección «Attention: Permissions Coordinator», a la siguiente dirección de correo:

Jackmurray99@hotmail.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos, locales e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Pie de imprenta: Publicación independiente

Prólogo

9 de febrero de 1920: Londres

El policía deambulaba por la calle con paso pausado de un hombre que no tenía ningún lugar concreto al que ir ni ningún motivo para apresurarse. El único ruido que oía era el de su propia respiración. Estaba oscuro como la boca del lobo. Las estrellas estaban ocultas tras una espesa nube negra. La luz la proporcionaban las farolas que surgían de la acera cada treinta metros. El policía se enorgullecía de que todas las farolas funcionaran perfectamente. Ninguna había sido objeto de vandalismo. Por supuesto, no se trataba de una zona propicia para tales actos, a no ser que algún joven «noble», ayudado e instigado por una buena dosis de ginebra, no hubiera podido resistir la tentación primigenia de poner a prueba la fuerza y precisión de su puntería.

Estos incidentes eran raros, aunque no carecían de precedentes. También eran, paradójicamente, tanto un bienvenido descanso de la monotonía de patrullar una zona tan rica como una oportunidad de complementar su calamitosamente bajo salario tratando a estos jóvenes delincuentes con una indulgencia provechosa. El hecho de que pudiera estar transgrediendo en espíritu la ley que había jurado defender nunca nubló su conciencia.

Pasarían otro par de horas antes de que saliera el sol y pudiera irse por fin a la cama. Le dolían los pies. Le dolía la espalda, y el frío había invadido sus huesos anidando durante el invierno. Tal vez podría arriesgarse a pasar un ratito a casa de la señorita Diana antes de volver a casa. Allí siempre había acogida para un hombre.

Esta noche, el policía estaba mucho más cerca de la escena de un crimen grave de lo que su carrera le había bendecido hasta entonces. Desde el interior de la gran mansión, el policía estaba siendo observado. El ladrón observó cómo el agente se acercaba y se alejaba de la casa hasta que fue como una silueta lejana en un cuadro de Atkinson Grimshaw. El ladrón reanudó la búsqueda utilizando una pequeña luz de escritorio.

Las paredes estaban cubiertas de la extraordinaria colección de arte del propietario de la mansión. El ladrón examinó cada uno de los caros cuadros de la pared, no por su belleza ni por el nombre del artista, sino por lo que pudieran esconder.

Un Renoir bastante abofeteado resultó ser el elegido. El asaltante miró el cuadro con una incredulidad casi total. Las pinceladas parecían perezosas, el dibujo inexistente y la cara de la modelo delataba

aburrimiento o la infeliz constatación de que su estado de desnudez provocaría que el viejo artista buscara una conclusión amorosa a su sesión de trabajo. Lo más probable es que la modelo sospechara que el artista acabaría dándole un aspecto feo. Si el objetivo era este último, pensó el ladrón, salude, Auguste Renoir. El cuadro se colocó con cuidado sobre la mesa mientras el ladrón miraba la caja fuerte previamente oculta.

Abriendo una pequeña bolsa negra, el ladrón sacó un instrumento mientras ofrecía un silencioso reconocimiento a René Laennec, el inventor del estetoscopio. Aunque una lectura más atenta de la historia de la auscultación habría dado al ladrón más posibilidades de reconocer la contribución del médico irlandés Arthur Leared, que desarrolló el primer estetoscopio biaural. El ladrón se colocó un auricular en cada oreja y empezó a girar lentamente el dial de la caja fuerte.

Al cabo de unos minutos, la caja se abrió de golpe. El asaltante metió la mano en el interior y sacó una bolsa de terciopelo negro. Una rápida comprobación del interior de la bolsa confirmó su contenido.

Momentos después, volvió a meter la bolsa en la caja fuerte y colocó el mediocre Renoir en su lugar sobre la pared. El hombre metió un objeto más en el interior. Era una pequeña tarjeta de visita. No había palabras, solo una imagen. Mostraba la silueta de un hombre con un sombrero de fieltro. La cara y el sombrero eran negros, salvo por dos ojos blancos que miraban con indisimulada mala intención.

Un rápido vistazo a la ventana mostró que el alguacil no estaba a la vista. El ladrón abrió la ventana y salió. Con cuidado, cerró la ventana y saltó desde el alféizar, por encima de la valla, hasta la acera, aterrizando como una primera bailarina en el escenario del Teatro de Covent Garden. En un abrir y cerrar de ojos, la silueta había desaparecido en el frío aire nocturno.

Capítulo 1

11 de febrero de 1920: Grosvenor Square, Londres

La noche se cuela en Grosvenor Square, en Londres, como un pillo que le roba la cartera a un rico - primero con sigilo y luego de golpe. La plaza estaba formada por grandes casas que rodeaban un gran jardín. Los más ricos del país elegían vivir en este lugar como un pez elegiría vivir en el mar. Era su hábitat natural y siempre lo había sido.

Las obras de Grosvenor Square comenzaron hacia 1721, poco después de que estallara la burbuja del Mar del Sur, que empobreció espectacularmente a sus numerosos inversores británicos. La plaza se tomó muy a pecho el refrán de que la casa de un inglés es su castillo e hizo un intento bastante decente de llevar este concepto a la realidad. Tal vez un efecto secundario involuntario, puesto de manifiesto en Grosvenor Square, fue la idea de que invertir en propiedades londinenses rara vez era una mala idea.

Esa noche, el joven Ezra Mullins estaba, como habría dicho su madre, muy angustiado. Iba vestido con una librea sólo ligeramente menos rígida que el cartón, luciendo un sombrero de copa que era una o posiblemente dos tallas más grandes que la suya. El espectáculo que ofrecía el estimable joven Mullins casi con toda seguridad habría provocado paroxismos de orgullo en su madre y de risa en su padre; tal es la naturaleza poco común de las mujeres y la inmadurez de los hombres.

Ezra había sido contratado recientemente como portero de un magnate industrial, uno de los pocos hombres de Inglaterra capaces de permitirse una mansión en uno de los lugares menos asequibles de Londres. Esta noche estaba presenciando y saludando un desfile de los individuos más ostentosos y poderosos, no solo de Gran Bretaña, sino de todo el mundo.

Un Rolls Royce Phantom atrajo su atención al acercarse a la magnífica mansión. El chófer, otro joven, salió por delante y abrió la puerta. Del coche salió la chica más guapa que Ezra había visto en toda la noche, si no nunca. El afortunado que la acompañaba, reconoció el joven, era también un caballero de buen ver. No pudo evitar fijarse en la cojera del hombre. No era difícil adivinar el motivo.

Mientras la pareja subía los escalones, la joven miró a Ezra. Sus intentos de disimular su admiración se vieron tristemente deshechos

por una boca que se había quedado abierta y una incapacidad para apartar la mirada de su rostro. Ella le devolvió la mirada; sus ojos azules se entrecerraron levemente y luego sonrió. Instantes después, se había alejado y se dirigía al vestíbulo de la mansión.

El vestíbulo estaba dominado por una enorme escalera de malaquita que conducía desde un suelo de mármol blanco y negro hasta el rellano del segundo piso, donde había un enorme retrato de Van Dyck de una mujer holandesa que contemplaba toda la escena con toda la paciencia, bonhomía y buen humor de una esposa que espera el regreso de su amo y señor de la taberna, o sea, con la cara furiosa.

La escalera estaba bordeada de lacayos que sonreían mientras la joven pareja subía hacia el salón. Dentro ya había una gran multitud de hombres con corbata blanca. Había relativamente pocas mujeres, observó el joven. La ceja levantada de su bella y joven compañera le dijo que ella estaba pensando lo mismo.

Mary Cavendish observó la sala durante unos instantes. Observó, sin darle demasiada importancia, que muchos de los hombres que se habían dado cuenta de su llegada también la estaban observando a ella. Miró al hombre que la acompañaba y dijo con una sonrisa: —Dos primeros ministros, un ex primer ministro y un par de ministros del gabinete. No está mal. Me lleva usted a los mejores sitios, lord Aston —añadió Mary con sorna.

Kit miró a Mary y le devolvió la sonrisa.

—Bueno, encerrado en el hospital todo este tiempo, pensé que era lo menos que podía hacer.

—Adelante, su señoría —ordenó Mary con dulzura. Más adelante vio a un hombre distinguido que se ausentaba de la compañía del primer ministro Lloyd George para hablar con un criado.

—Es bastante guapo para ser un hombre mayor —observó Mary.

Kit levantó una ceja y contestó: —Estoy de acuerdo contigo. Es nuestro anfitrión.

Mary pasó su brazo por el de Kit, miró al frente y dijo: —Preséntanos, por favor.

En frente, estaba lord Peter Wolf, copropietario de Lewis & Wolf, un gran conglomerado industrial. Estaban en el salón de la mansión de Wolf en Grosvenor Square. El salón parecía del tamaño de un pequeño condado. Encima había dos lámparas de cristal que competían infructuosamente por llamar la atención frente a los objetos de arte, entre los que se encontraban cuadros renacentistas en las paredes y un busto de Canova situado al final de la sala.

Kit y Mary se acercaron a Wolf. —¿Cómo es de acaudalado? —preguntó Mary señalando la pared donde estaba el Tiziano.

—Está claro que no está en la penuria —dijo Kit en voz baja.

Wolf se dio la vuelta justo cuando la pareja se acercaba a él. Era un hombre alto, de unos sesenta años, bronceado y con el pelo entre oscuro y plateado. Sus ojos azules esbozaron una sonrisa al ver a Kit con Mary.

—Lo siento, no los he visto llegar. Hemos prescindido de anunciar las llegadas.

—Me alegro —contestó Kit—. Parecería una reliquia del siglo pasado.

—Estoy de acuerdo. Después de lo de Flandes, yo tampoco lo veo apropiado —dijo Wolf. Dirigiéndose a Mary: —¿Es esta la extraordinaria Mary Cavendish?

—Yo no iría tan lejos, lord Wolf —dijo Mary modestamente.

—Yo sí. Su historia causó un gran revuelo en nuestra casa —respondió Wolf cogiendo la mano de Mary y estrechándola—. Lo que hizo al ir a cuidar a los hombres en el frente tuvo mucho mérito, así que puede contarme entre sus muchos devotos. Aunque si los rumores son ciertos, parece que tiene un admirador en particular.

Kit se rio y admitió que los rumores eran ciertos. Wolf los miró y su sonrisa se hizo más amplia. Formaban una hermosa pareja. Nobles sin superioridad, inteligentes sin presunción y accesibles sin ser demasiado familiares.

—Mi mujer y yo no tuvimos la suerte de tener hijos, pero, si me permite decirlo, me habría sentido inmensamente orgulloso si hubieran sido como usted, querida. Enhorabuena, Kit —y Wolf tomó la mano de Kit para estrecharla vigorosamente. La sinceridad de los sentimientos de Wolf era evidente.

—Gracias, señor, y gracias por la invitación a su... —buscó la palabra adecuada para expresar el hecho de que se encontraban entre muchos de los líderes europeos en vísperas de una importante conferencia de paz en Londres. Se decidió por «velada».

Esto hizo sonreír a Wolf, que dijo: —Me pareció apropiado que viniera, dada su escapada en París el año pasado.

Mary miró a Kit con orgullo: —Sí, ha sido algo reacio a contarme exactamente lo que hizo.

—Viene hacia nosotros un hombre que debería ser capaz de explicárnoslo —replicó Wolf.

—Lord Aston, señorita Cavendish —retumbó una voz lo suficientemente rica en timbre como para sugerir una larga y exitosa carrera en los escenarios. En realidad, no estaba tan lejos de la realidad, ya que el hombre estaba jugando un papel. El papel era tan ficticio como su interpretación.

Ambos se dieron la vuelta para ser recibidos por Percy Pendlebury, columnista de cotilleos y, a partir de su involuntaria participación el año pasado en *El caso del diplomático francés*, hombre misterioso de,

bueno, misterio. Wolf puso los ojos en blanco y escapó.

—Percy —dijo Kit estrechando la mano del periodista—, ¿cómo estás? Me alegra ver que estás totalmente recuperado.

—Oh, completamente, Kit, pero no hablemos de mí. Ahora, señorita Cavendish, no creo que nos conozcamos, pero yo sí conozco a la señorita Esther Cavendish —dijo Pendlebury, prestando toda su atención a Mary.

—Sí, leí el artículo que escribió sobre ella. Fue usted muy amable.

—Me hubiera encantado incluirla a usted también, querida. Mis lectores quedaron hechizados por mi serie sobre lo que gente como usted hacía durante la guerra.

Mary había sido enfermera en el frente bajo seudónimo durante el último año de la guerra.

—Lo siento. No quería hablar de mi estancia allí.

Por un momento a Mary le costó respirar. Imágenes infelices de las terribles heridas infligidas a los soldados a su cargo se agolparon ante sus ojos. Kit se dio cuenta de que Mary le apretaba la mano cada vez más. La miró a la cara y vio un cambio, casi imperceptible, pero claro. Volvió a enamorarse de ella por lo que le pareció la enésima vez aquel día.

Pendlebury, cuya intuición estaba tan afinada como la de Kit, también vio el cambio. Le cogió la mano y sonrió con simpatía.

—Discúlpeme, por favor. Comprendo perfectamente su deseo de no hablar de aquellos días tan desgarradores.

Y lo comprendió. Inusualmente para un periodista cuya carrera anterior había consistido principalmente en informar sobre cómo la gente rica era y actuaba como lo hace la gente rica, había viajado al frente para ver por sí mismo e informar sobre las vidas de los hombres y mujeres que servían.

—Pero ¿debo suponer que ustedes dos, jóvenes maravillosos, tienen alguna noticia que compartir conmigo y con todos mis lectores?

Mary se ruborizó ligeramente y miró a Kit, que le devolvió la mirada.

—Sí, Percy. Creo que sí.

—¿Es oficial?

—Lo será cuando lo anuncies —señaló Kit.

Pendlebury los felicitó efusivamente antes de señalar con la cabeza a dos hombres mayores que estaban en un rincón. —Bueno, Kit, tengo que darte las gracias por esta primicia, aunque creo que los dos estaremos de acuerdo en que me debías un favor. Ah, tendré que despedirme en este momento tan feliz. Acabo de ver a dos primeros ministros hablando entre ellos. Voy a ver si puedo oír lo que están diciendo.

Los dos primeros ministros en cuestión eran Lloyd George y

Francesco Nitti de Italia. Ambos iban a presidir la Conferencia de Londres al día siguiente.

Mary miró a Kit con suspicacia.

—Me pregunto qué habrá querido decir con eso. ¿Es otra de las cosas que has olvidado decirme, Kit?

—Me temo que es más bien un defecto de nuestro género que a veces omitamos detalles en nuestro deseo de evitar aburrir hasta la muerte al público.

—¿O —señaló Mary—, cuando dicho detalle puede no reflejarse bien en usted?

—Sobre todo eso.

Wolf regresó y, cogiendo el brazo de Mary, dijo: —Si me permite, Kit, me gustaría llevar a la mujer más bella de la sala a conocer a sus muchos admiradores.

—Eso puede tardar mucho tiempo —rio Kit soltando el brazo de Mary.

Al hacerlo, se dio cuenta de que un hombre se acercaba a su lado. Se dio la vuelta y se encontró frente a Gerald Geddes, un hombre con el que se había cruzado por última vez en París en la época de la Conferencia de Paz.

—Hola, Aston —dijo Geddes.

Kit asintió a Geddes: —Hola, Geddes. Intentó no parecer sorprendido de ver a un espía en la soirée. Pero, al pensarlo, tenía sentido. Había muchos políticos y hombres de negocios de alto nivel. No podían faltar las indiscreciones, y menos cuando había alcohol de por medio.

—¿Trabajando? —preguntó Kit amablemente.

—Sí. ¿Y tú?

—No, solo social. Estoy con mi prometida —respondió Kit.

—Enhorabuena —dijo Geddes antes de despedirse con un gesto de la cabeza. Coincidió con la llegada de un hombre al que Kit conocía bien.

—Supongo que hay que felicitarte —dijo el hombre, que era al menos tan alto como Kit.

—Sí, lord presidente —respondió Kit al ex primer ministro Arthur Balfour.

Balfour asintió y ambos hombres miraron a Mary con aprecio. Luego se volvió hacia Kit y dijo: —Conocí un poco a su abuela. También era muy guapa. Debes presentarnos más tarde. ¿Cómo estás? Has tenido unas semanas muy ocupadas, por lo que he oído.

Kit se rio. En las últimas semanas había resuelto el asesinato de lord Arthur Cavendish y había resuelto un crimen que implicaba varios asesinatos relacionados con una conspiración para asesinar al rey y a la reina consorte.

—Sí, he estado un poco ajetreado —convino Kit.

—Deduzco que conociste a mi sucesor, Curzon.

—En efecto —dijo Kit mirando a Balfour con una media sonrisa.

—En efecto —respondió Balfour en un tono igualmente neutro. Mirando al frente vio a Mary instalada con Lloyd George y Nitti.

—Puede que haya que rescatar a tu prometida. El galés y el italiano parecen estar cortejándola. Si se siente atraída por el poder, podrías tener problemas. Si, por el contrario, valora a los hombres de inclinación más filosófica, yo mismo podría lanzarme al ruedo. Ambos observaron cómo el primer ministro italiano rodeaba a Mary con un brazo protector antes de notar cómo su mano bajaba aún más.

—Normalmente diría que puede defenderse, pero quizá en esta ocasión esté en desventaja.

Los dos hombres se adelantaron para rescatar a Mary, que dirigió una mirada a sabiendas a Kit cuando llegó. Volviéndose momentáneamente hacia Lloyd George antes de mirar de nuevo a Kit, dijo: —El primer ministro me estaba contando cómo le salvaste la vida el año pasado en París. Debo decir que estoy deseando saber más sobre mi futuro marido, primer ministro. No me cuenta nada.

—Y la vida del rey este año —añadió Balfour—. Por cierto Mary, soy Arthur, ya que ninguno de estos caballeros parece tener prisa por presentarme.

—Lord presidente —dijo Mary sonriendo a Balfour—, soy admiradora suya desde hace muchos años.

—Y yo de usted desde hace varios minutos —respondió Balfour noblemente.

*

Hacia medianoche, los principales dignatarios se habían retirado a descansar. Wolf sugirió que se retiraran a la biblioteca para tomar una copa. La biblioteca, aunque no tan grande como el salón, era igual de impresionante. Las paredes estaban repletas de libros. Algunas paredes estaban ocupadas por cuadros de los impresionistas franceses, que cada año ganaban más popularidad y valor en Inglaterra.

La biblioteca estaba iluminada por una enorme araña de cristal que tenía, como Wolf demostró, varios interruptores de intensidad variable alrededor de la estancia. Mary había sido objeto de vigorosas exhibiciones de hombres perecidos a un gorila golpeándose el pecho, pero mucho menos impresionante. Todo ello divirtió a Kit y no dejó de entretener a Mary y a su nuevo amigo, Arthur Balfour.

Una vez desaparecidos los políticos, salvo el infatigable Balfour, la conversación se centró en la reciente oleada de robos en la ciudad. A algunos les trajo recuerdos del ladrón conocido como «El Fantasma».

—¿No vas a reclamar el crédito por arrestar a él también, Kit? —preguntó Balfour, enarcando una ceja.

Kit se rio —No, yo me iba a la guerra cuando capturaron al Fantasma. Conozco al tipo que lo capturó: El inspector jefe Jellicoe. Buen hombre.

—Debo decir que me sentí aliviado cuando lo atraparon —admitió Wolf. Al decir esto, se acercó a un cuadro de la pared y lo apartó a un lado. Detrás había una caja fuerte. Dado que estaba con hombres y mujeres de antecedentes intachables, Wolf se sintió completamente a gusto en lo que hacía.

Abrió la caja fuerte y extrajo una pequeña bolsa de terciopelo negro. De ella extrajo un collar de diamantes. Mary jadeó involuntariamente. No fue la única. Había más de una docena de diamantes de tamaño considerable en la cadena. Era precioso y, sin duda, valía una pequeña fortuna. Todos los presentes se acercaron para ver mejor el collar que Wolf había colocado sobre la mesa.

Justo cuando Wolf dio un paso atrás, las luces se apagaron dejando la estancia en completa oscuridad. Dos de las mujeres gritaron y un par de hombres profirieron gritos. Las luces volvieron a encenderse al cabo de unos instantes. Cuando todos miraron a la mesa, los diamantes habían desaparecido.

Wolf miró a todos los presentes y dijo —¿Es una broma? Si se me permiten decirlo, es de muy mal gusto.

Mary miró a Kit y le susurró: —Haz algo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Todos se volvieron hacia Kit.

Kit dijo, dudando de lo que se esperaba de él: —Quizá deberíamos cerrar las puertas. Detrás de él, los lacayos de la sala hicieron lo que se les había ordenado. Kit miró a Wolf. La estancia quedó en silencio mientras esperaban las siguientes palabras de Kit. Y entonces Mary habló.

—Bueno, está claro que están escondidos arriba. ¿Quién va a mirar?

Todos miraron hacia la araña.

—Bien pensado —dijo Balfour sonriendo.

Un joven se ofreció voluntario y le dejaron sitio para que se subiera a una silla y tanteara la araña con la mano extendida. Durante todo ese tiempo, Kit no apartó los ojos de Wolf.

—No encuentro nada —admitió el joven.

—Oh —dijo Mary, claramente decepcionada por el fracaso de su primera tentativa de detección. Sintió una mano reconfortante de Kit en el codo. Levantó la vista e hizo una mueca. Kit tenía una leve sonrisa. Mary frunció el ceño. Presintió lo que se avecinaba.

—¿Qué estás pensando, Kit? —preguntó Wolf.

—Un detective mejor y, francamente, más creíble que yo dijo una

vez que si puedes eliminar lo imposible, lo que quede, por improbable que sea, debe de ser la verdad.

—Vamos, Sherlock —dijo Mary, que hizo que tener una sonrisa y el ceño fruncido al mismo tiempo no solo fuera físicamente posible, sino también muy atractivo.

—Bien, teniendo eso en cuenta —dijo Kit avanzando hacia la caja fuerte y mirando en su interior, sugeriría que el collar está de nuevo en la caja fuerte donde lord Wolf lo colocó cuando se apagaron las luces.

La caja estaba vacía.

La cara de Wolf no mostraba ningún compromiso. Kit se volvió hacia la sala. Nadie se había movido, excepto para mirar a Kit o a la caja vacía.

—Como puede ver, la caja fuerte está vacía —dijo Kit. Atrajo la mirada de Arthur Balfour. El destello sugería que el ex primer ministro estaba disfrutando tanto como fascinado por la posible solución del misterio. Mary estaba a su lado. Su rostro mostraba cierto nerviosismo. Con la caja fuerte vacía, le preocupaba que él hiciera el ridículo. Kit también.

—Sin embargo, si hago esto —dijo Kit, presionando la base de la caja fuerte y extrayendo del compartimento inferior un collar de diamantes que levantó para que todos lo vieran—, los diamantes reaparecerán como por arte de magia.

Todo el mundo prorrumpió en un aplauso espontáneo, nadie más que lord Wolf, que reía encantado. Gritos de «bravo» llenaron el aire. Cuando la ovación se apagó, una voz rompió el silencio.

—Por supuesto, ahora tienes un problema —dijo Arthur Balfour.

—De hecho, eso mismo acabo de pensarlo —admitió Kit.

Wolf y el resto del grupo se volvieron hacia Balfour en busca de una explicación, y este se la dio.

—Bueno, Kit ha demostrado públicamente que tenía razón. Me temo que su encantadora prometida hará que Kit se pase la vida reflexionando sobre cómo decidió anteponer su incuestionable intelecto a una sabiduría que ha existido al menos desde que existe la humanidad.

—¿Y cuál es? —preguntó Mary con algo parecido al placer.

—Que las mujeres siempre tienen razón —terminó Kit, avergonzado.

Mary dio un paso adelante y besó suavemente a Kit en la mejilla. Esto provocó una segunda ronda de aplausos. Kit echó un vistazo y vio que Gerald Geddes lo miraba extrañado.

—¿Algún otro truco? —preguntó Geddes. Sonreía, pero parecía haber poco humor en su tono. Kit se distrajo al ver a lord Wolf que se le acercaba agarrando el collar de diamantes.

—No me gustaría estar en tu lugar cuando vuelvas a casa, Kit —dijo Wolf con una sonrisa. La sonrisa de Wolf se transformó en un instante en confusión. Se quedó mirando el collar de diamantes y luego volvió a mirar a Kit.

—¿Qué pasa, Peter? —preguntó Kit, mirando también el collar. Volvió a mirar el rostro ceniciento de lord Wolf.

—Es falso. El collar es falso.

Wolf se acercó inmediatamente a la caja fuerte. Puso la mano sobre la base, que se inclinó hacia abajo hasta el compartimento oculto que había encontrado Kit durante la broma.

Se volvió hacia el grupo. La incredulidad se reflejaba en su rostro. Kit cogió la bolsa de terciopelo negro y la volvió del revés. Al hacerlo, una pequeña tarjeta cayó sobre la mesa. Kit la levantó y se la mostró a lord Wolf.

La tarjeta mostraba la cara de un fantasma.

Capítulo 2

Se oyó un grito ahogado cuando Kit mostró la tarjeta a la asamblea. Wolf se sentó sorprendido. Una voz del fondo del grupo preguntó: —¿Pero ¿cómo? Está en la cárcel.

Kit miró al grupo. Todos eran personas de rango, ya fuera por herencia, patrocinio o riqueza. A Kit le resultaba inconcebible que alguno fuera un ladrón.

—Creo que lo mejor, Peter, es llamar inmediatamente a Scotland Yard. Necesitamos a Jellicoe. También creo que lo mejor es que sus invitados se retiren por esta noche. Probablemente se les pedirá que declaren mañana. Mi sensación es que el collar de diamantes fue robado antes de esta noche. Ningún ladrón en su sano juicio se arriesgaría con la seguridad que he visto esta noche.

Wolf miró a Kit y asintió agradecido. Kit se dio la vuelta para buscar a Mary, pero ella ya estaba en la puerta dando instrucciones a un lacayo para que llamara a la policía. De hecho, ya se había movido antes de que Kit se dirigiera al grupo, anticipándose claramente a la necesidad. Kit sintió un resplandor de orgullo cuando ella regresó.

—¿Policía? —preguntó Kit.

—Policía —respondió Mary.

—Yo que tú me acostumbraría, Kit. Siempre van un paso por delante de nosotros —señaló Balfour. Esto aligeró el ambiente de la sala e incluso pareció levantar el ánimo de lord Wolf.

—¿Le pediste al lacayo que insistiera con Jellicoe?

—Por supuesto —dijo Mary—, te escucho a veces, ya sabes.

—Disfrútalo mientras dure, Kit —añadió Balfour dirigiendo una mirada a sabiendas a Mary.

*

Media hora más tarde, los únicos que quedaban en la sala eran Kit, Mary y lord Wolf. Una doncella les trajo un poco de té mientras discutían lo que sucedería a continuación. Wolf ya había recuperado la compostura tras la conmoción inicial. Sin embargo, seguía perplejo ante la posibilidad de que un ladrón hubiera entrado en la casa, por no decir localizado y robado los diamantes.

—Por cierto, Kit, sabe que no tiene por qué quedarse —señaló Wolf.

—Me gustaría, Peter —contestó Kit antes de añadir—, además, conozco a Jellicoe.

—Entiendo, Kit, y gracias. ¿Y usted, Mary? —preguntó Wolf.

Kit miró a Mary con una ceja levantada.

—Me gustaría quedarme también, lord Wolf, si me lo permite. La alternativa es volver con la tía de Kit o quedarme con Kit y con usted. No es una elección tan difícil si lo piensa.

Wolf sonrió e inclinó la cabeza.

—¿Su tía, Kit? —preguntó Wolf volviéndose hacia Kit.

—Sí, Mary y su hermana se han mudado a casa de mi tía ahora que ha vuelto de la Riviera. ¿Tal vez la conozca, lady Agatha Frost?

La expresión de la cara de Wolf sugería una delicada mezcla de sorpresa, diversión y miedo, más bien como de encontrarse con una cría de tiburón y luego con su madre.

—Bueno —sonrió Wolf—, conozco a la dama en cuestión. Bastante formidable, si no recuerdo mal.

—Su memoria no le traiciona, señor —sonrió Mary—. Formidable es una forma de decirlo. Aterradora también habría servido. Por suerte, yo también tengo una tía que me dio un riguroso entrenamiento para tratar con tías: lady Emily Cavendish. Su encuentro de hace una semana fue realmente extraordinario.

Dos semanas antes:

Kit miró a las dos hermanas mientras se abrazaban en la estación de tren. Tan diferentes en temperamento y tan parecidas en belleza. La propia diferencia en su naturaleza, la vitalidad eléctrica de Mary y la serena armonía interior de Esther, le parecía a Kit, reforzaba su apego a un nivel atómico.

Harry Miller apareció en el andén para ayudar con las maletas.

—Hola, Harry —dijo Mary con cierta timidez. No le había visto desde que Kit había desenmascarado a Eric Strangerson como asesino y, al hacerlo, había salvado a Miller, que había sido el principal sospechoso gracias a los primeros intentos de Mary y Esther en el trabajo detectivesco.

Miller sonrió a Mary y le dijo: —Encantado de verla de nuevo, mi lady.

—Gracias, Harry —dijo Mary, luchando por controlar las lágrimas. Al ver a Harry, la invadió una oleada de culpabilidad al recordar el tiempo en que se lo había llevado la policía. Miró a Harry y le dijo: —Siento mucho lo que ha pasado. Espero que me perdones.

—No hay nada que perdonar. Me alegro de que ahora estemos en el mismo bando —dijo Harry guiñándole un ojo. Mary se rio y luego asintió en señal de gratitud al pequeño londinense.

—Gracias —susurró. Se dirigieron hacia el coche y pronto estuvieron de regreso al apartamento de Kit en Belgravia.

Para regocijo de Mary, o al menos eso parecía, allí estaban para recibirla su tía Emily y su primo Henry, que se había convertido en el

nuevo lord Cavendish tras la muerte de su abuelo Arthur en Navidad.

—Bueno, espero que hayas disfrutado tu viaje al norte —anunció lady Emily—. Escocia debe haberte hecho bien. De todos modos, no entiendo por qué no regresas a Cavendish Hall.

—Ya hemos hablado de esto, tía Emily —replicó Esther con severidad —. Quiero estar cerca de Richard y Mary.

—Bueno —respondió Emily con rigidez—, encuentro la situación claramente extraña. Tu apresurado compromiso con un hombre que acabas de conocer. Y luego irte a Londres para estar cerca de él. Este tipo de cosas se leen, por supuesto, en el periódico News of the World. Nunca pensé ni por un momento que mi propia sobrina se permitiría tal comportamiento.

—Ciertamente evoca una imagen interesante de ti leyendo The News of the World, mamá —dijo Henry, dando voz al pensamiento de todos en ese momento.

Emily se volvió hacia Henry, que sonreía. Al mismo tiempo se le pasaron por la cabeza varios pensamientos: horror por la burla de su hijo, conmoción por la naturaleza pública de la broma y, lo que era aún más sorprendente, orgullo. En las últimas semanas estaba empezando a ver cada vez más cosas en el carácter de Henry que había deseado ver durante muchos años. Cada vez aceptaba más que esto requiriera una oposición ocasional a sus deseos.

Poco a poco.

El humor se había convertido en una nueva arma en su arsenal. En eso se parecía cada vez más a su padre, Robert. Su comentario había provocado sonrisas en el grupo que la rodeaba que confirmaban dónde estaban sus simpatías. Como táctica militar por naturaleza, Emily se retiró de lo que era una posición débil a una en la que sentía que podía recuperar el terreno elevado.

—Bueno, eres joven y es tu vida, Esther, no me corresponde a mí socavar tus deseos a fuerza de consideraciones menores como la sabiduría y la experiencia.

Esto puso fin al conflicto inicial. Sin embargo, como Kit sabía perfectamente, el segundo era inminente. Kit pensó que era mejor preparar el terreno para el inmediato encuentro.

—Así que, Emily, mi tía viene de visita esta tarde. Puede que tenga una solución a nuestro problema.

—¿Tu tía? —dijeron Esther, Mary y Emily al unísono.

Kit sonrió, malhumorado, y dijo: —Sí.

—Y recuérdame el nombre de tu tía, lord Aston —preguntó Emily.

—Lady Agatha Frost —respondió Kit.

Esto provocó una reacción inesperada en Emily. Estalló en una carcajada incontrolable. Esther parecía desconcertada. Entonces Kit miró a Mary. Intentó sonreír. Un error, se dio cuenta después. Los ojos de Mary se

entrecerraron. Esto no era bueno. De hecho, eso era lo contrario de bueno.

Emily se sentó mientras intentaba recuperar el control de sí misma. De hecho, tardó más de lo esperado, ya que una mirada a Esther y Mary provocó una nueva recaída.

—¿Es tan malo como parece, Kit? —preguntó Mary en un tono peligrosamente lento y uniforme.

Una nueva carcajada de Emily convirtió en académica cualquier respuesta de Kit.

—Siempre puedes decir que no, Mary —se ofreció Kit. Aunque con bastante debilidad.

—Sabes, Kit, me has alegrado el día —dijo Emily recuperando por fin la compostura. Esto provocó otra mirada de Mary que hizo que Kit se retorciera por dentro. Afortunadamente Esther, la angelical y hermosa Esther, le ofreció una rama de olivo de esperanza.

—Estoy deseando conocer a tu tía, Kit. ¿Tiene una residencia en Londres?

—Sí, en Grosvenor Square.

*

Lord Wolf miró a Kit y a Mary con una sonrisa. El trasfondo relativo a Agatha era claramente visible, aunque percibía algo más que no podía adivinar. Si le hubieran presionado, lo habría descrito, insondablemente, como diversión por parte de Mary.

Un lacayo apareció en la sala para anunciar la llegada del inspector jefe Jellicoe. Momentos después James Jellicoe entró en la biblioteca de Wolf acompañado de un joven detective. La llegada de Jellicoe hizo que Wolf hiciera una doble toma, pues tal era el parecido del policía con el monarca reinante, George V. Su barba y su bigote eran un caso de estudio en diferentes periodos evolutivos. Su barba, salpicada de grandes manchas grises, parecía positivamente precámbrica en comparación con el bigote, más cenozoico, que, hasta el momento, parecía un desarrollo relativamente reciente. El efecto general era dar a Jellicoe un aspecto lúgubre que su personalidad, sobria por naturaleza, no contribuía a mitigar. Era un hombre serio que hacía un trabajo serio.

Si Wolf había hecho una doble toma ante el parecido real, fue igualada por la sorpresa de Jellicoe al ver a Kit de nuevo.

—Lord Aston —exclamó, incapaz de añadir mucho a su pensamiento inicial.

—Inspector jefe. No esperaba volver a verte tan pronto después de, digamos, nuestro último caso. Te presento a lord Wolf.

Lord Wolf se adelantó y estrechó las manos de Jellicoe y del joven oficial. —Siento que nos encontremos en estas circunstancias, inspector jefe. Mi joven amigo habla muy bien de sus capacidades.

Jellicoe miró a Kit: —Yo también tengo en muy alta estima su

capacidad, lord Wolf. Si me lo permite, este es el sargento Ryan —dijo Jellicoe dirigiéndose al joven agente que tenía al lado. Kit miró a Ryan, que era al menos tan alto como él, si no más. En opinión de Kit, Ryan tenía unos veinte años, estaba bien formado y era bastante guapo.

Una vez hechas las presentaciones, Jellicoe se percató de la presencia de Mary. Había permanecido sentada mientras llegaba la policía. Kit vio la dirección de la mirada de Jellicoe y sonrió. —Y esta, inspector jefe, es mi prometida, la señorita Mary Cavendish.

Jellicoe miró a Kit, que asintió.

—Señorita Cavendish, encantado de conocerla.

Se volvió hacia Ryan, que estaba claramente fascinado por la visión de Mary. —Hay trabajo que hacer.

Jellicoe hizo algunas preguntas para comprender lo que había ocurrido por la noche, dejando hablar de vez en cuando a Ryan. Para Kit estaba claro que Ryan tenía un futuro en la policía. Era relativamente joven para estar en la posición de apoyar a un hombre como Jellicoe. Sus pocas preguntas eran inquisitivas y las hacía con un acento londinense que sugería que no había llegado a su posición gracias a contactos o a un trato preferencial basado en la clase social.

Kit miró a Jellicoe. Parecía divertirse al ver cómo Kit evaluaba a su joven protegido. Kit sonrió e hizo un gesto de reconocimiento a Jellicoe para felicitarle por la elección de su ayudante.

Tras las preguntas iniciales de los dos policías, y presintiendo que Kit tendría una idea más clara de cómo comunicarse con Jellicoe, Wolf le pidió que le hiciera un resumen de los acontecimientos de la noche.

Wolf quedó impresionado por la lucidez de Kit, que relató concisamente todos los aspectos de la velada que podían interesar al inspector jefe. Quizá más impresionante que su memoria para los detalles era su observación de las anomalías. Observó varias ocasiones en las que el comportamiento de los criados, muchos de los cuales eran personal de la agencia contratado para la velada, resultaba extraño.

Cuando Kit terminó, Jellicoe le felicitó por la exhaustividad de su informe. Ryan había tomado varias páginas de notas. Entonces intervino Mary.

—Creo que lord Aston también quería mencionar otra cosa.

Kit se volvió hacia Mary, apenas capaz de disimular su sorpresa: —Por supuesto, qué tonto soy. Tal vez, Mary, tú deberías aclararlo.

Estaba claro que Kit no tenía ni idea de lo que se avecinaba, para diversión de Jellicoe y desconcierto de Ryan.

—La mancha roja en los diamantes falsos —dijo Mary.

Kit se acercó al collar y lo examinó detenidamente hasta que encontró la marca. Se la mostró a Wolf y Jellicoe.

—Bien visto, Mary —murmuró Kit.

—¿Alguna idea de lo que podría ser la marca, señorita Cavendish?

—No puedo estar segura, por supuesto —reconoció Mary—, pero yo diría que es una uña de mujer.

Capítulo 3

Kit y Mary caminaban por Grosvenor Square. Eran más de las tres de la madrugada. Ambos estaban cansados y deseaban volver al calor de la casa de Agatha. Sin embargo, había un brillo en los ojos de Mary que Kit sospechaba que se debía tanto a los acontecimientos de la noche como a la fuerza de su ardor. También cabía la posibilidad de que aquello significara problemas.

—Siempre que tengamos un minuto libre, o toda una vida, lord Aston, creo que necesitas contarme más de tu pasado.

—¿Sabes, Mary? —respondió Kit—, cuando me llamas lord Aston, me siento como si estuviera a punto de visitar al jefe de curso para ser castigado.

—Buena analogía y muy acertada —respondió Mary con una sonrisa.

—Me temo que pronto sentirás lo mismo cuando mi tía Agatha se dé cuenta de hasta qué hora has estado fuera —señaló Kit.

—Aún más apropiado —dijo Mary, al darse cuenta de que pronto amanecería. Pensó un momento antes de preguntar: —¿Crees que entrar por la ventana podría ayudarme a evitar que me capturen las patrullas armadas que hay fuera de mi dormitorio?

—¿En qué piso estás? —preguntó Kit.

—En el tercero.

—Mala suerte.

—Hablando de mala suerte creo que estarás en la línea de fuego tanto como yo. Quiero decir, llevar a una ingenua chica inocente, sola en el mundo, por el mal camino, de esta manera. Es poco caballeroso.

Kit se echó a reír. —Tú no eres ingenua, y en cuanto a lo inocente que eres, eso está por ver.

—Lamentablemente, eso puede ser cierto. Quizá deberías llevarme a un hotel. Mejor cometemos el crimen por el que estamos a punto de ser condenados.

Kit miró a la sonriente Mary y por un momento la idea acarició su mente. Mary no tuvo dificultad en leer su mente y se encogió de hombros: —Última oportunidad, lord Aston. Ya casi hemos llegado.

Llegaron a la puerta de la casa de tía Agatha. Con el corazón encogido, Kit sacó la llave de la puerta principal y la introdujo en la cerradura. Mary puso mala cara.

—Entraré contigo —dijo Kit—. No deberías enfrentarte a esto sola.

—¿De verdad crees que se levantará a estas horas?

Una mirada de Kit confirmó que su pregunta era tan innecesaria como ingenua. Mary sonrió. Mientras se preparaba para entrar por la puerta principal, cuyo destino sería determinado por la mujer que tenía la reputación aún más feroz que la gorgona, Mary recordó, una vez más, el primer encuentro entre ella, lady Agatha Frost y lady Emily. Un encuentro tan sísmico que hizo que el movimiento de las placas tectónicas bajo la tierra pareciera la pata de un gatito acariciando la nariz de su madre.

*

El golpe en la puerta había sido, cuando menos, contundente. Harry Miller bajó corriendo las escaleras al oír el golpe, cada vez más impaciente. Abrió la puerta y se encontró con una señora de unos setenta años, de aspecto imperioso, alrededor de metro y medio de estatura, de complexión robusta y con un sombrero que erase una vez podría haber sido una pajarera.

—Lady Agatha —exclamó Miller con una alegría que seguramente no sentía—. No se quede ahí parado, joven, déjeme entrar —fue la brusca respuesta.

—Por aquí, milady —dijo Miller.

—Conozco el camino, joven. Apártese de mi camino —dijo la tía Agatha, apartando a Miller con su paraguas de samurái antes de subir las escaleras como una infantería que se dirige a la batalla.

Miller observó a la diminuta medusa subir las escaleras con algo parecido al placer. Aquella iba a ser una contienda fascinante entre las dos damas. La relativa juventud de lady Emily contra el viejo elefante de guerra. Puede que lady Emily se hubiera labrado un historial de victorias contra rivales de menor rango en el país, pero hoy ponía a prueba su temple contra una leyenda invicta.

La tía Agatha irrumpió por las puertas de Kit como una tormenta que cobra fuerza. Primero se encontró cara a cara con lady Emily.

Silencio.

Un poco más de silencio sólo roto por el sonido de Sam, el jack russell de Kit, escapando de la estancia. Mary contempló la salida del escenario del pequeño terrier y luego desvió la mirada hacia Kit, que se limitó a enarcar una ceja y reprimir una sonrisa.

Esther se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Miró a Mary que, al parecer con sensatez, había tomado la precaución, prudentemente, de inhalar profundamente a medida que los pasos de la infame tía se hacían más fuertes.

—Supongo que tengo el placer de dirigirme a la señorita Cavendish.

Lady Emily asintió. Cualesquiera que fuesen sus defectos, y eran numerosos, no se dejaba intimidar fácilmente y respondió: —Tres señoritas Cavendish, de hecho.

Mary no se atrevió a mirar a Esther, de lo contrario el juego habría

terminado. Pero sintió una oleada de orgullo por la salva inicial de su tía. Antes de que tía Agatha pudiera responder, Emily aprovechó su temprana ventaja.

—Soy lady Emily Cavendish. Mi difunto marido era Robert Cavendish. Esther y Mary son hijas del difunto John Cavendish. Tal vez haya tenido el placer de conocer a su abuelo, el vizconde Cavendish.

Este temprano relato fue, como las niñas y Kit reconocieron después, brillantemente ejecutado por Emily. Hizo que la tía Agatha se pusiera firme desde el primer momento. La tía de Kit asintió a Emily reconociendo, quizás con algo parecido al placer, a una digna oponente. Los verdaderos campeones no buscan construir su carrera a base de derrotas. Por el contrario, su deseo es ponerse a prueba contra los mejores: desafiar, superar y, en última instancia, triunfar.

Henry entró en el salón justo cuando su madre había terminado. Todas las miradas se volvieron hacia él, lo que pareció divertirle.

—¿Me he perdido algo? —preguntó perezosamente, completamente ajeno a la tensión que crepitaba en la estancia.

Tía Agatha enarcó una ceja y se volvió hacia Emily en busca de una explicación.

—Mi hijo, Henry, lord Cavendish.

—Ya veo —respondió la tía Agatha—. Me alegro de conocerlos a todos. Me temo que nunca tuve el placer de conocer a vuestro abuelo. Mi difunto marido, Eustace, y él se conocían, según tengo entendido; hablaba muy bien de él, si no me falla la memoria.

Emily se encontró luchando contra una oleada de culpa. Los años perdidos. Cuánto lamentaba aquel tiempo. Un pesar que se hacía más doloroso al saber que Arthur también compartía ese pesar y que, evidentemente, se había esforzado por tender puentes en los días previos a su muerte. Para Esther y Mary, además, el recuerdo de su pérdida era casi insoportable. El recuerdo de Arthur Cavendish flotaba en el aire, disipando parte de la tensión provocada por la llegada de la tía de Kit.

Finalmente, tras unos instantes, Agatha se volvió hacia las dos jóvenes: —¿Y cuál de vosotras se casará con mi sobrino?

Mary se enjugó los ojos y respondió: —Yo me casaré con Kit.

La tía Agatha miró a Mary y luego se acercó a ella, ignorando a Kit que, al igual que Henry, lucía una sonrisa de relajada indulgencia. Las dos mujeres se miraron como dos pistoleros en una película del oeste de Hoot Gibson.

—Eres una joven muy guapa, lo reconozco —dijo la tía Agatha.

—Gracias.

La mirada de la tía Agatha se dirigió hacia el pelo de Mary, que llevaba elegantemente corto. No hizo ningún comentario, pero el silencio y el apenas perceptible levantamiento de una ceja fueron más elocuentes que cualquier arenga sobre la opinión de la anciana tía acerca del pelo corto.

Miró a Esther, cuya serenidad y belleza eran casi tangibles. Ambas chicas parecieron recibir su aprobación.

Tía Agatha se volvió bruscamente y miró a Emily: —Creo que tiene sentido que estas jóvenes se alojen en mi residencia de Grosvenor Square. Daré instrucciones a mi personal para que se prepare. Christopher —dijo Agatha, volviéndose hacia Kit—, por favor, haz que les envíen sus cosas inmediatamente. Buenos días.

Lady Emily observó con recelo cómo la tía Agatha salía regiamente del apartamento. Cuando recobró el sentido, el barco había zarpado. El caballo se había desbocado. Reinaba el silencio, salvo por el sonido del reloj sobre la repisa de la chimenea. Por fin, Kit decidió que había transcurrido un tiempo prudencial antes de romper el silencio, si no la calma.

—Así que esa era mi tía Agatha. Es muy simpática cuando la conoces.

Tres damas Cavendish se volvieron hacia Kit en ese momento con miradas que hicieron que un héroe de la Gran Guerra, el salvador de Kerensky y héroe de innumerables misiones peligrosas deseara derretirse contra la pared. Tal es el poder implícito que ejerce el lado femenino de la humanidad.

*

Kit dedicó unos segundos a introducir la llave en la cerradura. A su lado, Mary pataleaba para mantener la circulación contra el frío cortante.

—Date prisa, Kit, antes de que tu futura esposa se congele como un bloque de hielo.

Finalmente, Kit abrió la puerta. Entraron en un amplio vestíbulo, no menos impresionante que el de lord Wolf, con muchos cuadros de la escuela holandesa decorando las paredes y un caballero de brillante armadura en la base de la escalera, de pie junto al cual había una doncella joven con el ceño fruncido que habría helado el corazón de cualquier caballero andante a veinte pasos. Mary miró la cara de tía Agatha y luego se volvió hacia Kit y sonrió.

—¿Qué diablos significa este ultraje, joven? ¿No tienes ningún respeto por la reputación de esta joven?

—Al contrario, tía Agatha —dijo Kit con más indiferencia de la que Mary creía prudente—, para mí no hay nada más importante que el carácter intachable de Mary.

Tía Agatha parecía a punto de entrar en erupción como un volcán de los Mares del Sur. Su rostro enrojeció e inspiró profundamente para controlar la retahíla de improperios que estaba a punto de lanzar en dirección a Kit.

—Antes de que te enfades, tía Agatha —continuó Kit—, se ha cometido un crimen en casa de lord Wolf. Tenemos un caso.

—¿Un caso? —preguntó Agatha, con un cambio de tono bastante

notable. También su postura. Donde antes había estado tensa como un guerrero samurái a punto de atacar, se relajó y se inclinó hacia delante.

—Sí —dijo Kit, dirigiéndose hacia la puerta—, y dejaré que Mary se lo cuente todo. Hasta luego.

Kit le dio un beso en la mejilla a una Mary bastante aturdida y salió por la puerta principal.

Agatha miró expectante a Mary.

—Bueno —dijo Mary.

—No te quedes ahí parada, jovencita —respondió Agatha—, cuéntamelo todo.

Mary se acercó a Agatha. Sus ojos se entrecerraron ligeramente al mirar a la anciana. Era por lo menos cinco centímetros más alta que su anfitriona.

—¿Cocina?

—Cocina —aceptó Agatha—. Prepararé leche caliente.

Capítulo 4

11 de febrero de 1920: Londres

El joven se ciñó el abrigo con fuerza en un vano intento de evitar el frío. El aire de la noche parecía helarse en sus mejillas y la brisa le escocía en los ojos. Una gorra de tela le servía de escudo contra el aire helado que circulaba por su cabeza. Pero sus orejas sobresalían y soportaban todo el peso de la noche invernal.

Se apresuró a avanzar. Aún le quedaba un kilómetro y medio. El ruido aumentaba a medida que se acercaba al bar de la esquina. De su interior salían carcajadas y cantos aún más estridentes. Un anciano salió del bar dando tumbos, completamente borracho, y chocó con el joven.

—Fuera de mi camino —gruñó el borracho, empujando al joven.

El joven era varios centímetros más alto que el anciano y probablemente podría haber puesto fin a su noche allí mismo. En lugar de eso, le ignoró y siguió caminando cansinamente en dirección a su casa.

Cruzó la carretera y se metió por una calle lateral. Una joven venía en dirección contraria. Sus miradas se cruzaron momentáneamente y luego ella apartó la vista con un poco de temor. El joven siguió caminando, recriminándose por haber mirado a la mujer, por haberla asustado.

Su viaje le llevó por una serie de calles sinuosas, muchas de adoquines, por las que le resultaba difícil caminar. Calle tras calle de casas adosadas. Eran más de las ocho, pero las calles aún estaban relativamente concurridas. Los mendigos le hacían frente en cada esquina, a muchos les faltaban miembros, la vista, la mente. Mensajes garabateados a mano proclamaban una historia similar de porqué mendigaban. Una tierra digna de héroes pensó el joven. Se rio para sus adentros. El hogar estaba justo delante.

En frente, sin embargo, había un policía arrodillado junto a un habitante de la calle. El olor cerca del mendigo era espantoso. El joven reconoció el signo revelador de la gangrena. Siguió adelante. El hombre estaba muerto. No había nada que hacer. ¿Cuántas veces había pensado eso? ¿Cuántas veces había mantenido la mirada al frente? No había nada que hacer. Nada.

El joven tenía veintiocho años. Parecía mayor. Mucho más. Su cuerpo, su mente y su espíritu le dolían por el esfuerzo de sobrevivir

cada día. Esta batalla diaria no había terminado cuando le habían entregado su Z22, o sea, sus papeles de desmovilización. Se había alejado de las fuerzas armadas de Su Majestad voluntariamente. Muchos no podían.

Un ruido detrás. Se dio la vuelta. Un perro había volcado una papelera. Volvió a respirar. Ruidos fuertes. Odiaba los ruidos fuertes y agudos. Aceleró el paso hasta llegar a la puerta de su casa. La casa era como otras cien casas de la calle.

Dentro le recibió una mujer joven con un niño de un año en brazos. Otra niña, de unos cinco años, saltó de una silla y corrió hacia él.

—¡Papá, papá! —dijo encantada.

El hombre miró a su mujer. El niño parecía tranquilo, dormido. Entonces empezó la tos. Luego las bocanadas de aire. Luego la opresión en los pulmones. Una y otra vez. Parecía no acabar nunca. Las mejillas de la mujer se humedecieron de lágrimas. Sacudió la cabeza. Cogió al niño de los brazos de la madre. Luchó por evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos.

—Ahí, ahí Ben. No te preocupes, papá está aquí. —Besó suavemente a su esposa y se arrodilló para saludar a la niña.

—Alice, mi amor —dijo el padre mientras la niña le rodeaba el cuello con sus brazos—. Vigila al joven Ben. —La niña le quitó el gorro de tela de la cabeza y se lo puso en la suya. Era hermosa, dulce, divertida y triste al mismo tiempo. Como Charlie Chaplin pensó. Un día la llevaría al cine a verle. Algún día.

—Un poco grande para ti, mi amor —dijo sonriendo.

*

Una hora más tarde, el joven y la mujer miraron a sus hijos, dormidos en la cama. Parecían tan tranquilos. Él rodeó a su mujer con el brazo. Ella le miró.

—¿Cómo te ha ido hoy?

Una docena de imágenes pasaron por la mente del joven. Doce horas en la fábrica de barniz. Le ardían los pulmones y la garganta.

—Lo de siempre —respondió sin entusiasmo. Nunca le contaría toda la verdad. Le rompería el corazón. Bueno, se lo rompería aún más. Ya tenía bastante con lo que lidiar. Ella no sabía el odio que él sentía por su trabajo. Los jefes. Los líderes sindicales. El olor.

Oh cielos, el olor. Sabía que la fábrica le serviría. Donde el gas mostaza alemán había fallado, la fábrica seguramente tendría éxito. Miró a su mujer e intentó sonreír.

—Vamos, tengo hambre. Podría comerme un caballo.

Ella le miró a los ojos y supo que había dolor. Se puso de puntillas y le besó. Agradecida por su estoicismo, agradecida por su salario, agradecida por la vida que intentaba proporcionar a su familia. Era un buen hombre. Se sintió bendecida.

*

La joven lo observó devorar su cena. Su mano era un borrón al recoger la comida en el tenedor. Se había comido hasta el último trozo. Tragó el té de golpe y se sentó con cara de satisfacción.

—No solo eres guapa.

Se levantó, recogió el plato y lo acercó al fregadero. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes. El tema de su hijo, Ben, flotaba en el aire, como todas las noches.

Llamaron a la puerta.

El joven se levantó y fue a ver quién era. Se volvió hacia su mujer y le dijo con una sonrisa: —Espero que te quede algo de estofado.

Abrió la puerta. Otro joven con traje y sombrero de fieltro estaba fuera. Se quitó el sombrero y entró sin decir nada.

—Buenas noches, Sally —dijo el otro joven. Parecía una versión más joven y alta de su marido.

Sally se acercó y le dio un abrazo: —Hola, Ben. Si has venido a ver a tus sobrinos, están en la cama esta última hora.

—¿Puedo? —preguntó Ben.

—Vamos —dijo su hermano.

Ben se acercó a la puerta del dormitorio y miró dentro. El único sonido era el rumor de la respiración de uno de los niños. Avanzó en silencio para ver mejor a los dos niños. Detrás de él, la joven pareja miraba. Finalmente, se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos en silencio hasta el salón.

—Algo huele bien —dijo Ben con una sonrisa.

—Aquí vamos —respondió su hermano poniendo los ojos en blanco —. ¿Qué te dije, Sal?

Unos instantes después, Ben estaba comiendo el resto del estofado y medio vaso de cerveza. Los tres charlaron alegremente hasta que empezó la tos. Sally se puso en pie mientras el joven Ben empezaba a llorar. Los dos hombres vieron a Sally ir al dormitorio y entonces Ben se puso más serio.

—Tiene que estar en un hospital —dijo Ben, tanto para sí mismo como para su hermano. Ambos lo sabían.

—Lo sé, pero no puedo pagar todo. Incluso con los trabajitos de Sally, apenas alcanza. No soy listo como tú, Ben. Nunca he tenido cabeza para los números o las palabras. No puedo hacer lo que tú haces.

Ben no intentó discutir con su hermano; no tenía sentido. El sonido de la tos seguía apuñalando el aire. Las lágrimas brillaban en los ojos del hermano mayor. También en los del menor. Odiaba ver a su hermano tan triste.

—Le estoy decepcionando.

—No digas eso, Joe —replicó Ben levantándose. Sacó la cartera y

puso un billete de una libra sobre la mesa.

—Ben, no puedes seguir haciendo esto —dijo Joe, dolido pero la gratitud en sus ojos era inconfundible.

—Puedo y quiero, Joe. Son como míos también. De todos modos, no puedo quedarme aquí hablando estupideces contigo, debo volver. Esta noche vuelvo a estar de servicio.

Los dos hombres salieron de la cocina. Ben se dio la vuelta para ir al dormitorio, pero Joe sacudió la cabeza. —Lo excitarás si te ve aquí. Mejor vete.

Ben asintió. Tenía sentido. Se dirigió a la puerta y la abrió. Mientras lo hacía, se volvió hacia su hermano: —Cualquier cosa que necesites Joe. Haré lo que sea. Recuérdalo. La familia lo primero. Eso es lo que mamá solía decir. La familia primero.

Joe asintió, pero no pudo hablar. Vio a su hermano marcharse y caminó despacio hacia el dormitorio. La familia primero. Siempre.

Capítulo 5

12 de febrero de 1920: New Scotland Yard, Londres

New Scotland Yard, el edificio de ladrillo rojo, sede del cuerpo de policía del país, se alzaba imponente sobre el terraplén del Támesis. A Kit, que había visitado el edificio en varias ocasiones, nunca había dejado de impresionarle su parecido con un bloque de apartamentos para la creciente clase mercantil de la ciudad. Parecía demasiado acogedor para ser un centro de lucha contra el crimen en la ciudad y fuera de ella.

—Pararé aquí, señor —dijo Miller—, no sé si hay algún sitio donde aparcar.

—Cada vez peor en Londres —respondió Kit.

Kit salió del coche. Delante vio un Rolls Royce igualmente impresionante del que descendía lord Wolf. Los dos hombres se saludaron con una inclinación de cabeza y subieron juntos los escalones.

—Este es un mal asunto, Kit —dijo Wolf mientras se dirigían a una oficina en el segundo piso.

—Un asunto extraño, desde luego. Esperemos que el inspector jefe Jellicoe sea más comunicativo de lo que fue anoche.

Los dos hombres entraron en el amplio despacho del inspector jefe. Había una magnífica vista del Támesis, pero Jellicoe prefirió sentarse de espaldas al río. La oficina era espartana. No había cajones, ni pilas de papeles, ni bandeja de entrada. Jellicoe se permitía el lujo de un teléfono y un cuaderno. Kit decidió que Jellicoe era un delegado brillante o tenía una memoria extraordinaria.

El inspector jefe y el sargento Ryan se levantaron para saludar a los dos hombres. Jellicoe, como siempre, mantuvo su expresión naturalmente lúgubre, pero Ryan sonrió a los recién llegados. Una vez superados los apretones de manos y los saludos casi ceremoniales, comenzó el verdadero asunto de la reunión. Jellicoe empezó por mencionar algunos de los asuntos que más preocupaban a lord Wolf.

—Le pedí a lord Aston que asistiera. Espero que no le importe —dijo Jellicoe—. Normalmente la idea de detectives aficionados sería aborrecible y propia de «una novela negra». Pero lord Aston ha demostrado recientemente ser un hábil ayudante de la policía y el hecho de su presencia en su casa cuando se descubrió el crimen me parece digno de hacer una excepción, por el momento.

Kit tomó nota del comentario final. Le pareció razonable. No podía pretender formar parte de un asunto policial, aunque la curiosidad le corroyera. Jellicoe y el joven sargento querrían hacer su trabajo con poca o, mejor aún, ninguna interferencia de un amateur.

—Siento gran admiración por Kit, inspector jefe, así que no me quejaré de su presencia.

Jellicoe asintió y continuó: —Perdóneme si anoche no fui muy comunicativo. Percibí su deseo de saber más sobre el significado de la carta y cuáles podrían ser los siguientes pasos de la investigación. Intentaré abordar esto desde el principio, y luego me gustaría hacerle algunas preguntas, si me lo permite.

—Por supuesto —respondió Wolf.

—La tarjeta que encontró era idéntica a una serie de tarjetas que se dejaron en la escena de los crímenes cometidos por un hombre que la prensa, como es su costumbre, tituló, morbosamente, el Fantasma. Su verdadero nombre era Raven Hadleigh. Como usted sabe, Hadleigh fue capturado justo antes de la guerra y condenado a quince años de prisión.

Jellicoe se olvidó modestamente de mencionar su papel en la captura del Fantasma. Ignorando la sonrisa de complicidad en el rostro de Kit, continuó: —Así que eso fue todo, o eso pensamos. Sin embargo, parece que un hombre ahora se hace pasar por Hadleigh y comete delitos de manera idéntica.

—¿Ha habido otros robos similares? —preguntó Kit.

Las facciones de Jellicoe lograron el efecto casi imposible de volverse aún más cabizbajos que antes.

—Por desgracia, sí. Es posible que ya haya visto algo de ellos en la prensa.

—¿Significa esto que el hombre equivocado está en prisión? —preguntó Wolf, dando voz a los pensamientos de Kit también.

—No, la evidencia que condenó a Hadleigh fue completa y clara. Sin embargo, no se puede negar que estos nuevos casos son un misterio. Las tarjetas que se utilizan son las mismas que utilizó Hadleigh, lo que, como mínimo, podría explicarse por el uso de la misma empresa de impresión, aunque la empresa en cuestión ha dejado de operar. Esto significa que, hasta el momento, tenemos pocas pistas de los otros dos casos.

—Dos —exclamó Kit—. Dios mío, me había dado cuenta de los robos, pero no los había relacionado con la misma persona, ¿y mucho menos con el Fantasma?

—Hemos mantenido los detalles fuera del alcance de la prensa por razones obvias —dijo Jellicoe—. Solo puedo comenzar a imaginar el tipo de campaña que crearían en nombre de Hadleigh, así como la cantidad de chiflados que pueden llegar deseando reivindicar los

robos. Jellicoe sacudió la cabeza mientras las imágenes de la variopinta multitud de posibles maestros criminales inundaban su mente, y peor aún, Scotland Yard.

—Pero esto es increíble —dijo Wolf—. Incluso si aceptamos que este Fantasma fue capturado, ¿es posible que tuviera un cómplice que no conocías?

—Es completamente posible, por supuesto, pero no había evidencia que sugiriera que Hadleigh fuera algo más que un ladrón solitario en la comisión de los primeros robos. —Después de decir esto, Jellicoe se volvió hacia Ryan y dijo: —Si no le importa, el detective sargento Ryan le tomará una declaración a usted, lord Wolf. Lord Aston, ¿puede quedarse aquí unos momentos?

Ryan y Wolf se pusieron de pie. El joven condujo a Wolf fuera del despacho a una oficina cercana.

—¿Puedes estar absolutamente seguro de que tienes al hombre correcto, inspector jefe? —preguntó Kit—. ¿No hubo ningún elemento de duda?

—Ninguno, lord Aston —confirmó Jellicoe. Tenemos al hombre correcto, sin ninguna sombra de duda. Pero, desde luego, esta es una situación muy preocupante. Tenemos poco tiempo para poder mantener esta noticia fuera de la prensa. Una vez que sepan de esto, habrá un infierno a sufrir.

—Sí, puedo ver el problema potencial. Fue todo un héroe al final, ¿no?

—No me lo recuerdes, lord Aston —dijo Jellicoe con una voz que lograba estar a la vez cansada de la locura de la naturaleza humana y asombrada por ella—. No hubiera creído la reacción de las mujeres ante su encarcelamiento. Debo admitir que, a pesar de lo que estaba haciendo, nunca me desagradó como hombre. Siempre fue un caballero. Cuando uno lo mira de esta manera, supongo que no fue difícil ver porqué atrapó la imaginación de la prensa, y de las damas en particular. —Sacudió la cabeza porque, claramente, todavía le resultaba difícil de entender.

—Sí, debo admitir que seguí el caso con gran interés. Creo que lo conocí una vez de pasada porque conocía a algunos de mis amigos. Les caía inmensamente bien, según tengo entendido —admitió Kit.

Jellicoe se rio. Era un sonido tan agradable como inusual viniendo de él, por lo demás, sombrío detective.

—Sí, supongo que debería conocerlo —continuó Kit con una sonrisa irónica que reconocía el motivo de la diversión del inspector jefe. Los ojos de Jellicoe brillaron ante esta confesión.

—Tu detective sargento es interesante. Debe ser todo un talento.

Jellicoe miró a Kit con astucia: —¿Puedo preguntar por qué dices eso?

Kit sonrió y respondió: —Bueno, en primer lugar, su juventud y, me atrevo a decirlo, no suena como tú.

—¿O tú, Lord Aston?

—O yo —se rio Kit—. Me imagino que debe ser útil de incógnito.

—Muy útil, señor. Uno de los mejores que he visto. Se unió a nosotros directamente desde el ejército, pero no me llamó la atención hasta hace seis meses en otro caso. Necesitábamos a alguien que se hiciera pasar por pandillero. Me lo recomendó un sargento de policía conocido. De todos modos, conseguimos reunir a la pandilla gracias a su inteligencia y no poca valentía. Hice que lo ascendieran de inmediato y lo trasladaran a mi oficina. Él tiene futuro. Recuerda el nombre, lord Aston. Ryan, Ben Ryan.

*

Lady Agatha Frost siempre había sido madrugadora. Había vivido de acuerdo con el lema, acostarse temprano, levantarse temprano hace que el corazón lata, o alguna noción por el estilo. Se sentó en su comedor devorando un desayuno que fue nada menos que sustancioso. Dos huevos, tocino y morcilla con un solo arenque.

—¿Fish? —dijo Lady Agatha, volviéndose hacia su igualmente anciano mayordomo.

—¿Sí, milady? —respondió Fish.

—¿Puedes enviar al joven Alfred a recoger a Betty Simpson? ¿Supongo que está aquí ahora?

—Todavía no he visto al joven, pero se lo diré una vez que llegue.

—Gracias, Fish. Eso es todo.

Terminada la comida, Agatha se levantó de la mesa y se dirigió al pasillo. En una mesita junto a una lámpara se encontraba uno de estos dispositivos de comunicación novedosos: el teléfono. Inicialmente, desconfiaba del dispositivo que parecía tan intrusivo como feo; ahora se había vuelto bastante adicta a su utilidad y podía pasar horas en él con sus amigos. Se sentó a la mesa, cogió el auricular y se lo acercó a la oreja. Marcó un número y esperó un momento.

—Mayfair 6237. Sí, esperaré.

Unos momentos después, alguien respondió.

—Betty, soy Agatha. Tenemos un caso. He enviado a Alfred a recogerte. El Fantasma ha vuelto. Sí, lo sé. Ah, y trae el libro. Tenemos una nueva colega.

Este intercambio breve, bastante unilateral, sumó la conversación con Betty. Agatha colgó el teléfono justo cuando Mary pasaba a su lado.

—¿El libro? ¿Betty?

—Ya verás —dijo Agatha emocionada—, es grande.

Mary sonrió y entró en el comedor para ver si quedaba algo de comida sin consumir en el aparador del desayuno. Una inspección

inicial sugirió que Agatha había tenido un poco de hambre. No es que a Mary le importara. Recogió algunos artículos de los escombros del aparador y se sentó, intrigada por el último giro en su versión cada vez más fascinada de la tía de Kit. Excéntrico apenas parecía adecuado para describir la naturaleza maravillosamente impredecible de la dama ni una extraordinaria fuerza vital que era casi palpable.

Media hora después, cuando estaba terminando su desayuno, hubo una conmoción afuera de la puerta. Se limpió la boca rápidamente, se levantó y fue a ver qué estaba pasando. En el pasillo había dos ancianas. Una era la tía Agatha, la otra era una dama que Mary tomó por Betty.

Betty Simpson era, en todo caso, un poco más baja que la ya diminuta tía de Kit y posiblemente más gruesa. Iba vestida con una falda de tweed y unos cómodos zapatos marrones. Su jersey de lana apenas estaba a la altura de contener el amplio pecho de la digna dama. Mary notó, con una sonrisa, que su cabello tenía un estilo similar al suyo. Esto también lo notó la tía Agatha.

—¿Qué diablos has hecho con tu cabello? —exclamó sorprendida una vez que Betty se quitó el sombrero y lo arrojó hacia el aparador.

—¿Te gusta? —preguntó Betty, inocentemente.

—Eres demasiado mayor —dijo tía Agatha con aspereza.

—Tonterías, querida —respondió Betty, tocándose un lado del cabello.

—¿Setenta y tres, no demasiado viejo?

—Setenta y dos —respondió Betty antes de agregar—, y medio.

Fue entonces cuando notó a Mary parada en la puerta del comedor. Se volvió hacia Agatha en busca de una explicación.

—Esta es la señorita Mary Cavendish. Ella y Christopher se van a casar.

Betty se giró con una mirada de deleite y caminó hacia Mary: —Bueno, debo felicitar al joven. Eres toda una belleza, jovencita.

—Más que una cara bonita verás, Betty —señaló Agatha con astucia —, ahora retirémonos a la biblioteca. Tenemos trabajo que hacer.

Aunque no lo demostró, Mary se sintió inexplicablemente encantada con el cumplido cuando Betty la abrazó con un abrazo de oso. Después de unos momentos sofocantes, Mary sintió que una mano poderosa agarraba la suya y la conducía a la biblioteca.

—Alfred —ordenó Agatha—, ¿puedes traer la bolsa de la señora Simpson y luego decirle a Fish que organice un té? No debemos ser molestadas.

Al principio, el joven chofer había escapado a la atención de Mary. Ella le sonrió al pasar. Era bastante corpulento con cabello oscuro y una boca bastante femenina.

—Hola, Alfred.

—Señora —respondió tímidamente el joven, tocándose el sombrero y sonrojándose.

Capítulo 6

El detective sargento Ryan leyó la declaración dada por lord Wolf. Tanto Kit como Jellicoe escucharon atentamente. De vez en cuando, Kit llamaba la atención de Jellicoe. La mirada era una pregunta: «¿qué te parece?» La respuesta devuelta a fuerza también de una mirada fue: «impresionante». El joven sargento claramente había entrevistado al magnate industrial exhaustivamente. Respondió fácilmente a las preguntas tanto de Jellicoe como de Kit mientras entregaba su informe. Cuando se completó el resumen, Jellicoe no dijo nada para elogiar a Ryan, sino que se volvió hacia Kit y le preguntó: —¿Tiene más preguntas, lord Aston?

Kit fijó su mirada en Ryan: —¿Lord Wolf estaba ocultando algo?

Esta fue una pregunta inusual que tomó por sorpresa tanto a Jellicoe como a Ryan. Ryan miró a Jellicoe y luego respondió: —No. Estaba realmente conmocionado por lo que había sucedido. Es normal. La sensación de invasión es la misma si eres un señor, una dama o simplemente un tipo normal cuya casa ha sido asaltada.

—Yo también llegué a esa conclusión —agregó Jellicoe—. Nadie piensa que les sucederá a ellos. Cuando sucede, cuando te das cuenta de que tu hogar, incluso tu castillo, ha sido violado; que tú, tu familia, tus posesiones no están tan seguros como pensaste al principio, puede ser preocupante. Y no importa quién seas. La reacción de lord Wolf fue completamente sincera en mi opinión.

Kit asintió. Él también lo pensó.

—¿Por qué ha preguntado eso, señor? —preguntó Ryan.

—No estoy seguro. Supongo que fue la broma que me hizo anoche, fingiendo que se había producido un robo. Parecía fuera de lugar.

Jellicoe pensó por un momento y luego preguntó: —¿Cómo sabías que la caja fuerte tenía un compartimento secreto?

Kit se rio: —Ciertamente fue una suposición. Sabe, yo estaba cerca de la lámpara de araña y no escuché que arrojaran nada dentro de ella, o tampoco que alguien se acercara a mí para poner algo dentro. Basándome en esto, razoné que lord Wolf simplemente había vuelto a poner los diamantes en la caja fuerte. No fue muy difícil adivinar que podías presionar la parte inferior de la caja fuerte para encontrar otro compartimento.

—¿Pero cómo supo que era una broma pesada? continuó Ryan.

Jellicoe respondió a este en nombre de Kit: —Eso fue fácil, muchacho. Las únicas personas en la sala eran lord Wolf, lord Kit

Aston, la señorita Cavendish, un ex primer ministro, algunos ministros del gabinete y sus esposas.

—¿Un político deshonesto? Olvídese de la idea, inspector jefe —añadió Kit con una sonrisa. Los ojos de Jellicoe se arrugaron, por lo que Kit supuso que debajo de su barba había una sonrisa.

—¿Cuáles son sus planes ahora, Lord Aston? —preguntó Jellicoe. Había una expresión en su rostro que Kit sospechó que pretendía ser una invitación. Ciertamente así lo esperaba. Este caso era intrigante, y odiaba admitir lo mucho que quería estar involucrado.

—No tengo planes, pero ciertamente estoy abierto a sugerencias, inspector jefe —respondió Kit, esperando que su intuición fuera correcta.

—¿Cómo se sentiría acerca de encontrarse con un par de viejos conocidos?

Inseguro de quién podría ser el segundo, Kit tenía claro quién era el primero.

—Me encantaría, inspector jefe.

*

La biblioteca en la casa de la tía Agatha había sido una de las varias sorpresas agradables para las hermanas Cavendish, ya que estaba repleta no solo de los clásicos, en varios idiomas, sino también de las últimas novedades de libros, muchos de calidad sorprendente. Un gabinete parecía haber estado dedicado a novelas negras y las obras de Conan Doyle, R Austin Freeman, Arthur Morrison, Guy Boothby y similares.

—Ahora siéntate ahí, querida —sugirió Betty a Mary, señalando un asiento en la cabecera de la mesa. Las dos damas se sentaron a ambos lados de Mary. Betty sacó un álbum de recortes grande de una bolsa y lo colocó sobre la mesa.

—¿El Fantasma ha vuelto, dices? —preguntó Betty.

—Eso parece. Por cierto, Mary, ¿puedes contarle a Betty lo que sucedió anoche en casa de lord Wolf? Escucha esto, Betty.

Mary miró a las dos damas y, reprimiendo una sonrisa, comenzó su informe. Al igual que Kit, tenía la capacidad de brindar suficientes detalles sin que esto ralentizara la narrativa general. Ninguna de las damas dijo una palabra, escuchando atentamente, ambas tomaron notas en cuadernos grandes y gastados.

Cuando Mary terminó, Betty preguntó: —¿Y dices que viste la tarjeta? —Mary asintió en respuesta. Betty empujó su cuaderno frente a ella y dijo: —¿Podrías dibujarla, querida?

—Tengo que decir que Essie es la mejor artista —admitió Mary—, pero, como sabes, está en Sussex con la familia de Richard. Lo haré lo mejor que pueda.

Mary procedió a dibujar el contorno de la figura, coloreando

aproximadamente los rasgos negros, pero dejando los ojos blancos. —Algo como esto —dijo Mary. Cuando terminó, las dos damas se miraron.

—No puede haber ninguna duda —dijo Agatha.

—Ninguna —confirmó Betty.

Mary las miró a ambas en busca de una explicación. Betty asintió a Mary y abrió su álbum de recortes. Una tarjeta fue recortada en el interior. Le entregó la tarjeta a Mary.

—¿Es esta la que viste?

La pequeña tarjeta comercial estaba en blanco excepto por una silueta negra que llevaba un sombrero de fieltro. Los ojos eran blancos.

—Dios mío —dijo Mary, fijando su mirada en la tarjeta antes de volverse hacia los demás—. ¿De dónde diablos obtuviste esto?

—No nos robaron, si eso es lo que estás pensando —dijo Betty—, digamos que tenemos contactos.

Betty recuperó la tarjeta, sosteniéndola con algo parecido a la reverencia antes de volver a colocarla con cuidado dentro de la cubierta.

Llamaron a la puerta de la biblioteca y entró Fish con un carrito que contenía el té y algunas galletas. Al espiar el álbum de recortes y la presencia de Betty, dijo: —¿Un nuevo caso, milady?

—Vivimos con esperanza —respondió la tía Agatha.

Una vez que se sirvió el té, Betty se puso manos a la obra.

—¿Qué sabes del Fantasma, querida?

—Fue hace tiempo. Era consciente de él obviamente. ¿Quién no lo fue? Estaba en todos los periódicos. Pero realmente no seguí el caso. La guerra estaba en el aire y con mi padre y el tío Robert, bueno, nuestras mentes estaban en otra parte.

—Perfectamente comprensible —reconoció Agatha—, quizás, Betty, deberías hacer los honores.

—Buen plan. Antes de empezar, ¿dónde está Christopher? —preguntó Betty.

Mary sonrió, Kit odiaba su nombre de pila. —Kit está con la policía. Fue a Scotland Yard esta mañana a ver al inspector jefe Jellicoe.

—Jellicoe, dices. Tiene sentido —dijo Betty, mirando a Agatha con complicidad—, aun así, fue de mal gusto que no te invitaran. ¡Típico de los hombres!

—Ciertamente, típico de los hombres —acordó Mary. Le había molestado bastante que Kit fuera solo—. Si él piensa que así será en el futuro, le espera un duro comienzo, te lo aseguro.

—Muy bien, Mary —asintió Agatha—. Betty?

—Bien, ¿dónde estábamos? Ah, el Fantasma. También conocido como Raven Hadleigh. Nacido en 1871, en Gloucester del hermano

menor del lord Ronald Hadleigh. Fue a una escuela pública local antes de una carrera exitosa en Oxford estudiando geología.

—Obviamente tenía interés en las rocas desde el principio —señaló Agatha. Esto hizo que ambas damas se rieran con complicidad, causando que Mary también las imitara. De hecho, tal fue la alegría por la broma de Agatha que tomó unos minutos y otra ronda de té antes de que la reunión pudiera reanudarse.

—El primer crimen registrado fue —continuó Betty, pasando la página de su álbum a un recorte de periódico—, en 1907. Al parecer, antes de eso, había pasado un tiempo en el extranjero trabajando para una compañía petrolera.

—Entonces, es completamente posible que su carrera criminal haya podido comenzar mucho antes —señaló Mary.

Agatha y Betty intercambiaron miradas y asintieron.

—Totalmente posible, Mary. Nosotras dos lo creemos firmemente —respondió Agatha—. Me alegro de que seas de la misma opinión.

Mary estudió el recorte de prensa de un robo de una pequeña pintura de Reynolds en Glasgow en la que el ladrón había dejado una pequeña tarjeta de visita.

—Entre 1907 y 1914, se denunciaron otros trece robos. En cada caso, el Fantasma dejó una tarjeta de visita. Curiosamente, la tarjeta de presentación nunca se hizo pública.

—No me sorprende. Creo que algunos otros Fantasmas habrían surgido de la sombra. Pero ¿qué robaba normalmente?

—Objetos hermosos en su mayoría. De hecho, cosas hermosas que eran manejables. Collares y broches de diamantes, pinturas pequeñas pero valiosas. Nunca tomó escultura, probablemente demasiado frágil —dijo Betty.

—O pesada —señaló Agatha.

—Claramente —respondió Betty—. Finalmente fue capturado en junio de 1914. El impresor de las tarjetas, un hombre llamado Felix Kane, estaba bajo custodia por otro delito y redujo su sentencia en prisión después de señalar con el dedo al señor Hadleigh como el Fantasma.

—¿Recuperaron los objetos robados? —preguntó Mary.

—Bueno, ese es uno de los aspectos más interesantes de este caso —intervino Agatha—. Algunos de los objetos fueron devueltos a los propietarios poco después del robo. Sin embargo, las pinturas se encontraron en la casa de Hadleigh, y eso fue todo.

—El hombre que atrapó al Fantasma era su amigo, el inspector jefe Jellicoe, o el detective como era entonces.

—¿Por qué devolvió los objetos? —preguntó Mary.

—Buena pregunta. Se creía que disfrutaba más de la emoción del crimen que del producto final real. De hecho, la teoría en ese

momento era que solo necesitaba los collares para su esposa cuando asistían a eventos sociales. Recuerde que Hadleigh era un miembro respetado de la sociedad y habría asistido a muchos bailes en la ciudad a lo largo de los años —explicó Betty.

—Su esposa era una belleza —agregó Agatha.

—¿Era?

Betty retomó la historia: —Creo que murió hace relativamente poco tiempo. No estoy segura de si fue esa horrible gripe o algo más. Tenía una hija, creo.

—Qué terrible —dijo Mary—. Es prácticamente huérfana.

—Una huérfana muy rica —sugirió Betty—, y tampoco una niña. Diría que debe tener tu edad, Mary, quizás un poco más.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Sí?

Alfred entró: —Lamento molestarla, señora, pero esperaba poder irme ahora. Necesito ir al estudio.

—Sí, tal vez puedas llevar a Betty de camino. Espera un ratito, terminaremos pronto —dijo Agatha.

—Ella tendría poco más de veinte años ahora, Mary.

—¿De verdad? Eso es interesante —dijo Mary. Su mente estaba considerando una posibilidad extraordinaria. Las tres mujeres se miraron, cada una con el mismo pensamiento.

—No veo ninguna razón por la que una mujer no pueda hacer lo que hizo este Fantasma —pronunció Mary.

—Estoy completamente de acuerdo —respondió Betty—, especialmente si se trata de su hija. Imagínate eso, una astilla del viejo tronco. La hija del Fantasma se convierte en el nuevo Fantasma. Qué maravilla.

—No estoy segura de que debamos deleitarnos con el comportamiento delictivo, querida Betty —señaló Agatha, aunque ella misma no parecía del todo convencida de esa idea. Especialmente si el maestro criminal en cuestión era una mujer.

—Creo que podemos estar cerca de resolver este caso —anunció Betty, poniéndose de pie con entusiasmo y poniendo el álbum de recortes en su bolso que luego le entregó a Alfred. Mary y Agatha acompañaron a Betty hasta la puerta. —Comenzaré a averiguar dónde vive la joven ahora y te informaré mañana por la mañana.

—Excelente idea, Betty —dijo Agatha—. ¿Pero puedes recordar su nombre?

—Caroline según uno de los recortes. Caroline Hadleigh —respondió Betty en el umbral. Con eso se dio la vuelta y siguió a Alfred escaleras abajo hacia un gran Bentley estacionado en la calle.

Agatha cerró la puerta y miró a Mary: —Creo que fue una mañana productiva. Ahora, debemos planificar nuestros próximos pasos

cuidadosamente. No creo que Christopher necesite saber lo que estamos haciendo, ¿verdad?

—Desde luego que no —respondió Mary— Veamos si podemos hacerlo nosotras mismas.

—Así me gusta.

—Por cierto, ¿qué está tramando Alfred y dónde? Mencionó el estudio —preguntó Mary.

—¿Alfred? Oh, creo que tiene un trabajo de medio tiempo en uno de esos estudios de cine. Quiere dirigir películas, al parecer. Un poco como esos tipos Griffith o De Mille. Es absurdo, por supuesto, pero los jóvenes tendrán esas ideas.

Capítulo 7

—¿Quieren venir conmigo en mi coche? —preguntó Kit al bajar las escaleras de Scotland Yard con Jellicoe y Ryan.

—No será necesario, lord Aston —respondió Jellicoe hasta que vio a Harry Miller llegando en el Rolls Royce.

—Aunque en realidad…. —dijo Jellicoe. No terminó la frase. Una mirada a Ryan y la decisión estaba tomada.

Los tres hombres bajaron hacia el Rolls. Harry Miller bajó del coche para dejarles entrar. Jellicoe y Ryan examinaron el interior del coche. Kit, mientras tanto, estudió a los dos hombres con una sonrisa irónica.

—¿Cómo vive la otra mitad, inspector jefe?

A Jellicoe pareció hacerle gracia, pero no hizo ningún comentario de carácter feudal y se limitó a decir: —Sin duda es una mejora con respecto a nuestro medio de transporte habitual. Cu

ando empecé en este trabajo, señor, teníamos suerte de tener un carruaje. De eso hace ya mucho tiempo.

Miller se volvió hacia Kit y le preguntó: —¿Hacia dónde, señor?

En respuesta, Jellicoe dio una dirección al sur del río, lo que hizo que Kit y Miller se miraran.

—¿Es una prisión nueva? —preguntó Kit—. No puedo decir que me resulte familiar.

Jellicoe respondió con un brillo en los ojos: —No es nueva, sino especial. —No dio más detalles, así que Kit dejó pasar el asunto a pesar de su curiosidad.

La dirección de las instalaciones estaba un poco alejada del centro de la ciudad. Miller los llevó hacia el sur, en dirección a Clapham. El trayecto duró unos quince minutos. Mientras atravesaban las calles londinenses, los tres hombres charlaron amistosamente sobre temas banales. Esto resultaba frustrante, ya que Kit tenía muchísimas ganas de saber quién podía ser el segundo prisionero, pero el buen inspector jefe se resistió a cualquier sutil invitación de Kit a hablar del asunto.

Por fin llegaron a las instalaciones, que estaban astutamente disfrazadas de una pequeña mansión con un alto muro y árboles alrededor. La zona parecía relativamente acomodada. A Kit le divirtió pensar en cómo se sentirían los residentes al tener una prisión entre ellos.

Cuando el coche se detuvo, un hombre vestido con un tweed rural salió a recibirlos a la puerta. Aunque su atuendo parecía sugerir que se trataba de un terrateniente, su rostro contaba otra historia. La piel era

rugosa, con los párpados pesados e inclinados hacia abajo; la nariz se la habían roto demasiadas veces y estaba maltrecha. Kit reconoció a un boxeador en cuanto lo vio. De cerca, a medida que se acercaban, era evidente que el traje de tweed apenas podía contener las dimensiones épicas de aquel caballero en particular.

El camino de entrada tenía unos cincuenta metros de largo y terminaba en una amplia zona delante de la casa reservada para los vehículos. A Kit le pareció que estaban en el campo y no en el corazón de una gran capital. Las puertas de la gran casa se abrieron y salió un hombre que los recibió en la escalera. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años con un porte inequívocamente militar.

—Hola, señor —dijo Jellicoe, estrechándole la mano—. ¿Es usted el comandante Hastings?

El hombre sonrió: —Ya no es comandante, inspector jefe, pero gracias aun así. —Miró el coche y sonrió.

—Los coches de policía han progresado mucho.

Jellicoe sonrió y se volvió hacia Kit: —Le presento a lord Christopher Aston y a mi colega, el detective sargento Ryan.

Tras los saludos de rigor, Hastings les hizo pasar al interior. En el interior predominaban las paredes, el suelo y la escalera de madera oscura. Quizá fuera algo sombrío para el gusto de Kit, pero se trataba de un detalle en lo que, por lo demás, era la prisión más extraordinaria que Kit había visitado jamás. Un sentimiento de ira comenzó a crecer mientras esperaba que el segundo prisionero no fuera el asesino del tío de Mary. Al pensar esto, se reprendió rápidamente. Un truco así no era propio del inspector jefe, un hombre al que cada vez tenía más aprecio.

*

Joe Ryan sabía que algo iba mal mientras se dirigía a las puertas de la fábrica. Varios hombres se alejaban en lugar de dirigirse a la fábrica. Algunos parecían enfadados; unos estaban en estado de shock y otros tenían la resignación de otra derrota en sus caras. Sintió un cosquilleo en la piel y, por una vez, supo que no era el frío. La sensación en la boca del estómago crecía con cada paso hacia la puerta. Conocía bien esa sensación. Era casi un viejo amigo. O enemigo.

Una vez cruzadas las puertas, se dirigió hacia la entrada de la fábrica. Dentro, el ruido de las máquinas era fuerte, pero no ensordecedor. La altura del enorme tejado arqueado hacía que el sonido se dispersara mejor, por lo que resultaba soportable. Algunos de sus compañeros paseaban por la fábrica. Saludó a uno con la mano, pero no le hicieron caso. No era buena señal.

—Joe —gritó alguien desde atrás.

Se volvió y vio a Alf Fairfax que le hacía un gesto para que se

acercara. Fairfax era el organizador sindical local de la fábrica. Era un hombre avispado de unos cuarenta años con una mirada que, ya fuera intencionado o por fortuna, era permanentemente astuta. Esto le convertía en el interlocutor ideal de la dirección, a la que probablemente le caía tan mal como a los trabajadores. Ryan tendía a evitarle si podía, lo que le asemejaba más a la dirección de la fábrica de lo que el sindicalista hubiera imaginado.

Ryan sintió que los pies empezaban a fallarle. Fairfax le miró con impaciencia. Antes de llegar al líder sindical, Fairfax se dio la vuelta y cruzó una puerta. Conducía al despacho de la dirección, en la planta que daba a la fábrica.

Ryan siguió a Fairfax escaleras arriba. No hubo conversación. No hacía falta. Ryan ya lo había visto antes. Sabía por qué sus compañeros no le habían mirado. ¿Por qué iban a hacerlo? Él habría hecho lo mismo. De hecho, ya lo había hecho. ¿Qué podía hacer ninguno de ellos?

Fairfax abrió de un empujón una puerta que ponía: «director de fábrica». Ryan le siguió hasta el despacho. Dentro había una mujer joven, Lily, la secretaria de Ken Tippett, el director de la fábrica, que estaba sentado detrás de su escritorio. Ryan saludó con la cabeza a Lily, a quien los chicos de la fábrica apreciaban por diversas razones, aunque ninguno se había acercado nunca a cortejarla. Sonrió con simpatía.

—Este es Joe Ryan —dijo Fairfax a Tippett.

—Ah, Ryan —dijo Tippett, mirando incómodo a Ryan. Fairfax permaneció de pie, así que Ryan hizo lo mismo. Lily había dejado de utilizar la máquina de escribir desde la llegada de Ryan a la oficina. —Acércate —ordenó Tippett.

Ryan se adelantó y se quitó la gorra. La llevaba con ambas manos a su lado. Tippett sostenía una carta. Miró de Ryan a la carta y luego de nuevo a Ryan.

—No me andaré con rodeos. Te vamos a despedir —dijo Tippett. Hizo una pausa para que la noticia calara hondo. Ya lo había hecho. Luego continuó: —Tenemos que hacer esto a varios compañeros. Me temo que se basa en ser el último en entrar el primero en salir. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, los que no lucharon en la guerra pueden quedarse, señor.

—Ryan —dijo Fairfax bruscamente—. Basta ya, muchacho. No hay alternativas.

Tippett parecía aún más incómodo ahora. Tenía una edad en la que podría haber luchado en la guerra. No lo había hecho. Su ocupación se consideró demasiado importante para el esfuerzo general de la guerra.

—Somos conscientes de que serviste a tu país, Ryan, y por supuesto te estamos agradecidos. Lo triste es que estamos sufriendo. Las

importaciones baratas nos están asfixiando. Debemos ser más competitivos. Esta es la realidad del mercado. ¿Lo entiendes?

Claro que lo entiendo, pensó Ryan con amargura. No soy idiota. Permaneció en silencio, dejando a Tippett con la impresión de que estaba tratando con alguien intelectualmente deficiente. Decidió llevar la reunión a una conclusión rápida.

—Esta carta lo explica todo. La dirección también está siendo muy generosa con gente como tú, y hay una recompensa nada desdeñable —continuó Tippett. Hizo un gesto con la cabeza y Ryan oyó que Lily se levantaba de la mesa y se acercaba. Le entregó un sobre que tintineaba. Había monedas dentro. Mientras tanto, Tippett cerró también su sobre y se lo entregó a Ryan.

—Vamos, muchacho —dijo Fairfax adelantándose y tocando el brazo de Ryan.

Ryan se dio la vuelta y salió del despacho en silencio. Al cerrarse la puerta, oyó que Lily empezaba a teclear de nuevo. Los dos hombres bajaron las escaleras y luego por un pasillo hasta otra oficina más pequeña. Esta pertenecía a Fairfax.

—Lo siento, muchacho. También han despedido a una docena de tipos. ¿Crees que puedes encontrar algún otro trabajo?

—No —respondió Ryan. Sabía que muchos hombres que habían perdido su trabajo estaban buscando en los lugares habituales. Parecía ser la misma historia en todas partes. No importaba haber luchado por el rey y la patria. En todo caso, eso empeoraba las cosas en la vida civil. Te perdías la experiencia laboral que podían tener otros que no habían servido. Sintió que se hundía en un agujero oscuro. La vida no debía ser fácil, ¿pero esto?

Fairfax escribió un nombre y una dirección. Mientras lo hacía, dijo: —Conozco a alguien que te podría ayudar.

Ryan cogió el papel y lo miró.

—¿Un trabajo?

—Sin garantías. Dile que te envío yo. Eso es importante. Pide hablar con él y dile que te he enviado yo. ¿Entendido?

—Gracias —dijo Ryan, sintiendo cierto alivio. La estancia se iluminó ligeramente. El peso que aplastaba su estómago se aligeró de inmediato gracias a la esperanza y la gratitud.

—Acompáñame por la mañana, muchacho.

Ryan no necesitó una segunda invitación. En unos instantes se puso en pie y salió de la oficina.

—Gracias, Alf —dijo Ryan en la puerta. Lo dijo en serio.

*

El comandante Hastings condujo a Kit a una oficina grande con vistas al amplio jardín en la parte trasera. La oficina estaba escasamente amueblada y no había cuadros en las paredes, excepto

una fotografía del regimiento. Kit se acercó a él. Era típico de la época, muy amplio y que contenía filas de hombres. Hastings estaba en el medio de la primera fila. La foto fue tomada en junio de 1914.

—Me temo que no quedamos muchos —comentó Hastings cuando Kit se apartó de la fotografía.

Kit y Hastings se miraron. No se dijo nada más. Hastings se sentó y pidió a los hombres que hicieran lo mismo. Jellicoe comenzó a hablar: —Gracias por permitirnos ver al prisionero en tan poco tiempo, mayor Hastings.

—No hay problema, inspector jefe. Sin embargo, debo confesar que fue más bien una sorpresa. ¿Puedo preguntar por qué quieren verlo?

A Kit le pareció que Jellicoe se mostraba reacio a revelar el motivo, y la corazonada de Kit resultó ser acertada.

—Ha habido una serie de robos recientes que guardan similitudes con el modus operandi de Hadleigh. Pensamos que él podría tener algunas ideas que podrían ayudarnos en nuestras pesquisas.

Hastings asintió y luego miró a Kit. Jellicoe captó la dirección de la mirada del Gobernador. —Lord Aston está aquí porque fue él quien descubrió que se había producido un robo.

—Y por supuesto, ahora lo recuerdo, su conexión con el otro prisionero.

Kit se sentó hacia delante al darse cuenta de que el nombre del otro prisionero estaba a punto de ser revelado; sin embargo, en ese momento llamaron a la puerta y entró un hombre uniformado. Era bajo, pero de constitución fuerte. Más que caminar, marchó hasta detenerse cerca del escritorio del gobernador.

Hastings sonrió y presentó al recién llegado: —Caballeros, este es el jefe de guardia Brickhill. Como habrán adivinado, es, como yo, un ex militar. De hecho, fue mi sargento mayor.

Los dos policías y Kit se levantaron para saludar a Brickhill. Su pelo oscuro peinado hacia atrás y sus rasgos denotaban a un hombre de entre cuarenta y sesenta años. Los ojos grises como el acero denotaban a un hombre que no admitía replicas.

Después de las presentaciones iniciales, Hastings continuó: —Ruego que lleve a estos señores a nuestro invitado, el señor Hadleigh.

—Sí, señor. —Un hombre de pocas palabras pensó Kit, a menos que estuviera chillando a algún pobre desgraciado. Los tres hombres siguieron a Brickhill fuera de la oficina, bajaron un tramo de escaleras hasta un sótano con una puerta de roble impresionantemente gruesa.

Otro carcelero les abrió la puerta, que conducía a un largo pasillo tenuemente iluminado. Parecía que había cuatro celdas. Esto hizo que Kit sintiera aún más curiosidad por saber de qué tipo de instalación se trataba. Una prisión dedicada a un puñado de hombres era muy poco habitual.

Brickhill golpeó brevemente la puerta antes de sacar un juego de llaves del bolsillo. Seleccionó una de ellas, abrió la puerta y los cuatro hombres entraron. Cuando Kit vio la celda de Hadleigh casi se quedó con la boca abierta.

Capítulo 8

La dirección que figuraba en la nota de Fairfax estaba en Southwark. Ryan decidió ir directamente allí. La alternativa era volver a casa y darle la noticia a su mujer, además de arriesgarse a que alguien llegara antes que él y le quitara el posible trabajo.

Dos viajes en autobús después, estaba a un paso de llegar. La fábrica era una de las muchas que había en la ciudad dedicadas a la producción de tabaco, puros, cigarrillos y rapé. Ryan caminó por una de las carreteras más desoladas que había visto en Londres. No había casas ni tiendas ni pubs. Había varios pequeños comercios y fábricas. Algunos de los negocios habían sido abandonados. Los perros vagaban por los alrededores, ladrando y peleándose.

Ryan siguió caminando y pasó por delante de varios locales vacíos uno tras otro. Dobló una esquina y vio unas instalaciones de ladrillo rojo bastante austeras al final de una carretera que incluso el observador más neutral habría descrito como abandonada por el resto de la sociedad.

A las puertas de la fábrica había hombres de aspecto duro fumando cigarrillos. Apenas miraron a Ryan mientras se dirigía a la oficina de la entrada. Fuera de la oficina había otro grupo de hombres. Miraron a Ryan cuando se dirigió hacia ellos. Ryan oyó decir a uno de ellos: —Otro más. —Uno de los hombres se levantó. No parecía mucho más alto una vez de pie. Era de complexión fuerte y caminaba agresivamente hacia Ryan.

Dos años en el frente significaba que Ryan no se encogía ante la intimidación física. Sin embargo, el hombre seguía con las manos en los bolsillos, por lo que Ryan supuso que iba a hablar con él. En lugar de esperar al hombre, Ryan habló.

—Me han dicho que debía hablar con un tal Johnny Mac.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó el hombre. Su cara, su voz y su postura seguían sugiriendo que la siguiente respuesta de Ryan podría llevarlo a una pelea.

—Alf Fairfax.

El hombre soltó una carcajada.

—Oíd eso, chicos —dijo el hombre volviéndose hacia sus compañeros de trabajo—, otra de las almas perdidas de Alf. —Se volvió hacia Ryan y le dijo: —¿Alguna prueba de eso?

Ryan le entregó la nota garabateada de Fairfax. El hombre se la guardó en el bolsillo e indicó a Ryan que le siguiera al interior de la

fábrica. Una vez dentro, el hombre condujo a Ryan por un pasillo hasta un pequeño despacho. Llamó y abrió la puerta. Sin embargo, puso una mano en el pecho de Ryan y entró él mismo.

Dos minutos después salió del despacho. Hizo un gesto con el pulgar y dijo: —Entra.

Ryan entró, pero el hombre se quedó fuera. Dentro del despacho había un hombre relativamente joven, quizá de la edad de Ryan o un poco mayor. Se levantó cuando Ryan entró. Era delgado, llevaba el pelo muy corto y tenía una cicatriz que le recorría el ojo izquierdo por la mejilla. A ver solo eso, muchos habrían buscado la salida más cercana. También era uno de los hombres más altos que Ryan había visto nunca. Por lo menos, un metro noventa.

El gigante no intentó ser amable. Sabiamente, hacía tiempo que se había dado cuenta de que era poco probable que su aspecto causara una primera impresión que no fuera incómoda para el otro. Fortalecido por esta certeza, siempre se esforzaba por que la segunda impresión confirmara la primera. Y con creces.

Se acercó a Ryan con una sonrisa que recordaba a la de un león que se cruza con un antílope echando una siesta bajo el ardiente sol africano. Ryan se tensó. Pasara lo que pasara, estaba preparado para defenderse. La guerra le había quitado el miedo: no era un cobarde.

—Soy Johnny Mac.

Un hombre de Ulster. Ryan había conocido a muchos en Flandes. La mayoría le caían bien. Habían luchado con una ferocidad, un valor demente y un odio que parecía casi espiritual en su pureza. Ryan casi había sentido lástima por los alemanes. La gente de Ulster era temerosa de Dios y no tenía piedad con el enemigo.

—Soy Joe Ryan. Alf Fairfax me envió aquí.

—¿Por qué?

—Me despidieron.

—¿Por qué?

—El último en entrar, el primero en salir.

—¿Guerra?

—Sí.

Esto pareció satisfacer a Johnny Mac, que asintió con la cabeza. —¿Puedes trabajar de noche?

Ryan casi salta de alegría. —Sí, no hay problema.

—Empiezas a las seis y terminas a las cuatro —dijo Johnny Mac sin apartar los ojos de Ryan. De hecho, Ryan podría jurar que el hombre no había pestañeado en todo el tiempo que llevaba en la oficina.

—Gracias —dijo Ryan a falta de algo más que decir.

Johnny Mac miró hacia la puerta y gritó: —Rusk.

El hombre que había conducido a Ryan hasta aquí volvió a entrar. Miró a Johnny Mac, que se limitó a asentir.

—Vete con Rusk. Dale la plata que te pida.

Ryan se volvió bruscamente hacia Johnny Mac.

—¿Qué?

Johnny Mac fulminó a Ryan con la mirada. —Si quieres el trabajo, te costará dos libras. ¿Entendido?

Ryan sintió rabia y miedo. Necesitaba el trabajo, pero quería matar al hombre que tenía delante. Y a Fairfax. El otro hombre avanzó hacia Ryan. El aire pareció abandonar el despacho. Finalmente, Ryan asintió a Johnny Mac. Necesitaba el trabajo. Aún le quedaban algunas monedas de su paga.

—¿Dónde firmo?

Tenía trabajo. Eso era lo más importante.

*

Kit entró en la celda después de Jellicoe, Ryan y el jefe de guardia, Brickhill. La celda, si se puede describir así, era unas cinco veces más grande de lo habitual. Había un par de cuadros en la pared, un gramófono, un sillón de cuero con un sofá del mismo estilo. Junto a la pared había una mesa de comedor con tres asientos y una gran librería. En el suelo había, a todas luces, una costosa alfombra persa. Solo la cama individual con la manta gris delataba la ubicación. El resto de la celda se parecía más a un apartamento de un soltero de Londres.

—Jellicoe —dijo el hombre sorprendido. Se levantó del sillón para saludar a un hombre que parecía un viejo amigo.

—Inspector jefe, ahora supongo. Mis felicitaciones, aunque con retraso. Qué agradable sorpresa. Y si no me equivoco, este es lord Kit Aston. —La voz era más de aristócrata que de convicto. Kit dio un paso adelante y estrechó la mano extendida.

—Hola, Hadleigh —dijo Kit, que, si no estaba desconcertado, tampoco estaba precisamente encantado. Mirando alrededor de la celda, Kit añadió: —Parece que te cuidan bien.

El preso sonrió. Algo en la sonrisa hizo que Kit se sobresaltara. Había una mirada en el rostro de Hadleigh, algo indiscernible. Sin saber por qué, Kit se preguntó dónde podría haber conocido a Hadleigh, pero la conexión con el dónde y el cuándo estaba frustrantemente fuera de su alcance. Se miraron durante un momento. Sintió que Hadleigh le reconocía, pero no por las razones que podrían parecer obvias. Había algo en su mirada. ¿Era simpatía? ¿Tristeza? Era difícil de decir y Hadleigh comprendió la confusión de Kit. Sin embargo, Kit estaba seguro de que Hadleigh conocía su conexión. El momento pasó rápidamente y la atención de Hadleigh se centró en el policía más joven.

Jellicoe presentó a su colega: —Y este, señor Hadleigh, es el detective sargento Ryan.

Hadleigh asintió al joven: —Detective sargento. Eres un hombre muy afortunado por tener un mentor tan capaz. Tengo que agradecerle a tu jefe mis circunstancias actuales. —Esto lo dijo con una sonrisa y sin ningún atisbo de malicia hacia Jellicoe. Estaba claro que no solo sentía respeto por el policía mayor que lo había atrapado, sino también simpatía. Kit percibió una consideración similar en Jellicoe.

—Tomad asiento, caballeros. ¿Puedo ofreceros una copa? —preguntó Hadleigh.

Kit estuvo a punto de caerse del asiento al darse cuenta de que Hadleigh también tenía un armario de bebidas.

—Un poco pronto para mí, señor Hadleigh —dijo Jellicoe antes de volverse hacia Kit con una ceja arqueada y el rastro de una sonrisa: —¿Lord Aston?

—Gracias, pero también es un poco pronto para mí.

Hadleigh estaba un par de centímetros fuera de ser descrito bajo. Algunas líneas eran evidentes en los finos contornos de su rostro. Vestido con un uniforme de prisión que podría haber sido cortado por Saville Row, su esbelta figura estaba claramente bien cuidada. Tenía el pelo canoso, con un ligero retroceso en la sien, pero seguía siendo, a todos los efectos, un hombre apuesto y de éxito, a pesar del curioso entorno en el que parecía residir en lugar de estar encarcelado.

Kit quedó fascinado por las manos de Hadleigh. Podrían haber sido las de un pianista. Largas y perfectamente cuidadas, parecían tener una vida externa al resto del cuerpo. Su movimiento era grácil pero preciso. Era como si pudieran revelar el carácter del hombre, el ratero más famoso de su época. El hombre que se convirtió en ladrón, no por necesidad, sino porque podía, por la emoción: fue una elección. Quizá por eso el juez le condenó tan duramente.

Brickhill pareció satisfecho de que todo estuviera en orden y dijo: —Les dejo, caballeros, con su reunión. —Hadleigh saludó con la cabeza al guardián jefe mientras se daba la vuelta para salir de la celda.

Dirigiéndose a sus invitados, Hadleigh dijo: —Bien, caballeros, aunque me gustaría creer que se trata de una visita social, supongo que tenemos asuntos que tratar. Por favor, tomen asiento.

Los ojos de Jellicoe se arrugaron lo suficiente como para sugerir una sonrisa y él y Ryan se sentaron.

—Sí, señor Hadleigh. Tenemos algunas preguntas. Espero que no te entretengamos mucho.

Hadleigh resistió la tentación de señalar que iba a estar detenido durante al menos otros cinco o diez años. En lugar de eso, enarcó las cejas y sonrió.

—Mis disculpas —continuó Jellicoe cuando cayó en la cuenta de lo

que había dicho. Durante los minutos siguientes, Jellicoe describió los detalles de los tres robos que habían tenido lugar en Londres en los últimos meses. Kit se acercó a la librería y echó un vistazo a su biblioteca. Sus gustos eran eclécticos y abarcaban desde los clásicos hasta la ciencia y la filosofía. Algunos de los tomos estaban en francés y alemán.

De vez en cuando, mientras Jellicoe explicaba por qué estaban ahí, Kit echaba un vistazo a Hadleigh. Estaba sentado hacia delante y escuchaba atentamente, con una sonrisa siempre presente en su rostro. Asentía cuando el inspector jefe hablaba, pero no interrumpía. Cuando Jellicoe hubo terminado, Hadleigh se acomodó y exhaló.

Volviéndose hacia Kit, le preguntó: —Si me lo permite, lord Aston, ¿en qué consiste su participación en este caso?

—Por supuesto. Estuve en casa de lord Wolf la noche en que se descubrió el robo.

—Ya veo. Pero, aun así, lord Aston, eso no explica tu presencia aquí hoy. Si no te importa que te lo diga, tú eres solo un testigo, no un detective.

Kit se rio: —Desde luego, no pretendo ser detective.

Jellicoe miró a Kit, que se detuvo para dejar hablar al policía.

—Lord Aston está siendo poco sincero, si no te importa que lo diga, señor. Fue fundamental para ayudar a resolver un caso reciente. Pensé que sería una buena idea traerlo para que lo conocieras.

Hadleigh sonrió ampliamente: —Y obtener sus pensamientos también, sin duda. ¿Te preocupa tener al hombre equivocado, inspector jefe? Sabes, cada crimen cometido por este ladrón aumentará las pruebas al respecto. No he leído nada en los periódicos sobre un nuevo Fantasma, aunque los dos primeros crímenes que has mencionado me han llamado la atención.

La cara de Jellicoe sugería que había una sonrisa enterrada bajo su barba.

—No, señor Hadleigh, como has adivinado correctamente, hemos ocultado algunos detalles de los crímenes, no, añadiría, por temor a que hayamos cometido un error en su caso, sino principalmente para evitar distracciones en la detención de este ladrón.

—Entiendo, inspector jefe. Ahora, está claro que crees que puedo ayudarte de alguna manera, de lo contrario no estaría aquí.

—Quizás, señor Hadleigh —asintió Jellicoe—. ¿Hay alguien, que sepas, que tenga tus, digamos, habilidades únicas en este campo, con quien podríamos considerar hablar?

Hadleigh negó con la cabeza: —Lo siento, inspector jefe, pero como ya habrá deducido, nunca he formado parte del hampa. Lo que no puedo entender es cómo este ladrón puede imitar al Fantasma tan perfectamente. Tiene que ser alguien que conociera todos los detalles

de la técnica del Fantasma.

—¿Un imitador? —sugirió Kit.

—Tal vez, lord Aston. O tal vez un miembro de la policía —respondió Hadleigh sonriendo. —Quizá el inspector jefe esté preparando su jubilación.

Esto hizo sonreír a Jellicoe antes de reconocer: —Ya he pasado un poco de semejantes hazañas.

Hadleigh se volvió hacia el joven sargento y, con una sonrisa irónica, dijo: —Pero este joven, desde luego, puede ser. —Ryan, sin saber qué pensar, permaneció en silencio mientras Hadleigh continuaba—. Es de suponer que habrá que vender los objetos de valor robados. ¿Han mirado los canales habituales de distribución?

—Hemos hablado con algunos de los expertos especializados en este campo —dijo Jellicoe.

—Supongo que están bajo vigilancia. No serán muy comunicativos —dijo Hadleigh.

—No lo son —dijo Jellicoe, pasando a otro tema—. ¿Hay alguna posibilidad de que tu tarjeta de visita haya llegado a manos de otra persona?

Hadleigh se rio: —Bueno, inspector jefe, como siempre he proclamado mi inocencia, creo que es mejor que hable con supuestos que en concreto. Supongamos que el diseño de la tarjeta de visita cayó en manos de otra persona, el cómo es lo de menos ahora. El diseño en sí, que ambos sabemos que nunca se hizo público, es fácilmente reproducible por cualquier imprenta común.

—Esto, por supuesto, es una conjetura, pero hay muchas maneras de que esto pudiera haber sucedido: una filtración en Scotland Yard es una idea. El impresor original podría haber proporcionado detalles del diseño a un malhechor, otra. Una de las desafortunadas víctimas del malvado Fantasma podría haber hecho lo mismo. Hay muchas maneras de que este ladrón pudiera haber obtenido el diseño de la tarjeta de visita del Fantasma. Pero estoy seguro de que ya ha comenzado las investigaciones en este sentido, inspector jefe.

Jellicoe, con un simple movimiento de cabeza, confirmó la tesis de Hadleigh.

—¿Por qué querría alguien hacerse pasar por el Fantasma? —preguntó Kit.

—Bueno —dijo Hadleigh con una sonrisa—, hipotéticamente, como comprenderás, si yo soy el Fantasma, y esto no es una confesión entonces, se me ocurren varias cosas. En primer lugar, quizá alguien quiera demostrar que el buen inspector jefe atrapó al hombre equivocado. Esto abre un amplio campo de investigación, algunas de las cuales podrían ser embarazosas para mi viejo amigo, Jellicoe. Alternativamente, podría ser algún fantasioso. Imagino que se trataría

de un tipo bastante peligroso, ya que ¿quién sabe adónde puede llevar tal fantasía?

Mientras Hadleigh hablaba, Kit se encontró luchando con la abrumadora certeza de que sus caminos se habían cruzado. De vez en cuando, Hadleigh le lanzaba una mirada que confirmaba su sospecha. Pero ¿dónde? ¿Y cuándo? La sensación era casi insoportable.

—Puede parecer una pregunta extraña, pero ¿nos conocemos, señor Hadleigh? —preguntó Kit, incapaz de reprimir la pregunta por más tiempo.

Hadleigh se rio: —Si recuerdas, fui bastante famoso, o infame, en un momento dado, gracias a los esfuerzos del inspector jefe.

Kit reconoció que ésa era una posible respuesta, pero también intuyó que Hadleigh había evitado hábilmente una respuesta directa. En lugar de seguir pensando en ello, Kit, con cierto grado de exasperación consigo mismo, lo dejó pasar y permitió que Jellicoe continuara la entrevista.

—¿Qué opinas de la existencia de ese Fantasma?

—Bueno, si es un impostor, imagino que el verdadero Fantasma se sentiría halagado por la imitación y bastante satisfecho de que otro pudiera cargar con la culpa de sus crímenes. ¿No crees, sargento?

Ryan miró sorprendido a Hadleigh. Hasta ese momento, Ryan había estado sorprendentemente callado. Kit no estaba seguro de si Hadleigh estaba siendo cortés y lo estaba incluyendo en la conversación o tenía otro motivo. La expresión de Jellicoe le hizo pensar lo mismo.

—Quizá al verdadero Fantasma le preocupe que un impostor pueda hacer algo para empañar su reputación —dijo Ryan. Kit asintió a Jellicoe, mientras Hadleigh se echaba a reír.

—*Touché*, joven —respondió Hadleigh. A Kit le pareció que Hadleigh lo decía casi con alivio. Era otra cosa sobre la que reflexionar. Jellicoe miró a Ryan sin decir nada, pero su brillo era inconfundible.

Quedó claro que la reunión estaba terminando. Jellicoe se levantó y llamó a la puerta, que fue abierta por un guardia. Hadleigh y Jellicoe se despidieron afectuosamente, sin disimular la consideración mutua. Kit miró atentamente a Ryan y Hadleigh mientras se daban la mano. La impresión que se llevó Kit fue la de dos hombres que se evaluaban mutuamente y, en general, les gustaba lo que veían. Kit no estaba seguro de que Jellicoe hubiera captado el trasfondo. Decidió que lo comprobaría más tarde.

Fuera de la celda, los tres hombres caminaban por el pasillo con Brickhill, que había vuelto a recogerlos.

—¿Qué piensas de Hadleigh, lord Aston?

—Fascinante. Un hombre muy carismático. Hay mucho que pensar de esa reunión.

—En efecto —dijo Jellicoe mirando a Kit de cerca.

—Un *cliché*, lo sé, pero sabe más de lo que dice —continuó Kit.

—Sí —asintió Jellicoe—, yo también tuve esa sensación. Por cierto, ¿por qué creías que os conocíais de antes?

—No sé por qué, inspector jefe, pero fue una sensación muy fuerte.

Jellicoe asintió y, volviéndose hacia Brickhill, preguntó: —¿Es posible ver al otro prisionero?

—Por supuesto, sígame —respondió Brickhill.

Los cuatro hombres llegaron al final del pasillo y descendieron un tramo de escaleras hasta un corredor del sótano. Kit sintió un cosquilleo en los sentidos. No estaba seguro de si era excitación, ira o miedo.

El pasillo era idéntico al de arriba. El grupo se acercó a la primera puerta y el guardia la golpeó. Las llaves repiquetearon ruidosamente contra la puerta. Por fin se abrió y Kit miró dentro y vio un tipo de celda muy diferente. Era pequeña, no había ventana, solo una luz desnuda. Había un hombre tumbado en la cama. Se dio la vuelta cuando entraron los dos detectives y Kit.

Kit tardó unos instantes en darse cuenta de quién era aquel hombre. Entonces cayó en quien era. Estaba mirando la cara de Leonid Daniels.

Capítulo 9

Judson Fish llevaba con Agatha más tiempo del que ninguno de los dos recordaba. Lo había heredado por matrimonio, tras su unión con el difunto Eustace Frost.

Lord Frost había fallecido en 1911 en Agadir. Frost, diplomático de toda la vida, había pasado muchos años en diversos puestos de Oriente Próximo y el norte de África, llegando a Marruecos días antes de la primera crisis alemana. Creía, con razón, que este acontecimiento anunciaba el nacimiento de una nueva fase del expansionismo alemán y que la guerra era inevitable. Convencido de que la cañonera alemana que había entrado en el puerto de Agadir, mientras él y Agatha hacían una breve pausa en su trabajo en la embajada, era la primera fase de su largamente predicha guerra, desgraciadamente resultó ser demasiado para una constitución que había pasado décadas aumentando con alimentos pocos saludables y botellas de brandy.

Agatha regresó con Fish a Inglaterra y se instaló en Grosvenor Square, donde habían residido estos últimos nueve años. Afortunadamente, su señoría, aunque no necesariamente dotada de la personalidad más fácil, era por lo menos poco exigente. Tenía pocos parientes y aún menos amigos. Rara vez se entretenía, se iba de vacaciones a menudo y limitaba sus intereses a intervenciones ocasionales y bastante devastadoras en los asuntos de su familia. En el caso de su hermano y padre de Kit, Lancelot Aston, asuntos era sin duda la palabra clave.

La falta de trabajo real en la casa fomentaba en Fish un cierto letargo rayano en la indolencia. Eso y el hecho de que era aún más anciano que la dueña de la casa se combinaban para crear cierto resentimiento cuando se le pedía que ejecutara las pocas tareas que le quedaban. Como abandonar su cómodo asiento en la cocina para atender el teléfono en el piso de arriba.

Aquella mañana, el teléfono sonaba con insistencia. Supuso que era alguien que conocía a Agatha, ya que sonó durante un tiempo excesivo. La persona que llamaba comprendió claramente que ya no era el ágil atleta de antaño y que su llegada al teléfono se mediría en minutos y no en segundos.

El aparato no era de su agrado. El estridente timbre del reproductor infernal siempre producía un sentimiento de hundimiento en el corazón del estimable mayordomo. Ello se debía a que, al igual que la

mayoría de las personas de cierta edad, la nueva tecnología sacaba a relucir el obsoleto que llevaba en el interior. Odiaba aquel artilugio y maldijo el día en que aquella demoníaca mujer Simpson convenció a Agatha para que introdujera el diabólico aparato en su casa.

—Residencia de lady Frost. Señorita Simpson, qué alegría saber de usted. Otra vez. Lady Frost está almorzando. Le informaré inmediatamente. Un momento.

Fish colgó el auricular y se dirigió al comedor. Un minuto después, Agatha llegó al teléfono.

—Hola, Betty, ¿qué noticias hay?

Durante el minuto siguiente, Agatha escuchó y luego dijo: —Se lo haré saber a Mary y luego planearemos nuestros próximos pasos. Buen trabajo, Betty.

Tras colgar el teléfono, Agatha se dirigió al comedor para comunicar a Mary las noticias de su amiga.

—Betty ha conseguido localizar a Caroline Hadleigh —dijo Agatha entusiasmada a Mary, que estaba comiendo una tostada.

—Son buenas noticias. No creo que a la policía le guste especialmente la idea de que visitemos a la señorita Hadleigh, pero no hay razón para que...

—No podamos seguirla —terminó Agatha—. Pienso lo mismo. Déjame escribir la dirección antes de que se me olvide.

Durante los siguientes minutos, las dos damas esbozaron un plan de acción.

—Entonces, estamos de acuerdo. Alfred te llevará a Eaton Square mañana y puedes seguirla a pie. Alfred puede mantenerse en contacto contigo a distancia. ¿Tenías algo planeado con Christopher para mañana?

—Habíamos planeado ir a la Royal Academy y luego almorzar en el Ritz —dijo Mary.

—Bien, querida, te sugiero que reorganices eso. Cíñete al almuerzo, pero sugiere visitar la Royal Academy por la tarde. Te necesitamos por la mañana. Dile a Christopher que vas a conocer a Betty. Esto será cierto, por supuesto. Y hoy, ¿cuándo vendrá?

—Dijo que vendría a verme a última hora de la tarde, probablemente. Sugeriré que cenemos juntos aquí en lugar de salir.

—Buena idea. Podemos sonsacarle información sobre los eventos de hoy —respondió Agatha, con los ojos llenos de vida. Casi pateaba el suelo de la emoción.

Mary sonrió a la anciana. Cuando Esther se fue a pasar una semana con Richard a la casa de sus padres, Mary estaba preocupada por cómo serían las cosas en la infame casa de la tía Agatha de Kit sin su cómplice. El repentino giro de los acontecimientos estaba demostrando que no hay mal que por bien no venga.

La idea de que la vida en Londres cuando Kit no estuviera cerca resultaría más emocionante de lo que podría haber imaginado. También la hizo sentirse positivamente más alegre. La oportunidad de demostrar sus habilidades como detective en una etapa tan temprana, era un marcador que quería establecer para su futuro juntos. En general, esto está saliendo bastante bien, reflexionó. Sin embargo, ya fuera por la curiosidad sobre el encuentro de Kit con Scotland Yard y el Fantasma mismo, o simplemente por la perspectiva de volver a verlo, Mary se sentía emocionada por la noche que se avecinaba.

*

Leon Daniels era tan grande como Kit recordaba, pero su apariencia había cambiado drásticamente en las pocas semanas desde que Kit lo había visto por última vez. Sus ojos eran negros. Había cortes alrededor de ambos ojos y su cara. Aunque Kit sentía poca simpatía por el hombre, después de todo era un asesino a sangre fría, estaba horrorizado por la vista. Sin embargo, reconoció que este tratamiento era probablemente inevitable tanto como retribución como táctica para obtener información. Kit cuestionó la utilidad de este último y la moralidad del primero.

Una mirada a Jellicoe confirmó en la mente de Kit que el inspector jefe no estaba más cómodo con el trato dado a Daniels que él. Kit se preguntó si Jellicoe apoyaba o no la pena de muerte. Sin embargo, había pocas dudas de que Leon Daniels estaba destinado a la soga del verdugo.

Daniels reconoció a Kit y Jellicoe de inmediato. Agonizaba. Su cuerpo había sido golpeado severamente y su cabeza rabiaba de dolor. Él asintió con la cabeza y sonrió sombríamente.

—Señor Daniels —dijo Jellicoe—, tal vez deberíamos sentarnos — para disgusto de Brickhill y sorpresa no disimulada de Kit.

Daniels asintió agradecido. Era demasiado doloroso estar de pie.

—No te preguntaré cómo te tratan —continuó Jellicoe, claramente descontento por lo que estaba viendo, e igualmente decidido a transmitir un mensaje a Brickhill—. Asumiré que no ha proporcionado la información solicitada.

Daniels levantó una ceja, pero permaneció en silencio.

—Sin duda recordará a lord Aston.

Daniels miró a Kit. No había ni odio ni resentimiento en esta mirada. Kit se dio cuenta de que Daniels aceptó su destino. Él era un soldado. Tomaba órdenes. Estas órdenes requerían que matara. Implícito en el acto de matar está el riesgo en el momento, o en algún momento en el futuro de que tu vida también esté en peligro de manera similar. Ese momento había llegado.

Una vez más, Kit reflexionó sobre sus propias acciones durante la guerra. Había matado hombres. Había ordenado a los hombres que

mataran. La diferencia es que él creía, esperaba, estaba en el contexto. Esos mismos hombres estaban tratando de matarlo; estaban tratando de matar a sus compañeros soldados; eran invasores. Las víctimas de Daniels eran, en este sentido, inocentes. Sin embargo, por asqueado que estaba al ver la condición de Daniels, el hombre no merecía clemencia.

Kit asintió a Daniels y luego, para su propia sorpresa, se dirigió a él.

—Entiendo que hablas bien el inglés. —Esto no provocó ninguna reacción de Daniels aparte de seguir mirando a Kit. —Supongo que te has enterado de que estabas recibiendo órdenes de dos ex miembros del servicio secreto británico, uno de los cuales, Kopel, se había vuelto rebelde.

Por primera vez, Daniels reconoció lo que se decía. Hizo un breve asentimiento.

—El hombre que conociste como Kopel es, de hecho, lord Olly Lake. Él era un amigo mío. Éramos compañeros del colegio. Crecimos juntos. Ahora es un enemigo mío. Un enemigo tuyo también. De tu país. Te das cuenta de esto, ¿no?

Silencio. No hubo reacción de Daniels a esto. Kit volvió a mirar a Daniels. Parecía que no había nadie más en la celda. El único sonido que se escuchaba era la respiración dificultosa de Daniels.

Kit metió la mano dentro de su abrigo en el bolsillo del pecho y sacó una cartera. Lo abrió y extrajo una pequeña fotografía que le entregó a Daniels. El gran ruso miró de Kit a la fotografía.

—¿Qué ves? —preguntó Kit.

Daniels acercó la fotografía a sus ojos. La movió un poco hacia atrás para que sus ojos pudieran enfocar mejor la imagen. La fotografía mostraba a cuatro niños; todos tenían alrededor de diez años. También había un hombre en la foto. Estaban sentados junto a un estanque. Uno de los niños estaba sosteniendo un juguete. Era un velero de tres mástiles. El niño se parecía al hombre que tenía delante en la celda. Al lado de este chico, estaba inconfundiblemente la figura sonriente de un joven Kopel. Daniels le devolvió la fotografía a Kit, quien la metió en su billetera y la devolvió dentro del bolsillo.

—Entiendes, ¿no? Él te usó. Te ordenó asesinar a personas inocentes. Gente inocente, señor Daniels —repitió Kit con más fuerza. Kit sabía que había dado en el clavo. Siguió hablando: —Eras un soldado. Seguiste órdenes. Pero estas órdenes no fueron promulgadas en nombre de tu país. Fueron promulgadas en nombre de una organización que desea socavar tu país y el mío. Son anarquistas. No sabemos cuál es su objetivo, pero son malvados y deben ser detenidos.

Kit quería pedir la ayuda de Daniels. Pero ¿cómo podría? Mirar el rostro maltrecho del ruso y pedirle que ayudara a las personas que lo

habían torturado hubiera parecido una broma de mal gusto. Un acto de hipocresía. Se dio cuenta de que la insensatez de la tortura radica no solo en su ilegalidad o incluso en su inmoralidad, simplemente en su ineficacia. Quizás Daniels podría haber ayudado al Servicio Especial de Inteligencia a encontrar a Olly. Pero ese barco había zarpado hace mucho tiempo.

No hubo despedida. Daniels permaneció poco comunicativo. Fuera de la celda, Jellicoe miró a Brickhill.

—¿Era necesario tanta violencia?

Brickhill sonrió con crueldad y respondió: —Órdenes, viejo amigo. Órdenes.

Harry Miller abrió la puerta del pasajero mientras el grupo, despedido por Hastings, regresaba al coche. Estaba claro que Jellicoe estaba enojado y Hastings, sintiendo una atmósfera, no prolongó la despedida con ninguna charla innecesaria.

Dentro del auto, Kit miró a Jellicoe y dijo: —No me gusta lo que le pasó a Daniels más que a ti, inspector jefe, pero pareces particularmente enojado.

Jellicoe guardó silencio por un momento y luego respondió: —Dejando de lado los principios, el hecho es que Daniels puede ser un asesino, pero solo lo hizo porque se lo ordenaron. Tuvo la oportunidad de matarme, pero decidió no hacerlo.

—Estaba rodeado. ¿Seguro que sabía que lo matarían?

—No y sí. He pensado mucho en ese momento, como puedes imaginar. Había varios hombres conmigo; cuatro estaban armados. Fácilmente podría haber llevado a un par de nosotros con él. Eligió detener la matanza. Curiosamente, si lo piensas bien, me salvó la vida.

Kit sonrió y estuvo de acuerdo: —Bueno, de una manera extraña, supongo que tienes razón.

*

Sally Ryan se sentó en la estancia delantera de la casa. En una mesa frente a ella había una pila de abrigos, pantalones, faldas y calcetines variados. Le dolían los dedos después de una mañana cosiendo ropa de mala calidad que se estaba desmoronando. A pesar del dolor sordo, le gustaba el trabajo. Era mecánico, lo que significaba que no tenía que pensar en ello. En cambio, su mente comenzó a divagar. Soñar.

El sonido de las llaves en la puerta la hizo sobresaltarse. Luego vio entrar a su esposo. Joe Ryan miró a Sally y vio que el miedo descendía sobre ella, eliminando el color de sus mejillas y la fuerza vital de su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con lágrimas en los ojos.

Joe se acercó a ella, se sentó y la abrazó. Afuera, el sonido de la lluvia comenzó a golpear más fuerte en la calle y las ventanas.

—Me despidieron, Sal, pero ya encontré otro trabajo.

—No entiendo —dijo Sally, claramente molesta por la noticia.

Ryan le explicó lo sucedido dejando de lado solo la extorsión de sus nuevos compañeros de trabajo. La noticia fue una bendición a medias, decidieron. Sería doloroso no tener a su esposo cerca por las tardes con los dos niños, pero ambos reconocieron que trabajar en la fábrica de barnices irritaba los pulmones de Ryan, que ya habían sido dañados por la exposición al gas durante la guerra. El dinero no era muy bueno, pero tenían lo suficiente. Quizás Ryan podría encontrar otro trabajo durante el día.

—¿Cómo está mi chico? —preguntó Ryan.

—Durmiendo. No ha estado tan mal hoy.

Ryan asintió. Fue al dormitorio y abrió la puerta. Acostado en la cama estaba su hijo. Ryan se quedó de pie por unos momentos y escuchó los sonidos laboriosos de la respiración del niño. El silbido revelador del asma grave. Sally se unió a él en la puerta. Se miraron el uno al otro y luego de nuevo al chico. En cierto sentido, su vida era brutalmente simple. Se trataba de supervivencia. Ayudar a Ben a superar estos pocos años y esperar que pudiera superar su enfermedad. Aceptar el trabajo era su única opción.

Ryan se alejó de la habitación y cerró la puerta en silencio. Sostuvo a Sally tanto para consolarse a sí mismo como para consolarla a ella.

—Estaremos bien, Sal. Ya verás.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Sally.

—Sí, Sal. De verdad.

Sally no lo miró, pero él sintió sus lágrimas. Él la abrazó aún más. Tal vez un segundo trabajo fuera la solución. Algo durante el día. Un poco de dinero extra.

Capítulo 10

—Hola, cariño —dijo Kit caminando hacia Mary.

Mary sonrió y se arrodilló para acariciar al perro de Kit, Sam, y respondió: —Hola, cariño, —al *jack russell*.

—¿Sigo castigado? — dijo Kit mirando como Mary acariciaba al perro.

Mary se puso de puntillas y besó a Kit en la mejilla.

—Aún no lo he decidido, lord Aston —dijo Mary mirando a Kit a los ojos. Apartó un cabello del hombro del esmoquin de Kit, luego se arrodilló y recogió al siempre dispuesto Sam.

—Sí, lo estás —dijo Agatha llegando al pasillo—. Creo que tienes mucha cara, jovencito, para dejar atrás a esta pobre joven mientras te dedicas a un nuevo caso.

Kit puso los ojos en blanco y dijo: —No estoy en un caso nuevo, tía Agatha. Mi participación a partir de hoy ha terminado. El inspector jefe Jellicoe es más que capaz de manejar este asunto sin mi ayuda.

—¿Cómo pasaste el día? —preguntó Kit durante la cena.

Mary miró a Agatha antes de decir: —Leímos mucho por la mañana e incluso tratamos de realizar un rompecabezas. Desafortunadamente, faltan algunas piezas.

Este comentario casi hizo que Agatha se ahogara y comenzó a toser. Kit inmediatamente le sirvió un poco de agua y le dio unas suaves palmaditas en la espalda. Agatha rápidamente recuperó el control, pero le dirigió a Mary una mirada que sugería que le advirtiera de antemano si iba a ser sarcástica.

Mary continuó: —Después del almuerzo dimos un paseo por los jardines. Por desgracia, la lluvia interrumpió nuestro paseo, así que regresamos algo desaliñadas a la casa para esperar a mi amo y señor. Tómate un trago. —Mary sirvió un poco de vino en la copa de Kit y lo miró fijamente.

Kit notó el tono sardónico y lo ignoró. Miró el vino y luego dijo: —¿Tratando de aflojar la lengua?

—Dudo que vaya a intentar seducirte en mi casa, Christopher, así que date prisa y cuéntanos qué pasó hoy con la policía —dijo Agatha, con la impaciencia brotando por todos sus poros.

Mary hizo una mueca de tristeza que Agatha no pudo ver, pero Kit interpretó con demasiada esperanza. Como equipo de interrogatorio, presentaron una versión muy eficaz y ciertamente original del poli bueno y el poli malo.

—Muy bien —dijo Kit resignadamente.

El rostro de Mary se iluminó con una sonrisa que hizo que Kit deseara que estuvieran solos, mientras Sam saltaba a una silla para escuchar más. Durante la siguiente hora, Kit revisó, con detalles forenses debido a las preguntas de las dos damas, los eventos del día. Esto incluyó la reunión con Leon Daniels. Sin embargo, se abstuvo de describir el trato de Daniels, en parte por el deseo de proteger a las damas, pero también por su sentimiento de repugnancia y culpa.

La conversación giró hacia los planes para el día siguiente. Mary miró a Agatha, quien levantó la mano para evitar que Mary dijera nada.

—Christopher, ¿te importa si retrasas tu viaje a la Royal Academy? ¿Quizás dejarlo para mañana por la tarde? Betty Simpson vendrá mañana por la mañana. Creo que está deseando conocer a Mary.

Kit miró a Agatha y luego a Mary. Él sonrió y dijo: —Por supuesto. Dale un abrazo a Betty. —El rostro de Mary era difícil de descifrar, pero Kit sintió que algo estaba pasando.

—Excelente. Estoy segura de que Betty y Mary serán grandes amigas —dijo Agatha. Luego, al observar el hecho de que Sam se había colocado sobre las rodillas de Mary, pareció asaltarle otro pensamiento.

—¿Por qué no dejas a Sam aquí? Sabes cuánto le gustan los perros a Betty. Dudo que Sam se queje. Pásame la sal, querida.

En ese momento, Sam estaba casi besuqueándose con Mary. Kit sonrió y sacudió la cabeza fingiendo exasperación con el perrito.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos intercambiar posiciones, Sam? —preguntó Kit. Esto provocó una mirada de reproche de tía Agatha, pero Mary sonrió, abrió mucho los ojos y asintió imperceptiblemente. Cambiando de tema, Kit preguntó: —¿Alguna noticia de los amantes de Sussex?

—Supongo que Esther no se encuentra bien intervino Agatha antes de que Mary pudiera decir algo. Mary se volvió lentamente hacia Agatha; sus ojos se entrecerraron. Sin embargo, Agatha insistió: —Sí, es posible que tenga que ampliar su estancia, entiendo.

—Siento oír eso. ¿Qué ocurre?

Mary sintió ganas de hacer la misma pregunta. Sin embargo, estaba claro que la pregunta estaba dirigida a ella, por lo que se volvió hacia Kit con una sonrisa y dijo: —Estoy segura de que no es nada.

—Esperemos que no —dijo Kit con preocupación.

Sin que Kit lo notara, Mary y Agatha intercambiaron miradas. La anciana se encogió levemente de hombros y continuó con su sopa.

*

La lluvia había amainado cuando Joe Ryan regresó a la fábrica. La oscuridad estaba llegando, arrojando una manta sobre las calles. Esto

hizo poco para mejorar la belleza del entorno, pero aumentó la sensación de inquietud de Ryan mientras caminaba hacia la planta. Soplaba un viento helado del norte. La nieve estaba llegando.

Grupos de hombres salían de las instalaciones. Algunos rezagados, como él, iban en dirección opuesta. Atravesó la misma entrada de antes y se acercó a un grupo de hombres que estaban de pie con Rusk. El grupo se giró para mirar a Ryan, pero no hubo un saludo de bienvenida, por lo que Ryan no hizo nada tampoco. En cambio, se unió con el grupo y esperó.

Durante los siguientes minutos, un par de hombres más se unieron a ellos. Ryan se tranquilizó al ver que su recepción no fue más cálida que la suya. Pronto, Ryan se dio cuenta de que Rusk estaba contando el número de personas. Su boca se torció en una mueca peculiar que Ryan interpretó como una sonrisa.

—Quedaos aquí —ordenó Rusk y se alejó en dirección a la oficina de Johnny Mac. Unos minutos más tarde regresó junto a la imponente figura del hombre de Ulster. El hombre que estaba al lado de Ryan le susurró: —Es grandote, ese.

Ryan asintió, pero no dijo nada.

—¿Eres nuevo aquí? —preguntó el hombre a su lado. Su acento era extraño. Parte británico, parte europeo.

—Sí. ¿Tú?

—Sí —fue la respuesta.

Johnny Mac observó al grupo durante unos momentos y luego se inclinó y le susurró algo a Rusk. Por lo que Ryan pudo ver, el comentario pareció divertir al hombre más bajo. Un rápido escaneo de las caras de los otros hombres sugirió que todos eran como él, nuevos en el trabajo. Eran un grupo rudo, pero, en general, consideró que estaban en el mismo barco que él. Esto fue confirmado unos momentos después.

—Sois muy afortunados de estar aquí. Perdéis un trabajo y luego encontráis uno en un abrir y cerrar de ojos: —dijo Rusk—. Mi nombre es Rusk, pero podéis llamarme «señor». Se rio sin humor de su propia broma. Incluso Johnny Mac no parecía impresionado. Se volvió, miró al gigante que estaba a su lado y se encogió de hombros.

—Soy Johnny. Podéis llamarme como queráis —dijo Johnny Mac. Por primera vez, Ryan notó que dos de sus dientes superiores, a un lado, eran negros. Un negro profundo. Parecía que habían sido pintados en lugar de ser el resultado de una negligencia. Hacía que su apariencia fuera aún más amenazante—. Rusk os mostrará las tareas.

Después de esa breve declaración, se dio la vuelta y se alejó del grupo, dejando a Rusk, que dijo: —Vamos chicos, os mostraré todo.

Durante los quince minutos siguientes, Rusk recorrió la fábrica, explicando el proceso de elaboración de los productos y la función de

cada máquina. Aunque muy diferente de la fábrica de barnices, Ryan comprendió rápidamente que los principios fundamentales eran similares. Una parte de la fábrica elaboraba el producto y otra lo envasaba. Por casualidad o a propósito, Ryan se encontró emparejado con el hombre con el que había hablado brevemente antes. Rusk les asignó la tarea de empaquetar los cigarrillos a medida que salían de la cadena de producción. Cuando Rusk los dejó para ocuparse de los demás hombres, Ryan tendió la mano a su compañero.

—Joe Ryan.

—Abbott, Richard Abbott.

Abbott tenía unos cuarenta años, era medio metro más bajo que Ryan, de piel relativamente oscura y pelo negro azabache. Tenía un acento raro. Miró a Ryan con sus ojos grandes y le explicó un poco su pasado mientras la máquina se ponía en marcha.

—Mi padre era inglés y mi madre austriaca. Crecí en Viena, pero me mudé aquí cuando era joven —dijo Abbott leyendo la mente de Ryan. La conversación se interrumpió cuando la máquina empezó a arrojar cigarrillos a una cinta transportadora. Se miraron y empezaron a trabajar. Ryan tenía la sensación de que a la mañana siguiente le dolerían los brazos.

Ryan y Abbott charlaron de vez en cuando mientras trabajaban. Aprendió más cosas sobre su colega, casi tanto de lo que no decía como de lo que decía. Intuyó que Abbott había coqueteado con el otro lado de la ley y que tal vez había pasado algún tiempo en la cárcel. Estaba claro que no había ido a Francia, pero a Ryan no le interesaba saber por qué. Al menos se evitó el tema de la guerra. Se había acabado. Él estaba aquí. No quería pensar más en ello.

Aparte de un breve descanso para tomar un tentempié, Ryan trabajó casi continuamente con Abbott durante ocho horas. Como había supuesto, le dolían los brazos y las muñecas por el esfuerzo de empaquetar los cigarrillos.

El turno de noche terminó sobre las cuatro de la madrugada. Ryan nunca había sido muy fumador, pero al final de este turno no quería volver a ver un cigarrillo. Los trabajadores formaron una fila que se alejaba cansinamente de las puertas de la fábrica. Abbott siguió el paso de Ryan.

Abbott encendió un cigarrillo y se lo dio a Ryan, luego encendió uno para sí mismo. —Estos aparecieron en mi bolsillo. No sé cómo. — Se rio de su propia broma. Ryan miró el cigarrillo con asco y luego sonrió a Abbott.

—Harto de estas cosas —dijo Ryan devolviéndole el cigarrillo a Abbott. El hombrecillo se encogió de hombros, apagó el cigarrillo y se guardó la colilla en el bolsillo.

—¿Crees que cambiarán a la gente de máquina? No estoy seguro de

poder soportarlo noche tras noche —preguntó Ryan.

En el rostro del hombrecillo había una mirada socarrona. No aumentaba mucho su atractivo. Estaba reflexionando sobre algo. Finalmente, tras mirar a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, contestó: —Lo único que pasa con el lugar donde estamos es que puede tener potencial.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no pueden vigilarnos todo el tiempo. ¿Y si unos pocos cigarrillos llegaran a nuestras manos? Solo unos pocos. No tenemos que ser avariciosos. Estoy seguro de que podríamos ganar un poco de dinero extra, ¿no crees?

Ryan miró a Abbott. Estaba claro que el pequeño anglo austriaco hablaba en serio. No era mala idea. Con un poco cada noche se podría ganar bastante. Si mantenían el ingenio, claro. No había habido registros cuando salieron de la fábrica.

—¿Qué te parece? —insistió Abbott.

Ryan pensó en su hermano, un policía. No solo policía, sino alguien que progresaba rápidamente en el cuerpo. ¿Qué pensaría él? Esto solo sería un problema si les pillaban. ¿Merecía la pena el riesgo? Entonces pensó en su niño Ben.

—Sí, me parece una buena idea —respondió Ryan, asintiendo con la cabeza.

Se miraron y se dieron la mano.

Capítulo 11

13 de febrero de 1920: Londres

El golpeteo de la lluvia en la ventana despertó a Mary. Esperaba que su primera inmersión en el mundo de la vigilancia se viera facilitada por un tiempo benigno. Los dioses de la detección encubierta no iban a estar con ella esta mañana. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Eran casi las cinco de la mañana. Las luces de la calle bailaban sobre el pavimento mojado. Sí, tal vez el trabajo de detective no iba a ser tan glamuroso como se había imaginado. Sam roncaba suavemente en la cama. Se acercó al pequeño terrier y le acarició suavemente detrás de la oreja.

—Despierta, despierta. Tienes trabajo que hacer esta mañana.

Sam siguió roncando.

—Hombres —dijo Mary desdeñosamente, dirigiéndose al cuarto de baño—, sois todos iguales.

Veinte minutos más tarde, la tía Agatha y el chófer, Alfred, la esperaban abajo. Ni Mary ni Alfred estaban especialmente animados, pero Agatha estaba de buen humor. Mary rechazó la sugerencia de desayunar. Alfred tenía, como siempre, aspecto de haber desayunado por tres. Sam se había despertado por fin y estaba deseando que le dieran de comer.

—Bueno, pues vamos a despedirnos —dijo Agatha, deseosa de que todo el mundo se pusiera en camino y de volver a la cama.

Mary y Sam siguieron a Alfred hasta el Rolls.

—No es el coche más discreto —dijo Mary sardónicamente—. ¿Sabes a dónde vamos?

—Sí, señora —respondió Alfred, abriéndole la puerta a Mary.

El trayecto hasta Eaton Square se completó en cuestión de minutos, tal era el extraño vacío de las calles londinenses. A sugerencia de Mary, Alfred aparcó el coche junto a un gran Bentley. Esto les proporcionó una vista despejada de la calle y de la puerta principal de la casa de Caroline Hadleigh, con la ventaja añadida de no parecer totalmente fuera de lugar.

Eran casi las seis y aún era de noche. Sam se sentó alegremente en el regazo de Mary mientras esperaban. En algún momento pasó un policía y se detuvo a mirar el coche. Golpeó la ventanilla de Alfred.

—¿Todo bien? —preguntó mirando a Sam y Mary en la parte de atrás.

—Sí, señor —respondió Mary—. Estoy esperando a que deje de llover para sacar a pasear a mi perro.

—Muy bien, señora. Hace una mañana horrible. —El policía pareció satisfecho con esta explicación y siguió su camino.

Alfred miró a Mary por el espejo, algo que había hecho durante gran parte del viaje, para diversión de ella.

—Bien pensado, señora.

—Gracias. Estaba siendo sincera. Qué día tan horrible —respondió Mary mirando la lluvia que caía sin cesar sobre la acera. Por norma general, le encantaba el sonido de la lluvia. Era extrañamente terapéutico. Sin embargo, la perspectiva de tener que salir cuando estaba tan mal era tan atractiva como una visita al dentista.

A lo lejos, las estruendosas campanadas del Big Ben indicaban que eran las seis de la mañana. Mary se preguntaba ociosamente cómo hacía la gente que vivía cerca del reloj para soportar aquel sonido tan bestial.

Y así, esperaron. Y esperaron un poco más. Sam volvió a dormirse. Mary lo miraba con envidia. Empezaba a preocuparse de que este juego de detectives no fuera como ella se lo había imaginado. Seguir la pista de criminales maestros, notables saltos de la imaginación para conectar lo aparentemente inconexo y emocionantes tiroteos parecían estar a un millón de kilómetros de lo que ella estaba haciendo en ese momento.

A las siete, el Big Ben despertó a Sam, que miró confuso a su alrededor y empezó a ladrar antes de acordarse de su atractiva compañera y ponerse sobre su regazo acercando la cara a la de ella, tal vez como penitencia por su reacción exagerada.

—Señora, la puerta se está abriendo —dijo Alfred, señalando hacia la casa en observación.

Mary apartó la mirada de Sam. Una mujer joven salió de la casa vestida con un impermeable largo de color marrón claro y zapatos planos. Llevaba un pañuelo en la cabeza, pero no se la podía confundir con alguien mayor. Tenía poco más de veinte años y era muy atractiva incluso a cincuenta metros de distancia. Un mechón de pelo rubio caía por delante del pañuelo. No había duda, era Caroline Hadleigh. Bajó los escalones y se alejó del coche aparcado.

—¿Qué debo hacer, señora? —preguntó Alfred.

—Déjela caminar hasta el final de la calle. Si se da la vuelta, conduzca hacia delante, pero manténgase fuera de su vista.

Ambos esperaron y observaron a Caroline caminar en línea recta. Mary dijo: —Puede que vaya en dirección a Sloane Square. Cuando llegue a la siguiente calle, avanza y aparca cerca de donde está ahora. Llevaré a Sam a dar un paseo. Hay unos cuantos cafés pequeños más adelante. No podemos arriesgarnos a perderla.

—Muy bien —respondió Alfred, y pronto avanzaron en dirección a Sloane Square. Se detuvieron en el punto que Mary había sugerido y ella bajó del coche con Sam.

Ya había dejado de llover, pero Mary se alegró de llevar su grueso abrigo. Hacía mucho frío. Sam llevaba un elegante abrigo de tweed, pero aun así parecía reacio a caminar en el aire decididamente gélido.

—Eres un poco vago, ¿verdad? —se rio Mary. Sam pareció refunfuñar en respuesta—. Sería diferente si tuviera orejeras para perros, milady.

Más adelante, Caroline Hadleigh había aminorado la marcha al pasar junto a unas tiendas. Mary controló su paso y se agachó un par de veces para acariciar a Sam. De hecho, Mary agradecía ahora que Sam fuera un poco perezoso. Intentar sujetarlo si se hubiera adelantado habría supuesto algún que otro problema.

Su objetivo estaba de nuevo en movimiento y se dirigía, como Mary había supuesto, hacia Sloane Square. Finalmente, pareció llegar a su destino, que era una gran cafetería que Mary reconoció. Mary pasó por delante del café y vio que estaba bastante lleno. Esto le dificultó la entrada, ya que llevaba a Sam y no estaba claro si se permitían perros. Mary se volvió y vio que Alfred estaba un poco retrasado, atrapado en un atasco. Era un dilema.

Mary cruzó la carretera para evitar ser vista. Desde esta posición podía seguir las idas y venidas del café. Mientras tanto, Alfred se acercaba poco a poco. Frustrantemente, era difícil ver a Caroline debido a los clientes sentados junto a la ventana. Otra mirada hacia el coche. Todavía estaba demasiado lejos para poder depositar a Sam. Una o dos personas se marchaban ahora. Ninguna Caroline Hadleigh.

Finalmente, el coche de Alfred estaba en un punto en el que Mary podía acercarse y dejar a Sam sin perder de vista la cafetería. Atrajo la atención de Alfred y le hizo señas para que se detuviera. Recogió a Sam y corrió entre los coches hasta Alfred.

Abrió la puerta trasera del pasajero, colocó a Sam detrás y le indicó a Alfred que esperara. Cerró la puerta, se dirigió rápidamente a la cafetería y entró.

No había ni rastro de Caroline Hadleigh.

Mary se sorprendió. Luego pensó que tal vez había ido al baño. Llamó la atención de una camarera, pidió un té y le explicó que necesitaba ir al guardarropa.

De camino hacia allí, un par de mujeres pasaron por delante de ella, pero ninguna era de su interés. Una vez dentro del cuarto de baño, cayó en la cuenta de un hecho alarmante. Caroline Hadleigh no estaba allí. Le había dado esquinazo a Mary.

*

Agatha y Betty se miraron y luego volvieron a mirar a Mary. La tía

de Kit hizo las tres preguntas que todos tenían en mente.

—¿Cómo lo hizo? Y lo que es más importante, ¿por qué? ¿Era consciente de que la seguían?

—¿No hay ninguna posibilidad de que no la vieras cuando estabas metiendo a Sam en el coche? —añadió Betty.

—Ninguna. Mis ojos apenas se apartaron de la cafetería por un segundo. Además, ¿adónde habría ido si no era calle abajo? Habría sido imposible no verla.

—¿Llevaba un bolso grande? —preguntó Agatha.

—Sí, me lo pregunté después. Podía llevar una muda de ropa, porque era un bolso bastante grande.

—Esto es muy interesante —dijo Agatha—, y definitivamente le da un matiz al caso.

Los ojos de Betty se iluminaron y dijo: —Bueno, en ese caso puede que tenga algo más que os interese. Investigué un poco sobre la señorita Hadleigh y me enteré por un conocido que fue expulsada de una de sus escuelas cuando era adolescente.

—¿Sabes por qué? —preguntó Agatha.

La sonrisa de Betty se ensanchó y se inclinó hacia delante: —Robo.

La sala quedó en silencio mientras las tres damas consideraban las implicaciones de la revelación de Betty. Finalmente, Agatha dio voz al pensamiento compartido por todas.

—¿Una cleptómana?

—Muy posiblemente —respondió Betty—. Ahora, habiendo oído lo de la señorita Hadleigh esta mañana, creo que tenemos pruebas suficientes para continuar nuestra vigilancia.

—Pero ¿cómo? —preguntó Mary.

—Tengo una idea —respondió Betty.

—Adelante —dijeron las otras dos damas al unísono.

—Tú y yo volveremos a Eaton Square, Agatha, y pasaremos allí el resto de la tarde para esperar el regreso de la señorita Hadleigh.

Agatha miró a Mary y dijo: —Buena idea, pero ¿cómo iremos allí y dónde esperaremos? Necesitaremos el coche y Alfred se ha ido a su estudio de cine. ¿Cuál es tu opinión querida? A mí no me apetece quedarme fuera con el frío que hace. Aparte de esto, parecería una actitud extraña.

—Yo sé conducir —sugirió Betty alegremente—. He conducido coches antes.

—Gracias, querida, pero un Rolls Royce no es un coche cualquiera —señaló Agatha—. Incluso yo desconfío de conducirlo.

—Mary sonrió a las dos ancianas taxistas, pero también se sintió orgullosa de ellas.

—¡Qué va! Estoy segura de que nos las arreglaremos —replicó Betty, ajena al indisimulado escepticismo de sus dos compañeras.

—¿Qué hago mientras tanto? —preguntó Mary, sin saber si divertirse o alarmarse ante la perspectiva de la anciana Betty sorteando el tráfico londinense en un Rolls Royce.

—Continuar con tus planes con Christopher por el momento. No tiene sentido levantar sospechas. Tu prometido, a diferencia de la mayoría de los hombres, no es tonto.

*

El comedor del Ritz bullía de actividad. Alrededor de Kit y Mary, el personal de servicio laboraba con eficiencia. Gente rica comiendo comida exquisita en un entorno suntuoso.

—¿Estás segura de que no quieres un postre? —preguntó Kit mirando hacia el espacio de la mesa donde debería haber estado el dulce de Mary.

—¿Quieres que me parezca a una de esas damas que, a Rubens, o a sus discípulos, les gustaba pintar?

—No, me gustas como eres. Tu disciplina es digna de admiración. De hecho, estoy deseando pasar muchas horas felices admirando los resultados de tu disciplina —dijo Kit comiendo su postre con fruición. Esto fue demasiado para la guerrera espartana que tenía delante, que hábilmente quitó la cuchara de la mano de Kit y probó un poco para sí misma.

—No está mal —dijo Mary, devolviéndole la cuchara y limpiándose un poco de crema de la boca con el dedo de una forma que hizo que Kit se planteara seriamente reservar una habitación allí mismo.

Pasada la momentánea y dichosa distracción, Kit preguntó a Mary: —¿Qué tal si hoy nos saltamos la Royal Academy y vamos en dirección a Whitehall?

Mary se animó ante la idea: —La Conferencia de Londres. ¿Podemos entrar?

—Podríamos ver algo supongo. Aunque dudo que nos dejen entrar en las salas del comité.

Miller recogió a la pareja en Piccadilly y Kit le informó del cambio de planes.

—Muy bien, señor.

Unos minutos más tarde, Miller les dejó en Whitehall. Se dirigieron a un edificio donde había una pequeña multitud. Fuera del edificio había policías vigilando a los distintos grupos. Un grupo de hombres y mujeres llevaban pancartas en las que pedían la independencia kurda. Un pequeño grupo cercano llevaba pancartas similares relacionadas con una patria judía. Hombres de traje oscuro de distintas nacionalidades entraban y salían del edificio directamente a los coches que les esperaban. El nivel de seguridad parecía algo desproporcionado en relación con la amenaza sugería Mary. Kit sonrió; los últimos acontecimientos le habían demostrado que el

peligro podía venir de los lugares menos esperados.

—¿No es ese de la entrada tu amigo Spunky? —dijo Mary señalando hacia el edificio.

—Por Dios. Así es —dijo Kit riendo. Empezó a saludar con la esperanza de llamar la atención de Spunky. Al final, Mary se acercó a un policía y le señaló a Spunky. El policía obedeció encantado y se acercó al amigo de Kit.

—Estaba a punto de hacerlo —dijo Kit.

—Sí, pensé en ahorrarte la molestia —contestó Mary con ironía.

Spunky llegó con cara de felicidad. El amigo de Kit era alto y ciertamente llamativo, con un parche en un ojo, cortesía de la guerra, y un monóculo en el otro. Sus rasgos se completaban con un bigote fino como un lápiz que le daba un aspecto apuesto, ridículo y bandido a la vez. No es que a Spunky le importara lo más mínimo.

—Hombre, sabueso, esto es un golpe de suerte. Quería hablar contigo. Mary, qué alegría verte —dijo Spunky—, ¿puedo besar a la futura esposa?

—Puedes y de paso deberías decirle a tu amigo que se dé prisa antes de que me convierta en una solterona: —señaló Mary mientras Spunky, sin esperar respuesta, le plantaba besos en ambas mejillas, al estilo continental.

—¿Van a dejar entrar al público? —preguntó Kit.

—Claro que no —respondió Spunky—. Vayamos por aquí. — Spunky condujo a la pareja hasta el mismo policía que había ayudado a Mary y le dirigió unas palabras. Unos instantes después, Kit y Mary habían atravesado el cordón policial y se encontraban en la escalinata del edificio.

—No tengo mucho tiempo, Kit. ¿Estás libre mañana por la mañana para ir a Holland Park?

Kit miró a Mary, que sonrió y asintió. Esto sorprendió a Kit, pero Mary se limitó a encogerse de hombros inocentemente. Los pensamientos de Kit sobre por qué Mary estaba siendo tan razonable se vieron interrumpidos por un alboroto detrás de ellos. George Curzon, primer conde Curzon de Kedleston, antiguo virrey de la India y ahora ministro de asuntos exteriores del gobierno de Su Majestad, bajaba la escalinata con la cara furiosa y un policía a su espalda. Se detuvo brevemente al ver a Kit, pero se lo pensó mejor y siguió caminando.

Mary miró a Kit, frunciendo el ceño: —¿Se te ha olvidado decirme algo más?

—Sí, se me olvidó —admitió Kit, sonriendo tímidamente como un colegial al que han pillado con las manos en la masa en la tienda de golosinas. Cambiando de tema, se volvió hacia Spunky y le dijo: — ¿Por qué estás aquí? Creía que dejabas el espionaje para los

trabajadores.

—Lo hago, querido amigo, lo hago. Pero como está en la puerta de mi casa, pensé que podría pasarme y ver si podía recoger algunas cosillas útiles. —Spunky tenía un genio para la logística y era capaz de convertir una charla sobre aparatos en un análisis detallado de la economía militar-industrial. Su interés por obtener esta información de fuentes primarias era limitado. Prefería analizar la información obtenida por otros.

Kit sonrió a su amigo. La sonrisa, observó Mary, parecía más simpática que burlona. Un momento después, la enigmática pregunta de Kit lo confirmó.

—¿Has visto a algunos amigos franceses?

La cara de Spunky pareció un poco apenada por un momento, —No. Lamentablemente, no hemos visto a ninguno. Mary lo guardó para investigarlo más tarde. Sin embargo, donde una puerta se cierra otra se abre, por así decirlo. Últimamente me he levantado mucho al alba —continuó Spunky, mirando directamente a Kit.

Mary detectó el rastro de una sonrisa, o al menos un intento de ocultarla, en el rostro de Kit. Otra pregunta se dirigía hacia su futuro marido. Un par de minutos después, Spunky tuvo que marcharse. Kit y Mary se despidieron y bajaron los escalones.

—¿A qué se refería tu amigo con lo del alba, por cierto? —preguntó Mary.

—¿Paseos matutinos? —respondió Kit a su pregunta, caminando unos metros delante de Mary.

Mary aceleró el paso para ponerse a su lado.

—Mírame a los ojos, lord Aston, y dímelo —dijo Mary riendo. Kit también se estaba riendo.

Capítulo 12

14 de febrero de 1920: Londres

Mary se despertó gimiendo cuando la alarma de las cinco le sacó de la cabeza un sueño bastante placentero que involucraba a Kit, una batea y un lugar apartado debajo de un sauce en un momento inoportuno de la narración. Caminó a ciegas al baño murmurando palabras que eran propias de una dama cuando los hombres no estaban presentes para declararlas poco femeninas.

Alfred apareció abajo veinte minutos más tarde con una pinta, si fuera posible, aún más cansada. Agatha era la irritación personificada en una horrible bata de retazos y una redecilla para el cabello.

—Vamos, pues, a la obra —la instó Agatha cuando vio que Mary bajaba las escaleras.

Agatha y Betty informaron la noche anterior que Caroline Hadleigh había regresado alrededor de las cuatro de la tarde anterior, llevando lo que acordaron que era una bolsa lo suficientemente grande como para contener una muda de ropa. Ambas habían salido ilesas de su misión de reconocimiento, fortalecidas por lo que Mary sospechaba que era una cantidad significativa de ginebra.

—Eres más que bienvenida a ir en mi lugar —dijo Mary, frotándose los ojos.

—No hay tiempo para charlas infantiles —respondió Agatha—. Empezad ahora.

Agatha empujó a Mary y Alfred fuera de la casa antes de cerrar la puerta, sacudiendo la cabeza y diciendo: «Jóvenes».

En ese momento, apareció Fish, también en bata.

—Ah Fish —dijo Agatha—. Una taza de té sería maravilloso.

—Muy bien, milady —respondió el anciano con todo el ánimo que pudo encontrar.

*

En vez de quedarse demasiado tiempo en el mismo lugar, como habían hecho la mañana anterior, Mary le ordenó a Alfred que se estacionara en un sitio diferente, confiada en que Caroline probablemente seguiría una ruta similar. Alrededor de las seis y media, una figura salió de la puerta principal. Mary usó sus binoculares de ópera para confirmar que era Caroline Hadleigh. Como era de esperar, Caroline se dirigió hacia Sloane Square. Esta vez, sin embargo, llevaba una pequeña maleta en lugar de un bolso.

Mary la siguió en el auto, y solo salió cuando se acercaron al mismo café. La mañana era muy fría, pero libre de lluvia. Corriendo el riesgo, Mary siguió justo detrás de Caroline y se sentó de espaldas a su presa. Siguiendo una sugerencia de Betty, Mary llevaba un par de anteojos y una boina. En lo que respecta a los disfraces, estaba a un paso de una nariz y un bigote falsos, pero no había tenido tiempo para nada más elaborado.

Escuchó a Caroline pedir té con tostadas. Cuando llegó la camarera, Mary hizo lo mismo. El pedido llegó rápido, ya que la cafetería aún no estaba muy llena. Mary pudo vigilar a Caroline usando el reflejo del frente de vidrio. Ahora había más luz fuera. Se confirmó su primera impresión de Caroline como muy atractiva y de una edad similar a la suya.

Cuando Caroline terminó su desayuno, se levantó y fue al mostrador a pagar. Luego recorrió un pequeño pasillo para visitar lo que Mary recordaba como el baño. Mary se levantó de un salto y fue al mostrador a pagar también.

Una vez pagada la cuenta, Mary salió de la cafetería y le indicó a Alfred que se preparara para recogerla. Uno o dos minutos después de que Mary se fuera, Caroline Hadleigh también salió del café. Solo que no era la misma que había entrado. El pelo rubio y el impermeable de color claro habían desaparecido. En su lugar había una mujer desaliñada, aparentemente mayor, con el pelo oscuro y un abrigo de tweed. Mary nunca habría reconocido a la joven de no ser por una cosa. La maleta.

Mary ya estaba en el coche y podía observar a Caroline sin ser vista. Sin embargo, el tráfico empezaba a aumentar. En un momento dado, se detuvieron. Mary vio con frustración como Caroline empezaba a adelantarse cada vez más. Y entonces se dieron cuenta de la razón del retraso. Dos coches habían chocado más adelante. Mary podría haber gritado. Caroline estaba casi fuera de vista.

*

Melbury Road va desde Kensington High Street a lo largo del perímetro occidental de Holland Park. Docenas de casas y apartamentos victorianos de ladrillo rojo se alineaban a cada lado de la calle. Pocos se daban cuenta, y aún menos se habrían alegrado, de que era la sede del embrionario servicio secreto de inteligencia británico, dirigido por la tenebrosa figura de Mansfield Cumming, también conocido como «C».

Fue en este entorno altamente suburbano donde Aldric «Spunky» Stevens ejerció su oficio. Su oficina tenía vistas a Holland Park, lo cual era una relativa compensación por tener que alejarse del centro de Londres. La compensación era la oportunidad de disfrutar de la interminable procesión de jovencitas que paseaban por el parque. Sin

embargo, esos días habían terminado por el momento. El tiempo se había vuelto un poco inclemente, lo que desalentó el desfile de belleza diario. Ahora solo tenía ojos, bueno, un ojo, para la atractiva joven secretaria de «C», Alba.

Fue Alba quien dirigió a Kit al despacho de Spunky tras el acuerdo del día anterior. Cuando Alba los dejó solos, Spunky le indicó a Kit que no dijera nada.

—Una chica maravillosa, Alba. Sin ella, estoy convencido de que este lugar se vendría abajo. Me mantiene alerta —dijo Spunky en voz demasiado alta.

—Sí, es evidente que es muy eficiente —asintió Kit en señal de comprensión.

—Te aseguro que no solo mantiene alerta mi mente —susurró Spunky inclinándose hacia delante.

Kit cerró los ojos y levantó las palmas de las manos, perdiéndose así una serie de gestos de Spunky que probablemente no figurarían en el repertorio de ningún mimo, a menos que fuera francés. Esto hizo que Spunky se riera aún más. Sin embargo, cuando Kit sacó el tema de Leon Daniels, el ambiente cambió.

—Ayer vi al ruso Daniels.

—Eso creo. ¿Qué te llevó hasta allí?

—Tengo que decir, Spunky, que estaba en muy mal estado —respondió Kit, ignorando la pregunta.

—Estará en un estado aún peor cuando esté colgando del extremo de una cuerda —señaló Spunky.

—Sin duda, pero esa es la ley del país, se piense lo que se piense. Sin embargo, estoy bastante seguro de que esa misma ley no avala la tortura.

—No —concedió Spunky—. Pero ambos sabemos que se practica. Y no me digas que ignorabas cuál iba a ser su destino'.

—Verlo de primera mano es otra cosa. Es inhumano. La tortura no nos hace mejores que la gente de la que se supone que estamos defendiendo el país.

—El interrogatorio reforzado, amigo —dijo Spunky a modo de corrección—, es necesario. ¿Quién sabe qué otras células encubiertas tienen Rusia operando en este país? Debemos ser capaces de defendernos. Los bolcheviques no juegan de forma justa. Han matado gente en nuestro país antes y lo harán de nuevo. Y de nuevo. Puede que no te guste, pero no cambiará pronto.

—Bueno, no me gusta, Spunky. No es...

—¿Cricket? —dijo Spunky con una ceja levantada.

—No, definitivamente no es cricket. Tampoco es lo que creo que este país debería representar. Eso probablemente me convierte en un ignorante a tus ojos, pero eso es lo que pienso.

—De todos modos, en un tono más alegre, tu aparición no programada puede haber tenido un impacto —dijo Spunky.

—¿En serio? ¿Cómo es eso? —dijo Kit con cara de sorpresa.

—¿Todavía tienes contigo aquella vieja foto nuestra junto al lago? —preguntó Spunky. Kit la cogió y se la dio a Spunky, que sonrió con nostalgia—. Es un poco sentimental por tu parte guardarla en la cartera.

—Sí, lo sé, pero fue una época maravillosa. Lo miraba a menudo cuando estaba en Francia. Creo que me mantenía cuerdo. Saber que había otro mundo ahí fuera en el que había sol, amigos y posibilidades.

—Y mujeres —dijo Spunky tras devolverle la foto—. De todos modos, creo que convenció a Daniels de que Olly le había engañado. Empezó a hablar de Olly y del otro tipo, Fechin. Tenías razón, se lo cargaron. Incompetencia. Olly lo ordenó junto con los otros asesinatos. Daniels dice no saber por qué, lo que yo creo, por cierto. Es solo un soldado de infantería.

—¿Y Roger?

—Creo que Daniels ha confirmado que fue engañado por Roger haciéndole creer que trabajaba en una célula encubierta en Gran Bretaña. Le contó a Roger muchas cosas sobre la organización de la Cheka en sentido amplio, pero no sabía nada de otras células que trabajaban en el país.

—¿Y los asesinatos? ¿Cuál fue la participación de Roger en ellos?

—Aparentemente, no estaba implicado. Entregó las riendas a Olly, que fue el principal instigador de lo ocurrido.

Kit asintió y notó que le invadía una oleada de tristeza. Tristeza por la pérdida de su antiguo oficial al mando, tristeza por las circunstancias que condujeron a su muerte, tristeza por no ver que Ratcliffe se había vuelto loco poco a poco tras años de llevar una doble vida. Una vida que le llevó a ser incapaz de distinguir entre la realidad y la fantasía. Se preguntaba si ese destino acontecía a todos aquellos que se pasaban la vida de incógnito, no solo actuando, sino *convirtiéndose* en la persona que tenían que representar ante el mundo exterior. Se alegró de no tener que hacerlo.

La conversación se desvió del caso reciente. Kit tuvo la sensación de que su amigo le estaba preguntando, indirectamente, por qué había ido a la cárcel. Como no veía ninguna razón para no admitirlo, confirmó que el propósito original de la visita había sido ver al Fantasma.

—¿Por qué está el Fantasma en una prisión especial utilizada por los nuestros? —preguntó Kit.

Spunky sonrió. —Es el Fantasma. Escaparía de cualquier otra prisión, amigo. ¿Por qué tanto interés en Hadleigh?

Kit le habló de la noche del robo, en vísperas de la Conferencia de Londres.

—¿Estuviste allí? —exclamó Spunky—. Estoy muy impresionado. Entonces, ¿Jellicoe ha vuelto al caso?

—Eso parece. Atrapó a Hadleigh originalmente, si te acuerdas.

Spunky negó con la cabeza. —No tenía ni idea. Un buen tipo, obviamente.

Kit sonrió. Era el mayor de los elogios, solo un paso por detrás de ser un buen muchacho. ¿O era al revés? Kit nunca lo recordaba.

—Sí, es bueno. Ahora tiene con él a un joven sargento que parece ser su protegido —añadió Kit.

—Bueno, cuantos más mejor, digo yo. Menos criminales significa más hombres en la cárcel, lo que significa más chicas en apuros, agradecidas por un poco de mi...

Kit levantó las palmas de las manos para detener a Spunky en seco, no fuera a ser que su elocuencia lo llevara hacia aliteraciones de colegial a sus indudables credenciales para el sexo débil. Esta intervención consiguió que Spunky volviera al tema.

—¿Qué novedades hay sobre la conferencia? —preguntó Kit.

—Bueno, obviamente no estoy en la sala. Mi papel es más bien el de espiar en los pasillos del poder, o de la paz, en este caso. La historia de siempre, un poco como París. Nosotros, los franceses y los italianos, tenemos una agenda en Oriente Medio que se basa puramente en nuestros respectivos intereses nacionales. Bueno, a los italianos probablemente no les importe. Creo que están de vacaciones —bromeó Spunky antes de continuar—. Pero probablemente no sea en interés de la región a largo plazo.

—¿Qué queremos? —preguntó Kit.

—Bueno, mientras podamos proteger nuestros intereses petroleros en Mosul, tenemos la intención de dejar el resto en manos de los franceses y los estadounidenses, especialmente en Constantinopla. Estaríamos felices de que hicieran nuestro trabajo sucio para mantener abiertas las vías marítimas, lo que significa un acceso más fácil a la India.

—¿Qué quieren los franceses?

—¿Qué quiere cualquier francés? —alegó Spunky. Esto pareció divertir inmensamente a Spunky—. Finalmente se han dado cuenta del potencial de la región para el petróleo. Les tomó bastante tiempo. Winston y el resto han estado en esto como una rata devorando queso durante mucho tiempo —agregó en un tono más serio.

—Me di cuenta de que había muchos manifestantes afuera —dijo Kit.

Spunky asintió y dijo: —La región es un polvorín de diferentes grupos étnicos y religiosos. Aun así, mejor que estén todos juntos en

un solo lugar, digo yo.

—¿Qué tal vais Jellicoe y tú con el caso? —preguntó Spunky, volviendo al tema del Fantasma.

—Ya no estoy en él, en la medida en que alguna vez fui parte. Es un asunto de la policía —dijo Kit, un poco más triste de lo que le hubiera gustado.

Spunky sonrió con simpatía. —¿Quieres que mueva algunos hilos, sabueso?

—No, quiero pasar el tiempo con Mary, no persiguiendo criminales. Me apetece escapar un rato de la monotonía.

*

En este asunto, Mary y Kit no coincidían del todo. La extraordinaria actividad de Caroline Hadleigh por la mañana había sido debidamente informada a los otros dos miembros del equipo de investigación.

Mary había relatado cómo su seguimiento de Caroline casi se había torcido una vez más. Habiendo estado a punto de perder a su presa, Mary se vio obligada a demostrar cómo había sido la campeona de velocidad en su escuela durante seis años seguidos, con una carrera loca que, por turnos, casi tiró a un anciano a la calle, casi resultó en una colisión cercana con un hombre en bicicleta y, al final, resultó un posible récord mundial en la carrera de sesenta metros.

Eventualmente, había atrapado a Caroline cuando giraba hacia Sloane Gardens. Anotó el número de la casa y esperó veinte minutos a que Caroline reapareciera antes de que las nubes oscuras sugirieran que el mejor plan era refugio y calor.

—Tendremos que llevarte a esa casa, Mary —dijo Agatha cuando Mary hubo terminado.

—¿Cómo propones que haga eso? ¿Como sirvienta? ¿Y qué le digo a Kit? Quiero decir, él y yo tenemos planes para los próximos días —señaló Mary.

—Tendrás que cancelarlo, me temo. No hay otra opción. Invéntate algo, como que tenías otros compromisos en tu agenda o algo.

Mary parecía preocupada por esta idea. —Ya lo veo, pero ¿qué le digo? No olvides que es San Valentín. Imagino que a mi prometido le gustaría que lo pasáramos juntos. Además, no me gusta mentirle a Kit. No sentaría exactamente el precedente correcto para nuestro futuro juntos.

—Tonterías, un buen matrimonio se basa en el engaño. ¿Qué sentido tendría confiar en otra cosa? —dijo Agatha, lo que zanjó la cuestión en su mente, aunque no del todo en la de Mary.

Betty miró con recelo a Agatha. Mary se limitó a fruncir el ceño y entonces se le ocurrió una idea. —Necesitamos una excusa creíble. No sabemos cuánto tiempo será necesario.

—Buen punto, y creo que puedo tener una solución que satisfaga

tanto tu necesidad de no mentir a Christopher, como la nuestra de conseguir tiempo para preparar el caso.

—Continúa —dijo Mary.

—Si lo recuerdas, querida —dijo Agatha, inclinándose hacia delante y relamiéndose los labios con picardía—, ya he sentado las bases al sugerir que Esther no se encontraba bien. Creo que deberías pedirle a Esther que prolongue su estancia en Sussex alegando una enfermedad ficticia. Tú, por supuesto, la visitarás para cuidarla. Me parece recordar, jovencita, que tienes experiencia en estos asuntos.

Mary sonrió tímidamente a Agatha.

Betty continuó donde Agatha lo había dejado. —Deberías ver a Kit hoy, como estaba previsto. Cualquier otra cosa el día de San Valentín levantará sospechas. Dale la noticia sobre Esther. Mientras tanto, Agatha y yo nos aplicaremos con asiduidad para asegurarte un puesto en la casa.

—¿Creéis que podréis?

—Déjalo en nuestras manos —dijo Betty con un sorprendente grado de confianza.

En ese momento, Fish apareció en la estancia. Parecía algo incómodo. Agatha lo miró y dijo: —Vamos, Fish, habla. Aquí todos somos amigos, ya sabes.

—Hay un caballero que quiere ver a la señora Simpson. Un agente de policía.

Mary miró a las dos ancianas. Ninguna parecía tan sorprendida como culpable. Agatha miró a Betty.

—Ah, dijeron que nos harían una visita, querida —dijo Agatha a Betty. Luego se dirigió a Mary—. Olvidé mencionarlo. Nuestro viaje en coche no estuvo exento de incidentes.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mary, frunciendo el ceño.

—Bueno, Betty consiguió llegar a Eaton Square sin problemas. Sin embargo, la espera fue bastante larga —dijo Agatha.

—Así que llevé algo para sostenernos —continuó Betty—. Pensé que un poco de brandy nos vendría bien. En el coche hacía mucho frío.

—Hizo más que el sostenernos querida, estuviste un poco achispada —amonestó Agatha, aunque de manera bastante amable—. Si no hubieras tropezado con los pies del joven, nunca se habría enterado.

—Sí, fue un momento desafortunado, lo reconozco. Aun así, el joven policía fue notablemente bueno al respecto. Claramente reconoció a una joven muchacha cuando la vio.

—Reconoció claramente que estabas demasiado mareada para conducir, si me lo preguntas.

Betty ignoró la burla de Agatha y continuó. —De todos modos, nos trajo amablemente a casa.

—¿El joven policía?' preguntó Mary, con una sonrisa en el rostro. Las dos damas habían omitido este incidente en su breve actualización anterior—. ¿Hay algo más que no me hayáis contado? —continuó Mary con el aire de una profesora enojada.

Betty parecía ajena a la situación, pero estaba claro que Agatha se sentía algo avergonzada de que las hubieran descubierto.

—Bueno, esta es la parte interesante de la historia, Mary —dijo Betty—. El joven detective acababa de salir de la casa de Caroline Hadleigh.

Mary se quedó estupefacta ante esta noticia. —Pero esto cambia un poco las cosas. Si están investigando a Caroline, ¿deberíamos interferir en un asunto policial?

—Esa es la cuestión, Mary —respondió Agatha—. La forma en que se despidió de ella en la puerta me sugirió que o bien las técnicas de investigación han cambiado o…

—El novio de Caroline Hadleigh es detective —concluyó Betty—. Discúlpeme. Hola, agente —Betty se levantó para recibir al policía, que estaba de pie en la puerta del comedor.

Agatha miró a Mary y dijo gravemente en un susurro escénico: —No creo que Christopher necesite realmente saber de este desafortunado incidente, Mary. No quiero que piense que Betty es una mala influencia.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Mary con la cara más seria que pudo poner dadas las circunstancias.

Capítulo 13

15 de febrero de 1920: Londres

Era temprano por la mañana. Todavía la oscuridad era un velo. El sol no saldría hasta dentro de tres horas. Hojas de aguanieve se curvan astutamente en las caras de los trabajadores cuando salían por la puerta de la fábrica. Cada gota fría que les picaba en la cara les recordaba el lugar que ocupaban en la vida. Un camión pasa junto a ellos, esquivando por poco un charco junto a la acera. Esto provocó la risa irónica de los que se habían librado por los pelos de empaparse.

Ryan se giró y vio pasar el camión. Entró en la fábrica y los trabajadores se apartaron de un salto. Algunos refunfuñaron en un lenguaje poco diplomático. El conductor no parecía dispuesto a detenerse por nada, y menos por un peatón distraído.

—Inusual —comentó Ryan.

—¿Qué? —preguntó Abbott.

—El camión. Las entregas y recogidas suelen ser de día, ¿no? —observó Ryan.

—Quién sabe —respondió Abbott con su curioso acento medio europeo. Miró a Ryan con sus grandes ojos de luna, este tenía un rastro de irritación—. No deberías preocuparte por estas cosas.

Los dos hombres, para bien o para mal, eran compañeros de trabajo. Ryan no habría elegido a Abbott ni, sospechaba, Abbott le habría elegido a él. Pero ahora, después de unas pocas noches, estaban unidos por su secreto.

Ryan había pensado en la idea de Abbott. Robar cigarrillos y venderlos en el mercado negro no era muy lucrativo, pero era posible ganar algo de dinero. Cada uno creó compartimentos ocultos en sus pantalones y camisas. Cada noche, el plan consistiría en que Ryan entregara su mercancía y Abbott lo vendiera donde pudiera. Se repartían los beneficios sesenta y cinco, treinta y cinco a favor de Abbott. Ryan estaba relajado al respecto. Aunque ambos compartían el riesgo, Ryan no tenía medios para vender. Se apresuraron a llegar a un edificio que ofrecía cierto resguardo contra las inclemencias del tiempo.

—Rápido —ordenó Abbott, mirando nervioso a su alrededor.

Ryan vació sus bolsillos y entregó cerca de cien cigarrillos. Suficientes para ganar algo de dinero, pero no tantos como para levantar sospechas. Habían descubierto que robar tantos cigarrillos en

ocho horas no era tan difícil.

—Ya está —dijo Ryan, comprobando sus bolsillos por última vez.

Siguieron su camino en la oscuridad.

*

Harry Miller entró en la habitación de Kit y abrió las cortinas. Fuera, el cielo estaba gris y la lluvia caía con un contoneo deprimente, rebotando en la calle, saturando el aire y salpicando a cualquiera lo bastante imprudente como para estar fuera sin un paraguas.

—¿Cómo se está fuera? —preguntó Kit desde debajo de un montón de mantas.

—Mojado. Es difícil saber si es aguanieve o lluvia, señor —respondió Harry colocando una taza de té junto a la mesilla de noche de Kit.

Kit se incorporó por fin y bebió un poco de té. No estaba muy seguro de lo que le deparaba el día. Mary le había dicho la noche anterior que se iba a Sussex a cuidar de Esther. La perspectiva de que se marchara, aunque solo fuera por unos días, era realmente desalentadora.

—¿Qué tal tu noche libre? —preguntó Kit con una sonrisa.

Sin mirar a Kit, Miller sacó un traje de tweed del armario y colocó junto a él una camisa recién planchada. Miró a Kit y contestó —Ha sido una velada agradable, señor. Gracias.

Kit indagó un poco más —Debía de haber muchas parejas saliendo.

—Sí, no encontrábamos sitio en ningún restaurante.

—¿Encontrábamos?

Miller se volvió hacia Kit y sonrió con culpabilidad —Debería ser detective, señor.

—Ojalá me llegase la oportunidad, Harry.

Miller miró a Kit mientras se cepillaba la chaqueta. —¿No hay nada nuevo sobre el robo de diamantes?

Kit meneó la cabeza con resignación. —No lo sé. Ahora se encarga el inspector jefe Jellicoe. No pude preguntártelo cuando estábamos en el coche con Jellicoe, pero ¿qué opinas del Fantasma? Profesionalmente hablando, por supuesto.

Miller sonrió. Había sido ladrón de viviendas. Eso fue antes de la guerra. El conflicto había puesto fin a lo que había sido una carrera razonablemente exitosa. El posterior encuentro con Kit y la oferta de empleo no hicieron más que consolidar lo que de todos modos habría sido su deseo: poner fin a su carrera antes de que la policía acabara con ella.

—Mi padre siempre hablaba de él. Solía recortar de los periódicos las historias de sus robos. Creo que intentaba entender cómo lo hacía. Había mucho que admirar y aprender. Por supuesto, cuando resultó que el tal Hadleigh era un ricachón, mi padre se sintió defraudado y

tiró los recortes al fuego.

—¿Por qué hizo eso?

—Creo que su opinión era que nunca seríamos invitados a las casas que él podía robar, señor. El señor Hadleigh era probablemente amigo de sus víctimas y sabía qué buscar y dónde encontrarlo. Mi padre, Dan y yo nunca tuvimos ese lujo, a menos que tuviéramos suerte.

—Sí, ya veo el problema —añadió Kit—. Tenías un conocimiento limitado del objetivo, lo que significaba que tenías que reducir tus expectativas en cuanto a tus premios.

Miller se rio. Nunca dejaba de sorprenderle la fascinación de su amo por el hampa y su total falta de censura hacia él por su pasado.

—Nada de esto es en detrimento del señor Hadleigh, por supuesto. El hombre era un genio. Podía abrir cajas fuertes. Solo porque sepas dónde está el botín no significa que vayas a cogerlo. ¿Qué es eso que dice en el golf, señor? Ninguno de los robos fue una bola dada.

Esta vez Kit se rio.

Miller continuó. —Y el robo de Belgravia. Hablamos de él durante semanas, cuando fue perseguido por los polis por los tejados. No siempre entraba por la puerta principal llevando cava.

—Cierto —reconoció Kit—. Me había olvidado de aquel robo. A la vuelta de la esquina. Aunque, ¿no había dudas de que fuera él? No encontraron la tarjeta.

—Sí que era él, señor. Todos pensamos que había algo entre él y la esposa de lord Ravensdale. Ella sabía que era él y escondió la tarjeta. Si lo recuerda, señor, la dama en cuestión era algo más joven que su marido. Estuvo en tribunal todos los días durante el juicio.

Esto hizo sonreír a Kit. —Interesante teoría—. Muy interesante, pensó Kit, y también bastante plausible—. Hubo varias mujeres presentes durante el juicio, si no recuerdo mal.

—En efecto, señor. Debe de haber algo en la temeridad que atrae a las damas —señaló Miller con una sonrisa.

—¿Cosecha de tu propia experiencia, Harry?

—No podría decirle, señor.

Kit miró a sabiendas a Miller y luego sus pensamientos volvieron a su propia dama. La idea de no ver a Mary le pesaba un poco y apenas eran las ocho de la mañana. Los próximos días iban a ser largos. Eso estaba claro. Sin embargo, mirándolo por el lado positivo, demostraba hasta qué punto su vida había dado un vuelco por culpa de una chica de veintiún años. Si no estaba descolocado, desde luego tampoco estaba completamente centrado.

Miller pareció leerle el pensamiento y preguntó: —¿Va a ver hoy a la señorita Cavendish?

—Desgraciadamente, no. Por lo visto, Esther no se encuentra bien en casa de Richard, así que Mary va a ir a hacer de enfermera.

—Ella está acostumbrada, señor —dijo Miller con una sonrisa.

Kit se rio. —Eso me deja en un callejón sin salida. Creo que comeré en Sheldon's. Puedes tomarte la tarde libre si quieres, por si hay algo de ayer que quieras zanjar.

Cualquier comentario que Miller pudiera haber hecho fue interrumpido por la llegada de Sam, que entró correteando en la habitación y saltó a la cama para darle los «buenos días» a Kit. Después de saludar a Kit, se volvió hacia Miller y ladró con fuerza.

—De buen humor —dijeron los dos hombres al unísono.

*

Mary se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Había luz, más o menos. Un manto gris en el cielo absorbía espléndidamente toda partícula de luz. El sonido de la lluvia contra la ventana y el frío punzante de la habitación la hicieron sumergirse de nuevo bajo las sábanas, contenta de no tener otra mañana de seguir a un sospechoso. Agatha y Betty tenían otros planes.

Volvió a tumbarse en la cama y se envolvió en las mantas. La idea de acurrucarse un día junto al cálido cuerpo de lord Kit Aston casi la hizo soltar una risita. Cómo deseaba poder hacerlo ahora. Jugó felizmente con esta idea durante unos instantes. El peligro de entregarse a estos sueños era la sensación de impaciencia que surgía simultáneamente. Hace solo dos meses, la idea del matrimonio estaba tan lejos de su futuro como domar leones. Así es la locura del amor. Una locura alegre.

Su mente volvió al hospital, aquel día en que los camilleros habían traído a Kit. Otro pobre soldado con otra horrible herida. Un hombre con más probabilidades de morir que de sobrevivir. Sin embargo, sobrevivió.

La mayoría de las enfermeras lo conocían. Había una sensación de misterio debido a las tres tarjetas de identidad con diferentes nombres y nacionalidades. También estaba la historia de cómo le habían salvado en medio de la tierra de nadie. Y, por supuesto, no se podía negar su belleza. Un rostro tan refinado y divino que parecía una broma absurda que se encontrara entre tanta brutalidad y fealdad deshumanizadora.

La cuestión de su origen, alemán o no, quedó zanjada tras despertarse. Cuando habló, su voz, así como sus modales, habían estado más que a la altura de su aspecto y confirmado su país de nacimiento. Encontrar tal refinamiento en el despiadado contexto de un hospital militar, cerca del frente, era raro. Mary se había sentido atraída por él desde el principio.

Pero el hospital era una interminable cinta transportadora de miseria. Las terribles consecuencias de la inhumanidad del hombre se transmitían a diario. La sala no era un lugar para recuperarse. Te

remendaban y te enviaban a la siguiente etapa. Día tras día. Pero esta era la vida que Mary se había ofrecido a vivir, por razones que, incluso ahora, nunca podría explicar.

Ciertamente no era nada tan banal como la rebelión. Pero tampoco era una vocación. Había dejado la enfermería seis meses después del final de la guerra. Esther y ella habían afrontado de forma similar la pérdida de su padre.

Al principio, el dolor de la pérdida había destrozado inevitablemente la vida segura que ambas habían conocido. Era imposible negarlo. Tantos habían perdido padres, hijos y hermanos. Negarlo habría parecido un insulto a su sacrificio. En lugar de eso, siguió un prolongado período de ira que se resolvió, se dio cuenta Mary, en un deseo de hacer algo. Tanto ella como Esther decidieron que la vida ya no podía continuar en Cavendish Hall como antes. Cada una, a su manera, fue a la guerra.

Un ruido de ametralladora de lluvia contra la ventana devolvió a Mary al aquí y ahora. Se levantó y se preparó para desayunar. Abajo encontró, como siempre, a Agatha levantada y afrontando el día con entusiasmo. Betty también había llegado. Los acontecimientos iban a avanzar rápidamente. Esto se confirmó cuando las dos ancianas miraron expectantes la llegada de Mary.

—Toma asiento, querida, Betty tiene noticias maravillosas.

Betty ciertamente parecía tener noticias maravillosas. Tenía los ojos brillantes y parecía, en la medida de lo posible para una septuagenaria, una adolescente desesperada por compartir la última broma con sus amigas. Betty se inclinó hacia delante, al igual que las demás, e informó de las últimas noticias.

—Como sabéis, hablé con muchas de las chicas y averigüé quién vivía en la dirección que Caroline Hadleigh visitó disfrazada. La casa pertenece a un banquero americano que vive allí con su mujer. Herbert Rosling, no sé si lo conocéis —Las dos señoras negaron con la cabeza—. En fin, lleva aquí unos cuantos años, seguramente desde antes de la guerra, y dirige la oficina londinense del Anglo-American Bank. Tengo entendido que la señorita Rosling es una arpía, lo que ha provocado una gran rotación de personal doméstico.

—Bien hecho, Betty —comentó Agatha, y Mary asintió con la cabeza.

—Hay más, aguarda —replicó Betty—. Resulta que la criada de Flora Atwood tiene una hermana que trabaja allí también como criada. Hablé con la joven en cuestión y me dijo que es terriblemente infeliz.

Agatha aplaudió complacida. —Dime que lo hiciste.

—Desde luego que lo hice. Le dije a la criada de Flora que le ofrecería a la joven cinco libras para que dejara su puesto

inmediatamente y también me ofrecí a encontrarle otro puesto más adecuado, que por cierto ya tengo.

—¡Bravo! —gritó Agatha—. ¿Sabes lo que esto significa, Mary?

—Sí, debo ir allí lo antes posible y ofrecer mis servicios. ¿Puedes escribirme una referencia, Betty?

Betty sacó una carta de su bolso y se la entregó a Mary, diciendo: —Ya está hecho.

Mary cogió la carta de Betty y la leyó. En un momento dado, hizo una mueca de buen humor, —¿Mary Tanner?

—Sí, no pude resistirme. Bueno, quiero decir, Kit estuvo dando la lata con esta enfermera durante un año antes de que finalmente os volvierais a ver.

—¿En serio? —preguntó Mary, felizmente sorprendida.

—¿Podemos ponernos manos a la obra, por favor? —interrumpió Agatha—. ¿Qué tal se te dan los acentos? Tu voz es demasiado refinada para ser la de una criada.

Mary demostró que podía pasar fácilmente por una londinense, pero sin ser demasiado del barrio bajo.

—Muy bien —la felicitó Betty—, tienes una facilidad definitiva. El teatro te ha perdido...

—Gracias —dijo Mary sonriendo. Luego frunció el ceño un momento—. Necesitaré un disfraz. Si me encuentro con alguien conocido, lo cual es poco probable, debemos estar preparadas.

Fue el turno de Agatha de poner cara de triunfo. Se acercó a la cómoda que había a un lado de la habitación y extrajo del cajón una peluca rubia.

—Pruébatela.

Mary se puso la peluca. Era claramente nueva y estaba peinada a la moda.

—Dios mío —dijo Betty con admiración—, realmente eres una chica muy guapa.

—Gracias —respondió Mary sonrojada. Luego, mirando irónicamente a Agatha, dijo: —Menos mal que tengo el pelo muy corto.

Agatha fingió no darse cuenta del comentario de Mary, cogió una bolsa de la compra y se la acercó.

—Hice que una de las criadas fuera a Marks and Spencer. Está tan desnutrida como tú —dijo Agatha mirando con desaprobación a Mary.

—No la escuches, Mary. Kit es un hombre muy afortunado —dijo Betty.

Mary se rio y le cogió la bolsa a Agatha.

—Subiré a cambiarme.

Mary dejó a las dos señoras. Betty se volvió hacia Agatha y le dijo: —Espero que estemos haciendo lo correcto. Parece llena de

entusiasmo.

—Por supuesto, estamos haciendo lo correcto. Esto puede ayudar a destapar el caso. La policía no está consiguiendo nada si nos guiamos por los periódicos. He visto que Jellicoe está siendo criticado esta mañana.

—Sí, lo he visto. No me refería solo al inspector jefe. Específicamente, parece que el señor Rosling se considera a sí mismo un mujeriego.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Agatha.

—Más cerca de sesenta que de cincuenta, según tengo entendido.

—Bueno, no creo que Christopher tenga nada de qué preocuparse en ese sentido.

—Por supuesto, Agatha, no estoy sugiriendo ni por un minuto que Mary pudiera estar interesada, pero entiendo que es más un caso de manos y libertades errantes —replicó Betty significativamente.

—No hace mucho que conozco a esa jovencita, Betty, pero no me gustaría estar en el pellejo del hombre que intentara algo inapropiado con ella.

—¿Intentar qué? —preguntó Mary, que volvía a entrar en la habitación con un traje de tweed desaliñado y la peluca rubia.

Agatha y Betty se miraron. A pesar de lo desaliñada que iba vestida, era impresionante.

—Tu nuevo jefe —dijo Agatha.

—Ah —dijo Mary sonriendo—. Creo que te entiendo. Me encargaré de él, no te preocupes.

—Buena chica —dijo Betty.

En ese momento, Alfred llamó a la puerta y entró en el comedor. Mary se volvió hacia él y le dijo: —Buenos días, Alfred.

El joven Alfred enrojeció al ver la visión rubia y de ojos azules que tenía ante él. Su primer intento de hablar fue un fracaso estrepitoso, quedarse boquiabierto se convirtió en una elección, no en un resultado.

—Cierra la boca, Alfred. Buen chico —dijo Agatha.

Capítulo 14

Sheldon's, en el corazón de St James, en Londres, era un club privado en el que el elitismo y el esnobismo no iban simplemente de la mano, sino que eran llevados por un chófer hasta la puerta principal. Kit era miembro del club desde antes de nacer. Esto era cortesía de la norma que permitía a los hijos de los socios tener derecho automático de entrada, siempre que tuvieran la gran suerte de nacer varón y no hembra.

Aunque Kit nunca se había sentido del todo a gusto en un lugar tan elitista, sentimiento exacerbado tras su regreso de la guerra, era innegable que contaba con una cocina excepcional y una biblioteca bien surtida de buenos libros y un brandy aún mejor.

Las paredes revestidas de madera eran un sueño para los amantes del arte, si a uno le gustaban los caballos, los sabuesos y los campos. De vez en cuando, la junta directiva del club recibía propuestas e incluso generosos legados para mejorar la calidad del arte. Estas peticiones se resolvían sumariamente. Sheldon's nunca se rebajaría a la vulgaridad del arte renacentista; ni ahora ni nunca. En consecuencia, era menos probable que Tiziano adornara las paredes del club, a que el retrato de un reciente ganador de una carrera importante de caballos las ocupara.

Tales gustos conservadores hacían temblar la cabeza de Kit, pero también le divertían enormemente. Consideró brevemente la apoplejía que podría acompañar a la instalación de obras de Picasso o de su amigo Duchamp, recientemente adquirido.

El almuerzo fue, como siempre, una maravilla y le permitió ponerse al día con uno o dos compatriotas de la guerra. Aunque en el club no faltaban algunos imbéciles, la presencia de hombres que habían luchado junto a él en Flandes compensaba con creces. Si sabían de su traslado a Rusia, nunca aludieron a ello, ni a su lesión. Nadie volvía de la guerra ileso. Todos en el club habían sufrido la pérdida de algún conocido.

Mientras Kit estaba sentado en la biblioteca, oyó unas risas estridentes procedentes del comedor. Era un grupo de jóvenes que había visto antes. Tal vez tres ingleses y, lo que parecía, un americano. En una mesa vecina, con cara de disgusto, Kit vio a lord Wolf charlando con un pequeño grupo de hombres. En el mismo momento, Wolf también se fijó en Kit y se excusó de la reunión. Se levantó y se acercó a él.

—Hola, Kit, creo que reconozco ese resplandor después de comer —rio Wolf, dándose palmaditas en el estómago.

—Aquí brilla más que nunca, Anatoly es una maravilla —coincidió Kit estrechando la mano de Wolf—. ¿Alguna novedad sobre el collar?

La cara de Wolf se ensombreció. —¿Has visto los periódicos?

—Sí —respondió Kit—. Parece que se lo están poniendo difícil a Jellicoe. Aún no mencionan al Fantasma. Supongo que es solo cuestión de tiempo.

—Sé que le tienes en alta estima, Kit, pero tengo que decir que no me impresiona. No tienen pistas, ni indicios, nada. Parece que van a la deriva, como si estuvieran esperando a que pase algo.

Kit simpatizaba con Jellicoe. El inspector jefe le caía bien y, desde luego, tenía en alta estima su capacidad. A Kit le parecía que tanto los periódicos como Wolf le estaban haciendo un flaco favor a Jellicoe. La policía solo podía seguir ciertas líneas de investigación, como hablar con delincuentes conocidos y comerciantes ilegales. Si los diamantes no habían aparecido en el mercado o habían llegado a manos de un individuo directamente del ladrón, poco podía hacer Jellicoe. Se trataba de un delito, a diferencia de otros, en el que el modus operandi era claro, pero el rastro completamente oscuro.

—Kit, sé que es injusto pedírtelo, pero ¿podrías hablar con ese tal Jellicoe? No parece querer mantenerme informado. Ayer hablé con su sargento. Tuve la clara impresión de que Jellicoe me evitaba.

—No me imagino que hiciera eso, Peter —respondió Kit.

—Bueno, puede que estuviera enfadado. Debo admitir que hablé con el comisario sobre este asunto —dijo Wolf. Había algo en su tono que sugería a Kit que se había arrepentido de sus actos.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, Kit. Te dejo y vuelvo a la sala de música —respondió Wolf indicando el grupo de jóvenes. Kit sonrió con simpatía y volvió a leer el periódico. Media hora más tarde, Kit bajó las escaleras de Sheldon's y fue recibido por Harry Miller en el Rolls.

—¿Adónde, señor?

—A Scotland Yard, creo, Harry.

*

Mary pasó la mayor parte del trayecto hasta Sloane Square mirando por la ventanilla, divertida por la fascinación que Alfred sentía por ella. Eso la distrajo del ligero nerviosismo que sentía. Lo que estaba a punto de emprender era poco común. Iba a actuar de incógnito, como Kit había hecho en Rusia, pero esta vez para atrapar a un criminal. Se preguntó qué pensaría Kit de todo aquello. Él tendría que acostumbrarse, concluyó. Esperaba que así fuera.

Luego pensó en Caroline Hadleigh. Si era cierto que ella era la nueva Fantasma, Mary se sintió dividida. Por un lado, sería todo un

éxito atrapar a una delincuente, incluso cleptómana, que había evadido la ley durante seis meses. Por otro lado, era una mujer joven como ella. Su padre estaba en la cárcel y su madre había muerto. Si ella era el Fantasma, Mary se preguntó qué podía llevarla a correr tales riesgos. ¿Intentaba exculpar a su padre? ¿O simplemente la naturaleza se apoderaba de ella? Mary no estaba tan segura de ello. Pero la perspectiva de averiguarlo era intrigante y excitante a partes iguales.

Levantó la vista hacia Alfred justo a tiempo para ver sus ojos desviarse. El impacto en Alfred era evidente. Se preguntó si esto crearía problemas en la entrevista con el ama de llaves, la señorita Carlisle.

Alfred condujo hasta la plaza y, siguiendo las instrucciones de Mary, encontró un lugar donde dejarla. Estaba lo bastante lejos de tiendas y cafés como para ser visto, pero lo bastante cerca de la casa como para no empaparse con la interminable llovizna.

Salió del coche y dobló la esquina de la casa. Eran casi las nueve de la mañana, justo a tiempo para su cita. La casa de ladrillo rojo tenía cinco pisos, con un conjunto de pilares de estilo paladino de exuberante mal gusto adornando la puerta principal al final de media docena de escalones. A la derecha había otra serie de escalones que conducían al sótano. Era para los comerciantes y el personal.

Mary dudó un momento, luego se dirigió a la derecha y bajó lentamente los húmedos escalones metálicos, temerosa de caerse. Llamó a la puerta y esperó. Finalmente se abrió y la recibió una mujer que Mary supuso tendría unos sesenta años. Llevaba el pelo recogido en un moño con una pequeña redecilla. Sin embargo, nunca la confundirían con una bailarina. Su expresión pellizcada registró la inmediata desaprobación hacia Mary. Un comienzo auspicioso, pensó divertida.

—Mary Tanner —anunció Mary.

—Señorita Tanner —dijo la señorita Carlisle—. Me alegra ver que es usted puntual.

Desde luego no lo parece, pensó Mary, siguiendo al ama de llaves hasta una gran cocina. Al mirar a su alrededor, sintió una punzada. Le recordaba a Cavendish Hall. La cocinera se volvió y sonrió a Mary, que le devolvió la sonrisa. La cocinera, al menos, parecía amable y feliz y le recordaba a Elsie. Debe de ser a causa de todas las comidas tan deliciosas que preparan y comen todos los días. «¿Por qué no iba a ser feliz?», reflexionó.

Se sentaron a la mesa del comedor. La cocinera se acercó y se presentó. —Hola, me llamo Rose.

Mary estrechó la mano y sonrió. —Hola, soy Mary.

—Pareces londinense.

—Sí —dijo Mary, antes de alejarse hábilmente de cualquier conversación sobre de dónde exactamente, diciendo: —Y tú eres de Yorkshire, si no me equivoco.

—Nacida y criada —confirmó Rose—. ¿Te apetece un té?

Mary miró a la señorita Carlisle, que asintió secamente a Rose. La cocinera se dio la vuelta y dijo sardónicamente: —Tomaré eso como un «sí».

La señorita Carlisle miró con mal disimulada irritación a Rose, que se dirigió a la gran estufa Aga que dominaba y calentaba la cocina. Luego volvió su mirada interrogativa a Mary.

—¿Referencias?

Mary le entregó la carta escrita por Betty sin decir nada. Ya pensaba que la mejor estrategia para conseguir el trabajo sería hablar lo menos posible. Con gente así, ser vista y no oída no solo era una clara ventaja, sino que formaba parte de la descripción del trabajo.

El ama de llaves leyó la carta y se la devolvió a Mary. La referencia de Betty había surtido efecto. Hubo un ablandamiento casi imperceptible en el exterior poco impresionado de la señorita Carlisle, aunque tampoco parecía del todo impresionada, pensó Mary.

—Bueno, ¿cuánto tiempo llevas en el servicio?

—Tres años, señorita Carlisle.

—¿Qué has hecho? —preguntó el ama de llaves.

Mary enumeró algunas de las actividades de doncella y criada de las que había sido personalmente responsable. Coincidían, en su mayor parte, con lo que había hecho en Francia en los hospitales.

—¿Conoces los requisitos del puesto aquí?

—No —admitió Mary.

—Llevarás a cabo todas las tareas domésticas que mencionaste antes y ayudarás a Rose, cuando sea necesario, en la cocina. ¿Entiendes?

Mary sonrió y asintió.

—¿Cuándo puedes empezar?

—En cualquier momento, pero tendré que recoger mis pertenencias en casa de la señora Simpson.

—Eso se puede arreglar. De momento, tendrá que cambiarse. Hay librea en el armario. Escoge algo de tu talla. Está todo limpio. Te presentaré al señor Grantham, el mayordomo, más tarde, y a la señorita Hannah, que es la criada de la señora Rosling, por el momento, hasta que Verna vuelva de la luna de miel.

El último comentario lo hizo como si estuviera masticando una avispa.

—Muy bien, señorita Carlisle —respondió Mary levantándose.

—Otra cosa. El sobrino del señor Rosling se aloja con nosotros. Es un hombre joven y sus modales son decididamente americanos —dijo

la señorita Carlisle con algo parecido a un escalofrío—, es decir, muy familiares. Esa familiaridad no debe malinterpretarse ni fomentarse. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señorita Carlisle —respondió Mary. Era una noticia nueva. Se preguntó cómo sería el joven. Mary sospechaba que podía ser una complicación. Esperaba no tener que lidiar con las ambiciones de *droit de seigneur* que el joven pudiera tener con las mujeres del personal.

—También debo añadir que el señor Rosling, aunque ya no es un hombre joven, es, digamos, de modales robustos.

Mary asintió ante el torpe intento de la señorita Carlisle de describir eufemísticamente a un hombre con inclinaciones excesivamente libidinosas, pero no dijo nada. Aquello se complicaba cada vez más. Aunque no era vanidosa en ningún sentido, Mary no ignoraba su propio atractivo. Trabajar en el hospital de campaña había sido un ejercicio diario de esquivar las insinuaciones de médicos, soldados y, en ocasiones, algunas enfermeras. Por suerte, sus modales, aunque no pruriginosos, eran lo suficientemente enérgicos como para evitar cualquier falta grave o situación embarazosa. Pensó brevemente si Kit había tenido que enfrentarse alguna vez a la atención injustificada de las mujeres en el curso de su trabajo como espía. Concluyó, por desgracia, que probablemente era distinto para los hombres.

La señorita Carlisle condujo a Mary a una habitación para que se pusiera la librea y pronto estuvo vestida como Polly en Cavendish Hall, con un vestido largo de algodón negro y un pichi blanco. Se miro en el espejo y pensó en la reacción de Kit al verla vestida así. Esto la hizo sonreír. Tal vez algo que guardar para el futuro. La señorita Carlisle se reunió con ella a la salida del vestuario.

—Ven por aquí. Empezarás por las habitaciones. Haz las camas y ordena las habitaciones. Eso debería llevarte hasta la hora del almuerzo, cuando pueda presentarte a las demás. Los Rosling han salido esta mañana y no volverán hasta la tarde. Sígueme.

Hacer camas, pensó Mary, esto de ser detective no es todo jauja. Se preguntó qué estaría haciendo Kit en ese momento. Jugando a juegos infantiles en su club, sin duda.

Capítulo 15

Aunque Kit estaba seguro de que la reciente experiencia compartida con el inspector jefe había hecho que se conocieran de algún modo, seguía sintiéndose incómodo por volver a verle. Sin duda, se sentía perdido sin Mary y quería ocupar su tiempo. Sin embargo, esta misión era una: la parte forzada; y dos: la parte de mensajero de lord Wolf. Esta última era un medio para alcanzar un fin y podría ayudar a conseguir el primer objetivo, el de implicarse en el caso, aunque corría el riesgo de hacer exactamente lo contrario.

En la recepción, Kit pidió ver al inspector jefe. Se sentó en la sala de espera y esperó unos minutos. Entonces vio al sargento Ryan. El joven detective se dirigió directamente hacia él. Kit se levantó para recibir a Ryan y se estrecharon la mano.

—Lord Aston —dijo Ryan—, me temo que el inspector jefe está ahora con el comisario. ¿Puedo ayudarle?

—Entiendo perfectamente. He venido por si tenía un momento libre. Esperaba que me pusiera al corriente del caso. De hecho, si soy honesto, me reuní con lord Wolf antes y estaba algo decepcionado con el progreso. Estoy aquí a instancias suyas, aunque debo admitir que siento curiosidad por lo último.

Ryan asintió con gravedad. —Sí, señor, sabemos que lord Wolf está descontento.

—En efecto, tenía la sensación de que podría estarlo. Traté de tranquilizarlo diciéndole que vosotros sois los mejores hombres para investigar esto, pero, bueno, estoy seguro de que puedes imaginar su preocupación.

De hecho, Ryan no podía ni imaginarse lo que supondría la pérdida de un collar de diamantes valorado en decenas de miles de libras. Sin darse cuenta, la expresión de su cara pudo haberlo delatado, porque vio que Kit le devolvía la sonrisa.

—Quizá no a todo el mundo le hayan robado un collar de diamantes —dijo Kit—. ¿Puedes decirme cómo van las cosas? Prometo que seré prudente en lo que le diga a lord Wolf.

Ryan asintió y los dos hombres salieron al aire de la tarde. La lluvia había amainado, pero el frío azotaba sus rostros.

—No tenemos nuevas pistas, y ese es el problema. Todo lo que hemos descubierto ha resultado ser un callejón sin salida. Los

diamantes no han aparecido en ninguno de los lugares habituales. Nadie parece saber nada o, al menos, nadie dice nada. Todo parece ser nuevo para todos.

—¿Has mencionado al Fantasma?

—No, el inspector jefe sigue insistiendo en que no lo hagamos. Para él, el Fantasma está en la cárcel. Cualquier mención a él es una distracción o, más probablemente, un engaño producido por el verdadero criminal.

Kit asintió. Él también pensaba lo mismo, pero le seguía preocupando por qué el ladrón se tomaría la molestia de imprimir, dejar la tarjeta de visita y, lo que era más pertinente, cómo había conseguido una tarjeta idéntica en todos los aspectos a la de Hadleigh.

—¿Tenéis alguna teoría de cómo el nuevo Fantasma consiguió una tarjeta idéntica? Podría ser la clave.

—Bueno, ciertamente ha estado preocupando al inspector jefe. Investigamos al impresor, pero quebró hace años. Creo que ahora está muerto, de todos modos.

—¿Y no hay otra fuente potencial para estas tarjetas?

—Tengo entendido que todas las tarjetas de Hadleigh fueron incautadas o destruidas tanto de su casa como de la imprenta. Eso incluye las planchas de impresión. Eso fue antes de que yo llegara, obviamente.

—Por supuesto —respondió Kit mirando a Ryan. Una de las cosas de las que Kit se había dado cuenta era de su capacidad, a medida que envejecía, para engañar con más facilidad y comprender cuando alguien le mentía. La propia naturaleza de su trabajo en Rusia consistía en vivir la mentira, reconocer su forma, su textura y su tono. Era tanto una cuestión de supervivencia, como una herramienta del oficio. Cuando Ryan le respondió, los sentidos de Kit se estremecieron. Algo en los modales del joven detective le decía que estaba mintiendo o, lo que era más probable, que no estaba diciendo toda la verdad.

Los dos hombres se dieron la vuelta y volvieron en dirección a Scotland Yard. Cuando llegaron a la escalinata, Kit dijo: —Gracias por compartir esta información, sargento. ¿Serías tan amable de avisar al inspector jefe de que he llamado? Creo que puedes contarle lo que me has dicho a mí. Querrá saberlo y estoy seguro de que no le importará.

Kit volvió al coche.

—¿Alguna novedad, señor? —preguntó Miller.

—No, están dando tumbos. No hay pistas, no hay indicios, no hay nada.

—¿No ha aparecido ninguno de los objetos robados? —dijo Miller, que, por el tono de su voz, le pareció extraordinario.

—Parece que no —contestó Kit.

—Bueno, o hay un nuevo vendedor del que nadie está al tanto, o la

persona que robó las joyas realmente no necesita venderlas.

—Estoy de acuerdo, Harry, es un punto muy bueno. Hadleigh era un ladrón caballero. Podría ser que tuviésemos otro.

—No hay mucho que puedan hacer entonces —señaló Miller—. Parece que necesitan un golpe de suerte. Si no hay rastro, no atrapan al criminal.

Kit asintió y añadió: —Y ese es el fondo del problema para el inspector jefe. Necesita un golpe de fortuna. En mi limitada experiencia, estas cosas suelen venir de donde uno menos se lo espera.

*

Casi dos años como enfermera en Francia significaban que Mary era más que capaz de gestionar un puñado de habitaciones. Se movía metódicamente por cada habitación cambiando sábanas, limpiando suelos y ventanas, ordenando la ropa. Era casi una sorpresa lo rápido que todo volvía a su memoria. La memoria en sus brazos, músculos y tendones actuando independientemente del pensamiento, con una economía y velocidad que eran casi gratificantes. Casi. También era mortalmente aburrido, y Mary estaba deseando reunirse con Caroline.

Cada dormitorio era grande y, observó con incredulidad, el señor y la señora Rosling dormían por separado. Esta situación no iba a ser ciertamente el caso para ella y Kit. Se detuvo un momento a pensar en la deliciosa posibilidad de pasar la noche en brazos de Kit antes de que el sonido de los pasos de la señorita Carlisle la devolviera al trabajo que tenía que hacer.

Había algunas fotografías de la familia en el dormitorio de la señora Rosling. Fuera de la vista de la señorita Carlisle, Mary cogió las fotos para estudiar a los miembros de la familia. El señor Rosling aparentaba unos cincuenta años. Más allá de cierto punto le resultaba difícil ser precisa. Llevaba una barba bien cuidada con motas grises alrededor de la barbilla que combinaban muy bien con las canas a los lados de la cabeza. Los ojos de Rosling eran su rasgo más distintivo. Estaban ocultos bajo unas pobladas cejas, lo que le hacía bastante atractivo. Ella le puso el apodo de Svengali.

La señora Rosling parecía tan imperiosa como tía Agatha o tía Emily. Su vestido era tan moderno como obviamente caro. A pesar de sus aparentes rasgos, parecía bastante más joven que su marido. Mary habría dicho que rondaba los cuarenta. Llevaba el pelo largo, pero peinado con cierta conciencia del estilo actual, aunque con un conservadurismo innato.

No había fotografías del sobrino Rosling, pero cuando ella ordenaba su habitación estaba claro que era un caballero bastante alto y tan desordenado como ella suponía que era el sexo débil. Algo que Mary observó en su esmoquin fue un mechón de pelo que sugería o bien que era un hombre de aspecto bohemio o, más probablemente,

que era un hombre bastante cómodo en compañía de mujeres.

Al cabo de menos de dos horas había terminado su tarea y bajado por las escaleras traseras hasta la estancia de las sirvientas. El comportamiento de la señorita Carlisle parecía un poco más relajado después de ver el trabajo de Mary. Si había alguna queja, Mary no había oído ninguna.

Rose la saludó con una gran sonrisa y le tendió una taza de té. Al menos una persona del personal era amable, pensó Mary. Llamaron a la puerta de la cocina y entró Caroline Hadleigh.

Caroline miró sorprendida a Mary y luego a la señorita Carlisle.

—Señorita Hannah, esta es la señorita Tanner. Va a sustituir a Gibson.

*

—¿Cómo era? —preguntó Betty mientras Mary, Agatha y ella se sentaban alrededor de la mesa del comedor en Grosvenor Square aquella tarde.

Mary frunció un poco el ceño y dedicó un momento a ordenar sus pensamientos. Había mucho que asimilar, destilar y discutir.

—Al principio me costó juzgarla, tan ridículo fue su disfraz. Quiero decir que era evidente que se trataba de un disfraz. Me sorprendió que nadie pudiera ver a través de él. Lleva una peluca para ocultar su pelo rubio, lo cual es irónico, dado que yo hago lo contrario. Las gafas, obviamente, pretenden ocultar el hecho de que es bastante guapa. Fallan abismalmente, por supuesto. Me pregunto si el joven Rosling, o el mayor, se habrán dado cuenta de ello. Si son los hombres que creo que son, estoy seguro de que se habrán dado cuenta. Su voz no es ciertamente lo que uno describiría como de clase trabajadora. Ha hecho poco o ningún esfuerzo para ocultar que es educada.

—¿Cómo se portó contigo? —preguntó Agatha.

—Educada, pero cautelosa. Había algo, pero no podía precisarlo. Parece que nos alojaremos juntas esta noche, así que tendré más oportunidad de conocerla mejor.

—¿Crees que está planeando un crimen? ¿Tal vez tu llegada ha puesto todo patas arriba? Puede que esté molesta contigo por esto —señaló Betty.

Mary asintió y dijo: —Sí, yo también me lo preguntaba. En fin, ya veremos. Bueno, creo que será mejor que me vaya. Me esperan pronto.

—Buena idea, seguro que Helen ya ha recogido tus cosas —dijo Agatha, levantándose de su asiento.

Salieron del comedor y, tal como Agatha había previsto, había dos maletas en el vestíbulo. Al notar la sorpresa de Mary ante las dos maletas desconocidas, Agatha dijo: —Tomé la precaución de comprar maletas un poco menos caras que las dos que traías originalmente, Mary. Tus maletas podrían haber levantado sospechas.

*

La señorita Carlisle pareció aliviada cuando Mary reapareció en la casa de Sloane Gardens a primera hora de la tarde. Sin embargo, no hizo ningún comentario al respecto y en su lugar le dijo a Mary: —Subiremos dentro de unos minutos a ver al señor y la señora Rosling. No estoy segura de que su sobrino haya vuelto. Tiene un horario extraño —la forma en que pronunció la parte final de la frase sugería, como era de esperar, desaprobación.

Caroline Hadleigh no estaba por allí, así que no hubo oportunidad de volver a conocerla. Rose, sin embargo, sí estaba y le preguntó si había comido algo. Mary admitió que no, añadiendo que el estofado de la olla olía muy bien.

—Siéntate —ordenó Rose—, estoy segura de que tienes tiempo para cenar algo. Estás muy flaca. A vosotras, jovencitas, realmente no las entiendo.

Mary se rio. Estaba claro que Caroline había recibido una reprimenda similar de Rose. La señorita Carlisle no parecía muy contenta con el acuerdo, pero, como tantas otras veces, se dejó llevar por el sentido común de la cocinera y no por sus inclinaciones más mezquinas.

El estofado estaba tan bueno como sugería su aroma. Incluso Elsie habría tenido dificultades para mejorarlo. O, tal vez, el duro trabajo del día le había abierto el apetito. Solo sus buenos modales innatos le impidieron engullir la deliciosa comida.

Cuando terminó, se ofreció a lavar los platos, pero Rose no quiso darle el gusto, diciéndole que pensara en sus manos. Este comentario no significó nada para Mary, pero asintió sabiamente de todos modos. Unos minutos después apareció Grantham, el mayordomo de la familia.

—Señorita Tanner, la familia está lista para recibirte —parecía tan formal como la señorita Carlisle. Algo en su aparente piedad le recordaba a Curtis, su propio mayordomo. Sonrió al pensar en él en Cavendish Hall.

Un cosquilleo intenso apareció en el estómago de Mary mientras seguía a Grantham escaleras arriba, con la señorita Carlisle justo detrás. Llegaron al vestíbulo principal y desde allí se dirigieron al salón. Grantham llamó ligeramente a la puerta y entró cuando oyó una voz americana.

—Adelante.

El señor y la señora Rosling estaban sentados en el salón. Ninguno de los dos se volvió para mirar a la recién llegada. Por un momento, Mary se sorprendió y luego recordó quién se suponía que era. Mientras caminaba hacia la pareja, se preguntó si ella misma siempre había sido tan grosera. Era posible. Aunque por regla general saludaba

a los criados cuando estaban en la estancia con ella, se dio cuenta de que no siempre lo hacía. Un sentimiento de vergüenza descendió sobre ella momentáneamente y una aspiración a no hacer nunca en el futuro lo que habían hecho los Rosling.

La señorita Carlisle se dirigió a un lugar concreto, no exactamente en el centro del salón. Se detuvo y permaneció en silencio, esperando a que uno de los Rosling hablara. Finalmente, ambos levantaron la vista. Los dos registraron a Mary con cierto grado de asombro, lo que hizo que Mary sonriera para sus adentros. No hacía falta leer la mente para comprender lo que estaban pensando.

¿Eres la sustituta de Gibson? —dijo Rosling.

—Sí, señor —respondió Mary. Para divertirse, hizo una delicada reverencia, tratando desesperadamente de no reírse. Esto pareció complacer al mayor de los Rosling. Había superado el primer obstáculo. Sin embargo, reconoció que era el menor de los dos. Desde el momento en que entró el salón, quedó claro quién mandaba en la casa. La jefa habló.

¿Nombre? —preguntó la señora Rosling en un tono de voz que sugería que había adivinado exactamente cuál sería la opinión de su marido sobre la recién llegada y que no le hacía ninguna gracia.

—Tanner, señora —respondió Mary.

—¿De dónde vienes, Tanner?

Mary la llevó a través de la historia preestablecida, con cuidado de ser breve. El hecho de que hubiera transmitido la información con eficacia y sin exceso de detalles pareció impresionar a la señora de la casa. Hizo un gesto con la cabeza a la señorita Carlisle. El señor Rosling vio esta comunicación tácita y trató de recuperar cierto grado de control sobre una cita en la que, por supuesto, tendría poco que decir.

—Sí, bueno, muy bien. Puedes irte —dijo el señor Rosling, fingiendo volver a su periódico. Carlisle miró a Mary y le indicó con un movimiento de cabeza que saliera inmediatamente por la puerta.

Feliz de que el desfile de ganado hubiera terminado, Mary no necesitó una segunda invitación y corrió como una gacela hacia la puerta. Cuando la abrió, tropezó con alguien que entraba. Ese alguien en cuestión medía un metro ochenta y era un macho de la especie. El joven rápidamente se disculpó y rodeó su esbelta cintura con los brazos en un abrir y cerrar de ojos como para evitar que se cayera. Mary sospechó que se trataba del Rosling más joven. No está nada mal tampoco, pensó.

—Lo siento —dijo el joven con una voz tan encantada como ciertamente sin disculpas. Rápidamente soltó a Mary, pero la sonrisa en su rostro no podría haber sido más amplia que si hubiera comenzado en Noruega.

Mary le devolvió la mirada al joven por un momento antes de recordar que ella no era Mary Cavendish, y luego salió disparada del salón sin decir nada. La reunión con los dos hombres de Rosling confirmó en la mente de Mary que su interpretación de su papel en la casa sería casi con certeza más amplia y ecléctica que el mandato limitado previsto por la señorita Carlisle y la señora Rosling. La sabiduría de Caroline al vestirse de forma conservadora parecía cada vez más astuta, incluso si su propósito era robarles.

Un poco más tarde esa noche, Mary ayudó a Grantham a servir la cena. Para sorpresa de Mary, los estadounidenses también se vistieron para la cena. Quizás no eran tan incivilizados como ella, leyendo novelas sobre el salvaje oeste, así como visitas ocasionales para ver películas de D.W. Griffith la habían hecho creer.

Gracias al excelente trabajo de Rose, el menú de la cena habría funcionado igual de bien en un salón parisino que con tres emigrados del nuevo mundo. Una sopa de cebolla fue seguida por un primer plato frío de salmón. El plato principal era pato con una salsa que Mary nunca había visto antes. Olía delicioso. Mary esperaba que quedara algo al final.

La conversación alrededor de la mesa fue sorprendentemente animada y despertó el interés de Mary. En Gran Bretaña, rara vez se hablaba de comercio o política durante una cena en presencia de mujeres. A Mary le molestó esto y se sintió excluida de los temas sobre los que se sentía igualmente calificada para comentar. Aquí, los tres americanos no hablaban más que de negocios y política, incluida la señora Rosling. A pesar de todas sus mezquinas pretensiones de ser una gran dama, era claramente una mujer inteligente y formidable. Mary también se encontró admirando el nivel de respeto que los hombres tenían por sus opiniones.

La parte más interesante de la velada para Mary llegó cuando hablaron de las impresiones del señor Rosling sobre la conferencia de Londres. Como era de esperar, las opiniones del señor Rosling fueron directas.

—Sería divertido —dijo el señor Rosling—, si no fuera tan transparente cómo Gran Bretaña está tratando de bloquear el acceso de Francia al petróleo.

—Típico truco británico —respondió el joven antes de recordar la presencia de los dos sirvientes ingleses.

Esto provocó una mirada severa de la señora Rosling, pero su marido lo ignoró y continuó.

—Cuanto más veo a los europeos negociando juntos, más pienso que se les acabó el tiempo. El nuevo mundo será nuestro mundo. Recuerda mis palabras, se acerca el momento de Estados Unidos. Europa y todas sus malditas, lo siento, Isabelle, colonias seguirán el

camino de los griegos y los romanos y quién sabe qué.

—Creo que has dado en el clavo, tío —continuó el joven—. He estado en ese club de caballeros con algunos de mis amigos, Sheldon ´s. Tienes que ver a algunos individuos para creerles.

Mary se resistió a sonreír ante la mención del club principal de Kit en Londres. «Esto será interesante», pensó.

—Está lleno de los viejos señores, sus hijos tontos y tipos militares que enviaron a decenas de miles de hombres caminando hacia una lluvia de plomo.

—No hace mucho tiempo que hacíamos lo mismo, Whittaker — señaló la señora Rosling.

¿Whittaker? Mary inmediatamente se tapó la boca para que no vieran la diversión que le causaba el nombre de Rosling.

—Ciertamente no aprendieron de nosotros entonces —agregó Rosling padre—. Eso los convierte en unos ineptos a mis ojos. Lo siento, Isabelle.

El resto de la velada confirmó los temores de Mary con respecto a su interés en sí misma. Ambos hombres de Rosling se comportaron de la mejor manera, obviamente dispuestos a no mostrar sus cartas demasiado pronto, especialmente en presencia de la señora Rosling. Sin embargo, los hombres en estos asuntos tienen tanta habilidad para disfrazar sus intenciones como un ejército que ha cesado su bombardeo de artillería de tres días y lo sigue haciendo sonar docenas de silbatos agudos. El hecho de que los dos hombres ignoraran abiertamente a Mary se entendió y se hizo evidente en el ceño fruncido permanente de la señora Rosling durante la cena.

Sin embargo, la noche arrojó una información que Mary estaba ansiosa por compartir con sus cómplices en Grosvenor Square. La señora Rosling llevaba un espectacular collar de diamantes.

*

El sonido del llanto despertó a Joe Ryan de un profundo sueño. Inicialmente pensó que era el joven Ben, luego se dio cuenta de que era Sally. Inmediatamente se levantó de la cama y se dirigió a la sala de estar. Su esposa lo miró con lágrimas en el rostro.

—¿Qué pasa, Sal? —preguntó su esposo.

—Lo siento, Joe. No era mi intención despertarte.

Ryan miró la hora y vio que eran casi las cuatro de la tarde.

—De todos modos, me habría ido pronto, amor. ¿Qué ocurre?

Sally se secó los ojos y trató de recuperar la compostura.

—Estaba mirando a Ben afuera. Está con Alice y algunos de los niños. Grace, del número once, los está vigilando. Nuestro hijo simplemente se sienta allí, como si no tuviera la energía para jugar. Todos los niños son muy amables con él, pero él no parece tener la energía para responder. Me rompe el corazón, Joe, realmente lo hace.

¿Qué será de él?

Ryan abrazó a su esposa con fuerza. Pensaba en esto a menudo. Era algo que no podía compartir con su esposa. Ella necesitaba su fuerza. Necesitaba transmitir una certeza que no sentía. Sus propios miedos los enterró profundamente. Si alguna vez salieran a la superficie, envolvería a su familia en una oscuridad en la que nunca entraría luz.

—Se pondrá mejor, Sal. Lo hará. Cuando era joven, conocí a muchos niños que tenían asma. Se las arreglaron. Ben no es peor que ellos. Ya verás, Sal.

Estas palabras tuvieron su efecto habitual. Su veracidad era otro asunto, pero este no era el problema con el que Ryan tenía que lidiar en ese momento. Mantener el ánimo de su familia en alto era primordial. Tenía suficiente con lo que lidiar en el trabajo sin ninguna carga adicional.

Dos horas después, Ryan estaba de pie frente a Abbott en la cinta transportadora esperando que llegaran las oleadas de cigarrillos.

—Creo que he encontrado a alguien que está interesado en quitarme volumen. Ganaremos menos por el hocico, pero él puede pagar —dijo Abbott.

—Mientras tenga el dinero, está bien —respondió Ryan. Estaba a punto de agregar algo más cuando Abbott movió levemente la cabeza para indicar que alguien se acercaba.

—¿Todo bien? —dijo Johnny Mac cerniéndose sobre los dos.

—Sí, jefe —respondieron los dos hombres al unísono.

—¿Quieres quedarte aquí o cambiarte a otra parte?

—Estoy bien aquí, jefe —dijo Abbott, pero no demasiado rápido— ¿Y tú, Ryan?

—Yo también, jefe —añadió Ryan con más naturalidad de la que sentía. El gran hombre de Ulster siempre daba la impresión de que era tan probable que te apuñalara como de que te diera una palmada en la espalda.

Johnny Mac asintió y se alejó sin decir nada. Ryan miró a Abbott y preguntó: —¿De qué crees que se trata?

—Nada, creo. Pero para estar seguros, dejaremos el hocico esta noche.

—¿Crees que sospechan algo?

—Lo importante es que no nos pillen si lo hacen.

—Estoy de acuerdo —asintió Ryan.

El resto de la noche transcurrió tan lentamente como siempre. Los sentidos de ambos hombres estaban en alerta máxima para Johnny Mac o su asistente rottweiler, Rusk. No hablaron mucho durante el transcurso del turno. Ninguno de los dos tenía que hacerlo, estaba claro que estaban bajo vigilancia. Ambos fueron escrupulosos en no dar la apariencia de ser conscientes de ello. Al final del turno, Rusk

llamó a los dos hombres.

—Seguidme —dijo Rusk secamente.

Los dos hombres se miraron y siguieron a Rusk a la oficina de Johnny Mac.

—Esperad aquí.

Rusk salió y regresó unos momentos después con Johnny Mac.

—Quitaos los abrigos —dijo Rusk. Ambos hombres lo hicieron y se los entregaron. Siguió una inspección rápida que no reveló cigarrillos.

Johnny Mac le hizo una seña a Rusk para que le devolviera los abrigos. Arriesgándose, Ryan dio un paso adelante y levantó los brazos a los costados. Ni Rusk ni Johnny Mac se movieron, ambos parecían confundidos.

—¿Queréis cachearme? —preguntó Ryan, manteniendo su tono neutral, ni burlón ni temeroso, aunque ciertamente estaba peleando una batalla para no temblar.

Johnny Mac dio media vuelta y salió de la oficina sin decir nada. En cambio, Rusk negó con la cabeza y dijo: —Iros.

Ryan y Abbott salieron de la fábrica en silencio. Cuando estuvieron afuera, Abbott se arriesgó a reír triunfalmente. Ryan permaneció en silencio. Se las habían arreglado para evitar ser detectados, pero ahora era un problema. Esta línea lateral potencialmente lucrativa ahora estaba cerrada.

—¿Qué pasa? —preguntó Abbott, mirando a Ryan de cerca.

—No veo qué hay que celebrar —respondió Ryan con tristeza.

—Vivimos para pelear otro día, Ryan. No seamos codiciosos. Mantenemos la cabeza gacha y nos ganamos su confianza.

Ryan asintió. Eso tenía sentido, pero su sensación de impaciencia era casi abrumadora al pensar en su hijo. Su mente empezó a vagar por esos lugares oscuros donde se extinguía la esperanza y crecía la ansiedad. Sintió un empujón de Abbott.

Un camión entró en la fábrica de cigarrillos. Abbott empujó a Ryan en una dirección diferente y caminaron hacia una parte diferente del camino para conseguir una mejor vista de lo que estaba sucediendo en la puerta trasera de la fábrica.

Mirando a través de la cerca, vieron claramente el camión que retrocedía hacia las puertas de entrega. Ambas puertas estaban abiertas. Johnny Mac y Rusk cargaron en el camión una docena de cajas que contenían cuarenta cajas de cigarrillos. Cerraron las puertas del camión y golpearon el costado. Un momento después, el camión arrancó. Todo el proceso había tomado menos de un par de minutos.

Abbott miró a Ryan con una sonrisa tan repugnante como astuta.

—Bueno, si no lo supiera mejor, diría que nuestros jefes tienen su propio pequeño negocio.

Capítulo 16

6 de febrero de 1920: Londres

Kit se despertó un poco más tarde a la mañana siguiente. La sensación de vacío le golpeó de inmediato y era casi palpable. Cuando Mary regresara, concluyó en que debían fijar una fecha para la boda lo antes posible. Sugirió que se celebrara en Little Gloston, el pueblo cercano a Cavendish Hall, presidida por el reverendo Simmons. Esto tendría el doble beneficio de hacer feliz a Mary e irritar a su propia familia. Se dio cuenta de que nunca les había dicho personalmente que estaba prometido. Tal vez dejaría que se enteraran por el Times. Otra tarea para cuando Mary regresara. El arrepentimiento fue momentáneo cuando Miller trajo el té.

—¿Planes para hoy, señor?

—Echar de menos a mi prometida, creo, con una pizca de autocompasión —dijo Kit.

—Muy bien, señor. ¿Le traigo un revólver?

—Sí, rápido y eficaz, será perfecto.

Miller sonrió con simpatía y preguntó: —¿Ha pensado en ir usted mismo a Sussex? No le llevaría mucho tiempo. Podría estar allí en dos o tres horas.

—Ya lo he sugerido —dijo Kit con desánimo—. Anoche se lo comenté a Mary por teléfono, pero me dijo que volvería muy pronto.

De hecho, la llamada en cuestión había sido tan breve como, reflexionándolo bien, inquietante. Estaba claro que ella no quería que hablara ni con Richard ni con Esther. Además, se había apresurado demasiado a centrar la conversación en el caso y a dejar de hablar de Esther. Aunque no era más que una pequeña molestia, no era algo que él ignorara por completo. Kit había confiado en esos sentidos de araña para salvar su vida en muchas ocasiones. Decidió que la presionaría al respecto más tarde.

Todo esto le dejaba en una situación más incómoda de lo que le hubiera gustado. Si no estaba exactamente descontento, tampoco se encontraba muy feliz. Siempre había odiado la inactividad. La avalancha de casos de los dos últimos meses había alimentado su necesidad de emociones y estímulos mentales. El último año apenas le había permitido respirar.

Un año antes, había estado en Francia, evitando un posible atentado contra el primer ministro británico; de allí había ido a la

India, una vez más a petición de Spunky, lo que significaba exponerse aún más al asesinato y a los peligros a los que se enfrentaba el imperio.

La relación profunda con Mary podía indicar a Kit una nueva dirección en su vida. Sin embargo, sospechaba que su prometida iba a resultar tan inmune a la inactividad como él. No habría respiro con esta joven cerca. Esto le planteaba un feliz dilema. Reconoció que su deseo de proteger a Mary del peligro caería como el champán en un funeral. Estos pensamientos se interrumpieron cuando Miller le volvió a preguntar por sus planes para hoy.

Sin pensarlo, respondió: —Probablemente almorzar en Sheldon's.

*

Mary se despertó con el sonido del despertador de Caroline Hadleigh. La noche anterior, Mary se había quedado dormida antes de que Caroline volviera de atender a la señora Rosling, lo que significaba que no había tenido tiempo de entablar conversación con su nueva compañera de habitación.

—Hola —dijo Mary alegremente, sentándose al borde de la cama—, me alegro de que tengas despertador. Se me ha olvidado el mío.

Caroline se rio. Era un sonido agradable.

—Despertaría a los muertos. Perdona si el tic-tac te ha parecido demasiado fuerte. Suelo estar tan hecha polvo que me duermo enseguida.

—Lo mismo digo —contestó Mary levantándose de la cama—, me dormí en cuanto me acosté.

Caroline sonrió. —Bueno, ya has superado el primer día. ¿Qué te han parecido?

Mary frunció un poco el ceño antes de responder. —Parecen muy serios, el señor y la señora Rosling. El joven señor Rosling parece todo lo contrario. Tal vez sea injusta, pero creo que podría ser difícil de manejar.

Caroline sacudió la cabeza y sonrió —Qué va, creo que estás siendo totalmente justa. Mira, señorita Tanner, te diré algo en confianza.

Esto era interesante. Mary se preguntó si admitiría quién era. Se inclinó hacia delante y dijo: —Mary, por favor. Llámame Mary.

—Mary, ten cuidado con los dos hombres —Caroline dudó un momento.

—¿Se toman libertades? —sugirió Mary con una sonrisa.

—Sí —dijo Caroline, sin saber cómo interpretar el tono ligero de Mary.

—Gracias, señorita Hannah —respondió Mary.

—Charlotte —intervino Caroline.

—Estaré bien, Charlotte —continuó Mary—. No me gusta que los hombres crean que pueden hacer lo que les plazca conmigo con solo

sonreír estúpidamente y proferir ridículos halagos. Puedo ser educada, pero firme cuando hace falta.

—Me alegro de que digas eso, Mary —asintió Caroline—. Créeme, te saldría el tiro por la culata de dejarte llevar. La señorita Carlisle no lo toleraría y tampoco la señora Rosling.

—No la culpo. A pesar de su grandilocuencia, me impresionó bastante. Es bastante formidable.

Caroline asintió con la cabeza. —Sí, formidable es la palabra. En el buen sentido. Es muy inteligente.

Mary tuvo la sensación de que Caroline le iba a gustar, pero sus papeles se interpondrían. Pasó a asuntos más prácticos.

—¿Necesitas ir al baño primero o lo hago yo?

—¿Te importa si voy yo primero? Su alteza me espera en unos quince minutos. Los timbres de la servidumbre no funcionan bien, así que me gusta asegurarme de que no tenga que llamarme.

Mary hizo un gesto extravagante con la mano que hizo reír a Caroline mientras salía de la habitación. «Buen comienzo», pensó Mary. Sin duda, si Caroline Hadleigh era realmente el nuevo Fantasma, llevarla ante la justicia no sería muy divertido.

Con tan desdichados pensamientos, Mary pasó la mañana ayudando a servir el desayuno a los Rosling mayores y luego ordenando sus habitaciones. Después de terminar la habitación del señor Rosling, Mary salió y se encontró, una vez más, con el Rosling más joven. Mary dudaba de que fuera pura casualidad. El joven aprovechó la oportunidad para rodear la cintura de Mary con sus brazos, antes de soltarla rápidamente con una sonrisa tímida.

—Disculpe, señor —dijo Mary, en un esfuerzo por permanecer neutral cuando su instinto se inclinaba más hacia la violencia moderada.

—No, la culpa es toda mía —se rio Rosling. —Tanner, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Mary.

—¿Hay algún nombre que acompañe a Tanner?

—Sí, señor —contestó Mary, y después de dudar un poco, añadió: —Mary.

—Bueno, no me gusta mucho la formalidad de mis tíos, así que, si te parece bien, me quedo con Mary. Debo decir que creo que eres una gran incorporación al personal.

—Gracias, señor —respondió Mary, dándose la vuelta para marcharse. Al hacerlo, fue consciente de que el joven le rozaba ligeramente con la mano la base de la espalda. Lo ignoró y siguió caminando sin romper el paso. Este asunto del trabajo encubierto le estaba resultando más difícil de lo que había imaginado.

*

La mañana para sir Nevil Macready había empezado con una

discusión con un directivo de alto nivel, a la que siguió el derramamiento de té sobre sus pantalones, justo a la altura de sus partes nobles. Estaba seguro de que las cosas no iban a mejorar pronto. La principal prueba de ello era la próxima reunión.

En el curso normal de los acontecimientos, regañar a un subordinado era una de las ventajas del trabajo. En el fondo, ¿qué sentido tendría ser el jefe si no se pudiera disfrutar de una buena bronca de vez en cuando? Todo esto estaba bien si el objeto de tu justa indignación era un imbécil. Desgraciadamente, por una vez, el objeto de la ira del comisario de policía de Londres estaba muy lejos de ser un cabezón: era uno de los mejores hombres de Macready. Peor aún, el comisario simpatizaba totalmente con los problemas a los que se enfrentaba su inspector jefe.

Pensó en su próximo destino en Irlanda. Tratar con un grupo de rebeldes irlandeses parecía una tarea más tentadora que enfrentarse a una combinación de la prensa británica y la aristocracia en pie de guerra por el robo de unas cuantas joyas. Joyas caras, hay que reconocerlo.

Llamaron brevemente a la puerta. Macready levantó la vista cuando Jellicoe entró en su despacho. Con cierta vergüenza, se saludaron formalmente antes de que Macready quisiera saber cómo iban las cosas.

—¿Alguna buena noticia, Jellicoe? Me vendría muy bien. Creo que a ti también.

Aunque Jellicoe tuviera buenas noticias, no habría sido evidente por la expresión afligida del rostro del inspector jefe. Sin embargo, incluso para los estándares excepcionales de solemnidad de Jellicoe, Macready podía ver que se había hecho poco o ningún progreso. Jellicoe hizo su informe, que fue tan sucinto como carente de nuevas noticias.

Macready asintió con cansancio. Luego sacudió la cabeza. Jellicoe había hecho, o estaba haciendo, todo lo humanamente posible. Pero estaba claro que la situación actual era insostenible.

—Mira, Jellicoe, sabes que confío en ti y, lo que es más importante, te confiaría cualquier caso. Pero tenemos que sacudir un poco las cosas. Esta inmovilidad no puede continuar. Los lobos están aullando. Sobre todo a mí, debo añadir. Eso significa que o cambiamos nuestro enfoque o, lamentablemente, nuestro personal.

Jellicoe se sorprendió de que se hubiera llegado a este punto. Sería una vergüenza profesional ser apartado de un caso de tan alto perfil.

—Necesito un poco más de tiempo, señor. Las pocas pistas que tenemos las hemos seguido. Estamos literalmente pisando arena.

—Ya no tenemos tiempo. Tengo a unos cuantos aristócratas enfadados armando jaleo en el parlamento. Quieren acción.

—Yo no aconsejaría mencionar al Fantasma, señor. Eso empeoraría las cosas.

Esto se aplicaba tanto al comisario como a él. Ambos sabían que cualquier revelación sobre las tarjetas de visita agravaría aún más la situación sin ningún beneficio material.

—Tienes cuarenta y ocho horas, pero mientras tanto, voy a preparar un equipo de refuerzo.

—No me diga que Bulstrode, señor.

—Bulstrode.

—Ya conoce mi opinión sobre Bulstrode, señor —dijo Jellicoe. Su rostro adoptó, si cabe, un semblante aún más abatido.

En realidad, Jellicoe nunca había manifestado ninguna opinión sobre el detective inspector, pero Macready no necesitaba ser adivino para saber cuál sería.

—Probablemente deploras sus métodos —respondió Macready.

—Es un matón, señor.

Esto era tan preciso como difícil de rebatir. La alta correlación entre las condenas exitosas de Bulstrode y las confesiones obtenidas mediante palizas despiadadas, si alguien se hubiera molestado en comprobarlo, y Jellicoe lo había hecho, no se debía ciertamente a la casualidad.

—Me temo que he tomado mi decisión —sentenció Macready. Estaba claro que tampoco era una decisión que le gustase.

—¿Podemos al menos retrasarlo hasta que hayan transcurrido las cuarenta y ocho horas?

—Empezó esta mañana. Sospecho que ahora estará en tu despacho.

*

Kit se sentó en su mesa habitual, junto a la ventana. Miró al exterior y pensó en Olly Lake. Los dos habían almorzado juntos a menudo en Sheldon's. La caída gradual de Olly en el alcoholismo había sido tan hábilmente planificada que lo había engañado por completo. Su ánimo se hundió al pensar en su antiguo amigo. A pesar de lo maravillosas que habían sido las últimas semanas con Mary, a veces su mente volvía a su juventud, a la escuela y a su vida antes de la guerra. Sabía que Olly y él volverían a encontrarse. La perspectiva le producía un nauseabundo sentimiento en la boca del estómago.

En lugar de pensar en Olly, pensó en Mary. Su actitud había sido evasiva, sin duda, pero ¿estaba siendo paranoico? Pensar en eso también era desalentador. Deseaba que volviera. Solo había pasado un día desde su partida.

Su estado de ánimo bajó aún más con la llegada del mismo grupo ruidoso de ayer. Acamparon cerca de la mesa de Kit, lo que le permitió disfrutar de la amplitud de su erudición y sus comentarios. Iba a ser una tarde larga. Pensó por un momento en levantarse, pero

le detuvo la llegada del camarero con uno de los platos favoritos de Kit, la sopa de espárragos. No quedaba más remedio que soportar, con entereza, una situación que, de otro modo, sería insoportable: americanos ruidosos comiendo cerca.

Kit miró a los cuatro hombres. Dos de los jóvenes eran ingleses y estaban más locos que una cabra. Uno de ellos le resultaba familiar a Kit. Era hijo de un vizconde, como él. Era probable que fuera miembro. También era posible que los norteamericanos fueran miembros, ya que Kit había observado recientemente un aumento de compañeros del nuevo mundo entre las sagradas filas de Sheldon's.

El volumen de la conversación era inversamente proporcional a su calidad. Cada uno del grupo, empeñado en superarse mutuamente en sus historias relacionadas con el éxito con el sexo opuesto, solo conseguía demostrar lo insustanciales que eran. Un miembro del grupo llamó la atención de Kit. Era el líder. Bien hecho y claramente adinerado, era tan ruidoso como los demás, pero parecía menos deseoso de agradar. Kit sospechaba un desprecio subyacente por la gente con la que estaba.

En cierto momento le llegó el turno de compartir con el grupo su historia de éxito en el juego de apareamiento. Se inclinó innecesariamente hacia delante y su voz resonó en el comedor como un grito a medianoche.

—Chicos, tenemos una nueva criada en casa.

Esto provocó las carcajadas de los demás. Uno de los ingleses dijo: —¿Se ha ido la anterior a tener un crío?

El americano hizo un gesto con las manos hacia abajo. —Escuchadme, chicos. De todos modos, creo que tendría que preguntarle a mi tío por la otra, pero en fin —esto provocó más risitas entre sus oyentes.

—¿Cómo es? —preguntó el otro americano.

—La mujer más guapa que he visto en Inglaterra hasta ahora.

El grupo empezó a aplaudir esta declaración. A estas alturas, algunos de los comensales empezaban a impacientarse con los jóvenes. Finalmente, un camarero se acercó a ellos y les pidió que bajaran la voz. Siguieron las disculpas, sinceras o no.

—Adelante —dijo el joven lord cuando el camarero se hubo marchado.

—Es joven, muy delgada y tan guapa que haría que uno de estos viejos generales de aquí se volviera alemán de un pestañeo. Pretende hacerse la difícil, pero creo que está dispuesta.

—¿Cómo se llama?

Surgió de la nada. Por mucho que Kit no quisiera escuchar la conversación, era inevitable. Y entonces oyó el nombre.

—Mary Tanner.

Tres pensamientos recorrieron la mente de Kit en un instante. El primero fue que Mary Cavendish y Mary Tanner eran dos personas distintas. Esto se descartó rápidamente cuando el segundo pensamiento golpeó a Kit: «¿Era mi Mary? Y, de ser así, ¿qué estaba haciendo?». Le siguió un último pensamiento: «¿Por qué le había mentido?»

De mala gana, Kit escuchó el resto de la historia del americano. La criada había llegado el día anterior. Coincidía con el viaje de Mary a Sussex. La descripción coincidía con la de Mary, salvo por el pelo rubio, que podía explicarse fácilmente con una peluca. La narración de Rosling se desvió hacia un terreno en el que Kit se vio en la tesitura de dirigirse a la mesa y darle una paliza al joven allí mismo.

Kit terminó rápidamente su comida y se dirigió al camarero jefe. En lugar de quejarse directamente, pidió los nombres de los hombres de la mesa. El jefe de camareros sacaría sus propias conclusiones. A continuación, se dirigió al director general de Sheldon's y obtuvo la dirección del joven que ahora sabía que era Rosling. También averiguó algo más sobre los antecedentes del joven tras unas cuantas llamadas a amigos del comercio y la función pública.

Una hora después de escuchar la conversación entre los jóvenes, Kit y Harry Miller estaban sentados en un coche cerca de la casa de Sloane Gardens. Miller fue informado de la situación. A Kit le pareció que aquello tenía sentido tanto desde el punto de vista práctico como desde el de la confianza: potencialmente iban a embarcarse en una larga vigilancia. Durante las horas siguientes, cada uno se turnó para sentarse en el coche mientras el otro descansaba.

La noche caía como tinta negra sobre papel mojado, llorando poco a poco desde un cielo triste. La familia Rosling regresó a diferentes horas en el transcurso de la tarde. Sin embargo, no había ni rastro de Mary. Si Mary estaba, de hecho, actuando en calidad de criada, no estaría libre hasta cerca de las diez. Esto marcaría el final de la cena, dejando libres a los criados para relajarse, irse a la cama o, como esperaba Kit, dar un paseo.

De hecho, había otra opción que Kit no había considerado hasta que ocurrió.

Capítulo 17

La predicción del comisario de que Bulstrode estaría esperando a Jellicoe cuando volviera a su despacho estaba un poco lejos de la realidad. Fue a primera hora de la tarde cuando Bulstrode descendió sobre la oficina como una nube negra. Lo hizo en tándem con su sargento, Beloved.

El momento de la llegada, justo cuando el inspector jefe estaba a punto de marcharse, parecía deliberadamente destinado a irritar a Jellicoe. En este sentido, los instintos de Jellicoe eran más agudos que los del comisario. A diferencia de Jellicoe, ni Bulstrode ni Beloved tenían familia, por lo que era más probable que trabajaran hasta altas horas de la noche. Esto tenía dos ventajas, que la minoría de oficiales superiores que habían facilitado el rápido ascenso de Bulstrode hasta alcanzar el actual techo de cristal apreciaba fácilmente.

En primer lugar, el crimen era una actividad que tendía a ejecutarse de noche y no de día, aunque solo fuera por el deseo de los delincuentes de evitar ser detectados en el acto. Menos evidente, pero de igual o mayor importancia, la reducción de efectivos durante las noches daba rienda suelta al dúo de detectives para emplear al máximo sus robustas técnicas de interrogatorio.

El saludo entre los dos policías tuvo una cualidad polar: baja temperatura, carente de vida y con pocas probabilidades de presenciar pronto ni calor ni vida. No hubo apretón de manos, solo una inclinación de cabeza y una breve presentación de los dos hombres a Ryan.

Ryan miró a Bulstrode. No se conocían, pero su reputación no solo le precedía, sino que se manifestaba en el hombre bajo, achaparrado y con cuello de toro que tenía delante. Su rostro colorado sugería, certeramente, un temperamento tan volátil como el de un italiano que se enfrenta a un alemán que ha insultado a su madre.

El compañero de fechorías de Bulstrode, Beloved, era de estatura mediana, más delgado, con la cara afilada y con los ojos saltones. Ryan no necesitó fijarse en el lenguaje corporal de Jellicoe para formarse una antipatía y desconfianza instantáneas hacia aquellos hombres. Esto se consolidó con el primer comentario de Bulstrode acompañado, como estaba, por la bronquial carcajada de Beloved.

—Macready quiere que te llevemos de la mano.

—Eso parece —respondió Jellicoe con neutralidad. Esto pareció tener más efecto en Bulstrode que su comentario original en Jellicoe.

Ryan se dio cuenta de ello y comprendió que la mejor manera de jugar con Bulstrode era no morder el anzuelo de aquel hombre. Una mirada entre él y Jellicoe bastó para que el maestro y el aprendiz lo comprendieran.

Bulstrode dirigió su atención a Ryan, con la esperanza de obtener algo más de su ingenio. —¿No deberías estar en la escuela, hijo?

—Dejé la escuela para alistarme en el ejército, señor —respondió Ryan con una sonrisa—. Iré a buscarle el expediente. Por cierto, caballeros, ¿les apetece un té?'

Jellicoe se permitió una sonrisa, aunque nadie lo hubiera sabido.

*

No fue exactamente una discusión. Se pusieron uno frente al otro y se miraron en desacuerdo. A efectos técnicos no era nada, pero había una lección allí si él hubiera decidido verla. Aunque estaba desesperado.

—Sigo pensando que es un riesgo demasiado grande —dijo Joe Ryan con mal humor.

—Viste cómo registraron los abrigos. Nunca mirarían dónde los has puesto. Ni siquiera buscarán. Estoy seguro de que no lo harán más.

—Soy yo quien se arriesga, no tú —señaló Ryan con los dientes apretados. Miró hacia arriba para ver si alguien podía ver su altercado. Por suerte, el ruido de la fábrica hacía que nadie los oyera y parecían estar fuera de la vista de todos los que trabajaban en la planta. Johnny Mac y Rusk estaban en la oficina.

Seguir discutiendo en lugar de negarse en redondo significaba, como Ryan comprendió poco a poco, que no hacía más que retrasar el momento de arriesgarse. El ruido de la fábrica y el calor en el interior resultaban opresivos y la cabeza de Ryan empezaba a nadar por el miedo que sentía. Enfrentarse a los alemanes tenía una cosa: esperaba que alguien te matara. Si nunca se había acostumbrado a la sensación de realizar sus sueños, al menos había encontrado su lugar en el mundo.

Ahora lo que estaba en juego había cambiado. Tenía familia. Ya no era solo él. Perder su trabajo sería un desastre. Pero necesitaban el dinero. El nuevo trabajo no era suficiente. Los dos hombres permanecieron en silencio durante unos minutos, cada uno con sus propios pensamientos. Finalmente, Ryan cedió.

—De acuerdo.

Unos metros más allá, en el despacho, Johnny Mac y Rusk mantenían una conversación similar.

¿Estás seguro de que los viste? —preguntó Johnny Mac dubitativo.

—Sí, seguro que se habrán enterado. Volveré a registrar sus abrigos esta noche —respondió Rusk.

Johnny Mac guardó silencio unos instantes. Le divertía la idea de

que los dos hombres pensaran que podían engañarle. ¿No sabían quién era? Estaba claro que no. Quizá hubiera que darles una lección.

—Déjalos.

—¿Que los deje?

—Ya me has oído —dijo Johnny Mac irritado—. Dales un día o dos, no te acerques a ellos, ni siquiera los mires. Ignóralos cuando se vayan, no los observes cuando lleguen. Que crean que no hay moros en la costa. Veremos qué pasa entonces.

—Que así sea —dijo Rusk chocando el puño. No necesitó añadir nada más.

—Una cosa más —añadió el gran hombre de Ulster mientras Rusk se daba la vuelta para marcharse—. Haz que los sigan. Quiero saber más de ellos. Dónde viven, qué hacen. En algún momento tendrán que venderlos. Averigua dónde. Pregunta en las tabernas si es necesario. ¿Quién los compra?

Rusk asintió con la cabeza, aunque no tenía más remedio que hacerlo. Rusk temía a pocos hombres. Johnny Mac era uno de ellos.

*

Si Harry Miller se sorprendió al ver a Mary salir de las escaleras del sótano con una peluca rubia, fue demasiado discreto para llamar la atención de Kit sobre ello. Fuera cual fuera el color de su pelo, era llamativa. Sin embargo, el pelo rubio, en la humilde opinión de Harry, la hacía muy atractiva.

—Señor.

Kit, que estaba leyendo un periódico, levantó la vista y vio lo mismo que Miller.

—Interesante —fue el único comentario de Kit. Ambos vieron a Mary cruzar la calle. Parecía dirigirse hacia un coche grande—. Es el coche de tía Agatha, si no me equivoco. Harry, ¿crees que podrías llevarnos de vuelta a Grosvenor Square antes que Mary?

Harry ya había arrancado el coche y momentos después estaban en camino. Miller echó un vistazo por el retrovisor y vio que Kit sonreía.

—Será divertido —dijo Kit enigmáticamente.

Llegaron, como Kit había indicado, mucho antes que Mary. Kit salió del coche y subió los escalones mientras Miller apartaba el coche de la entrada. Fish apareció unos instantes después. Parecía sorprendido de ver a Kit.

—Hola, Fish —dijo Kit entrando antes de que el viejo mayordomo pudiera excusarse por la presencia de la señora de la casa—. Voy a ver a mi tía Agatha.

En el vestíbulo, Kit pudo oír la voz de su tía y la de otra mujer. Se dirigió directamente al salón, mientras Fish intentaba seguirle el paso. Llamó a la puerta y entró. Agatha y Betty miraron a Kit, que estaba en el umbral.

—Hola, tía Agatha —dijo Kit con disimulo. Luego se acercó a Betty y le besó en la mejilla—. Me alegro de verte también, Betty. ¿Qué estáis tramando?

—Christopher —dijo Agatha recuperando la compostura—, ¿qué haces aquí?

—¿No puede un sobrino visitar a su tía favorita de forma improvista?

Esto levantó las sospechas de Agatha inmediatamente. Se dio cuenta de que el juego había terminado en parte y dijo: —Bueno, resulta que es una suerte que estés aquí, porque Mary está volviendo a casa mientras hablamos.

—Qué suerte —dijo Kit. Parecía todo menos sorprendido.

—Jovencito —dijo Agatha, ahora completamente dueña de sus sentidos, aunque no exactamente de la situación, y recurrió a su tono de voz por defecto en situaciones como ésta: indignación. Ni por un segundo pensó que funcionaría, pero valía la pena intentarlo—. no se me hablará en ese tono de voz.

—Tía Agatha, no estoy seguro de a lo que te refieres.

En ese momento, se abrió la puerta y entró en el salón Mary Cavendish sin peluca.

—Has vuelto, querida —dijo Kit levantándose de su asiento.

Los ojos de Mary se entrecerraron. —Y tú también estás aquí, cariño.

Mary Miró a Agatha y a Betty, pero era evidente que estaban tan sorprendidas como ella. En lugar de tomar la iniciativa, adoptó una táctica, incluso menos sutil, utilizada por el lado femenino de la especie, a través de los eones, para evitar la censura o la ira del sexo menos inteligente. Le rodeó el cuello con los brazos, le miró a los ojos y le besó suavemente en los labios.

Si Kit se hubiera enfadado de verdad, el perdón habría sido inmediato y sincero. De hecho, se sintió muy divertido por el giro de los acontecimientos y felizmente tranquilizado por el primer instinto de Mary al evitar los reproches. Era un buen augurio para el futuro.

—Siéntate, mi amor —dijo Kit, separándose por fin—. Creo que me debes una explicación.

Mary parecía ahora más divertida que sorprendida. Miró a las otras damas y dijo: —¿Quién quiere empezar?

Agatha se dio cuenta de que le correspondía a ella explicar a Kit lo que habían estado haciendo. Extendió la mano hacia el periódico y se lo mostró a su sobrino. El artículo sobre la reciente oleada de robos estaba marcado con un círculo.

—Hemos resuelto el caso, Christopher —anunció Agatha.

—Posiblemente —añadió Mary.

No es fácil afirmar de antemano qué fue lo último que Kit pensó

que diría su tía, pero «hemos resuelto el caso» no estaba ni cerca de su primera suposición.

En cualquier caso, Kit se las arregló para balbucear. —¿Habéis resuelto el caso? —Kit miró a las tres damas. Estaba claro que hablaban en serio.

—Es verdad, Kit —dijo Agatha con los ojos brillantes.

La velada estaba resultando ser abundante en sorpresas. Tía Agatha nunca se había referido a Kit de otra forma que no fuera Christopher. Kit miró a su anciana tía. Parecía haber perdido al menos veinte años con la emoción. Estaba muy claro que creían que tenían una oportunidad en el caso.

—Continúa.

—Caroline Hadleigh — prosiguió Betty—. Está trabajando en casa de los Rosling. Disfrazada, debo añadir.

—La seguimos —añadió Mary.

—Sí, de tal palo, tal astilla. No hay razón para que la hija no haya aprendido de su padre los trucos, por así decirlo, del oficio —continuó Betty.

Aunque Kit no pudo evitar poner cara de diversión, lo que le valió que Mary frunciera el ceño, también sintió una oleada de orgullo. Era ciertamente plausible. Después de unos instantes, contestó: —Bueno, sin duda hay que felicitaros por descubrir algo que, como mínimo, parece sospechoso. Pero necesitamos pruebas. Esto puede no estar disponible hasta que la señorita Hadleigh haga algo. Si es que está implicada.

Mary estaba más allá del punto de esperar que estuvieran equivocados. Normalmente confiaba en sus instintos y le decían que Caroline no era una criminal. Miró la hora.

—Tengo que volver. Se preguntarán dónde estoy.

Kit pareció estupefacto y dijo, casi enfadado: —Desde luego que no. Ese tal Rosling es un canalla y, por lo que he oído, parece estar muy interesado en ti. ¿Quién sabe lo que podría hacer?

—Estoy viviendo con Caroline Hadleigh, así que dudo que haga mucho.

Eso no tranquilizó a Kit. —Él elegirá su momento. ¿Y si os encontráis a solas?

—Bueno —dijo Mary, deteniéndose un momento a pensar—, es bastante apuesto.

—Y alto —señaló Kit con gesto adusto.

—Hombros anchos —añadió Mary, alegremente.

—Y es un cabezón arrogante —continuó Kit.

—Completamente —coincidió Mary.

—Querida, Kit tiene razón —dijo Betty—. No podemos permitir que te pongas en peligro.

—Gracias a todos —respondió Mary levantándose de la mesa—. Agradezco la preocupación y haré todo lo posible para evitar que se produzca una situación desagradable. Ahora tengo que volver.

El tono de Mary, agradable y tranquilo, tampoco admitía discusión. Kit se dio cuenta de que tendría que acostumbrarse. Formaba parte de ella. Estaba tan enamorado de su espíritu como atraído por su belleza. Objetar ahora posiblemente ganaría la batalla, pero perdería la guerra. Miró a Mary. En su mirada había un llamamiento, pero también una admisión de derrota. Ella le devolvió la mirada y asintió tranquilizadora.

—Harry Miller o yo estaremos fuera de la casa las veinticuatro horas del día.

—Puedo pedírselo también a Alfred —sugirió Agatha—. De ese modo, tendrá transporte inmediato si se siente amenazada por ese joven gamberro.

Era un compromiso sensato. Mary salió del salón con Kit.

—Al menos déjame llevarte a Sloane Square.

Mary le miró irónicamente y dijo: —Subir al coche de un joven sin compañía. ¿Qué hay de mi reputación, señor?

Con la puerta del salón cerrada y sin Fish en los alrededores, Kit decidió poner a prueba el compromiso de Mary con su reputación. Al parecer, la defensa de los principios de su prometida era menos firme en los hechos que en las palabras. Sin embargo, esos momentos robados, se dio cuenta Kit, no hacían sino aumentar el dolor de la separación que estaba destinado a sentir cuando ella regresara a la casa de los Rosling.

Capítulo 18

17 de febrero de 1920: Londres

Era medianoche cuando Mary regresó a su habitación. Abrió la puerta tan silenciosamente como pudo, pero se dio cuenta de que Caroline seguía despierta, leyendo en la cama. De hecho, estaba leyendo en alemán, observó Mary. No había razón para que Mary se sorprendiera, pero así era.

Caroline levantó la vista y sonrió. —Hola, ¿qué has estado haciendo?

Mary soltó una carcajada. No tenía más remedio que admitir parte de la verdad. Le dijo a Caroline: —¿Me prometes que no lo contarás? Tengo un novio. Fui a verle.

Caroline dejó su libro. Esto era más interesante. Sonrió y preguntó: —¿Cómo es?

Mary no necesitó una segunda invitación para describir a Kit.

—Es guapo. No, mejor dicho, muy guapo. Alto, inteligente, amable y muy divertido. Estuvo en la guerra. Fue capitán —En ese momento se detuvo al pensar en las terribles heridas que había sufrido y en lo que había visto de los otros hombres a su cargo. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Estaba herido?

Mary asintió y bajó la mirada, incapaz de hablar.

—Pero no parece molestarle. Era parte de su pierna. A mí, desde luego, no me molesta. Solo quiero casarme con él —admitió Mary con total sinceridad. Era mejor atenerse a la verdad, de modo que, en ese sentido, Mary no tendría que actuar. Antes de que Caroline pudiera hacer cualquier otra pregunta sobre Kit, Mary pensó que lo mejor era reconducir la conversación. —¿Tú tienes novio?

Caroline dudó antes de contestar.

—Lo tienes, ¿verdad? —continuó Mary, esperando que esto la ayudara a abrirse.

—Sí —admitió Caroline tímidamente—, sí, lo tengo.

—¿Cómo es él?

—Bueno, un poco como el tuyo. Estuvo en la guerra, sobrevivió ileso. No habla mucho de ello, pero solo hace uno o dos meses que salimos juntos.

—¿Te gusta? —preguntó Mary.

Caroline parecía un poco preocupada. Mary supuso que sí le

gustaba. Sin embargo, enamorarse de un policía era algo difícil si tu profesión era el robo.

—Lo siento, Charlotte, no es asunto mío. Aunque creo que algo sí que te gusta —sugirió Mary sonriendo.

Caroline asintió al cabo de unos instantes, añadiendo simplemente: —Sí, me gusta.

—¡Entonces deja de robar joyas! —gritó Mary, aunque dentro de su cabeza. Ahora tenía claro que Caroline Hadleigh le caía muy bien. Había un espíritu y una vulnerabilidad que ella podía discernir, pero también empatizar. Su padre estaba en la cárcel, su madre estaba muerta; no tenía hermanos, que ella supiera. Caroline estaba muy sola y Mary esperaba desesperadamente que no fuera la persona que ella, Agatha y Betty sospechaban que era. Las luces se apagaron, pero fue unas horas antes de que el sueño llegara a Mary.

A la mañana siguiente, ambas tuvieron que apresurarse para arreglarse, ya que se habían dormido veinte minutos más de la cuenta. Se rieron mientras bailaban por la pequeña habitación vistiéndose y arreglándose sobre la marcha.

—No más trasnochar —dijo Mary sonriendo.

—Lo sé, vamos, Mary, vamos a llegar tarde.

Salieron juntas de la habitación y corrieron hacia la cocina para desayunar rápidamente. Antes de entrar, Caroline detuvo a Mary y le dijo: —Ten cuidado con el joven Rosling. No me gusta cómo te mira. Si intenta algo, grita. Iré corriendo. Además, con algo pesado para golpearle.

Mary casi se echó a reír. Entonces, tomándose un momento para serenarse, dio las gracias con la cabeza y ambas entraron juntas para enfrentarse a la inevitable desaprobación de la señorita Carlisle.

El rostro de granito de la señorita Carlisle dejó claro que la censura se dirigía a las dos jóvenes en cuanto Grantham terminara su desayuno. Comieron en silencio y entonces las dos chicas fueron salvadas, literalmente, por la campana. Ambas campanas.

—Son el Señor y la señora Rosling. Parece que sus campanas funcionan de nuevo. Deberíamos hacer que las revisaran. Sigo pensando que no funcionan del todo bien —dijo Grantham poniéndose en pie.

—Señorita Hannah, tendrás que terminarte eso más tarde. Será mejor que veas lo que quiere. Yo atenderé al señor Rosling.

Caroline miró con simpatía a Mary, que permanecía impasible salvo por una ligera arruga alrededor de los ojos. Rose, reconociendo un claro escalofrío en el aire que emanaba de la dirección de Carlisle, se acercó y le pidió a Mary que la ayudara a preparar el desayuno para la familia. Mary saltó de su asiento y le guiñó un ojo a Rose, que sonrió ampliamente. Esto dejó a la señorita Carlisle con cara de que

una avispa se hubiera instalado en su ropa interior, junto con su familia.

Mary subió la comida desde la cocina. Grantham ya no estaba por la labor de dar vueltas por la casa como un deportista. El primero en bajar a desayunar fue el señor Rosling. Llevaba un traje oscuro. Al principio no se fijó en Mary, salvo para pedirle un café. Cuando ella se acercó a servirle, sintió que le tocaba la pierna con la mano.

—¿Cómo te va, señorita Tanner?

En cualquier otra circunstancia, Mary habría disfrutado vertiendo el café caliente sobre el hombre maleducado. Sin embargo, por una vez, la discreción se convirtió en la mejor parte del temperamento. Terminó de servir y dio un paso atrás.

—La señorita Carlisle y el personal son muy acogedores, señor. ¿Desea algo más?

Rosling no parecía avergonzado ni dispuesto a cambiar su comportamiento pronto. En cambio, sonrió y dijo: —Me alegro de oírlo, señorita Tanner. Por favor, quédate un poco más.

Durante los minutos siguientes, Rosling entabló conversación con Mary, preguntándole por sus antecedentes y su vida antes de llegar a la casa. Lo hizo de un modo que a Mary le pareció muy practicado, totalmente desinteresado y calculado puramente para dar a Rosling la oportunidad de mirar a Mary bajo el manto protector de un diálogo inocente entre amo y criada. Cuando Mary logró escapar, se había formado una profunda antipatía por Rosling y una gran simpatía por su esposa.

*

Fuera, en la calle, Kit llegó para sustituir a Harry Miller, que se había ofrecido desinteresadamente para el turno de noche. Miller se sentía agarrotado por las horas sentado en el coche. También tenía frío. Tardaría una semana en volver a calentarse. Un baño caliente y un largo sueño estaban a la orden del día.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Kit al subir al coche. Sonrió con simpatía mientras miraba a Miller, que estaba claramente incómodo —. Te sugiero que te bañes y te acuestes.

—No hay mucho que decir, señor —dijo Miller—. El señor Rosling, el mayor, se fue hace unos diez minutos. No he visto ni rastro del joven ni de la señora de la casa.

—Bien —dijo Kit enigmáticamente. Tenía algunos planes modestos con respecto al joven.

Unos minutos más tarde, Miller se encontraba en un taxi de regreso al apartamento de Belgravia. Kit se sentó en el coche con su terrier, Sam. Durante la hora siguiente hubo poca o ninguna vida en la casa y, decepcionantemente, ni rastro de Mary. Supuso que en ese momento estaría limpiando las estancias.

Hacia las diez de la mañana, el joven americano salió de casa. Empezó a dirigirse hacia Kit. Kit bajó inmediatamente del coche con Sam atado, se bajó el sombrero y se dirigió hacia Rosling. Fingiendo estar distraído por un ruido en la calle, chocó deliberadamente contra el desprevenido Rosling, utilizando su bastón para ayudar a hacer tropezar al americano. Rosling cayó pesadamente al suelo. Conteniendo el impulso de vitorear, Kit ofreció disculpas tan profusas como insinceras. Sin embargo, como era de esperar, Rosling se enfureció y empezó a gritar a Kit. Como no era de los que eludían las peleas, Sam entró en la refriega y le echó la bronca a Rosling mientras el americano se levantaba del suelo.

—Y controla a ese maldito perro tuyo —gritó Rosling. Esto le sentó como un tiro al terrier, que aumentó el volumen de su discurso e incluso amenazó con morder al joven Rosling. Kit intervino rápidamente para evitar que el truco se convirtiera en algo más serio.

—Tiene toda la razón, señor. Lo siento mucho. Rover, ya basta —amonestó Kit, señalando con el dedo a Sam. Esto hizo que el pequeño terrier se detuviera inmediatamente y se volviera hacia Kit con una confusa inclinación de cabeza. Kit se quitó el sombrero y siguió adelante rápidamente, antes de que Rosling pudiera decir mucho más. Segundos después, doblaban la esquina y se perdían de vista. Kit se arriesgó a echar un vistazo a Rosling. Sin duda infeliz, pero aparentemente ileso. Cuando no hubo moros en la costa, Kit regresó al coche, al menos tranquilo por la seguridad de Mary por el momento.

Poco antes del mediodía, la señora Rosling apareció con una joven de cabello castaño y lacio, mal oculto bajo un sombrero barato. Llevaba gafas, lo que dificultaba a Kit hacerse una idea real de sus rasgos. Sin embargo, Kit no tenía ninguna duda de que estaba viendo a Caroline Hadleigh. Menos de un cuarto de hora después, Mary salió de las escaleras del sótano. Al nivel de la calle, miró a su alrededor y divisó a Kit. Cruzó la calle y se dirigió al coche.

Kit le abrió la puerta y le dijo con acento londinense: —¿Cuánto cobras, cariño?

—No tendrías suficiente para pagarme —respondió Mary impasible antes de añadir: —. Pero como estoy de buen humor —Subió al coche y demostró ser fiel a su palabra. Unos minutos más tarde, cuando Kit subió a tomar aire, se dio cuenta de que Sam los miraba a ambos con curiosidad.

—No mires, chico —le dijo Kit al perrito antes de volverse hacia Mary—. ¿Dónde estábamos?

*

Sally Ryan dio un suave codazo a su marido mientras yacía en la cama. Era la hora de comer, lo que significaba que el desayuno de Joe estaba listo. Él la miró, sonrió y luego gimió. Ella le acarició la cara

con la mano.

—Levántate y brilla.

Él la tiró encima de él, lo que le hizo soltar una risita.

—Para —ordenó Sally— el tío Ben está fuera comiendo con nuestro Ben, nos va a oír.

—Déjale —contestó Ryan, pero Sally no quería líos. Escapó de sus garras y planchó las arrugas de su vestido. Sin embargo, no parecía muy indignada. Unos minutos más tarde, Ben se reunió con su hermano.

—Hola, Ben.

Ben saludó a Joe con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Es este nuevo caso. Los jefes no están contentos. Han traído a un par de policías. Gente odiosa. Matones.

—Todos lo son, seguro —respondió Joe Ryan con una sonrisa.

—Muy gracioso —replicó Ben Ryan con amargura—. El viejo está lívido, aunque no quiere decir nada. Un día más y nos van a quitar el caso, a menos que tengamos suerte.

Sintiendo que su tío no estaba contento, el pequeño Ben se acercó gateando e intentó subirse a las rodillas de su tío. Esto devolvió la sonrisa a todos sus rostros.

—Ya es hora de que tengas un hijo propio, Ben —dijo Sally con complicidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Joe Ryan—. ¿Me estoy perdiendo algo?

—Tiene una novia, ¿verdad?

Ben Ryan miró a su cuñada y se rio. —Es la última vez que te cuento algo. Eres una auténtica soplona.

—Ya era hora, Ben. Eres un chico guapo e inteligente. A muchas chicas les encantaría estar con un tipo como tú.

Sin embargo, la mirada de su hermano sugería que no era un tema en el que quisiera profundizar. Una mirada de Sally confirmó que era mejor dejarlo por el momento. En su lugar, la conversación giró en torno al nuevo trabajo, aunque no se mencionó la fuente de ingresos secundaria que Ben y su compañero de trabajo estaban desarrollando.

Después de comer, los dos hombres se dirigieron a la parada de autobús. Joe iba en otra dirección, así que cruzó la carretera y saludó a su hermano mientras subía al autobús y regresaba a la ciudad. El sol brillaba sobre él, pero hacía un frío glacial. Por un momento, se estremeció involuntariamente. Se volvió hacia un hombre que se le había unido en la parada y sonrió.

—Hace un tiempo de mil demonios.

El hombre asintió con la cabeza, pero guardó silencio. Unos minutos después, el hombre metió la mano en el bolsillo y sacó unos cigarrillos. Le ofreció uno a Ryan, que negó con la cabeza y sonrió

señalando la caja de cigarrillos.

—Trabajo para esa empresa.

Esta vez el hombre sonrió. Probablemente no fue la mejor idea. Los dientes que tenía parecían muñones oscuros sin muchas expectativas de vida.

—¿En serio? No me digas.

Capítulo 19

Independientemente de lo que uno pudiera pensar de Johnny Mac, y muchos, para ser justos, no le tenían en la más alta estima, no había duda de que era un gran trabajador. Sus valores eran pocos y egoístas. Sin embargo, uno de esos valores era la voluntad de trabajar duro.

Se enorgullecía de poco. Era demasiado honesto, curiosamente, para reconocer algo más que el hecho de que era malo, pero sabía que era muy trabajador. Aceptaba lo que su antiguo pastor había intentado inculcarle a menudo con un cinturón de cuero: iba a ir al infierno. No es que esto le importara mucho. Extrañamente, la perspectiva de estar en compañía de lamentos y crujir de dientes resultó profética para el exuberantemente y violento hombre de Ulster. Aunque tal vez no de la forma en que el buen pastor, el hombre más malvado que jamás haya pisado la tierra según la experta opinión de Johnny Mac, habría tenido en mente.

Johnny Mac siempre había sido grande. A los trece años ya medía más de un metro ochenta y pesaba ochenta kilos, y cada vez más. Su tamaño, así como cierta flexibilidad moral a la hora de emplear la fuerza física, pronto atrajeron la atención tanto de la policía como de los Voluntarios de Ulster, un grupo paramilitar formado en 1912 y dedicado a mantener el Ulster fuera de las garras de una Irlanda dominada por los católicos.

En muchos otros países, la pertenencia a un grupo cuyo modus operandi era atacar con violencia a un sector de la comunidad local, podría haber acarreado la cárcel. Johnny Mac fue agasajado y ascendido. Varias veces. Su predisposición natural a la brutalidad, unida a un indudable carisma, fruto de una evidente vena de sadismo, le permitió ascender rápidamente en las filas de esta organización semi terrorista.

El hecho de que evitara la cárcel fue un tributo tanto a su innato sentido de la calle como al hecho de que, a efectos prácticos, la Policía Especial de Ulster y la Fuerza de Voluntarios de Ulster (UVF) eran la misma cosa. De hecho, debido a la gran coincidencia de su personal, por no hablar de sus objetivos, la policía y el grupo paramilitar hicieron oficial lo que todo el mundo sabía de todos modos, al fusionarse en 1919. Esto ocurrió mucho después de que Johnny Mac considerara que había llegado el momento de trasladarse. La guerra había terminado y, a diferencia de muchos de sus colegas de la UVF que habían servido, Johnny Mac se sentía seguro para hacer un

cambio de carrera.

La decisión de desarraigarse había sido difícil. Amaba a su país. Para él, Ulster era el país de Dios. Era protestante de nacimiento. Aceptaba lo que muchos de sus compañeros creían fervientemente: que el Ulster ocupaba un lugar especial en el corazón de Dios. Sin embargo, desconocido para esos mismos compañeros, Johnny Mac era sorprendentemente agnóstico para ser un soldado de a pie del protestantismo.

Siempre honesto, le parecía una propuesta sencillamente ridícula conciliar la violencia extrema que infligía con frecuencia a los católicos y la fe en Dios. Observó, con cierto cinismo, que muchos de sus compañeros de guerra no tenían ese problema. A él le parecía bien. Significaba que podía dedicarse a lo que realmente le importaba.

El crimen.

Lo extraño del crimen, descubrió, era su pluralismo intrínseco. Las víctimas y, a veces, los socios de Johnny Mac eran de todos los tamaños, formas, sexos y credos. Durante el día, Johnny Mac podía estar pegándole una paliza a un católico que se hubiera metido en un barrio indebido; por la noche, podía estar trabajando con otros católicos, ganando dinero en el mercado negro. Si hubiera pensado mucho en ello, la economía sumergida, que unía el norte y el sur de la isla, así como las dos religiones, en un propósito común, era la única manifestación verdadera de la unidad de Irlanda.

Aunque no temía a nadie, Johnny Mac aceptó que era un objetivo destacado. Literalmente. Su estatura, prácticamente 30 centímetros superior a la de la mayoría, le hacía indudablemente perceptible entre la multitud. Era inevitable que se convirtiera en el centro de atención de los republicanos. Cuando el precio de su cabeza empezó a subir a un ritmo alarmante, decidió que había llegado el momento de abandonar su amado Ulster.

Reconoció que trasladarse a Inglaterra le ofrecería nuevas oportunidades para ampliar sus horizontes delictivos. A medida que la red republicana se estrechaba, se apresuró a ir a Londres. Belfast se estaba convirtiendo en una zona prohibida para él a medida que soldados de ambas religiones, entrenados para matar, regresaban de las trincheras. Era una perspectiva mucho más dura que la habitual variedad de hombres duros que habían evitado la guerra.

Un último y relativamente lucrativo asalto a la oficina de correos de un pueblo le proporcionó el dinero necesario para establecerse cómodamente en Londres. Invirtió su dinero sabiamente: principalmente en propiedades y bienes robados. Sus escarceos en el mercado negro, además de su incapacidad para evitar la violencia excesiva, no tardaron en atraer la atención de quienes podían sacar el máximo partido de sus habilidades. El hampa.

Y les gustó lo que vieron: un hombre con inclinaciones sádicas, brutalmente desinhibido por cualquier sentido de la moralidad aparte de una honesta deshonestidad y la ética de trabajo de la religión en la que había nacido. Una vez más, en un breve espacio de tiempo, Johnny Mac ascendió en el escalafón hasta asumir amplias responsabilidades en el serio negocio del crimen.

La franca autoevaluación había hecho que Johnny Mac aceptara hacía tiempo que sus dotes se aprovechaban mejor como alto cargo que como figura principal de una organización. Era más feliz dando y cumpliendo órdenes dentro de un ámbito definido en otro lugar. En este caso, se trataba de Charles «Wag» MacDonald, el jefe de la banda del barrio londinense, Elephant and Castle, o los «Elephant Boys».

Pocas personas se habían ganado el respeto de Johnny Mac. Wag era uno. No se trataba solo de que hubiera renunciado a la delincuencia para luchar en Flandes; los riesgos de esta decisión superaban sin duda el placer que se podía obtener de la violencia desquiciada de la guerra, en opinión del hombre de Ulster. El riesgo innecesario para la vida y la integridad física era también un signo en su contra. Sin embargo, por encima de todo ello estaba su admiración por la brillantez que McDonald había demostrado al unir a varias facciones familiares, reducir la guerra de bandas en la ciudad y explotar el potencial comercial de los clubes nocturnos y, en particular, de las carreras de caballos. Wag McDonald transformó las facciones escaramuzadoras en una única unidad cohesionada que enlazaba con Billy Kimber, otro capo criminal de las Midlands.

Era última hora de la tarde y Johnny Mac se presentó en el despacho de Wag, situado en la parte trasera del Duke of Wellington, un pub de Waterloo Road frecuentado por McDonald y sus hermanos. No le saludaron cuando llegó. McDonald no era hombre de charlas triviales. Entró y se sentó frente al jefe. Wag McDonald tenía unos treinta años, pero podría haber sido mayor. Bien vestido con camisa, corbata y chaleco, parecía un boxeador que trabajaba a tiempo parcial en un banco.

—¿Querías verme, Wag? —preguntó Johnny Mac tras un minuto de silencio.

Siguió más silencio mientras McDonald seguía estudiando el cuaderno que tenía delante. Luego escribió un párrafo en el libro. Por último, levantó la vista, pasando por delante de Johnny Mac, hacia el hombre apostado en la puerta. Johnny Mac miró el cuaderno con curiosidad.

—¿Llevas una agendita, Wag?

McDonald fulminó con la mirada al sonriente hombre de Ulster antes de mirar al hombre apostado en la puerta y ordenar —Hazle pasar.

Johnny Mac se dio la vuelta y se sorprendió al ver al recién llegado. La primera sorpresa fue que no entró por sus propios medios, sino que aterrizó en el suelo. La segunda sorpresa fue su cara.

Abbott nunca fue el más guapo de los hombres, pero la feroz paliza que le habían propinado recientemente le había dejado casi irreconocible. Tenía los dos ojos hinchados, cortes, abrasiones alrededor de la cara y la boca ensangrentada, probablemente con menos dientes.

Johnny Mac apartó de mala gana la mirada del fascinante espectáculo que era Abbott y la dirigió de nuevo a McDonald en busca de una explicación.

—Comió algo que no le sentó bien —Johnny Mac esperó el remate —. Los puños de Wal —rio McDonald—. Intentó vender algo de morro en el Temple Bar. Morro de tu fábrica —señaló a Johnny Mac para darle más énfasis.

Johnny Mac se rio sin gracia y miró la lastimosa figura de Abbott.

—Eso fue un error. Tú, bobo, ¿qué eres?

Abbott gimió en respuesta. Parecía que estaba casi vivo.

McDonald miró a Johnny Mac a los ojos. —¿No sabías nada de esto?'

—No.

McDonald asintió. Creyó al hombre de Ulster porque no veía ninguna buena razón para que alguien fuera tan estúpido como para entrar en uno de sus pubs e intentar vender cigarrillos a uno de sus hombres, sin darse cuenta, a menos que fuera un operador solitario, y además estúpido.

—Dice que hay alguien más. Que esta persona le obligó a hacerlo.

—¿Quién?

—Wyan o algo así. Es difícil distinguir a alguien cuando tiene la boca llena de dientes.

—Yo también he tenido ese problema con otros. Mejor empezar por el cuerpo y vamos identificando poco a poco —sugirió Johnny Mac.

—Buena sugerencia. ¿Has oído eso, Wal? Escucha a este hombre, sabe de lo que habla. ¿Quién es ese Wyan?

—Ryan. Los dos están en el embalaje. Probablemente donde robaron el material —respondió Johnny Mac.

—Era una pregunta retórica, Johnny. Trata con él. Hazle un ejemplo al resto de los chicos allí —dijo McDonald—. Lo digo en serio.

—Entonces tenemos un problema —comentó Johnny Mac con un tono ligeramente más informal que el que su jefe quería oír en aquel momento.

—Te pago para que me quites problemas, Johnny. ¿Me oyes?

El hombre de Ulster levantó la palma de las manos.

—Escúchame. Sabíamos que Ryan y Abbott tramaban algo, pero

cuando los registramos la otra noche, no encontramos nada.

McDonald parecía poco impresionado, pero Johnny Mac indicó que no había terminado.

—Entonces, hice seguir a los dos. Abbott se fue a casa y después se fue al Temple Bar, donde se portó como un macarra.

—¿Sabías que vendía morritos? —preguntó McDonald.

—Sí, me enteré antes. De todos modos, no he terminado. Ryan se fue a casa y no volvió a salir hasta primera hora de la tarde. Así que él no es el vendedor.

—No me importa —dijo McDonald enfadado—. Tráelo aquí. Parece que no lo entiendes, Johnny. Saben que estamos sacando cigarrillos de la fábrica. Abbott me dijo que vio el camión.

Esto pareció detener al hombre de Ulster por un momento. McDonald sintió el feliz resplandor interior de triunfo que siente un jefe cuando ha devuelto a su casilla a un subordinado problemático. Sin embargo, iba a durar poco.

—Y tú no me estás escuchando, Wag —insistió Johnny Mac—. Ryan tuvo una visita. Mi hombre lo reconoció. Es un madero.

—¿Ya ha estado hablando con la poli? —exclamó McDonald enfadado.

—Wag, el policía es su hermano. Obviamente no es uno de los tuyos.

McDonald se llevó la palma de la mano a la sien. La situación se estaba descontrolando y necesitaba pensar.

—Todavía puedo traerlo —sugirió Johnny Mac finalmente—. Averigua lo que sabe. Pero luego hay que acabar con él. Traerá muchos problemas si su hermano está involucrado.

McDonald fulminó con la mirada a Johnny Mac. El hombre de Ulster tenía una sonrisa en la cara. El efecto siempre distraía un poco. McDonald nunca entendió por qué un hombre se pintaba los dientes delanteros de negro. «Maldito irlandés», pensó, aunque no lo dijo. Probablemente era lo mejor, ya que al hombre de Ulster le habría ofendido mucho si le llamara irlandés.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu solución, Johnny?

—Tienes que pedir algunos favores.

Entonces una sonrisa se dibujó en la cara de McDonald al comprender a dónde quería llegar Johnny Mac. Asintió y dijo: —Creo que ya nos vamos entendiendo. Quizá sea hora de que algunos de los míos empiecen a ganarse el dinero —miró significativamente a Johnny Mac.

—Precisamente, Wag. Este es exactamente el tipo de problema que necesitan eliminar.

Capítulo 20

Era por la tarde cuando Kit cedió la guardia a Alfred. Le agradeció de nuevo su apoyo. Aunque no estaba claro qué podía aportar el rechoncho joven a la seguridad física de Mary. En todo caso, sospechaba que Mary sería mejor que Alfred en una pelea. Esperaba que las cosas no llegaran a un punto tan peligroso. Kit miró divertido a Alfred, que llegaba con una bolsa llena hasta los topes de bocadillos.

—¿Mantienes las fuerzas, Alfred? ¿Qué tienes ahí? —preguntó Kit con una sonrisa.

—Beicon, señor. Tengo cierta debilidad por un buen bocadillo de beicon —respondió Alfred.

«O seis», pensó Kit.

—Le he pedido a Mary que te traiga algo de comer. Me preocupaba que tuvieras hambre. Parece que innecesariamente.

Alfred se rio y admitió: —Nunca rechazo una buena comida, aunque no me gustan demasiado los huevos, la verdad.

Kit se esforzó por no mirar la enorme barriga de Alfred y le deseó lo mejor. Le confirmó que Harry Miller se haría cargo de la noche a eso de las siete y media. Una vez hecho esto, Kit dejó a Alfred con sus tareas de observación y fue en busca de un taxi que lo llevara de vuelta a Belgravia, pues consideraba que hacía demasiado frío para ir a pie.

Dentro del coche, Alfred se preparó para lo que esperaba que fuera una tarde de vigilancia sin incidentes. Levantó del asiento del copiloto un buen par de prismáticos y observó la casa. No parecía ocurrir gran cosa, así que empezó a probar la potencia de las gafas en casas más alejadas. Dicha potencia se hizo patente de inmediato cuando miró de una ventana de la habitación a otra. Si la habitación estaba iluminada, era posible ver bastante a través de las ventanas de guillotina de la plaza. De vez en cuando aparecía gente. Una pareja discutiendo. Una joven bailando. Una mujer de mediana edad sola; parecía triste. Lo que al principio había parecido un poco aburrido, pronto se transformó en algo infinitamente más interesante.

Hacia las seis y media, se encendió una luz en el comedor de la parte delantera de la casa. Primero apareció un mayordomo, seguido de una criada rubia. La criada vestía un traje negro que se ceñía encantadoramente a una figura evidentemente esbelta. Cuando se dio la vuelta, Alfred se dio cuenta de que estaba mirando a Mary. Durante los minutos siguientes, ella entró y salió de su campo de visión. A

Alfred le resultaba algo frustrante, como escuchar buena música en una radio que de vez en cuando pierde la frecuencia.

En un momento dado, Mary reapareció. Evidentemente, había derramado algo sobre su delantal blanco. Alfred, al ver cómo sus manos frotaban lentamente la parte delantera de su traje, experimentó un nivel de excitación que habría pensado imposible tres horas antes. Cambió de posición varias veces mientras el delicioso espectáculo que estaba contemplando de cerca, gracias al milagro del aumento, alcanzaba tristemente su clímax.

Mary desapareció por un momento y luego reapareció caminando hacia la ventana. Alfred se encontró mirándola directamente a los ojos azules. Esos ojos se entrecerraron por un momento en un ceño que hizo que el corazón del joven perdiera un latido, o quizá dos. Luego, demasiado pronto, desapareció de su vista.

Durante los cinco minutos siguientes, Alfred anheló el regreso de Mary. Era un momento importante en su joven vida. Había disfrutado de la visión en el comedor a varios niveles que no comprendía. Que se la quitaran tan cruelmente le parecía un duelo.

La separación terminó, afortunadamente, con la encantadora llegada de Mary al coche. Se inclinó hacia la ventanilla del conductor. Solo un cristal separaba a Alfred de la belleza casi alucinante de aquella joven. Aunque estaba desesperado por besar a la hechicera, se dio cuenta de que eso tendría varias consecuencias, la peor de las cuales era perderse el paquete de comida que llevaba.

Como siempre, el estómago de Alfred dominaba su corazón. Abrió la puerta y Mary le entregó la comida.

—No puedo quedarme. Que aproveche.

Alfred abrió el papel y encontró patatas fritas y lo que parecía langosta. Cerró los ojos y aspiró el aroma de la comida e intentó recuperar la imagen del momento anterior para no olvidarlo nunca.

*

En opinión de Jellicoe, había sido un día perdido. Varias horas pasadas con Bulstrode y Beloved revisando las notas del caso fue una experiencia tan descorazonadora como podía recordar. Su inclinación por los métodos más salvajes de interrogatorio era una cosa, pero, con una comprensión rayana en la epifanía, la razón por la que empleaban este enfoque era que tenían el intelecto colectivo de un tomate.

Estos defectos, unidos a una deficiencia general de carácter, a la ausencia de moralidad y a la sospecha de que no había profundidades en las que pudieran hundirse, hicieron que tanto Jellicoe como Ryan se sintieran completamente desanimados por el trabajo de la mañana. Jellicoe había estado tentado de unirse a Ryan cuando este fue a ver a su hermano para almorzar.

El plan de ataque, que a Jellicoe le preocupaba que fuera literal,

consistía en volver a visitar todos los comerciantes del submundo criminal conocidos en busca de joyas y aplicar un mayor rigor. El inspector jefe recordó con un escalofrío la sonrisa de Bulstrode cuando dijo «rigor».

Fue con algo parecido al éxtasis cuando, a última hora de la tarde, Jellicoe se enteró de la llegada de lord Kit Aston a Scotland Yard pidiendo verle. Bulstrode lo oyó divertido.

—¿Nos estamos codeando con famosos? —preguntó Bulstrode sardónicamente.

—Algo así —respondió Jellicoe levantándose de su asiento y dirigiéndose a la puerta.

Ryan lo miró esperanzado, pero Jellicoe le indicó que se quedara. Sintió una punzada de culpabilidad por hacerlo, pero era imposible saber si la reunión con Aston sería útil o no. Por un lado, no cabía duda de la inteligencia de Aston, su sentido intuitivo de las personas y, lo que era más importante, su capacidad para conectar piezas de información aparentemente dispares. Sin embargo, representaba a una clase a la que Jellicoe no pertenecía y nunca pertenecería. Los robos de joyas eran una amenaza para esta clase y Aston había sido utilizado una vez, aunque de mala gana, como mensajero para comunicar este hecho.

Jellicoe saludó cordialmente a Kit en el vestíbulo y le pidió que pasara a un despacho. El policía miró a Kit con ironía y le preguntó: —¿Qué le trae por aquí hoy, señor? ¿Hay algún otro mensaje que deba usted comunicarme?

Kit exhaló y miró a Jellicoe con cierta vergüenza. —Lo siento, inspector jefe, he venido por un favor y esperaba que aliviara un poco la presión.

Jellicoe hizo pasar a Kit a una oficina y se sentaron. Miró a Kit y dijo: —El comisario ha invitado a un par de hombres más a unirse a la investigación y tomar la iniciativa.

Kit miró al inspector jefe. A menudo resultaba difícil saber si estaba contento o triste ante una situación determinada.

—¿Es una novedad positiva? —preguntó Kit.

—Bulstrode, el nuevo hombre, y su compañero, Beloved, han obtenido buenos resultados en el pasado. Su enfoque es, digamos, sólido.

—Creo que entiendo lo que quiere decir, inspector jefe —contestó Kit—. Me pregunto si, en ese caso, le interesaría que hiciera una sugerencia sobre otra posible vía de investigación.

Jellicoe sonrió en ese momento y asintió. —Me interesaría conocer tu opinión, lord Aston, desde luego. Nos vendría bien algo nuevo.

—Que tú sepas, ¿las otras casas que fueron robadas emplearon a una mujer joven en los días previos al robo?

La sorpresa se reflejó en el rostro del inspector jefe, seguido de un asentimiento.

—Sí, lord Aston. En los dos primeros robos fue así. En el tercero, en casa de lord Wolf, había muchos criados contratados para la fiesta previa, hombres y mujeres. Pero, ciertamente, en los dos primeros casos una mujer joven fue traída como criada. La descripción difirió en cada ocasión, pero la mujer o mujeres en cada caso fueron juzgadas de unos veinte años, respetables y todas desaparecieron después del robo. No publicamos esto por la razón que sugerí antes. No pudimos obtener un parecido consistente. ¿Puedo preguntarle cómo llegó a esta conclusión?

Decirle al buen inspector jefe que la posible solución del caso era el resultado de la investigación de dos ancianas y su prometida no le pareció a Kit muy sensato. En su lugar, optó por comprobar otro punto que le había estado dando la lata.

—Antes de entrar en materia, permítame hacerte otra pregunta relacionada. ¿Cómo consiguieron las jóvenes esos puestos? ¿Fue la misma agencia la que las colocó?

—En los dos primeros casos, sus predecesores se marcharon repentinamente. Casualmente, la casa recibió un folleto en el que se detallaba la existencia de una agencia dedicada a colocar a sirvientas experimentadas en casas a corto o largo plazo. Esta agencia se llamaba Holland Placements. Por supuesto, cuando fuimos a visitarles, se trataba de una oficina abandonada en Clerkenwell. Hicimos un seguimiento comprobando impresores en una amplia vecindad, pero nadie admitió haber hecho el trabajo de impresión del folleto.

—¿Es esto inusual? Quiero decir, ¿tendría un impresor alguna razón para no admitir que ha creado ese tipo de publicidad?

—Ninguna que se me ocurra, a menos que temieran verse implicados en el crimen. ¿A dónde quiere llegar?

—No estoy seguro. Simplemente me parece que se trata de una operación muy bien planeada. Por un lado, puedes, presumiblemente, pagar a un sirviente para que deje su trabajo. Te tomas la molestia de imprimir folletos sobre una agencia de empleo y luego colocas a alguien dentro.

—Ryan y yo pensamos lo mismo. Parece ser más grande que un simple ladrón solitario. Pero, si me permite, ¿tiene alguna información sobre esta o estas jóvenes?

Kit se lo pensó un momento y decidió seguir adelante.

—Creo que sé quién es la joven. No tengo pruebas, por supuesto. También sé dónde trabaja ahora.

Jellicoe sonreía sin duda en ese momento. Su fe en Kit se había restablecido por completo y, por un momento, sintió una punzada de culpabilidad por la impresión que debía de haber dado antes.

—¿Te importaría esperar aquí, Kit? Creo que voy a poner al sargento Ryan al corriente.

Kit esperó en el despacho y repasó lo que iba a hacer. Tener a Mary trabajando desde dentro le causaba ansiedad. Creía que el joven Rosling era capaz de todo, sobre todo con el personal. Del Rosling mayor sabía poco, pero sospechaba que pocos serían inmunes a los encantos de alguien como Mary. Sin embargo, al involucrar a la policía, ¿estaba echando a una joven inocente a los lobos? Confiaba en Jellicoe y Ryan, por lo que había visto del joven. Los otros policías sonaban espantosos, y sería mejor para todos que el caso llegara a una rápida conclusión.

Los dos policías entraron en el despacho unos minutos después y se sentaron frente a Kit.

—Sargento Ryan, me alegro de volver a verte.

Ryan sonrió y asintió, pero no respondió. Jellicoe se volvió hacia Ryan y dijo: —Lord Aston puede tener información sobre los robos de joyas que va a compartir con nosotros ahora.

Jellicoe y Ryan se volvieron expectantes hacia Kit.

Kit miró primero a Jellicoe y luego se volvió hacia Ryan y dijo: —Como le estaba explicando antes al inspector jefe, me da la impresión de que todos creemos que existe una conexión entre la llegada de una joven como criada y los recientes robos. Creo que sé quién es la joven. Actualmente trabaja con un nombre falso y disfrazada en una casa de Sloane Gardens.

Justo cuando Kit estaba a punto de dar detalles, la puerta se abrió de golpe. Los tres hombres se dieron la vuelta y vieron a Bulstrode y Beloved entrar en el despacho.

—Saludos, caballeros —dijo Bulstrode—. Espero no habernos perdido nada.

Jellicoe levantó la vista, sorprendido por los recién llegados. Se tomó un momento para serenarse antes de decir: —Bulstrode, te presento a lord Aston —su voz era firme, pero no había duda de que se había sobresaltado.

Kit se levantó y estrechó la mano de los dos hombres. Las reservas de Jellicoe sobre Bulstrode no eran difíciles de comprender. Tenía una cara que incluso una madre encontraría difícil de amar. Una mirada a los dos hombres y Kit tomó una decisión inmediata.

—Soy amigo íntimo de lord Wolf, la tercera víctima de este supuesto Fantasma. Me pidió que fuera a ver a Jellicoe y averiguara qué progresos se habían hecho.

Por el rabillo del ojo, Kit vio una sonrisa en el rostro solemne del inspector jefe.

—Bien, lord Aston —respondió Bulstrode—. Puede comunicar a su señoría que el caso está bajo nueva dirección y que aceleraremos su

conclusión. Esto se ha alargado demasiado.

—Bravo, inspector jefe, así me gusta —respondió Kit con entusiasmo. También cerró el puño, con la esperanza de no matar a la proverbial gallina de los huevos de oro—. Estoy seguro de que lord Wolf estará encantado de oír que Scotland Yard por fin se ha puesto las pilas en este caso —incluso Ryan se esforzaba por dejar de sonreír, pero por razones muy distintas a las del radiante Bulstrode y el complacido Beloved—. Verás, Jellicoe, esta es exactamente la actitud que necesitamos si queremos capturar a este despreciable villano.

En ese momento, Kit sacó un cuaderno y le dijo a Bulstrode: —Perdóneme, pero ¿cómo dijo que se llamaba? Mi oído no es el mismo desde la guerra.

Llega un momento en la vida de cualquier hombre en el que es necesario ser un poco duro. Kit esperaba no haber sobrepasado el límite, pero la mirada de Jellicoe se estaba volviendo beatífica.

—Bulstrode, Samuel Bulstrode, y este es el sargento Alex Beloved.

—Gracias, Bulstrode. Transmitiré todo lo que he oído a lord Wolf. Él, sin duda, estará encantado de saber que pronto podremos tener algo de impulso. Tome nota, Jellicoe, viejo amigo.

—Lo haré, señor —dijo Jellicoe, metiéndose en su papel de pie plano.

—Tú también, Ryan —añadió Kit, empezando a divertirse.

Una vez dicho esto, Kit se levantó, lo que obligó a los policías a hacer lo mismo. Estrechó la mano de los cuatro hombres y salió del despacho hacia el pasillo que conducía al vestíbulo del edificio.

—Me alegro de que alguien aprecie lo que hacemos —dijo Bulstrode cuando los cuatro hombres regresaron al piso de arriba.

Ryan permaneció en silencio, pero se dio cuenta de que Jellicoe, un hombre cuyo rostro empezaba a leer bien, parecía inusualmente menos solemne. En la puerta de su despacho, Jellicoe le mostró el motivo. En su mano había un trozo de papel. El mismo tipo de papel que el cuaderno de Kit. En él estaban escritas las siguientes palabras:

Nos vemos fuera a las siete.

Capítulo 21

No había ni rastro de Abbott cuando Ryan llegó a la fábrica. Dejó su abrigo en el guardarropa y se dirigió al lugar habitual, donde encontró a otros dos hombres. Un miedo glacial se apoderó de él. La perspectiva de perder un trabajo, incluso uno que no le gustaba, le hacía sentirse mal. Al instante, se arrepintió de haber aceptado asociarse con Abbott y robar los cigarrillos.

Rusk vio la llegada de Ryan y lo siguió mientras caminaba hacia la zona de empaquetado. La mirada de Ryan era de consternación. Era evidente que pensaba que le iban a despedir. En opinión de Rusk, deberían haberlo hecho. Al cabo de unos instantes, llamó a Ryan para que fuera al despacho. Rusk tenía una expresión que a Ryan no le gustó. Si la crueldad tenía un rostro, Ryan estaba mirando sus ojos negros y fríos.

—Johnny quiere verte.

Ryan siguió a Rusk fuera de la fábrica hasta el despacho de Johnny Mac. Cualquier explicación sobre Abbott iba a tener que esperar hasta que viera al hombre de Ulster. Johnny Mac sonrió al ver a Ryan. El hecho de que su sonrisa diera tanto miedo como su ceño fruncido a causa de los dos dientes pintados no fue muy tranquilizador. Aunque la verdad es que Johnny Mac no tenía ningún anhelo de tranquilizar a nadie.

—Siéntate, Ryan —dijo Johnny Mac, haciendo caso omiso de cualquier galantería. Como de costumbre.

Ryan hizo lo que se le pedía, pero permaneció en silencio. Tenía miedo, no por sí mismo, no físicamente. Se había enfrentado a cosas peores que aquellos dos hombres y había sobrevivido. Si fuera necesario, daría mejor cuenta de sí mismo de lo que ellos pudieran suponer. Lo que le angustiaba era la posibilidad de perder su trabajo. Guardó silencio, no para parecer duro, sino porque estaba seguro de que su voz traicionaría su miedo.

Johnny Mac y Rusk miraron a Ryan durante más de unos instantes, sin duda intentaban ponerle nervioso. Extrañamente, su táctica rebotó. En cambio, Ryan empezó a sentir una oleada en su interior. Ira. La había sentido contra los alemanes. Contra el enemigo. Ahora mismo, los dos hombres que tenía delante eran el enemigo. La ira que sentía era fría, no caliente. Era su camino. Le había ayudado a sobrevivir al infierno. Sobreviviría a todo lo que le echaran encima.

Tal vez el cambio en la autoestima de Ryan se hizo evidente. Años

de mirar a los ojos de los hombres buscando asustarlos habían hecho que Johnny Mac estuviera especialmente en sintonía con el miedo. La ira encendió algo perceptible en los ojos de Ryan. Pasó el momento y Johnny Mac empezó a hablar.

—Has sido un niño travieso, ¿verdad?

Así que lo sabían.

La rabia en él murió inmediatamente. Le habían descubierto. Era culpable. Podían despedirle y estar totalmente justificados. Tal vez una vez más, el hombre de Ulster vio el cambio en Ryan, Rusk ciertamente lo hizo.

—Ya no eres tan duro, Ryan —se burló Rusk.

De hecho, una vez más, en un parpadeo de un comentario desprevenido, el coraje de Ryan volvió a aflorar. Si pensaban que iban a jugar con él como con un gato, tenían que pensárselo mejor. Johnny Mac, como siempre, leyó el cambio y miró irritado a Rusk.

—Uno de los hombres de Wag McDonald pilló a Abbott vendiendo en el Temple Bar.

El primer pensamiento de Ryan fue: «idiota».

«Idiota, idiota, idiota». Le entraron ganas de gritar de frustración. Por sí mismo, pero sobre todo por Abbott. Por supuesto, había oído hablar de Wag McDonald. ¿Quién no había oído hablar de los «Elephant Boys» del sur de Londres? Esto era otro nivel de amenaza para él. Se preguntó si los dos hombres que tenía delante eran miembros de esta infame banda. De hecho, ¿formaba toda la operación parte de un imperio criminal?

—Dice que fue idea tuya —continuó Johnny Mac.

La cara de Ryan delató su reacción inmediata ante esa mentira descarada de Abbott. No se atrevió a replicar y miró al sonriente hombre de Ulster.

—¿Robaste morro?

Ryan exhaló lentamente. Podía negarlo todo, pero no le creerían. Podía admitirlo y darles motivos para despedirlo. Su mente era un borrón de sopesar las opciones.

—Sí, robé algo de morro, pero no fue idea mía. Le seguí la corriente.

Lo había admitido. Si lo despedían, que así fuera. Lección aprendida. Una lección cara. Si lo intentaban con él, les devolvería algo. Tensó los músculos esperando que empezara la intimidación física.

No empezó.

Johnny Mac guardó silencio unos instantes.

—Vuelve al trabajo —dijo Johnny Mac por fin—. Rusk te enseñará lo que hay que hacer —se volvió hacia Rusk y con un leve movimiento de cabeza se despidió a ambos.

*

Jellicoe y Ryan salieron de Scotland Yard con diez minutos de diferencia para no despertar las sospechas de sus colegas. Jellicoe fue el primero en salir. Salió del edificio, pero no vio ningún coche. Era lógico, ya que el Rolls de Kit podría llamar la atención. Siguió adelante y dobló la esquina de la jefatura de policía.

Ryan siguió una ruta similar y vio a Jellicoe de pie junto a la calle. Casi a las siete en punto apareció un taxi. Kit vio a los dos policías y ordenó al taxi que diera la vuelta. La calle estaba en calma y el conductor lo hizo sin dificultad.

Jellicoe y Ryan subieron y se dirigieron a la dirección de Sloane Gardens que Kit había dado al taxista. Junto a Kit estaba Harry Miller y se hicieron las presentaciones. Una vez concluidas, Ryan miró expectante a Kit, pero un movimiento de cabeza y una mirada al taxista indicaron que cualquier otra conversación tendría que esperar.

Unos minutos más tarde, el taxi se detuvo junto al Rolls Royce de Kit, situado fuera de la casa de los Rosling. Los cuatro hombres bajaron del taxi y se dirigieron al Rolls Royce. Dentro, Jellicoe vio a un joven bastante regordete que estaba terminando un bocadillo. El joven miró un poco arrepentido a Jellicoe y Ryan. A pesar de sus ropas de paisano, era imposible confundirlos con otra cosa que no fueran policías.

Se hicieron más presentaciones. Entonces Kit preguntó a Alfred: —¿Está toda la familia Rosling reunida?

—No, el joven Rosling no ha vuelto, pero están sus tíos y las dos señoras. También tenían visita, pero no pude verlo. No estoy seguro de que se haya ido ya.

Kit asintió y luego agradeció a Alfred su ayuda. Como se trataba del traspaso con Harry Miller, Alfred debía tomar el taxi que acababan de dejar libre Kit y los demás. Sin embargo, impulsado por la llegada de los policías y la posibilidad de que ocurriera algo, pidió quedarse.

Kit miró al corpulento joven y, sonriendo, dijo: —Por supuesto, Alfred. Cuantos más seamos, mejor.

Tal vez Alfred fuera más de lo que parecía a simple vista, y desde luego había mucho de él para ver. Kit explicó la situación a los policías.

—Os he traído aquí porque tengo razones para creer que puede ser el objetivo del próximo robo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión, lord Aston? —preguntó Jellicoe.

—Es una larga historia y, francamente, yo mismo apenas puedo creerlo. Basta decir que hay dos mujeres jóvenes en la casa ahora. Ambas empleadas recientemente. Una es mi prometida. Está trabajando de incógnito para vigilar a la segunda, que creemos que

podría ser la joven que está buscando.

—¿Cómo se llama, señor? —preguntó Ryan.

—Caroline Hadleigh, sargento —respondió Kit. Al decir esto, vio que al joven sargento se le iba el color de la cara.

Jellicoe también parecía asombrado y preguntó: —¿Estás seguro?

—Muy seguro —respondió Kit.

—Si no te importa que pregunte, ¿cómo lo sabes?

Era el turno de Kit de parecer incómodo. La pregunta era totalmente razonable; la respuesta, apenas racional.

—Mi prometida y dos de sus... —Kit vaciló un momento al aparecer la imagen de tía Agatha y Betty Simpson—, colaboradoras, sospechaban de la señorita Hadleigh.

Esto hizo que Jellicoe pusiera cara de quejica, algo con lo que Kit simpatizaba. Ryan permaneció con el rostro adusto mientras Kit continuaba de un modo que más tarde le haría sacudir la cabeza, avergonzado —Mi prometida tiene simpatías sufragistas. Decidió sabiamente abandonar esta línea de pensamiento mientras aún le quedaba algo de credibilidad.

—Así que, si puedo resumir —dijo Jellicoe—, se trata de una operación de vigilancia. La casa pertenece al señor Rosling, ¿es correcto?

La operación de vigilancia era para proteger a Mary. Sin embargo, Kit pensó que era mejor no añadir este ingrediente a un plato ya de por sí picante.

—Sí, es un caballero llamado Herbert Rosling, no sé si lo conoces. Dirige la oficina londinense del Anglo-American Bank.

Jellicoe sacudió la cabeza un momento, buscando en su memoria. Finalmente, miró a Kit y dijo: —Había un americano llamado Rosling en la Conferencia de Londres sobre Oriente Medio.

—Creo que el mismo, según Mary. No sé si eso cambia las cosas, ya que la ladrona, creo yo, quiere el collar de diamantes de la señora Rosling.

Ryan pareció despertar de su aturdimiento en ese momento y preguntó a Kit: —Cuando dice «ladrona», ¿se refiere a la señorita Hadleigh, señor?

—No creo que podamos estar seguros, sargento. Puede haber razones inocentes por las que haya tomado posición en esta casa, aunque sus motivos para hacerlo disfrazada son, cuanto menos, poco claros. Desde luego, parece sospechoso.

Ryan asintió. «Condenadamente sospechoso», pensó. Su mente ardía de posibilidades: el miedo y no poca rabia, formaban un prisma desagradable con el que refractar las pruebas.

Jellicoe interrogó a Kit un poco más sobre Rosling, pero estaba claro que no había mucho más que añadir a la historia. Kit decidió

evitar mencionar su anterior encuentro con el joven estadounidense. Mientras hablaba con los dos policías, Kit tenía claro que ambos parecían preocupados por las revelaciones. Podía haber muchas explicaciones y Kit estaba seguro de que no se trataba solo de vergüenza profesional por haber perdido una posible pista. Finalmente, Jellicoe pareció tomar una decisión que explicaba la sensación de aprensión que se reflejaba en su rostro.

—Creo que debemos compartir esto con Bulstrode y Beloved. Sin ánimo de ofender, Kit, esto requiere una vigilancia policial adecuada.

—Señor —replicó Ryan, claramente agitado—, ellos simplemente la arrestarán, y ya conoce sus métodos.

—Soy demasiado consciente de sus métodos, sargento —dijo Jellicoe con resignación—, pero para bien o para mal, ahora trabajan con nosotros.

Kit miró a ambos policías. No estaba seguro de si debía sentirse aliviado de que el asunto dejara de estar en manos de Mary, preocupado de que ella se enfadara ante tal acontecimiento o, más oblicuamente, preocupado por la llegada de los dos nuevos policías, que le caían claramente mal, y por cómo harían progresar los asuntos. Sus pensamientos fueron interrumpidos por Jellicoe, que miró a Ryan y sugirió: —Creo que deberías quedarte aquí. Yo volveré a Scotland Yard.

Ryan estaba más que dispuesto a quedarse, pero no pudo ocultar su disgusto por las medidas propuestas por el inspector jefe. Cuando Jellicoe se marchó en busca de un taxi, Kit miró al joven sargento.

—Tengo curiosidad, pero ¿fue interrogada antes la señorita Hadleigh?

—Sí, señor —respondió Ryan. Kit no dijo nada, así que Ryan continuó—. La interrogué después del primer robo de joyas, cuando resultó evidente que el ladrón estaba utilizando la tarjeta de visita del Fantasma.

—¿Fue para averiguar si no se habían encontrado algunas tarjetas en la investigación original?

—Exactamente, señor —respondió Ryan—. El impresor original de las tarjetas ha muerto, como usted sabe, y el negocio ha cerrado. Creo que ahora hay allí un mercero. Según el inspector jefe, no se encontraron más tarjetas cuando se registró el local después de la primera investigación.

—¿Cuándo murió el impresor?

—En 1915, señor. Al parecer, de cáncer.

Kit lo meditó un momento y dijo: —Aun así, hubo tiempo después de la investigación para imprimir nuevas tarjetas, si alguien las necesitaba.

—Efectivamente, señor, pero ¿por qué alguien haría eso? ¿Y por

qué esperar cinco años? Tenemos al Fantasma encerrado.

—A menos que realmente sea su hija, sargento. Tengo la sensación de que usted no lo cree.

La intuición de Kit, a diferencia de sus palos de golf, normalmente daba en el blanco. Ahora mismo, el sargento Ryan estaba demasiado convencido de que su novia era el Fantasma. Su corazón empezó a golpearle el pecho como un tambor. El coche estaba frío, pero sintió que el sudor le hacía cosquillas en la frente mientras se apoderaba de él una mezcla de miedo y decepción. Tuvo que luchar contra un impulso irrefrenable: el deseo de entrar corriendo en casa y avisar a Caroline.

Consciente de que Kit lo miraba con extrañeza, respondió: —No, lord Aston, no creo que Caroline sea una ladrona, pero estoy de acuerdo en que es muy extraño —recobrando la compostura, añadió: —Quizá deberíamos volver a la investigación original sobre el Fantasma. ¿Quién más podría haber visto las tarjetas de visita?

Las palabras de Ryan parecieron sobresaltar a Kit, pero al cabo de unos instantes, el inusual detective asintió. —Es un buen argumento, sargento. El inspector jefe dice que nunca se hicieron públicas. Sin embargo, eso no significa que los diseños no pudieran haberse filtrado por un montón de razones. La pregunta es: ¿quién tendría acceso a ver las tarjetas, los medios para organizar estos robos y la capacidad para ejecutarlos?

En el asiento delantero, Harry Miller y Alfred escuchaban fascinados por razones totalmente distintas. A Miller le parecía extraordinaria la idea de una mujer ladrona, pero, al reflexionar sobre la guerra, las mujeres habían demostrado ser tan buenas como los hombres para sustituir a los que se habían ido a luchar.

Alfred, por su parte, estaba desesperado en tres frentes. En primer lugar, lamentaba no haber traído su cuaderno para poder anotar sus ideas mientras escuchaba a los tres hombres charlando. También empezaba a tener un poco de hambre. En circunstancias normales, ya debería estar en casa, con los pies en alto, disfrutando de la cena. Y lo que es más pertinente, le habría dado la oportunidad de ir al baño. Ahora mismo, estaba a reventar.

Mientras Kit y Ryan charlaban, un taxi se detuvo frente a la casa de los Rosling. Ryan avisó a Kit de la llegada. —Me pregunto qué estará pasando aquí.

La pregunta obtuvo respuesta unos minutos después, cuando se abrió la puerta principal y una pareja bajó los escalones.

—Parece que los Rosling están pasando la noche fuera —comentó Ryan.

Kit asintió. Miraba atentamente a la señora Rosling y lo que llevaba puesto.

—¿Pasa algo? —preguntó Ryan, observando cómo Kit miraba fijamente a la pareja mientras subían al taxi.

—No estoy seguro, sargento —respondió Kit. Luego, más para sus adentros: —Podría ser una buena noche para un robo.

Capítulo 22

Para Wag McDonald, el día estaba resultando una catástrofe tras otra. Miró al hombre que, al parecer, era el principal responsable de haber introducido tantas complicaciones en su vida. Abbott yacía en el suelo lloriqueando. McDonald casi se sintió tentado a gemir también, porque las cosas eran ciertamente un desastre.

El negocio de los cigarrillos era una buena fuente de ingresos a cambio de muy poco esfuerzo y, si se gestionaba correctamente, podía funcionar durante años. La clave estaba en evitar ser avaricioso y robar lo justo para no levantar sospechas. Los jóvenes siempre querían hacerse ricos rápidamente. Lento y constante. Ese era el plan.

Ahora, había una gran posibilidad de que la policía estuviera al tanto de esta actividad y él tenía un problema sobre qué hacer con Abbott. Acechando en el fondo de su mente como un exhibicionista en un parque a medianoche, estaba la idea de que Johnny Mac estaba perdiendo su habilidad o, peor aún, que ya no era de fiar. El hombre de Ulster sería un problema muy grande, literalmente. Y todo por culpa de un idiota que se volvió codicioso y vendió unos morros en un pub. Sí, Wag McDonald tenía ganas de llorar. Un imperio criminal formado a partir de las facciones del sur de Londres estaba potencialmente en peligro.

La rabia hervía en su interior, se acercó al tendido Abbott y gruñó: —Realmente me has fastidiado el día, hijo.

Abbott gimió. McDonald no estaba seguro de si lo hacía por compasión, por pena o porque le dolían las costillas rotas y los cortes. Pensándolo bien, se le ocurrió que la última era la más factible. Sin pensarlo, pateó a Abbott provocando nuevos gemidos del herido. McDonald nunca había estado de acuerdo con la opinión de que era de mala educación dar una patada a un herido cuando estaba en el suelo. Hizo un gesto con la cabeza a su hermano Wal para que se acercara.

—Tenemos que arreglar esto un poco. Deshazte de él —Wal parecía sorprendido. Su hermano negó con la cabeza—. No quiero decir esto. ¿No podemos darle algo que hacer con los caballos? Quitarle del medio unos días. Pero que nuestros chicos le vigilen.

*

Johnny Mac estaba sentado en su despacho. También estaba descontento con la situación. Ryan era un problema. Seguir utilizándolo era un juego peligroso, pero la alternativa era peor. Su

hermano sabía dónde estaba trabajando. La posibilidad de que estuviera al corriente de la otra operación era algo que no cabía en la cabeza. Tarde o temprano habría que enfrentarse a ello.

De vez en cuando, Rusk hacía notar su presencia a Ryan, sin decir nada. El objetivo era intimidar. Para ser justos, estaba funcionando bastante bien, pero no por falta de valor físico por parte de Ryan. Para Ryan estaba claro que sabían que él conocía la otra operación. La cuestión que Ryan estaba sopesando era si confesarlo o hacerse el tonto. En una lista con muy pocas opciones limitadas, esta era claramente poco atractiva. Por el momento, sería mejor no soltar prenda.

El ruido en la fábrica era a veces casi ensordecedor. La conversación era imposible a menos que se estuviera a pocos metros. El nuevo trabajo asignado a Ryan era principalmente solitario. Estaba claro que se había roto la confianza. No debía acercarse a nadie hasta que Johnny Mac y Rusk estuvieran seguros de él. No era probable que eso ocurriera pronto. A los dos hombres les habría decepcionado saber que a Ryan le gustaba no tener que relacionarse con nadie. Su propia compañía era todo lo que quería por el momento. Le habría dado las gracias a Johnny Mac en cualquier otra circunstancia.

Los trabajadores que le rodeaban, un poco como él, carecían de cierto refinamiento. Sin embargo, la mayoría parecían capaces de infringir la ley sin pestañear. Evidentemente, Ryan tampoco era un ángel en este sentido, pero conciliaba su conciencia con la imagen de su hijo pequeño. Esto resolvió cualquier ambigüedad moral que sin duda sentía, o sentiría, en el futuro. Mantener a su hijo con vida era lo único que importaba.

Sus ojos se endurecieron al pensar en el niño. Justo en ese momento pasaba Rusk y vio la expresión de Ryan.

—¿Qué quieres? —gruñó Rusk.

—¿Qué quieres tú? —respondió Ryan mirando furioso a Rusk. Esto pilló al hombrecillo por sorpresa. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Vuelve al trabajo.

Así lo hizo Ryan. Decidió agachar la cabeza y no darles nada más de lo que quejarse. Los años en el ejército le habían enseñado cuándo acatar órdenes, así como cuándo y a quién enfrentarse. Johnny Mac estaba descartado, pero Rusk era otro asunto. Incluso podría disfrutarlo.

*

—Llegaremos tarde —dijo Rosling, entrando en la habitación de su mujer tras llamar brevemente a la puerta. Su tono era cortante. Veinte años de matrimonio habían reducido la conversación entre ellos a una combinación de comentarios implícitamente mordaces, directrices

mutuas y, a veces, conversaciones impresionantemente informadas sobre negocios o asuntos de actualidad. Para ser justos, estas últimas constituían la mayor parte de su discurso, sobre todo en beneficio del marido.

Aunque la atracción que alguna vez sintió por su mujer se había ido apagando poco a poco en la gélida tundra de su personalidad, nunca dejó de asombrarse por su intelecto. Aunque no era el candidato más obvio para apoyar las aspiraciones del movimiento sufragista, Rosling habría puesto felizmente a su mujer en el consejo del banco; tal era el respeto que sentía por su perspicacia. La atracción podía haber muerto, pero la estima mutua era alta. Incluso hacía interesante los momentos de desacuerdo, en lugar de una manifestación de hostilidad.

—Esperarán que lleguemos tarde. Es cortesía por nuestra parte —respondió su esposa arreglándose un pendiente. A su lado, Caroline Hadleigh, se colocaba un pasador en el pelo.

Finalmente, la señora Rosling se levantó y se volvió para mirar a su marido. El deber hizo que Rosling proclamara lo guapa que estaba y le cogiera las manos para demostrarle su eterno afecto. Lo hizo con soltura, pero también con la sinceridad suficiente para que aquello no pareciera tanto un ritual como una muestra de respeto entre los dos líderes.

—¿No llevas diamantes esta noche? —preguntó Rosling, al fijarse en el collar de oro que llevaba al cuello. Era un crucifijo.

La señora Rosling miró a Caroline y luego a su marido antes de decir: —Creo que esa muestra de riqueza sería inapropiada, dado que esta noche estamos con el arzobispo.

Rosling se rio sardónicamente. —La Iglesia nunca es reticente a hacer alarde de su riqueza, querida.

—Exactamente.

Rosling sonrió y asintió. Volvió a mirarla con un respeto y un afecto indisimulados. Era una mujer formidable. Un hombre como él no podía tener mejor compañera. Mientras salían juntos de la habitación, hablaron de lo que Rosling podía ganar de la velada, si es que podía ganar algo, a cambio de lo que el arzobispo pediría sin duda para la iglesia.

Al bajar las escaleras, Rosling vio a Mary esperando en la puerta con Grantham. Por mucho que lo intentó, le fue imposible no dejar que su mirada recorriera la esbelta figura de la nueva doncella. Ella le ayudó con su abrigo, mientras Caroline hacía lo mismo con la señora Rosling.

—El taxi está fuera, señor —dijo Grantham.

Ninguno de los dos habló mientras salían a la fría noche iluminada por la luna. Rosling cogió la mano de su esposa y bajaron juntos los

escalones lentamente, temerosos de cualquier resbalón que pudiera hacerlos caer a los dos.

Mary miró a Caroline cuando la puerta se cerró. Caroline esbozó una sonrisa. Ambas se dirigieron hacia las escaleras que conducían a las dependencias de la servidumbre. Al bajar, las sonrisas se convirtieron en carcajadas.

—Creo que el señor Rosling está enamorado de ti, Mary.

—Me gustaría que no fuera tan obvio. Creo que a veces los hombres son como los perros. Puedes ver cómo mueven la cola.

—Estoy segura de que ella lo sabe —respondió Caroline.

—¿Por qué lo soporta?

—Se llevan bien, ¿sabes? Es extraño, lo sé, pero parece que han llegado a un acuerdo.

—Nunca lo haré —dijo Mary—. Que Dios ayude al hombre que piense que puede mirar a otras mujeres y estar conmigo.

Caroline miró a Mary por un momento antes de decir: —Algo me dice que no creo que debas preocuparte por eso, Mary.

Llegaron a la cocina y la conversación cesó de inmediato. La señorita Carlisle estaba sentada en la mesa de la cocina mientras Rose preparaba la comida para los criados. Miró a las recién llegadas. Sonreían con complicidad. Sabía que nunca conocería la fuente de su diversión. ¿Era ella? ¿Alguien o algo más? Al cabo de uno o dos días ya eran más íntimas de lo que ella jamás sería con ellas. Se llevaban de fábula. Eso estaba claro. Una oleada de tristeza la invadió. Ella no tenía esa cercanía. Era algo que ya no se sentía capaz de dar ni cómoda recibiendo. Nunca había sido así.

Las dos jóvenes que tenía delante tenían una facilidad de trato, una vitalidad juvenil y una belleza natural, incluso la señorita Hannah, que no podía negarse. A fuerza de su trabajo, o más bien de su vida, la señorita Carlisle era imponente e incómoda a partes iguales. Se preguntaba si siempre había sido así ¿Hubo algún momento en que otro camino la hubiera convertido en alguien diferente? Ambas chicas tenían novios. Eso lo sabía. No había habido ninguno en su vida.

Mientras las dos chicas luchaban por reprimir sus sonrisas, la señorita Carlisle sintió ganas de llorar. En un momento en el que reflexionaría más tarde, con sorpresa, quiso decirles a las chicas que se marcharan. No porque estuviera celosa, ni porque sintiera que se burlaban de ella. No sentía ninguna de esas oscuras emociones, o al menos no en ese momento. Quería decirles que eligieran otra forma de vida. La vida en servicio era segura, pero era una manera de escapar de lo que es vivir realmente, de experimentar el mundo por uno mismo. Y el mundo era muy diferente ahora para las mujeres jóvenes. Había opciones. Un timbre sonó en la pared y todos levantaron la vista. Luego otro. Y luego otro.

—Creía que todos se habían ido —dijo irritada la señorita Carlisle.

—Y así es —respondió Caroline.

Grantham entró también en ese momento en la cocina y dijo: —Creo que el señor Headley debe de haber arreglado las campanas.

—Subiré a ver si quiere una taza de té o algo de comer, ya es bastante tarde —sugirió Caroline, levantándose de la mesa. Miró a la señorita Carlisle. Un gesto brusco de la cabeza le confirmó que podía marcharse.

—No tardes mucho —gritó Rose cuando Caroline salió por la puerta—, en poco serviré la cena.

Caroline sonrió y contestó: —Empezad sin mí, por favor.

*

Unos diez minutos después de la salida del señor y la señora Rosling, la puerta principal se abrió de nuevo. Esta vez salió un hombre pequeño y barbudo con bombín y una bolsa.

Kit se volvió hacia Alfred y le preguntó: —Es el hombre que vino antes?

—Sí, señor, estoy seguro —dijo Alfred—. Es el mismo hombre.

El hombre caminó hasta el final de la escalera y miró en ambas direcciones antes de elegir caminar en dirección al coche donde Kit estaba sentado con los otros hombres. A medida que se acercaba, pudieron ver que llevaba gafas. Debajo del abrigo llevaba un mono. La bolsa parecía algo que llevaría un obrero, como un fontanero o un electricista. Al pasar, miró primero el Rolls y echó un vistazo al interior.

Kit sonrió y dijo: —Probablemente parezcamos un poco sospechosos todos en este coche.

Los demás se rieron. Aunque había muchos otros coches bonitos en la calle, el Rolls era muy característico. En ese sentido, no era precisamente la tapadera perfecta para la vigilancia. Kit observó cómo la pequeña figura del hombre se alejaba en la distancia antes de doblar una esquina y perderse de vista.

A Kit le pareció que algo estaba fuera de lugar, pero no supo muy bien qué. Se volvió hacia Alfred y le preguntó: —¿Cuándo llegó el hombre?

—Hacia las cinco, señor —dijo Alfred.

—¿Recuerda por dónde vino?

—No, señor, es posible que estuviera distraído —respondió Alfred. De hecho, había estado terminando la langosta con patatas fritas que Mary le había traído y, sólo por casualidad, había visto llegar al hombre. Alfred decidió omitir todo esto. Parecía haber una falta de heroísmo en tal confesión y lord Kit Aston tenía toda la pinta de ser el noble héroe de una de las novelas negras que tanto le gustaba leer. Otra confesión poco heroica habría sido el estado de la vejiga de

Alfred, que estaba alcanzando niveles peligrosos.

Kit miró por la ventana y empezó a golpear furiosamente la puerta. Algo no iba del todo bien. Ryan miró a Kit y luego a Harry Miller. Miller se encogió de hombros.

—Señor, ¿pasa algo?

—Sí, pero no sé el qué. Ese hombre. Hay algo en él. Lo que hemos visto no es corriente.

Miller sonrió a Ryan. Su jefe estaba a punto de hacer un descubrimiento. Ya lo había visto antes. La tensión, la frustración, la ira seguidas de la revelación.

Y entonces pareció darse cuenta. Kit se volvió hacia Alfred y le preguntó: —Alfred, cuando llegó el obrero, ¿entró por la puerta principal?

—No, señor, bajó los escalones por la entrada del servicio.

Ryan asintió con la cabeza, siguiendo la línea de pensamiento de Kit, antes de añadir: —Quizá le dejaron salir por la puerta principal porque el señor y la señora Rosling se habían marchado y el más joven no está en casa esta noche.

—Es posible —dijo Kit, pero no dio ninguna apariencia de creerlo probable.

Alfred fue el primero en darse cuenta. Mientras todos los demás habían mirado a Kit, su atención se había dirigido a la ventana del piso superior de la casa.

—Parece que hay una luz moviéndose arriba, miren.

Los cuatro hombres levantaron el cuello hacia una de las habitaciones delanteras del piso superior, presumiblemente el dormitorio.

—Parece una linterna —dijo Ryan.

—Creo que tienes razón —dijo Kit.

Miró al joven policía. Había que tomar una decisión. El corazón de Ryan empezó a latir con fuerza. Si iba a investigar, se acabaría el juego de Caroline. Pero el juego ya había terminado, ¿no?

—Déjeme ir —dijo Ryan después de un momento—. Diré que pasaba por aquí y vi una luz sospechosa.

—Buena idea —convino Kit.

Ryan salió del coche, tranquilizado al seguir controlando la situación. En todo caso, esta era una oportunidad para hablar con Caroline y advertirle. Mientras caminaba hacia la puerta principal, sintió una oleada de alivio. Había una posibilidad, solo una leve posibilidad de que esta situación desesperada pudiera resolverse antes de que se descontrolara por completo.

Ryan subió los escalones y estaba a punto de llamar a la puerta cuando vio llegar dos coches de policía. Se detuvo. Del primer coche salió Jellicoe con un agente uniformado. Del segundo coche de policía

bajó Bulstrode, de rostro adusto, seguido de Beloved.

Atrapado como un cervatillo frente a un cazador, el miedo se apoderó del joven. Se volvió hacia la puerta y, con el corazón oprimiéndole el pecho, dio tres golpes gritando: —¡Policía, abran!

Capítulo 23

Para Alfred, la llegada de la policía fue como la aparición de la caballería estadounidense salvando el día a unos colonos asediados en una de esas películas del oeste que había visto de pequeño en el cine. Casi gritó de alegría cuando Kit y Harry Miller salieron del coche y se unieron a los demás policías en la escalinata de la casa de los Rosling.

Alfred no era hombre de mirarle el diente a caballo regalado, y este era realmente un regalo de los dioses. Mientras los policías aporreaban la puerta principal de la casa, Alfred prácticamente derribó él mismo la puerta del coche en su prisa por salir. Saliendo por el otro lado del coche, se movió, con una rapidez sorprendente en alguien tan grande, a la vuelta de la esquina, hacia la calle que llevaba a Sloane Square. Estaba desierta. Esta era su oportunidad de desviar su angustia e iba a agarrar la oportunidad, literalmente, con ambas manos.

Por fin se abrió la puerta principal de la casa Rosling. Grantham se quedó perplejo ante el espectáculo que había en el umbral. Un joven alto y apuesto junto a un hombre más pequeño que, en cualquier situación normal, Grantham habría cruzado la calle para evitar. Se les unieron varios hombres más.

—¿Sí? —dijo Grantham a falta de algo mejor que decir.

—Señor, tenemos razones para creer que están robando en su casa —dijo Ryan, con una voz sorprendentemente alta.

—No hace falta que grite, joven, no estoy sordo —respondió Grantham con toda la dignidad que pudo reunir.

Bulstrode actuó con decisión y apartó al anciano mayordomo de su camino. Su siguiente obstáculo era la señorita Carlisle. Incluso Bulstrode se detuvo momentáneamente ante la evidente malevolencia que caracterizaba el natural reposo facial del ama de llaves.

—¿Sí? —gruño la señorita Carlisle. «Desde luego, los criados eran parcos en hacer preguntas profundas», pensó Bulstrode mientras apartaba los ojos de la medusa de mediana edad y subía las escaleras, seguido por Ryan y Beloved.

Kit tiró suavemente de Jellicoe y Miller hacia atrás.

—Harry, quizá deberías patrullar la calle por si el ladrón busca la salida por una ventana del piso de arriba —sugirió Kit—. Si registras esta planta, inspector jefe, yo bajaré a comprobar las dependencias de la servidumbre.

Jellicoe aceptó de buen grado la propuesta y Kit y él tomaron rumbos distintos, mientras la señorita Carlisle y Grantham miraban

confundidos. Al ver esto, Kit se detuvo y explicó la situación.

—Me llamo Kit Aston. Por razones que no puedo explicar, esta casa ha estado bajo vigilancia. Creemos que un ladrón puede haber estado en el dormitorio de arriba buscando el collar de diamantes de la señora Rosling.

Las facciones de Grantham comenzaron a comprender lentamente, mientras la señorita Carlisle miraba con gesto serio.

—¿Me acompañan, por favor?

El tono de voz empleado por Kit era apacible y tranquilizador. Pareció surtir efecto en la señorita Carlisle, ya que sus facciones se suavizaron un poco y asintió con la cabeza, indicando el camino a Kit para que la siguiera. Los extraordinarios acontecimientos la habían cogido desprevenida, pero, una vez recobrada la compostura, volvió a ser la mujer de, si no acción, al menos sí una estrecha compostura. Sin embargo, no duraría mucho.

Los motivos de Kit para querer comprobar las habitaciones de los criados eran un poco egoístas. Quería ver si Mary estaba a salvo. Cuando llegaron a la cocina, vio a Mary, rubia y con peluca, sentada con la cocinera, sin duda por orden de la señorita Carlisle. Cuando vio a Kit, saltó de su asiento y exclamó: —¡Kit!

Inmediatamente corrió hacia su prometido y lo abrazó.

—¡Señorita Tanner! —exclamó la señorita Carlisle en un tono que rayaba en la apoplejía. Mary, al oír el grito del ama de llaves decidió subir la apuesta en el abrazo.

—Mary —se rio Rose mientras miraba primero a Mary y a Kit y luego a la señorita Carlisle, que se había quedado blanca del susto.

Mary soltó por fin a Kit y miró a la señorita Carlisle, intentando evitar cualquier atisbo de triunfalismo. Lo intentó, pero no lo consiguió. Rose, mientras tanto, estaba radiante.

—¿Dónde está la señorita Hadleigh? —preguntó Kit con urgencia.

—Ha subido a ver al manitas que arregla las campanas.

—¿La señorita Hadleigh? —preguntó la señorita Carlisle, ahora completamente confundida de nuevo. Los acontecimientos se descontrolaban rápidamente tanto arriba como abajo.

Mary se volvió hacia la señorita Carlisle y le dijo: —Es una larga historia y ahora no hay tiempo. Se llama Caroline Hadleigh, no Charlotte Hannah. Yo me llamo Mary Cavendish, no Mary Tanner. Y este es lord Kit Aston.

Con esto, y como floritura final, Mary se quitó la peluca rubia. La señorita Carlisle se sentó en el asiento que acababa de dejar libre Mary y bebió un largo trago del té de Mary. Rose, a estas alturas, ya aplaudía.

—Vamos, Kit. ¿Adónde han ido?

Kit cogió la mano de Mary y volvieron a subir la escalera de

servicio. Kit explicó por el camino los acontecimientos de la noche. Cuando llegaron al pasillo principal, al final de la escalera, se encontraron con Jellicoe. El inspector jefe echó un vistazo a Kit de la mano de Mary y sonrió, se levantó el sombrero y dijo: —Señorita Cavendish. Parece que siempre estamos destinados a encontrarnos en circunstancias inusuales.

—En efecto, inspector jefe —dijo Mary.

—¿Alguna señal de Caroline Hadleigh? —preguntó Kit.

Los gritos procedentes de lo alto de la escalera respondieron a la pregunta.

*

El hombre más joven, Ryan, fue el primero en subir las escaleras, seguido de Beloved y Bulstrode. Siguió gritando: —¡policía, abran! —aunque estaba seguro de que Caroline, a menos que fuera sorda o estúpida, habría tomado las medidas necesarias para ausentarse del edificio. Los gritos de Ryan habían empezado a crispar los nervios de Bulstrode.

—Cállate, sargento, ya lo has dejado claro. Creo que todos los ladrones de aquí a Elephant & Castle sabrán que estamos aquí —gruñó Bulstrode.

Todos se dirigieron hacia el dormitorio delantero, donde se había visto la linterna. Estaba vacía. Ryan respiró aliviado. Se separaron y buscaron en las otras habitaciones del piso superior.

Ryan irrumpió en el dormitorio contiguo, encendió las luces y miró a su alrededor. Corriendo el riesgo, susurró: —¿Caroline?

No hubo respuesta.

—Caroline, soy yo, Ben.

Silencio.

La puerta se abrió detrás de él y entró Bulstrode. Los dos hombres se miraron por un momento. ¿Le habría oído Bulstrode? El corazón de Ryan empezó a latir aún más deprisa y sintió que el oxígeno evacuaba su cuerpo.

—No hay señales —dijo Ryan por fin.

Bulstrode asintió y entonces oyeron un grito procedente del otro dormitorio. Era Beloved. Los dos hombres salieron corriendo del dormitorio al pasillo. Beloved estaba en el dormitorio del fondo. Vieron al otro detective junto a una ventana abierta.

—Escapó por aquí. La vi subir al tejado.

Bulstrode y Ryan miraron por la ventana, hacia el tejado desierto y luego hacia el canalón por el que Caroline había trepado. Ryan miró hacia abajo y casi se desmaya. «Menuda chica», pensó. «Si salimos de esta, o la encarcelo o me caso con ella».

Bulstrode ya estaba saliendo de la habitación. En el pasillo se encontró con Kit, Jellicoe y Mary.

—No hay rastro de ella abajo —dijo Jellicoe.

—Salió por la ventana. Está en el tejado.

Mary jadeó involuntariamente. No estaba segura de si lo había hecho por miedo a alguien que sentía casi como una amiga, o por orgullo, dada la valentía de la joven.

—Mi hombre, Harry Miller, está patrullando en la parte de atrás.

—Vamos —dijo Jellicoe —pero Ryan ya estaba a mitad de camino escaleras abajo, seguido por Bulstrode.

*

Alfred disfrutaba de tal felicidad mientras descargaba copiosamente contra la pared de ladrillo la tensión acumulada durante la hora anterior, que no se dio cuenta de que Harry Miller había pasado corriendo junto a él. Finalmente, se dio cuenta de que Miller trepaba por el muro a su lado. Ni siquiera la presencia de Miller fue suficiente para negar la exquisita sensación de alivio que estaba disfrutando Alfred. Sin embargo, le pareció mejor preguntar por qué Miller estaba irrumpiendo en el jardín de un vecino.

—¿Qué ocurre?

—Lord Aston quiere que compruebe la parte de atrás. Es la única manera de entrar.

Alfred echó un vistazo a la pared y se dio cuenta de dos cosas inmediatamente. Probablemente carecía de la agilidad circense necesaria para escalar semejante barrera; además, el muro era bastante alto. Una caída desde semejante altura podría ser bastante desagradable.

—¿Puedes abrir la puerta cuando estés al otro lado? —suplicó Alfred.

Para sorpresa de Alfred, la puerta se abrió y Miller dijo: —Vamos.

Afortunadamente, la siguiente barrera era mucho más pequeña y Alfred, en su recién aligerado estado, se las arregló, aunque de forma poco elegante. Una valla más fue encontrada y superada, dejando a Alfred decididamente animado tanto por esta aventura como por su propia destreza felina.

La luna brillaba en la parte trasera de la casa de los Rosling, dando a los dos hombres una buena vista de una pequeña figura vestida de negro que salía de una de las ventanas. Miller corrió inmediatamente hacia delante.

Alfred susurró en voz alta y bastante superflua: —Espérame.

Contempló asombrado cómo Miller, con la gracia y agilidad de un bailarín de ballet, saltaba a un cubo de basura de la parte trasera de la casa, seguido de un rápido movimiento en el que se agarraba a la parte superior de un muro y subía hasta el tejado de la cocina del sótano.

Estaba claro que Miller estaba solo en ese momento, así que Alfred

encontró un asiento en el jardín y decidió ver el espectáculo desde allí. Y menudo espectáculo estaba resultando ser. Las habilidades acrobáticas de Miller eran extraordinarias, pues en unos instantes estaba trepando por el canalón que conducía verticalmente hasta el tejado, persiguiendo a la oscura figura que hacía poco había salido por la ventana.

En el cine, a Alfred nada le gustaba más que acompañar el visionado de la película con un generoso tentempié. Desgraciadamente, esto era lo único que faltaba mientras se desarrollaba el espectáculo que tenía delante.

Justo cuando Miller había llegado a la azotea, un hombre apareció en la ventana y le gritó que se detuviera, obviamente confundiéndolo con el ladrón. Alfred se levantó y fue a corregir el error, pero decidió no hacerlo al ver los rasgos tan poco atractivos del hombre de la ventana. En lugar de eso, volvió a su asiento y observó cómo dos siluetas oscuras trepaban por el tejado. Parecía que se dirigían hacia la calle por la que él y Miller habían venido.

De mala gana, Alfred se levantó del asiento y volvió sobre sus pasos por encima de las vallas, a través del jardín del vecino hacia el callejón. Más adelante pudo ver que la primera figura tenía un atletismo no inferior al de Miller y se deslizaba por el tejado hacia otro tubo vertical que llegaba hasta el suelo.

Esto planteó a Alfred un dilema. Si empezaba a trotar, algo que no había hecho desde 1917, podría llegar al callejón antes que el villano. Esto significaría que podría atrapar al ladrón. Sin embargo, Alfred no era un hombre valiente. Tampoco estaba tan dotado atléticamente como para que el encuentro no acabara peor para él. La discreción era la mejor parte del valor. Alfred avanzó con paso firme hacia el callejón mientras las dos figuras descendían por el caño.

Abrió la puerta justo cuando la primera figura aterrizaba en el suelo, ligera y con perfecto equilibrio. La figura iba disfrazada bajo un pasamontaña negro. Dos ojos miraron a Alfred antes de desaparecer en la noche.

Momentos después, Miller cayó al suelo. Le salió un fuerte quejido de dolor. Estaba claro que, en su prisa por recuperar terreno, Miller había optado por saltar desde una altura mayor de la que, en otras circunstancias menos urgentes, habría saltado sin problemas. El resultado fue una fuerte caída. Miller rodó por el suelo agonizante, agarrándose el tobillo derecho.

Alfred se apresuró a acercarse al hombre herido.

—Atrápale —ordenó Miller con los dientes apretados.

Pero ella se había desvanecido y Alfred no se hacía ilusiones sobre quién habría sido el ganador en cualquier carrera entre ellos.

—Es demasiado tarde —dijo Alfred.

Momentos después, llegaron los policías junto con Kit y Mary. Alfred levantó la vista y dijo: —Creo que se ha escapado. El señor Miller se ha hecho daño en el tobillo.

Esto era evidente, y Kit, junto con Mary, se dirigieron inmediatamente hacia Miller. Mary acunó inmediatamente la cabeza de Miller en su regazo. Alfred miró a Miller, cuya cara era un cuadro de agonía a causa de un tobillo que, con toda probabilidad, estaba roto, y pensó: «qué suerte tienes».

Capítulo 24

Kit y Ryan ayudaron a Miller a volver al Rolls. Alfred accedió a llevar a Miller a un hospital cercano. Los policías, Kit y Mary regresaron a casa de los Rosling. En la puerta estaba el joven Rosling. Parecía de mal humor. A su lado estaba la señorita Carlisle y Grantham al acecho.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó Rosling.

Jellicoe notó con cierta diversión que Bulstrode disminuía imperceptiblemente su paso, dejando que Jellicoe se enfrentara a la primera descarga del joven. Esto le pareció extrañamente tranquilizador. Demostró, para su satisfacción, que Bulstrode o era un cobarde o carecía de la experiencia y la seriedad necesarias para enfrentarse a las clases altas en una bronca.

A estas alturas, Rosling estaba en plena efervescencia y exigía saber quién estaba al mando. Jellicoe se presentó.

—Señor Rosling, soy el inspector jefe Jellicoe. Estos son mis colegas, el inspector Bulstrode y los sargentos Ryan y Beloved —luego, con más énfasis, dijo: —Yo estoy al mando.

—Será mejor que me explique qué demonios está pasando —respondió Rosling, sintiendo que el fuego se extinguía ante la seriedad de Jellicoe.

—Sí, señor. ¿Podemos entrar?

Como esto tenía mucho sentido, incluso para el indignado joven, el grupo entró en el vestíbulo. Mientras lo hacían, el ojo de Rosling, muy atento a un tobillo atractivo, se encontró moviéndose lentamente hacia arriba para encontrarse con los ojos azules y muy divertidos de Mary Tanner, que le devolvían la mirada. Solo que no era Mary Tanner. Ya no llevaba el pelo rubio, pero sí el uniforme de sirvienta. Entonces se fijó en Kit.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó Rosling, mirando atentamente a Kit, buscando desesperadamente en su memoria dónde y cuándo.

—En Sheldon's, creo. Si mi memoria no me falla, recuerdo haberle visto en el comedor. Mi nombre es Kit Aston.

El escepticismo de la mirada que Rosling dirigió a Kit era quirúrgico. Sin embargo, como su memoria estaba algo embotada por las varias botellas de champán que había bebido en el transcurso de una agradable velada en la ciudad, no estaba en condiciones de debatir la cuestión. Volvió a concentrarse en Jellicoe y trató de

ignorar la sonrisa burlona de Mary, que, según observó con consternación, llevaba de la mano a Kit.

Jellicoe se dirigió a Rosling. —Señor Rosling, nos ha llegado información de que su tía podría ser objeto de un robo. Concretamente, su collar de diamantes —levantó la mano para silenciar a Rosling, que estaba a punto de intervenir—. Lo primero que debemos hacer es determinar si el ladrón ha robado el collar.

*

Rosling condujo a los cuatro policías a la habitación de su tía. Se dirigió directamente a una cómoda y abrió el cajón superior. Dentro había una caja de metal. La llave estaba en la caja. Rosling miró a los policías. Antes de que pudiera abrir la caja, Jellicoe le tocó el brazo y negó con la cabeza. Sacó un bolígrafo de un bolsillo interior, lo enganchó bajo la tapa y la levantó. Estaba vacía.

Rosling se quedó mirando la caja. Con voz temblorosa por la ira, se volvió hacia los policías y dijo: —Los diamantes han desaparecido. Y han dejado escapar al ladrón. Se van a arrepentir esto.

Jellicoe no dudaba de que lo haría. Esto era grave. Se volvió hacia Kit y Mary. La expresión de su rostro era neutra, pero Kit adivinó que estaba enfadado. Se trataba de un asunto policial y Kit debería haber llamado antes la atención del inspector jefe. Kit lo sabía e inmediatamente sintió un profundo remordimiento. Había decepcionado a Jellicoe. Ahora echaría a los lobos al inspector jefe.

Mary miró a Kit y vio la expresión de preocupación en su rostro. Ella también comprendió la importancia de lo ocurrido. Una oleada de ira y algo parecido a la pena se apoderó de ella. El entusiasmo que había sentido al verse involucrada en este asunto había ido palideciendo a medida que Caroline Hadleigh le caía mejor. La locura era demasiado evidente. Había dejado que sus propios sentimientos y emociones nublaran su juicio. Sabía que Kit intentaría hacerla sentir mejor. No la culparía. Pero Mary sabía que solo podía culparse a sí misma.

Rosling miró frenéticamente a los policías.

—¿Se van a quedar ahí parados? ¿Por qué no están atrapando al criminal?

Dadas las circunstancias, Jellicoe mantuvo la calma y miró a Rosling directamente a los ojos. Esto pareció desconcertar al joven americano, que se detuvo un momento y miró al inspector jefe.

—Señor Rosling, creo que deberíamos retirarnos al salón. El inspector Bulstrode y yo interrogaremos al personal, a la señorita Cavendish y a lord Kit Aston.

Rosling miró a Mary casi con incredulidad. Mary le devolvió la mirada con frialdad. Por muy mal que se sintiera por el robo y por su papel en él, sentía poco por Rosling. La pérdida no era suya, sino de la

señora Rosling.

—El sargento Ryan y Beloved volverán a Scotland Yard y organizarán una búsqueda de Caroline Hadleigh o Charlotte Hannah, como usted la conoce. El sargento Ryan la interrogó en relación con robos anteriores y esta noche enviaremos una descripción a los periódicos. —volviéndose hacia Ryan, añadió: —Quiero que te pongas inmediatamente en contacto con un artista forense, sargento. Quiero su retrato en todos los periódicos mañana por la tarde. Beloved, quiero que traigas un equipo aquí inmediatamente para buscar huellas dactilares.

Kit escuchó las órdenes de Jellicoe y se quedó impresionado con lo que vio. La lucidez y la serena autoridad lo habrían convertido en un líder en cualquier circunstancia. El aura que rodeaba a Jellicoe pareció aplacar la ira de Rosling por el momento y tanto Bulstrode como Beloved se alegraron claramente de que Jellicoe tomara las riendas del asunto, sabiendo que cuando empezaran a repartirse las culpas, ellos estarían a salvo.

Sin embargo, una cosa inquietó a Kit. Arriesgando una mirada a los otros dos policías, pudo ver a Bulstrode susurrando al oído de Beloved y luego a ambos mirando hacia Ryan. Por desgracia, Kit no estaba lo bastante cerca para oír lo que decían. Cuando Jellicoe terminó, Kit se acercó inmediatamente a él.

—Inspector jefe, reconozco que probablemente sea la última persona de la que quiera un consejo ahora, pero ¿podríamos hablar? —Kit le indicó con la mirada que salieran de la sala.

Jellicoe asintió y ambos salieron. Kit levantó las manos y dijo: —En primer lugar, una disculpa. Debería haberte involucrado en cuanto me enteré de lo que hacía Mary —la mirada de Jellicoe lo confirmó, pero el inspector jefe guardó silencio, así que Kit continuó—. Creo que esos dos hombres están planeando algo. Yo le diría al sargento Ryan que estuviera alerta.

Jellicoe asintió, pero su rostro mostraba un aspecto aún más sombrío cuando dijo: —Creo, Kit, que será inútil. Después de este fiasco, me sacarán del caso y Bulstrode tendrá vía libre.

Esta noticia desanimó aún más a Kit. Sabía que había defraudado al inspector jefe y ahora, para empeorar aún más las cosas, esto desencadenaría dos detectives sin escrúpulos en el caso.

—Inspector jefe, me siento responsable de lo ocurrido. Por favor, déjame hablar con el comisario Macready. Estoy seguro de que me escuchará.

Jellicoe sacudió ligeramente la cabeza. Esta misión era suya y solo suya. Kit sabía que no valía la pena discutir con Jellicoe sobre este punto y le respetaba aún más por su integridad. En ese momento, Rosling empezó a quejarse de nuevo obligando a Jellicoe a dejar a Kit

y apaciguar al joven americano. Bulstrode se mantuvo fuera de la línea de fuego y fue en busca del resto del personal para interrogarles.

Estaba claro que Rosling se quejaba de la presencia de Mary. Parecía estar culpando a la policía por no mantener informada a la familia del trabajo que Mary estaba realizando de incógnito. Al oír esto, Mary se acercó a Rosling, pero sintió que Kit la sujetaba del brazo. Este negó con la cabeza y Mary se detuvo, con el ceño fruncido, en lugar de preguntar.

—Deja que el inspector jefe se ocupe de esto a su manera. De todos modos, ya tenemos suficientes explicaciones que dar.

Mary asintió y parecía tan cabizbaja como su prometido. Kit comprendía que el fracaso en la captura de Caroline le jugaría una mala pasada a Jellicoe. Pero aún ignoraba las consecuencias para él. Decidió abstenerse de decir nada. Estaba claro que ya se sentía bastante mal de todos modos.

—Lo siento, Kit. Realmente he puesto todo patas arriba, ¿no?

—Para, Mary. Aún no ha terminado. Recuerda, has identificado a la ladrona. No irá muy lejos. La policía ahora sabe a quién buscar. Eso no habría sido posible sin ti.

Mary sonrió a Kit, pero su corazón no lo hizo. Se sentía desesperadamente triste en muchos niveles. Al ver los ojos de Rosling y Jellicoe clavados en ella, cogió la mano de Kit y se adelantó para enfrentarse a la ira del americano. Por mucho que detestara a aquel hombre, no podía culparle por lo que estaba a punto de decir.

Mientras Kit y Mary avanzaban, la puerta del salón se abrió y entraron el señor y la señora Rosling. Todos los presentes se volvieron hacia ellos. El rostro del americano mayor estaba pálido de furia.

—¿Qué demonios está pasando aquí? Grantham llamó al palacio arzobispal. Dijo que había habido un robo.

Kit miró a Jellicoe y su corazón se hundió aún más. La noche del inspector jefe estaba a punto de ir de mal en peor.

*

—Tu jefe está metido en un buen lío, no hay duda —dijo Beloved, a modo de conversación. Ryan se volvió y miró a Beloved, pero no dijo nada. No estaba de humor para escuchar nada de aquel hombre, pero, para su frustración, era una audiencia cautiva. Beloved iba sentado con él en la parte trasera del coche de policía conducido por un agente. Llegaron a Scotland Yard en cuestión de minutos.

Al notar que Ryan ya estaba nervioso, Beloved decidió seguir adelante. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Desde muy joven, Beloved se había dado cuenta de que el verdadero poder sobre las personas no se lograba mediante el dominio físico, aunque este tenía su lugar. No, si querías convertir a alguien en polvo, necesitabas un enfoque más matizado. También sería una oportunidad

para comprobar si las sospechas de Bulstrode eran ciertas.

—¿Quién iba a pensar que la chica era la ladrona? La entrevistaste, ¿no?

—No sabemos si es la ladrona —respondió Ryan con amargura, mientras bajaban del coche.

—¿Es guapa? —preguntó Beloved. La expresión de su rostro sugería que cualquier respuesta sería recibida con una pregunta mucho más cruda. Ryan le ignoró y miró fijamente al frente. Esto solo sirvió para que la sonrisa de Beloved aumentara—. No estará en libertad mucho tiempo, y cuando la tengamos de vuelta en la comisaria me pondré a trabajar en ella. Será divertido.

Ryan apretó los puños. Su pecho tensó mientras la rabia crecía dentro de él. La idea de que Caroline fuera interrogada por aquel animal era casi insoportable. El miedo y la frustración crearon una presión dentro de él que le hizo querer gritar.

En el interior del edificio, Beloved, como el rango mayor, ordeno a Ryan que fuera a ver al artista forense inmediatamente para que pudieran obtener una descripción de Caroline Hadleigh y hacerla circular entre los oficiales de policía de la ciudad, así como entre los periódicos. Leyendo la mente de Ryan, le dijo: —Asegúrate de dar una buena descripción. Tú y tu jefe ya estáis metidos en un buen lío. Voy a hacer unas llamadas y a organizar la búsqueda.

Ryan no intentó ocultar la antipatía que le inspiraba su compañero. Sin embargo, no tuvo más remedio que hacer lo que le decían. Subió las escaleras hasta el despacho del artista forense, esperando que estuviera ocupado o no estuviera allí. Desgraciadamente, estaba allí y claramente en busca de algo que hacer.

—Pasa, Ryan —dijo Rufus Watts, contento de tener compañía—. ¿En qué puedo ayudarte?

Ryan se dejó caer en el asiento y miró a Watts.

—Parece como si hubieras perdido una libra y encontrado seis peniques —dijo Watts con simpatía. Era un hombre de baja estatura, más cercano a los cuarenta que a los treinta, y vestía con mucha pulcritud. Para los estándares de la policía londinense, era un tanto inusual.

Llevaba el pelo un poco más largo de lo que estaba de moda entre los hombres o, de hecho, de lo que era aceptable para un miembro de la Inspección de Policía de Su Majestad. De vez en cuando, al hablar, se echaba un mechón imaginario hacia atrás, detrás de la oreja. Esto no era lo único que podría haberse considerado un capricho del carácter del soltero Watts.

Sin embargo, su brillantez como artista forense era reconocida por todos y los que le rodeaban hacían la vista gorda ante las horas que trabajaba, su desprecio por el rango o la autoridad y sus maneras

generalmente artísticas. La mayoría de los detectives del cuerpo habían recurrido a sus servicios en alguna ocasión. A nadie le interesaba caerle mal. De hecho, estaba comprobado que alimentaba las disputas como las plantas de un jardín, regándolas a diario con palabras afiladas y, sorprendentemente, con los puños.

—Un día largo —explicó Ryan.

Watts lo miró astutamente y dijo: —A mí me parece algo más que un día largo.

—He estado con Bulstrode y Beloved —respondió Ryan.

Watts asintió lentamente. Ahora lo comprendía. Volvió a sonreír con simpatía y dijo: —¿Qué puedo hacer por ti?

Ryan comenzó a contarle. Durante la media hora siguiente, Watts reconstruyó mágicamente el rostro de alguien que podía pasar por Caroline Hadleigh o no. Ryan pensó que había suficiente Caroline en el dibujo para protegerle de cualquier acusación de engañar a sus colegas, al tiempo que se aseguraba de que estaba lejos de ser una coincidencia perfecta. Justo cuando Watts terminaba el dibujo, la puerta se abrió de golpe. Beloved entró con una sonrisa malévola.

—No hace falta que llames, viejo amigo —dijo Watts con sorna—. Siéntete como en casa.

Ryan miró a Beloved. El sargento se dirigió directamente al dibujo y se lo quitó a Watts.

—¿Está terminado?

Pero Ryan no contestó, estaba mirando a la mujer que había seguido a Beloved hasta el despacho del artista. Beloved observó divertido la sorpresa en el rostro de Ryan.

—Otro cliente para ti, Watts. Se trata de la señorita Carlisle. Ella puede ayudar a mejorar el parecido del dibujo. Al fin y al cabo, hace tiempo que Ryan no ve a la joven, ¿no es así?

.

Capítulo 25

—He oído hablar de ciegos que guían a otros ciegos, pero esto es ridículo —comentó Mary mientras miraba a Kit, cojeando y sosteniendo un bastón mientras con el otro brazo rodeaba a Harry Miller, ayudándole a bajar las escaleras del hospital. Alfred estaba al otro lado.

Miller, al que le habían diagnosticado una fractura de tobillo por la caída, se tomó la broma de Mary con buen humor.

—Su señoría tendrá que cuidar de mí ahora —dijo Miller.

—Fantástico —convino Mary—. Le vendrá bien.

Colocaron a Miller con cuidado en la parte trasera del coche y regresaron al apartamento de Kit. Eran alrededor de las diez de la noche. Tras acostar al herido Miller, Alfred condujo a Kit y Mary a Grosvenor Square, donde les esperaba la tía Agatha, a quien Mary había avisado por teléfono poco antes.

Fish condujo a la pareja hasta el salón, donde Agatha les esperaba. Levantó la vista con impaciencia.

—¿Cómo está tu hombre, Christopher?

—Una fractura de tobillo y posiblemente de tibia. Bastante grave, y más que un poco doloroso. Por lo demás, el pobre está bien.

—Me alegra oírlo —respondió Agatha—. Ahora contadme qué pasó.

Así se lo contaron.

Por turnos, cada uno le hizo a la anciana un resumen bastante completo de los acontecimientos de la noche. Agatha escuchó atentamente, pero dijo poco. Kit miró a su tía mientras él y Mary relataban su historia. Sus ojos brillaban con inteligencia, ensanchándose de vez en cuando mientras se relataban los detalles de la persecución en la azotea; su piel tenía el color y la vitalidad de la juventud; sus manos agarraban la mesa mientras Kit contemplaba las probables consecuencias de explicarse a Jellicoe y Ryan. La mención del nombre de Ryan provocó un grito ahogado de Agatha.

—Tía Agatha, ¿pasa algo? —preguntó Kit al ver la reacción de su tía.

Agatha miró a Mary y luego a Kit. En todo caso, y para asombro de Kit, la mirada antes alerta de Agatha se había transformado en una mirada que no sugería culpabilidad, sino que la confirmaba. Kit miró a Mary, que intentaba reprimir una sonrisa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kit, sin saber si reírse o estallar. Decidió mantener sus opciones abiertas.

—Bueno, Christopher —respondió Agatha, recuperando parte de su elegancia—, no estoy segura de que me guste ese tono de voz.

—No me importa, tía Agatha. Un buen hombre está a punto de ser apartado de un caso y humillado públicamente, lo que podría haberse evitado si vosotras dos y la maldita Betty Simpson no hubierais decidido jugar a ser detectives.

Tanto Mary como Agatha se miraron. Ya está. Ya lo sabían. La fría y desnuda verdad de su locura. Kit tenía razones para sentirse disgustado. Ambas lo sabían, pero ese conocimiento no les servía de consuelo.

—Por supuesto, Christopher, tienes toda la razón —reconoció Agatha humildemente. Levantó la mano cuando Mary estaba a punto de hablar—. Asumo toda la responsabilidad por lo ocurrido. Deberíamos haber ido directamente a la policía con lo que encontramos. Mary...

—Deberíamos haberlo sabido —intervino Mary, arrepentida. Lo siento, Kit. Lo siento de verdad. Lo he estropeado todo, ¿verdad?

—Todos lo hemos hecho —dijo Kit malhumorado—. ¿Qué otra cosa querías decirme?

Agatha se lo explicó.

Cuando terminó, Kit se recostó en su silla, con la cabeza nadando con imágenes de una Betty Simpson borracha intentando conducir. El hecho de que aquello fuera solo ligeramente menos asombroso que el hecho de que Ryan y Caroline Hadleigh fueran novios, era un tributo a lo mucho que el caso se había salido de su eje.

Las dos mujeres guardaron un tímido silencio mientras Kit reflexionaba sobre lo que había oído. Casi para sí mismo, dijo: —Eso explica algunas cosas que me preocupaban.

—¿De verdad? —dijeron las dos al unísono.

—Sí, Ryan se quedó muy sorprendido cuando le dije que Caroline Hadleigh trabajaba en la casa y que podía estar implicada en los últimos robos.

—¿Qué quieres decir con implicada, Kit? Ella es el Fantasma. Todo encaja —dijo Mary algo exasperada. No había ninguna razón por la que el Fantasma no pudiera ser una mujer. Estaba a punto de echarle la bronca a Kit cuando este volvió a hablar.

—Por supuesto, Caroline Hadleigh podría ser el Fantasma. No descarto nada. Solamente no quiero descartarlo e ignorar otras posibilidades.

¿Qué otras posibilidades? —preguntó Agatha, igualmente descontenta por la implicación de las palabras de Kit del sexo opuesto.

Kit la miró. Tanto Mary como Agatha lo observaban atentamente.

Una parte de él quería revelar sus pensamientos, pero el enfado aún estaba demasiado reciente.

—Puedes enfadarte todo lo que quieras. Lo consultaré con la almohada y lo hablaremos mañana por la mañana. Quiero ver si esto llega a los periódicos de la mañana, y cómo se retrata. También quiero saber qué pasa con Jellicoe. Estamos jugando un juego más grande aquí. Y fundamentalmente, piense lo que piense, no tengo ni una pizca de pruebas que lo respalden.

Mary frunció un poco el ceño, pero decidió dejarlo estar. Apenas se había cubierto de gloria estos últimos días, y no era el momento de lanzarse a la batalla. Agatha no parecía más contenta que Mary, pero no dijo nada. Sin embargo, llevaba mucho tiempo dominando las oscuras artes que pueden hacer que un hombre se sienta completamente equivocado incluso cuando está totalmente libre de culpa. Y sin duda es un arte. Mary observaba a Agatha como un aprendiz observa a un maestro.

Tales técnicas avanzadas pueden, en manos de un aficionado, no tener éxito. Un hombre, si sospecha algo, se dará cuenta inmediatamente de lo que es ese comportamiento y lo ignorará. Debería temer, sin embargo, a la experta practicante femenina. Agatha lo era.

Todo esto dejó a Kit sorprendido por la mansa aceptación de su tía de que se había portado mal: la apenada inclinación de la cabeza; la mirada afligida hacia arriba, que sugería lágrimas, pero no las alcanzaba del todo, y el silencio que lo decía todo, y bastante alto, además.

Kit se sintió desgraciado. Salió del salón acompañado por Mary. Una rápida mirada de Mary mientras salía por la puerta, sin ser vista por el culpable Kit, confirmó que la recuperación del espíritu de Agatha era tan rápida como completa. Ya estaba sirviendo una generosa cantidad de jerez en dos copas.

Cuando llegaron a la puerta del vestíbulo, Kit miró a Mary, con un abrumador sentimiento de pesar. ¿Había sido demasiado duro? ¿Pensaría ella que no tenía corazón y que era cruel? Afortunadamente, una mirada de Mary estableció que había sido perdonado y salió de la casa, sintiéndose una vez más feliz y aliviado y completamente ajeno a la forma en que las dos mujeres habían manipulado tan ingeniosamente su buen carácter.

*

Era casi medianoche cuando el sargento Ryan regresó a su piso. Hacía un frío que pela y las calles estaban vacías, pero había vida, escondida, acechando en las esquinas y en los portales. Ryan odiaba la zona, pero el sueldo de sargento no daba para mucho más. Se mudaría a la primera oportunidad.

Su edificio de apartamentos habría sido de lo más anodino, de no ser tan notablemente feo. Las ventanas estaban tapiadas, faltaban baldosas y los ladrillos estaban dañados.

El brillo y la belleza del edificio captaban perfectamente el estado de ánimo de Ryan mientras caminaba como un pensionista hacia los escalones que conducían a la entrada. Abrió la puerta principal y subió prácticamente tambaleándose la escalera hasta la segunda planta, donde tenía un piso de una estancia y una cama.

En lo alto de la escalera, se detuvo. Esperó un ratito y miró a través de la barandilla. Había alguien fuera de su piso, sentado en el suelo del pasillo. Con un sobresalto se dio cuenta de quién era.

Caroline.

Subió las escaleras de un salto y gritó: —¡Caroline! ¿Qué haces aquí?

—¡Ben! —gritó Caroline saltando inmediatamente y corriendo a sus brazos. Durante los minutos siguientes, Ryan la consoló, ¿o fue a sí mismo? La abrazó con fuerza y entraron en su piso. Solo cuando la soltó, se dio cuenta de que iba vestida con las ropas del obrero que se había cruzado con ellos delante de Rosling.

Ryan se sintió aliviado de que hubieran limpiado el piso aquel día. Su único lujo era tener una asistenta dos veces por semana. Las largas horas de trabajo y la natural aversión masculina a las tareas domésticas, incluso en un espacio tan reducido, hacían que la inversión mereciera la pena.

Se sentaron y Ryan fue a la cocina a preparar una taza de té. Decidió sabiamente no hacerle las tres docenas de preguntas que quería hacerle. En lugar de eso, le dio tiempo para recuperar la compostura. Lo que ella le dijera, él sabía que lo creería, porque en contra de todo el entrenamiento que estaba recibiendo, eso era lo que quería creer. La idea de Caroline como cleptómana era más de lo que podía soportar.

Permanecieron sentados unos instantes bebiendo té, mirándose el uno al otro. Finalmente, Caroline habló. —Estabas fuera de casa de los Rosling, Ben —había recuperado la serenidad y en su voz había una frialdad que parecía contradecir su reacción anterior al verlo.

Una voz gritó dentro de la cabeza de Ben: «¿por qué estabas dentro?» Agarró la taza con tanta fuerza que se dio cuenta de que podía romperse.

—Nos dieron el chivatazo de que el Fantasma tendría esa casa como próximo objetivo.

Caroline parecía sorprendida. —Ben, sé que tienes muchas preguntas. Lo siento, no he sido completamente honesta contigo. Pero tendrás que confiar en mí. Por favor, debo saber cómo lo supiste.

Ben miró a Caroline. La frustración luchaba mano a mano con el

amor. Quería que ella le contara todo y más, pero era él quien tenía que explicárselo.

—Fue pura suerte, Caroline. La prometida de lord Kit Aston te relacionó de algún modo con las otras casas que fueron asaltadas. Te siguió y vio que ahora trabajabas disfrazada, como doncella de la señora Rosling. Entonces se las arregló para encontrar trabajo en la casa con un nombre falso.

—¡¿Mary?! —exclamó Caroline.

—Sí, o señorita Mary Cavendish. Está prometida a lord Kit Aston. Él ayudó a mi jefe en el caso del ajedrez el mes pasado. Es brillante. El viejo le escucha. Nos habló de ti y por eso estábamos afuera. Luego se produjo el robo. Caroline, debes entregar los diamantes. La policía te está buscando. Tienen tu descripción y la señorita Carlisle ha dado una descripción tuya disfrazada de Charlotte.

Caroline asintió con la cabeza, pero, extrañamente, no parecía muy preocupada por los últimos acontecimientos. De hecho, cuanto más relataba Ryan los sucesos de la noche, más tranquila se sentía.

Finalmente, miró a Ben y le dijo: —Tienes que creerme, Ben. No he robado ningún diamante, ni ahora ni nunca. Pero no puedo explicarte más.

—Por supuesto que te creo, mi amor, pero las pruebas son...

—Engañosas —intervino Caroline—. Mira, Ben, necesito un lugar donde quedarme. ¿Puedo quedarme aquí?

Ryan lo pensó un momento. Luego le sobrevino una idea.

—No es una buena idea, Caroline. Crearía demasiadas preguntas que nunca podría responder. Tengo un sitio. Tendrás que venir conmigo.

Caroline le miró un momento. Él le devolvió la mirada. ¿Podría confiar en él? Se decidió inmediatamente. Le acercó la mano a la cara y le tocó la barbilla.

—Lo siento, Ben. Siento haberte metido en esto.

—No te preocupes. Vamos a llevarte a un lugar seguro hasta que encontremos una solución.

Ryan ayudó a Caroline con su abrigo. Sin embargo, su mente estaba dividida. Si ayudaba a escapar a un delincuente, su carrera estaría acabada. Eso estaba claro. No podría vivir con el secreto. Pero realmente creía que ella era inocente. Creía que había una explicación. Por improbable que esta explicación resultara ser, su fe en ella no vacilaría.

Se dirigían hacia la puerta cuando Caroline lo detuvo. Le miró a los ojos, le rodeó el cuello con los brazos y pasó el minuto siguiente asegurándose de que Ryan estaría siempre de su lado.

Bajaron rápidamente las escaleras, salieron por la puerta y se adentraron en la húmeda noche. Había empezado a llover a cántaros.

Se formaron charcos en la acera, lo que les obligó a correr zigzagueando hacia una parada de taxis cercana al apartamento de Ryan. Había un único taxi esperando. Subieron y se marcharon.

Al otro lado de la carretera, en una calle lateral, había un coche en la sombra. Dentro, un hombre encendía un cigarrillo y se lo llevaba a la boca. Sonrió al pensar en el dinero que iba a recibir por su hora de trabajo. Fácil. Muy fácil. Puso en marcha su coche y partió en la misma dirección que el taxi. Sin embargo, justo delante de él, otro coche también se había bajado del bordillo, evidentemente siguiendo al taxi. Al perseguirlo, el primer coche atravesó un charco salpicando a un viejo vagabundo que se apoyaba borracho en una farola.

—¡Maldita sea! —gritó el vagabundo, mirándose la ropa mojada.

Instantes después, el segundo coche pasó rugiendo junto al vagabundo, atravesando el mismo charco y dándole al pobre hombre un remojón aún más impresionante que el del primer coche.

El vagabundo se quedó mirando el coche que salía volando persiguiendo al primero. Volvió a mirarse la ropa empapada.

—Me están tomando el pelo —dijo apenado, antes de volver a mirar al segundo coche que se alejaba en la distancia.

—¡Maldita policía!

Capítulo 26

18 de febrero de 1920: Londres

Era más de la una de la madrugada cuando sonó el teléfono en el despacho de Johnny Mac. Rusk estaba solo en el despacho y contestó. La voz al otro lado de la línea fue reconocible al instante.

—No, soy Rusk, señor McDonald. ¿Puede esperar? Voy a buscarle.

Rusk salió corriendo a la planta. No muchos hombres estaban dispuestos a hacer esperar a Wag McDonald y, desde luego, Rusk no quería unirse a la minoría que lo había intentado y había vivido para lamentar esa locura. Una paciencia incansable y el líder de los Elephant Boys no eran, en ningún modo, sinónimos.

Encontró a Johnny Mac de pie en un pórtico que daba al suelo. Contemplaba la actividad de hormiga que se desarrollaba abajo. Se llevó un cigarrillo a los labios. Una marca diferente de la que estaban produciendo, observó Rusk. No le culpaba. A él tampoco le gustaba mucho esta marca. Rusk se apresuró hacia Johnny Mac y le dijo quién estaba al teléfono.

Un minuto más tarde, el hombre de Ulster impresionantemente rápido estaba de vuelta en su despacho, cogiendo el teléfono y diciendo: —Hola, Wag, soy Johnny —intentó no parecer sin aliento para que el jefe no lo creyera nervioso. La verdad es que tenía un poco de las dos cosas.

Durante los dos minutos siguientes, Wag McDonald le explicó exactamente lo que podía hacer por él. A lo largo de lo que para McDonald fue un monólogo emocionante y colorido, el hombre de Ulster no dijo nada, permaneció inmóvil, escuchando atentamente, asintiendo periódicamente y abriendo los ojos con sorpresa con frecuencia. Era evidente que McDonald tenía una historia que contar y Rusk, que lo miraba, estaba desesperado por saber cuál era. Finalmente, la llamada terminó y Johnny Mac levantó la vista, sonriendo de forma inquietante a Rusk.

—No te vas a creer lo que ha pasado.

Rusk estaba demasiado dispuesto a creer que no se iba a creer lo que había pasado.

—Resulta que este Fantasma—comenzó el hombre de Ulster—, ¿recuerdas al ladrón de hace unos años? Ha robado unos diamantes a un noble de la ciudad. Resulta que, de hecho, que el Fantasma es en realidad *la* Fantasma. Es la hija del tipo al que encarcelaron. Hasta aquí todo bien. El hombre de Wag en la policía le ha dicho que ella se

largó esta noche con los diamantes delante de las narices de los maderos que estaban esperando afuera. Te va a encantar la siguiente parte. Uno de los policías resulta ser su novio.

—¿Qué? —exclamó Rusk en plan encantado o sorprendido. No sabía cuál de las dos cosas.

—Es cierto. Y aún hay más. Resulta que el poli no es otro que el chico de los ojos azules, el sargento Ben Ryan.

Rusk pareció desconcertado por un momento. Medio sonrió, pero en realidad estaba ganando tiempo mientras buscaba en su memoria por qué aquello era importante. La sonrisa de Johnny Mac se desvaneció un poco al darse cuenta, no por primera vez, de lo imbécil que era Rusk. Un delgado rayo de luz penetró por fin en la sombría oscuridad de la mente de Rusk.

—Maldita sea, Ryan.

—Sí —dijo el hombre de Ulster con amargura, todavía irritado por la lentitud de su colega. —Adivina adónde la ha llevado —la mirada de Rusk fue más de lo que Johnny Mac podía soportar y decidió responder a su propia pregunta en lugar de esperar a Rusk—. Simplemente se la ha llevado a casa de nuestro chico Ryan.

Incluso Rusk podía ver las implicaciones de esto. Y formuló la pregunta que estaba en la mente de Johnny Mac e implícita en la orden que el hombre de Ulster acababa de recibir de Wag McDonald.

—¿Crees que lleva los diamantes encima?

Johnny Mac miró a Rusk significativamente. —Creo que a Wag le gustaría que lo averiguásemos.

*

—Lo siento, no es mucho, Caroline —dijo Sally, mirando a su alrededor en su pequeña sala de estar.

«Ciertamente no mentía», pensó Caroline, pero era demasiado agradecida, demasiado bien educada y, en definitiva, demasiado amable para decir nada inapropiado.

—No seas tonta. Solo lamento haberos molestado.

Sally la abrazó y le dijo: —Tonterías. ¿Estarás bien durmiendo en el sofá? No quiero despertar a los niños —hizo un gesto con la cabeza hacia el dormitorio.

—Por supuesto, lo entiendo. ¿Siguen durmiendo?

—Sí, ¿quieres verlos?

Caroline sonrió y asintió. Las dos mujeres se acercaron sigilosamente a la puerta del dormitorio y la abrieron. Las dos se quedaron en el umbral mirando a las dos figuritas acurrucadas en la cama de matrimonio. Un niño y una niña, uno dormía en silencio, el otro resollaba.

—Son preciosos. ¿Qué edad tienen? —preguntó Caroline.

—El pequeño Ben acaba de cumplir un año y Alice tiene casi cinco.

Se alejaron de la puerta y volvieron al salón. Sally fue a un armario y sacó ropa de cama para que Caroline la pusiera en el sofá. Miró a Caroline mientras estaba sentada. Ben tenía un tesoro y no se equivocaba. Era preciosa. Su pelo rubio burbujeaba y hervía sin control; sus gráciles movimientos eran casi felinos y su voz no era solo de otra clase, sino de otro planeta. Sí, Ben lo había hecho bien. Pero siempre había sido así.

A diferencia de Joe, Ben había sido académico y había rendido bien en la escuela, tanto que había ganado becas para ir a la universidad, solo que llegó la guerra. Para sorpresa de todos, eligió la policía después de la guerra. Ben siendo Ben, no había duda de su potencial. Sí, a Ben le había ido bien y Sally se alegraba por él. El joven Ben y Alice necesitaban unos primos. Caroline miró a Sally y vio que sonreía. Sally le explicó por qué.

—Sabíamos que Ben salía con alguien, pero no sabíamos con quién. Siempre se cuidaba un poco de decir mucho, como si temiera que, si lo hacía, se esfumara. Le gustas mucho, ¿sabes?

Caroline sonrió con tanto alivio como gratitud. Allí habitaba una calidez, una sensación de familia que había echado de menos durante tanto tiempo.

—Ha sido muy bueno con nosotros, Caroline. El pequeño Ben sufre de asma —Sally hizo una pausa para serenarse. Sus ojos estaban húmedos. Sintió que Caroline le cogía la mano—. Nos ha ayudado mucho, con dinero y cosas así. Joe trabaja de noche en una fábrica. Yo coso un poco. Es casi suficiente, pero cuando el pequeño Ben está mal... Bueno, los medicamentos cuestan dinero. Mucho dinero.

—Ben nunca me dijo nada. Si lo hubiera sabido, os habría ayudado. Lo haré, Sally, te lo prometo. Cuando todo esto se arregle.

Esto fue demasiado para Sally y cayó sobre el hombro de Caroline, sollozando. Mientras Caroline la consolaba, llamaron a la puerta. Sally levantó la vista y dijo: —Me pregunto quién será. Ben no dijo nada de venir, ¿verdad?

Caroline negó con la cabeza y susurró: —No, dijo que volvería mañana a la hora de comer. ¿No crees que sea tu marido?

—No puede ser. Es demasiado temprano. No suele volver hasta las cinco —parecía confusa y luego preocupada. Se levantó y se acercó a la ventana. Era difícil ver de quién se trataba, pero sin duda era un hombre. Volvieron a llamar a la puerta. No demasiado fuerte, ni demasiado insistente.

Sin saber qué hacer, Sally se acercó a la puerta y dijo tímidamente: —¿Sí? ¿Quién es?

Silencio.

Las dos mujeres se miraron. Los ojos de Sally delataban el pánico que sentía. Sin saber por qué, Caroline contuvo la respiración.

Volvieron a llamar suavemente a la puerta. Sally miró de Caroline a la puerta y viceversa, sin saber qué hacer.

Otro golpe. Menos insistente, seguido de una voz.

—Soy yo. Déjame entrar.

Sally miró a Caroline. No reconoció la voz. Pero algo en la cara de Caroline sugería que sí. Caroline se volvió hacia Sally y le preguntó: —¿Puedo?

—¿Estás segura?

—Creo que sí —respondió Caroline. Tomando el silencio como un «sí», se dirigió a la puerta y abrió el pestillo. Había un hombre de pie. Caroline se sobresaltó.

—¿Tú?

Capítulo 27

Era una mañana inusual en casa de los Aston. Por primera vez en mucho tiempo, Kit se levantó primero. Unos minutos después, también por primera vez, entró en la habitación de Harry Miller y abrió las cortinas. Miller levantó la vista de la cama, atónito. El carácter surrealista de la mañana se duplicó cuando se dio cuenta de que Kit había colocado una tetera sobre su mesilla de noche.

—Señor, ¿qué está haciendo? —preguntó Miller más avergonzado que sorprendido.

—No te quejes —le ordenó Kit—, o te despediré.

Miller sonrió y miró la tetera. Volviéndose hacia Kit, le dijo: —Se ha olvidado de traer la leche, señor.

—¿Entonces no lo tomas negro?

—No, señor. También me gusta en taza.

—¿También con taza?

—Lo siento, señor.

—Eres endiabladamente exigente, ¿verdad?

Kit volvió con la leche, una taza, un plato y azúcar. Señaló el azúcar y dijo: —Por si acaso. El médico me ha dicho que descanses los próximos días, así que me temo que tendrás que aguantar un nivel de servicio inferior al que estás acostumbrado.

—Muy bien, señor.

—Ahora me voy a casa de mi tía. Me pasaré más tarde para ver cómo estás. Te he dejado el periódico. Me temo que es una lectura sombría.

Miller miró los titulares. La cosa estaba negra para Jellicoe. Los titulares hablaban de otro robo de joyas. El hecho de que fuera el Fantasma había salido a la luz. Aún no había foto de Caroline Hadleigh, pero se había prometido una para ediciones posteriores del periódico.

—No se dice nada de que el inspector jefe haya sido apartado del caso —observó Miller, escaneando el ejemplar. Abrió el periódico y miró el editorial—. Aunque parece que lo exigen.

—Creo que tendrán lo que quieren esta mañana. La cabeza de Jellicoe en un plato proverbial. No veo al comisario Macready enfrentándose a la prensa con esto.

—¿No hay nada que podamos hacer, señor?

Kit arqueó una ceja y miró a Miller. —No hay nada que puedas hacer, Harry, excepto recuperarte.

Miller miró atentamente al lord y dijo: —Tiene algo en mente, señor, ¿verdad?

Kit no contestó, pero negó con la cabeza. Algo le rondaba por la cabeza, pero no podía darle forma y, desde luego, no podía respaldarlo con pruebas. Ahora mismo, deseaba desesperadamente dar a Jellicoe una oportunidad de salvar su reputación y revelar la verdad oculta de los robos. Pero la única solución era fantástica. Kit sonrió y miró a su criado.

—Ya veremos. Muy bien, me voy. Alfred viene a recogerme ahora para llevarme a Grosvenor Square.

*

La llamada a la puerta tenía un aire militar. Dos golpes fuertes seguidos de silencio y la expectativa de una respuesta directa.

—Será Betty —le dijo Agatha a Mary. Ambas estaban sentadas en el salón. Unos instantes después, oyeron los pasos señoriales de Fish, que repiqueteaban como el golpeteo de un viejo caballo por un pueblo de Suffolk.

Tal como había pronosticado Agatha, Betty apareció un minuto después, vestida de pies a cabeza de tweed marrón. Entró por la puerta y arrojó su gorra de tweed, con precisión bien practicada, sobre una copia de Helena de Troya de Canova.

—Ojalá no hicieras eso, Betty —dijo Agatha, no por primera vez. Mary sonrió. Esta escena se había repetido varias veces durante su breve estancia. Por un momento se preguntó cuántos años llevaba Betty perfeccionando su lanzamiento.

A pesar de que el momento había traído un poco de la tan necesaria ligereza, el aire estaba lejos de ser ligero y espumoso. Betty dejó su ejemplar del Telegraph junto al Times de Agatha.

—Es una lectura desagradable, ¿verdad? —dijo Betty con gesto adusto.

—En efecto —convino Agatha, igualmente abatida.

—Necesitamos que Kit se ponga a pensar —anunció Betty, con una firmeza que no admitía discusiones—. Se está ralentizando. El viejo Kit habría resuelto esto hace días y se habría ido a cenar a Sheldon's. Hubo un tiempo en que tú también lo habrías hecho, Agatha.

Mary enarcó las cejas e hizo una nota mental para que, una vez casados, se organizaran otros lugares para cenar. Sin embargo, la confianza depositada en Kit por las dos damas le hizo sonreír y le infundió algo de esperanza.

Al cabo de unos minutos, volvieron a llamar a la puerta. Se oyeron murmullos mientras Fish se dirigía a la puerta principal.

—Debe de ser Kit —sugirió Betty.

Momentos después, la puerta se abrió y Spunky Stevens entró en el salón. Mary estaba cerca de la puerta y dijo sorprendida: —Hola.

Spunky se acercó inmediatamente a Mary y la besó en ambas mejillas.

—Estoy seguro de que a Kit no le importará —dijo Spunky a modo de explicación.

Inmediatamente se acercó a Agatha e hizo lo mismo. —Tan irresistible como siempre, lady Frost.

Agatha volteó los ojos debido a los comentarios de Spunky y lo miró severamente antes de declararlo un joven descarado.

—Ese es el espíritu —dijo Spunky antes de volver su atención a Betty.

—Aldric, ¿qué haces aquí? —preguntó Betty con más austeridad de la que sentía.

—Tía Betty, ¿esa es la forma de hablar con tu sobrino favorito?

Mary se volvió hacia Agatha y exclamó: —¿Tía Betty?

Agatha puso cara de sorpresa y dijo: —¿No lo sabías?

*

La cafetería estaba cada vez más concurrida. El inspector jefe Jellicoe y el sargento Ryan miraban a algunos de los recién llegados. La mayoría eran policías que llegaban de servicio o que volvían a casa después de trabajar en el turno de noche. Jellicoe reconoció a algunos de ellos. Uno de ellos se cruzó con él, sonrió y le dijo en tono chirriante: —Hola, jefe, normalmente no le veo por aquí.

Jellicoe levantó la vista y le devolvió la sonrisa. —Hola, Johnson, no te pases con los pasteles, para variar.

—No lo haré, señor —rio Johnson, mientras pasaba.

Jellicoe sintió los ojos del café clavados en él. La mayoría sabría o pronto sabría de su humillación. Esto se agravaría cuando el comisario tomara la decisión de apartarlo oficialmente del caso.

Ryan miró a Jellicoe con tristeza. Los periódicos de la mañana habían sido despiadados. «Qué rápido cambian las cosas», pensó. Un héroe una semana, un idiota la siguiente. El enfado debió de notarse en sus ojos, porque Jellicoe le miró con simpatía.

—Al menos, los periódicos no te mencionan, Ben. Me alegro.

Y lo decía en serio.

Ryan asintió, pero no se sintió mejor. Habría sido el peor día de su vida si no hubiera pasado cuatrocientos días igual de malos en Francia. Sus dedos tamborileaban sobre la taza de té. Notó que Jellicoe miraba la taza y luego a él. Si hubiera sido un criminal, no habría podido revelar su culpabilidad más que con lo que estaba haciendo en aquel mismo momento. El ruido del café se arremolinaba a su alrededor, burlándose de él con risas y apuñalándole con culpabilidad.

Ya no importaba si los periódicos le habían mencionado o no. Su vida había dado un vuelco hacía un par de horas, cuando Joe había

llegado a su piso. La noticia era tan increíble como horrible. Si Joe no hubiera estado allí, sabía que se habría derrumbado por completo como nunca lo había hecho cuando estuvo en Francia.

Parecía que había pasado una vida entera desde entonces. ¿Realmente solo habían pasado dieciocho meses desde que trepó sobre los cadáveres en el barro? Entonces era supervivencia. Su supervivencia. Y para entonces, de todos modos, había llegado a un punto en el que ya no parecía importar.

Esto era diferente. No era solo que alguien más estaba involucrado. Era Caroline. Ella se había ido, y él sabía por qué. Y estaba el inspector jefe. El hombre que lo había sacado de las filas y le había dado una oportunidad. El hombre al que había traicionado.

Los seis meses trabajando con Jellicoe habían sido una educación profesional, pero también un renacimiento. Volvió de Francia como una bomba sin explotar. La ira lo habitaba como ratas en un almacén. Detestaba a Bulstrode y a Beloved, pero también reconocía lo cerca que había estado de parecerse a ellos. Jellicoe había hecho algo más que sacarlo de las filas, lo había rescatado.

Trabajando con ese hombre tranquilo, diligente e inteligente, redescubrió en sí mismo algo que creía haber perdido en Francia. Aprendió a preocuparse de nuevo por las víctimas de la violencia, del crimen y, sí, incluso por los autores del crimen. Encontrar humanidad en aquellos con los que tenía que tratar le devolvió la humanidad que creía haber muerto en los campos de exterminio de Flandes.

Sin embargo, ahora, como un traidor, se sentaba frente al hombre al que había traicionado. Su lealtad a su trabajo, y lo que es más importante, a ese hombre, había sido puesta a prueba y se había descubierto que carecía de ella. ¿Por qué? ¿Era amor? Tal vez una razón, pero ¿una excusa? El amor había triunfado sobre el deber y la lealtad. Su recompensa fue ser engañado por la persona que amaba. Su castigo era confiar en ella.

—¿Tienes algo en mente, Ben? —preguntó Jellicoe. Ryan miró a Jellicoe deseando poder esconderse de la mirada de águila de su maestro. Y aquí estaba. El momento de la verdad. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Confesar su duplicidad o esperar un milagro que rescatara a su chica? Su carrera había terminado pasara lo que pasara.

Tomó su decisión.

Capítulo 28

Fish puso una tetera fresca sobre la mesa mientras Agatha y Betty trataban de aclarar por qué Spunky aún no estaba casado o, de hecho, comprometido. Spunky se ocupó de ello con la facilidad bien aprendida de un hombre con muchas tías. Sabiamente, renunció a cualquier intento de tratar racionalmente con las damas sobre la conveniencia de sacrificar la exaltada felicidad que solo un soltero con medios puede conocer por la contrición diaria que exige al hombre su compañera en la dicha conyugal.

Aunque las tías, según su experiencia, eran por tradición y naturaleza, máquinas evolutivas diseñadas y dedicadas a fomentar las asociaciones conyugales entre jóvenes de una cierta edad, si los conocieran o no; él sentía que la tía Betty y su cómplice, la tía Agatha de Kit, eran particularmente asiduas. Esto hacía que su desvergonzado desprecio fuera aún más frustrante para ellas y entretenido para Mary.

Exasperada, Betty se volvió hacia Mary y le dijo: —Ya te habrás dado cuenta, querida, de que Aldric es un hombre difícil de ignorar, pero verás que el esfuerzo da sus frutos.

—Un poco dura, vieja —dijo Spunky.

La llegada de Kit poco antes de las ocho y media fue como la llegada de la caballería al rescate. Para las tías. Podían retirarse graciosamente, de su asedio sobre el tema de la soltería de Spunky y vivir para luchar otro día.

Una mirada a Kit cuando cruzaba las puertas confirmó a Mary que había dormido tan mal como ella. Había una oscuridad bajo sus ojos que delataba una noche agitada. La suya no había sido más tranquila.

—Hola Sp…, Aldric. ¿Qué haces aquí, amigo mío? —preguntó Kit, un poco más alegre de lo que realmente se sentía.

—Vi los titulares en los periódicos, compi. Le están dando una buena paliza al viejo Jellicoe. A todo trapo. Me parece terriblemente injusto. Un minuto está ayudando a salvar a la nación del asesinato de la realeza, y al siguiente es la causa de todo lo que está mal en el país hoy.

—Lo sé. Es horrible.

—Entonces, ¿estás diciendo que esa Caroline Hadleigh es el Fantasma? —preguntó Spunky.

—Eso parece —respondió Agatha.

Betty intervino y explicó a Spunky los acontecimientos de los últimos días. Cada revelación posterior, desde que las dos tías

descifraron el caso hasta el posterior trabajo encubierto de Mary, fue recibida con sonoras aclamaciones por Spunky. Cuando terminaron, dio una palmada de alegría en la mesa, miró a Mary y le dijo: —Querida, si alguna vez te cansas de Adonis y te apetece pasear por las estribaciones del Olimpo, estaré encantado de ser tu guía.

—Lo tendré en cuenta, señor —dijo Mary con una sonrisa.

—Es demasiado buena para ti, Aldric —comentó Betty—. Te sugiero que vuelvas a la parte menos profunda de la piscina, que es donde debes estar.

—Tía Betty, hoy estás siendo un poco injusta con tu preferido.

La expresión de las caras de Betty y Agatha sugería que su tía había hecho una valoración justa de lo que él podía ofrecer. Spunky decidió olvidarse del asunto. Decidió que probablemente tendrían razón. Volviéndose hacia Kit, le hizo la pregunta que todos tenían en mente: —Vamos, sabueso. ¿Has resuelto este caso o qué?

Todos los ojos se volvieron esperanzados hacia Kit. Él miró a cada uno y luego bajó la vista y sacudió la cabeza.

—Me faltan algunas cosas. No puedo decir cuáles son, porque no lo sé.

Mary puso su mano sobre la de Kit en señal de ánimo. Más que nadie, estaba desesperada porque su prometido encontrara la conexión que buscaba. Su noche había sido horrible. La abrumadora culpa empeoró al ver la reacción de los periódicos a los acontecimientos de la noche.

Spunky miró y dijo: —Bueno, no tengo ninguna simpatía con todas estas personas que han sido robadas. Estamos en 1920. Hemos descubierto cómo volar, cómo navegar bajo el agua y cómo matar a miles de personas en cuestión de segundos. En mi opinión, guardar a buen recaudo algunas baratijas tontas no debería estar fuera del alcance de cualquier persona sensata.

Kit sonrió de mala gana y dijo: —Cierto.

—Sé que si tuviera la cantidad de dinero con la que se pueden comprar diamantes, tendría la seguridad que los protege. Esta gente casi se lo merece.

—Un poco duro, viejo amigo. ¿Detecto el sonido de la envidia? —sonrió Kit.

—Sí, señor —admitió Spunky.

—Tu padre te cuida muy bien, jovencito —dijo Betty.

—Tu hermano gasta más en bebidas que un cura después de Cuaresma, tía Betty, y lo sabes —respondió Spunky poniéndose en pie —. —Paso más tiempo pensando en cómo llegar a fin de mes que en la seguridad de nuestro país. Yo diría que eso no es bueno ni para mí ni, modestamente, para la nación.

Kit levantó la vista y se rio. —¿Tienes algún nuevo plan

garantizado para asegurar tu posición financiera?

—Se me han acabado las ideas, compi —respondió Spunky, antes de añadir—. Quizá debería abrir una agencia de colocación de criados. Por lo que has dicho, es una mina de oro en Londres. Te nombraré directora, tía, si inviertes.

—Preferiría apostar por un burro en la gran cerrera de caballos en el Derby.

—Gracias por el voto de confianza —respondió Spunky alegremente, antes de rodear a las damas y besarlas una a una—. Con esa nota positiva, me dirigiré ahora al trabajo que me paga, que me permite servir a mi país y garantizar su seguridad en lugar de sentarme como los ricos ociosos.

Cuando Spunky se marchó, Betty sacudió la cabeza y se limitó a decir: —Ese chico.

Kit se levantó de la mesa y se dirigió al asiento de la ventana. Mary se le unió unos instantes después. Ninguno de los dos dijo nada. Miraron por la ventana y vieron a Spunky subirse a un taxi y marcharse.

Kit sintió que Mary volvía a cogerle la mano y se alegró. Sus dedos se entrelazaron y se miraron. Mary le sonrió alentadora. Kit no dijo nada. Se limitó a mirar a Mary simplemente porque podía y porque quería. «El resto de mi vida», pensó. Una cálida sensación los envolvió a los dos, protegiéndolos del mundo y de la lluvia que siempre parecía caer.

Mary también sintió la necesidad de fundirse en ese momento compartido. La estancia era cálida y vibraba con una luz rosada. El silencio entre ellos era como una música suave que rozaba sus oídos. La tristeza que recordaba en los ojos de Kit cuando lo había conocido había vuelto y Mary sabía que se trataba de culpa. Apretó ligeramente el agarre y le miró tan profundamente a los ojos que sintió que podía caer en ellos. Entonces lo vio. ¿Era un cambio en la oscuridad de la pupila, un cambio en su enfoque? ¿O era un estrechamiento casi imperceptible del ojo? Ella sabía que algo había cambiado.

Le miró a la cara y también vio algo. Su cabeza se movió ligeramente. Ambas cejas se habían levantado por la anchura de un cabello. El rabillo del ojo se arrugó ligeramente. Lo sabía. Le hizo un gesto con la cabeza y se levantó. Volviéndose hacia Agatha, le dijo: —Tía, ¿nos prestas a Alfred? También necesito un teléfono.

*

La lluvia caía suavemente sobre los fedoras de los dos policías mientras subían los escalones de Scotland Yard. Ninguno de los dos

habló mucho durante el corto trayecto desde la cafetería hasta el cuartel general, ensimismados en sus pensamientos. El cielo era de un gris triste y, alrededor de los dos hombres, otros policías y ciudadanos corrían en busca de refugio.

Al llegar al vestíbulo, un policía tras el mostrador se percató de su llegada y les llamó. —Inspector jefe.

—No ha tardado mucho, pensó Jellicoe, acercándose al agente.

—Hay un mensaje para usted, señor —el alguacil miró a Jellicoe, su cara no era difícil de leer. Lo sabía. Todos lo sabían. Su fracaso estaba en blanco y negro en todos los periódicos de gran tirada—. Lo siento, señor. Es un mal asunto.

Jellicoe dio las gracias con la cabeza, pero no abrió el mensaje.

—Antes de irse —añadió el policía—, ¿puede darle esto a Ryan? — le entregó a Jellicoe un sobre marrón. El nombre «Ryan» estaba garabateado en el exterior. Jellicoe cogió el sobre y se acercó a Ryan.

—Para ti —dijo Jellicoe.

Ryan miró el sobre y sintió un escalofrío involuntario. Miró a Jellicoe. No se dijeron nada. Los dos hombres se dieron la vuelta y subieron con pasos pesados los tramos de escaleras que conducían a su despacho.

Bulstrode y Beloved no estaban en el despacho, lo cual, al menos, era un alivio. Sin embargo, Jellicoe no dudaba de que harían una aparición triunfal más tarde, una vez que le hubieran confirmado que estaba fuera del caso.

Jellicoe se quitó el abrigo y lo colgó. Se sentó con un golpe cansado en la silla y se quedó mirando el mensaje sin abrir. Ryan no se había molestado en quitarse el abrigo. Abrió el sobre y se quedó mirando la nota que había dentro. El inspector jefe estaba demasiado preocupado para ver cómo su sargento se ponía casi blanco del susto antes de ponerse rojo fuego. Se metió el papel en el bolsillo y se sentó.

Al cabo de unos instantes, Jellicoe abrió el mensaje. Era breve. Miró a Ryan y le dijo: —El comisario quiere que vaya a verle cuando me venga bien.

El humor de Ryan ya estaba en la infeliz situación que existe entre el cabreo y el enfado, así que su aspecto no cambió mucho al oír esta noticia. El silencio fue roto por el timbre del teléfono sobre el escritorio de Jellicoe.

—Es evidente que está impaciente —comentó Jellicoe con amargura.

Pero, por una vez, los instintos de Jellicoe estaban totalmente desacertados. Cuando oyó la voz, se incorporó de golpe. El color volvió a su rostro y sus ojos se abrieron de par en par. Ryan se percató de la transformación y lo miró interrogante. A oídos de Ryan, la conversación no daba mucho de sí, ya que Jellicoe se dedicaba

exclusivamente a asentir con la cabeza y a decir «sí».

Por fin colgó el teléfono y dijo: —Era lord Aston. Puede que tenga algo. Quiere reunirse con nosotros ahora. Creo que el comisario tendrá que esperar.

—¿Dónde?

Pero Jellicoe ya estaba de pie cogiendo su abrigo. Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Sin embargo, en ese momento se abrió.

—¿Van ustedes a alguna parte? —preguntó Bulstrode con una sonrisa vengativa.

—Sí, íbamos a ir a buscarte —respondió Jellicoe con calma. Bulstrode asintió, pero no dijo nada. Jellicoe se quedó en la puerta, con la cara a escasos centímetros de Bulstrode. Ryan se puso tenso por si los dos hombres llegaban a las manos. Finalmente, Jellicoe dijo: —¿Vamos?

Bulstrode se apartó para dejar pasar a los dos hombres. Caminaban por el pasillo cuando Ryan preguntó: —¿Y dónde está el sargento Beloved?

—Haciendo lo que deberías hacer tú, hijo. Atrapando delincuentes.

*

La estancia estaba a oscuras, un rayo de luz iluminó el rostro del niño. Los ojos cerrados empezaron a moverse bajo los párpados. La luz en su cara no era muy brillante, difusa como estaba por la nube gris, pero todo alrededor estaba oscuro, silencioso como un cementerio, excepto por el arrullo de las palomas en la esquina y el ocasional sonido de desplazamiento.

Un hombre salió de la sombra y miró al niño. El pequeño yacía dormido en la cama. Era el sonido del resuello. Lo había oído antes. Muchos niños lo tenían cuando él había crecido. Muchos no vivían demasiado. Por un momento, sintió una punzada de lástima y, de repente, como la tarta en un cumpleaños infantil, desapareció.

Sacudió la cabeza y miró al otro hombre. Ambos se dieron la vuelta cuando el niño empezó a toser. Ahora era cuando se ponía incómodo.

—Esto no me gusta.

Eso era evidente. Se movió incómodo de un pie a otro. Una gota de sudor en la frente en una estancia tan fría como un depósito de cadáveres. El otro hombre le devolvió la mirada con desdén.

—¿Te estás ablandando?

—No me importa el muchacho, Johnny. Es el resto. Wag se volverá loco. Lo verás. Solo quería que nos lleváramos a la niña.

—No importa Wag —dijo Johnny Mac—, el buen Señor nos ha regalado algo mejor.

De la nada, algo pareció atacar a Rusk. Duró unos instantes. Miró hacia arriba. En una viga había una paloma. Enfadado ahora, además de asustado, Rusk soltó una andanada de improperios tan

sorprendentemente elocuentes como inexplicables para la paloma. La tos se hizo más fuerte y entonces el niño se despertó.

El niño miró a los dos hombres desconocidos y el entorno desconocido. Cuando se dio cuenta de que no era su casa, empezó a llorar.

En voz alta.

Rusk sintió ganas de hacer lo mismo.

Capítulo 29

Ryan conducía el coche con Bulstrode y Jellicoe sentados atrás. Ninguno de los dos hablaba mucho. Bulstrode estaba extrañamente incómodo. Sin su compañero, parecía disminuido, de alguna manera. De vez en cuando, se daba la vuelta y miraba por la ventanilla trasera. El rostro de Jellicoe, mientras tanto, era impasible. Parecía feliz mirando por la ventanilla. Siguiendo el ejemplo de Jellicoe, Ryan tampoco dijo nada. Su mente daba vueltas a los acontecimientos de las últimas horas.

Tal vez el silencio estaba resultando demasiado pesado, pero finalmente Bulstrode se volvió hacia Jellicoe y le dijo: —Esto es una tontería, y lo sabes. Solo estás retrasando lo inevitable, Jellicoe.

Jellicoe se volvió bruscamente hacia Bulstrode. —Inspector jefe, para usted. Te agradecería que lo recordases, inspector.

Ryan tosió en el asiento del conductor para dejar claro que había oído el intercambio.

—Concéntrate en conducir, hijo —exclamó Bulstrode con enfado.

—Sí, señor —respondió Ryan. Una pequeña victoria. No parecía que fuera a haber muchas más.

Unos minutos más tarde habían llegado a su destino. A través de las puertas pudieron ver el Rolls Royce de Kit. Estaba de pie junto al coche, esperando. Bulstrode fue el último en verlo.

—¿Es aquí, inspector jefe? ¿Va a confiar en un lujoso señor para que le pague la fianza? Ya lo he visto todo —su risa no fue tanto una risa como una carcajada, que empezó como una tos seca y, por cierto, terminó como tal. Jellicoe no pudo evitar mirar con indisimulada repugnancia a su compañero. Bulstrode lo notó y solo sirvió para que su risa sonara más fuerte, más áspera y, en general, asquerosa.

Los tres policías se apearon del coche y fueron recibidos por Kit con una sombría sonrisa, al darse cuenta de quién había venido. Junto a Kit estaba Mary. Jellicoe la saludó con la cabeza y ella le devolvió la sonrisa. La sonrisa hizo que sus esperanzas aumentaran brevemente, pero se desvanecieron con rapidez. La situación era un desastre. Por muy alta que fuera su estima por lord Aston, los problemas en este caso eran, a todas luces, insalvables.

—Caballeros, por aquí —dijo Kit—. Tengo algunas preguntas

adicionales que hacer aquí. Espero que no les importe.

—Por supuesto que no, lord Aston —respondió Jellicoe. Miró a Kit. Había muchas preguntas en sus ojos, pero se dio cuenta de que Kit no diría nada hasta que estuvieran dentro.

Unos minutos después, los tres policías estaban sentados frente a Raven Hadleigh en su celda. A petición de Kit, Brickhill y Hastings se quedaron para la reunión.

Bulstrode miró alrededor de la celda con algo parecido a la repulsión. No era partidario de que la cárcel sirviera para rehabilitarse. No, en su humilde opinión, servía para tres cosas y solo para tres cosas: castigo, incapacitación y disuasión. La deportación era aún mejor, pero lamentablemente había terminado cincuenta años antes. La horca era, por supuesto, lo mejor. Eliminar el problema por completo. Ese era la solución. La visión que le había recibido al llegar a la celda de Hadleigh era tan chocante como irritante. ¿Qué derecho tenía un ladrón como Hadleigh a disfrutar de un estilo de vida tan privilegiado?

Bulstrode no era el único hombre con cara de disgusto. El mayor Hastings se negó a sentarse y permaneció en posición firme, como el mariscal de campo que había sido durante los últimos treinta años. Kit lo miró fríamente y sonrió. Había ira en los ojos de Hastings, o tal vez miedo. A estas alturas, Kit no estaba seguro. En los próximos minutos lo sabría.

Brickhill no parecía más cómodo. Estaba de pie junto a Bulstrode. «Dos gotas de agua», pensó Kit con amargura al ver a los dos hombres. Incluso Ryan daba la impresión de estar incómodo, incapaz de fijar la mirada en nadie. Su mente parecía estar en otra parte. Kit lo atribuyó a las revelaciones sobre Caroline Hadleigh. Era comprensible y lo comprendía. El amor podía ser así.

Kit miró a Mary. Tenía una media sonrisa. Si estaba nerviosa, no lo demostraba. En lugar de interrogar a Kit sobre lo que pensaba, se había contentado con decir poco durante el recorrido a la prisión. Estaba claro que Kit seguía pensando cómo enfocaría la reunión.

Con todos presentes, Kit sintió que era hora de empezar. Cuando estaba a punto de hablar, llamaron a la puerta.

—¿Quién diablos es ese? —exclamó Hastings, delatando la irritación que se había ido acumulando en él desde la inesperada llegada de Kit.

Dos personas entraron en la celda.

—Hola, papá —dijo Caroline Hadleigh con una sonrisa. Instantes después, se dio cuenta de que Ben Ryan también estaba allí. —¡Ben! —gritó y corrió hacia él. Lo abrazó.

Mary miró a Jellicoe. Sus facciones no cambiaron cuando Caroline abrazó a su sargento detective. Esto le sorprendió. Se volvió hacia Kit.

Pero Kit estaba mirando al hombre que había acompañado a Caroline. Su rostro era casi ilegible. Podía haber sorpresa en su rostro o, tal vez, comprensión. Ella esperaba que fuera lo segundo.

—Hola, Aston —dijo el recién llegado, sacando un cigarrillo de una caja plateada.

Mary se volvió de nuevo hacia Kit y le vio sonreír.

—Hola, Geddes —dijo Kit.

Gerald Geddes se acercó a Kit y los dos hombres se estrecharon la mano. Aunque el apretón de manos no era necesariamente un indicio de cordialidad en la relación de los dos hombres, sin duda sugería que había respeto.

—Os presento a Gerald Geddes. Geddes trabaja para el...

—Ministerio de Asuntos Exteriores —intervino Geddes, confirmando así en la mente de todos que era un espía. Iba vestido, como siempre, con un traje oscuro a rayas. El cigarrillo le colgaba perezosamente del labio inferior. Miró a Kit como si fuera un comediante. Kit pudo verlo en su rostro y sonrió para sus adentros. Quizá fuera eso lo que era últimamente.

Mientras tanto, Caroline miraba sorprendida a Mary. Mary sintió una punzada de arrepentimiento. Más que eso, sintió como una herida. La duplicidad que se había visto obligada a practicar había tenido un precio. Su paz mental se había hecho añicos al pensar que, de alguna manera, había incriminado a Caroline en los crímenes. La mirada de Caroline no le ofrecía consuelo. Si odiaba a Mary, no era más de lo que se merecía.

—Como iba diciendo —dijo Kit—, quizá sea hora de empezar de nuevo. Creo que la llegada de Geddes ha añadido a este rompecabezas unas cuantas piezas que faltaban —dirigiéndose a Geddes, le dijo: —Corrígeme si yerro.

—Por supuesto —dijo Geddes.

—¿Por dónde empezar? Esa es la cuestión.

—Podríamos empezar donde Mary y yo nos unimos a esta historia, en casa de lord Wolf, cuando el robo de los diamantes fue descubierto inadvertidamente por una broma pesada de lord Wolf. Pero esto es demasiado cerca del final. Tal vez debería empezar con los dos primeros robos a finales del año pasado. Lo único es que sé poco de ellos, salvo que en cada caso se había contratado a una joven para trabajar en las casas en cuestión como criada. En cada caso, la criada había sido colocada por una agencia llamada Holland Placements. Hay algunas agencias especializadas en la colocación de personal doméstico; esto era demasiada coincidencia. Sin embargo, cuando la policía investigó esta agencia, resultó ser tan ficticia como la joven que trabajaba para las dos casas. No fue hasta que Mary —dijo Kit volviéndose hacia su prometida—, descubrió el hecho de que Caroline

Hadleigh trabajaba disfrazada en la casa Rosling que se aclaró este particular misterio.

Mary miró de nuevo a Caroline. La aversión en el rostro de Caroline era evidente. Mary luchó con todas sus fuerzas para controlar las lágrimas que se formaban en sus ojos. Estaba enfadada consigo misma. Tenía claro que Caroline no era una criminal, pero sus acciones eran muy sospechosas. Esperaba que Kit tuviera una respuesta a las muchas preguntas que le rondaban por la cabeza.

—En ese momento, el dedo señalaba claramente a Caroline. Como hija de un ladrón famoso —dijo Kit, volviéndose hacia Raven Hadleigh, que se limitó a hacer una leve reverencia—, habría tenido muchas oportunidades de aprender los trucos del oficio del maestro. Y luego estaba la tarjeta de visita que dejaba en la escena de cada crimen. Es totalmente concebible que Caroline pudiera haber guardado un alijo secreto de estas. Y, por último, no hay ninguna razón por la que una mujer como Caroline no pudiera, con todo lo que ha aprendido, cometer esos crímenes.

Mary se sintió extrañamente desgarrada por este comentario. Estaba totalmente de acuerdo en que no había razón por la que una mujer no pudiera ser una experta ladrona. Solo esperaba que esta no lo fuera.

—Sí, no hay ninguna razón en absoluto. Excepto que Caroline Hadleigh no es la ladrona —dijo Kit.

Todos miraron a Caroline. Sus emociones empezaban a dominarla. Ryan bajó la mirada y la abrazó con fuerza.

—No —continuó Kit—, el Fantasma en este caso es, ha sido y será siempre Raven Hadleigh.

Capítulo 30

Alfred estaba sentado fuera de la prisión en el Rolls de Kit. Habían pasado veinte minutos y estaba aburrido; peor aún, tenía hambre. Se lamentó por la maldición que le había dado tal placer por la comida, tal anhelo por el malvado consuelo proporcionado por un poco de tocino y pan recién horneado. Podía sentir la saliva formándose en su boca mientras esta deliciosa imagen se formaba en su mente. Con la imagen mental llegó una sensación casi visceral del exquisito aroma del pan y el olor salado del tocino.

Esperaba que se dieran prisa en la prisión. Su curiosidad por lo que estaba ocurriendo coincidía con los crecientes dolores de hambre que se formaban en su estómago. Lamentablemente, lord Aston no había sido muy comunicativo con lo que pensaba durante el viaje. Alfred se había consolado echando todas las miradas que pudo a la hermosa Mary Cavendish. Incluso con el pelo más oscuro, seguía siendo guapísima, pero él la había preferido con la peluca rubia.

La llegada de la otra joven fue una agradable sorpresa. Era rubia y casi tan hermosa como la señorita Cavendish. Pensar en las dos jóvenes hizo que Alfred sintiera calor por dentro en un día, por lo demás, bastante frío. «Algunos hombres tienen toda la suerte del mundo», pensó. No le envidiaba a Kit su buena suerte. Para ser un noble, parecía un buen tipo. Y había hecho su parte en la guerra, para ser justos. Sin embargo, ¿qué se debe sentir al tener a una mujer tan hermosa en tus brazos? Tenerla mirándote a los ojos, amorosamente. Que hiciera lo que le ordenaras, de buena gana.

Mientras pensaba en escenarios tan improbables, notó que la puerta del edificio principal se abría. Un hombre salió corriendo.

Se dirigía directamente hacia Alfred y el coche.

*

El joven Ben Ryan era asmático. Había nacido con una enfermedad que le estrechaba las vías respiratorias y le producía, en ocasiones, cantidades prodigiosas de mucosidad. Con demasiada frecuencia le dificultaba la respiración, desencadenaba ataques de tos que recorrían su cuerpo como un huracán, seguidos de sibilancias y falta de aliento.

Esa mañana estaba tratando a Rusk y Johnny Mac con toda la gama de sus quejas, rematadas por un rugido de protesta que emanaba de algún lugar en la región de sus pies, tal era su volumen, tono y ferocidad. A la media hora de su despertar, casi era posible sentir lástima por los dos secuestradores mientras luchaban por calmar al

niño del infierno.

El último chorro de mucosidad verde y pegajosa de la nariz del pequeño Ben, que a estas alturas a Rusk le parecía más un grifo que un órgano del sistema olfativo, corría como un riachuelo por el puente de la boca del niño hasta sus labios.

—Maldita sea, ¿cómo puede un niño tener tantos mocos? —gritó Rusk. Esto provocó aún más lamentos del niño descontento. Rusk sintió la tentación de unirse a los lloriqueos del espantoso niño, tal era su miseria.

—¿No tienes un pañuelo para este maldito niño? —gruñó Johnny Mac.

—Lo tenía. Lo tiré. Nunca volverás a limpiarlo —miró abatido el pañuelo verde empapado que yacía en el suelo. Había sido un regalo de Navidad de su madre hacía unos años. Aún la echaba de menos.

—Pues usa la maldita manga.

—¿Por qué no usas tú la maldita manga? —gritó Rusk en respuesta. La situación se había salido de control. El humor de Rusk estaba, como mínimo, agotado por la falta de sueño, un sentimiento de injusticia por la desaparición del regalo de su madre y un creciente escepticismo sobre la sensatez de su decisión unilateral de ir por libre y secuestrar al engendro de Satán.

Rusk no era un pensador profundo. Aceptó que cuando Dios había repartido cerebros, él había estado en la cola equivocada. Esto no era un problema para Rusk. Tenía habilidades, si es que la violencia y la intimidación pueden considerarse así. Los desplegó en nombre de aquellos más dotados cerebralmente que él. El acuerdo convenía a ambas partes. Sin embargo, incluso él podía ver que ir en contra de Charles «Wag» McDonald estaba potencialmente plagado de riesgos.

En cuanto Wag se enterara de que la chica estaba «fuera de los límites», cancelaría todo. Wag no era un hombre que corriera riesgos innecesarios con la policía, aunque empleara más de uno. Ciertamente no era un hombre que autorizara el secuestro de niños.

Eso iba contra las normas.

Era un hombre extraño, pensó Rusk, pero, a fin de cuentas, no era de los que querías estar en su contra. Ahora mismo, él y Johnny Mac estaban tan en el lado equivocado de Wag, que prácticamente se encontraban en otro país, que es adonde tendrían que huir si las cosas seguían su curso. Pensar en esto hizo que Rusk se sintiera aún más miserable. Y entonces, el joven Ben Ryan aplicó el golpe de gracia mientras Rusk se limpiaba la nariz con la manga: estornudó desenfrenadamente.

*

Raven Hadleigh miró a Kit y sonrió lentamente. No parecía ni enfadado ni sorprendido por el anuncio de Kit.

—Interesante teoría, lord Aston —respondió Hadleigh, señalando a su alrededor—. Tal vez desconozca mi situación actual. Al fin y al cabo, a pesar de las evidentes comodidades del hogar, esta es una celda de prisión.

—Sí —respondió Kit también con una sonrisa—, ya me había dado cuenta.

—Entonces, ¿estás proponiendo seriamente que me escape de la prisión en una noche, me dirija a la casa de un hombre rico y me sirva algunos collares de diamantes que hayan dejado colgados descuidadamente antes de volver a entrar en este establecimiento y continuar con mi encarcelamiento?

—No creo que sea así —respondió Kit—. Está claro que has tenido ayuda.

—¿En serio? ¿De quién? ¿De Hastings?

—Bueno, sí. Hastings y Brickhill, de hecho. La verdad es que sales de aquí por la noche, no te escapas como tú dices, y uno de estos hombres te lleva al lugar indicado, donde Caroline, simplemente, te deja entrar por la puerta principal.

Kit miró a Hastings y Brickhill, que se habían puesto colorados. Hastings estaba a punto de estallar cuando Kit levantó la mano con calma.

—Lo que me preocupó desde el principio no fue el cómo, sino el por qué. ¿Por qué ibas a volver? ¿Qué sentido tenía todo esto? Y entonces recibí parte de la respuesta esta mañana de mi amigo y colega tuyo Spunky Stevens. ¿Me lo enviaste a ver?

Geddes sonrió y no dijo nada. Kit lo interpretó como un «sí».

—En cuanto me di cuenta de que era el...

—Ministerio de Asuntos Exteriores —intervino Geddes de nuevo con una sonrisa.

—Ministerio de Asuntos Exteriores —convino Kit—, entonces todo cobró sentido, aunque, como digo, algunas piezas más se completaron con tu llegada con la señorita Hadleigh. No voy a preguntarte por qué has elegido a esas personas para robarles, pero me interesa bastante. Para otro momento, tal vez. Pero sospecho que los diamantes, en cada caso, son una cubierta para un motivo ulterior. Estoy seguro de que no podrías decir nada más, Geddes.

—Correcto —respondió Geddes.

Hadleigh miró a Kit. La sonrisa todavía no había desaparecido de su rostro. Pero con la sonrisa, Kit pudo ver también tristeza en sus ojos. Había algo más que quería que Kit dijera. Kit asintió a Hadleigh y, por un momento, pareció que la celda estaba vacía excepto por los dos hombres.

—Nos conocemos, ¿verdad? —preguntó Kit.

Hadleigh asintió, pero ya no sonreía. De hecho, lejos de sonreír, su

rostro revelaba una profunda tristeza.

Kit se volvió hacia el resto de la estancia. Se levantó de la mesa y se acercó a la librería de Hadleigh. Levantó un volumen de la estantería. Era Buddenbrooks, de Thomas Mann, en alemán.

—La última vez que estuve aquí, tuve la sensación de que nos habíamos visto antes, pero no sabía dónde ni cuándo. Entonces recordé haber visto todos esos libros en alemán en tu librería. Estuviste allí, ¿no? Durante la guerra. Trabajabas para el Ministerio de Asuntos Exteriores —Kit hizo una pausa antes de decir—. Ahora me acuerdo. Estabas con mi contacto cuando me dieron los papeles falsos que me alistaron en el ejército alemán. Entonces tenías un aspecto diferente, claro, la barba, las gafas. Un disfraz bastante sencillo, pero que sin duda cambió tu aspecto.

Hadleigh no dijo nada, pero había tristeza en sus ojos. Había conocido a tantos jóvenes haciendo lo que Kit había hecho. Tantos jóvenes valientes. Podía llorar pensando en ellos. A veces, solo en la celda, lo hacía.

—Lo único que se me ocurre es que o bien ofreciste tus servicios al país o ellos vinieron a ti. Sospecho lo primero. A cambio de usar tus talentos excepcionales, Raven, te ofrecieron una especie de amnistía. Sospecho que tu encarcelamiento terminará pronto. Creo que eso es todo, excepto por el último, y supongo, el más importante punto de la agenda.

—Quieres los diamantes de vuelta —este fue Hadleigh. No era una pregunta.

—Sí, creo que ya han cumplido su propósito. El inspector jefe, el joven Ryan y el señor Bulstrode pueden recibir los merecidos elogios por haber resuelto parte del caso y la señorita Hadleigh puede volver a una vida normal sin ninguna mancha en su carácter.

La estancia pareció volverse, como una sola hacia Raven Hadleigh. La sonrisa volvió a su rostro y se acercó a una pequeña caja de puros que tenía sobre el escritorio. Abrió la caja y extrajo de ella tres pequeños collares de diamantes.

—Tomadlos. Sabéis que siempre tuve la intención de devolverlos —explicó Hadleigh.

—Por supuesto, maldita sea, Raven —dijo Geddes, lo que provocó una carcajada entre Kit, Jellicoe y Mary.

Hadleigh se acercó a Jellicoe y estaba a punto de entregarle los collares cuando Ryan se adelantó y los cogió. En medio del silencio, Ryan dio un paso atrás. Llevaba una pistola en la mano.

—Lo siento, pero tengo que cogerlos. Señor Geddes, ¿puede darme las llaves de su coche? Mayor Hastings, también quiero las llaves de esta celda. Ahora, por favor.

Momentos después, Ryan salió de la celda y cerró la puerta tras de

sí. El guardia de la puerta exterior le saludó al pasar.

—Creo que al comandante Hastings le gustaría que le trajeran té a la celda. ¿Puede ordenarlo, por favor?

—Sí, señor —dijo el guardia.

Capítulo 31

Sally Ryan estaba viviendo la peor de las pesadillas. Apenas podía respirar, no paraba de llorar y ahora temblaba de miedo. Su mundo se derrumbaba a su alrededor. Nada de lo que Joe Ryan podía decirle le servía de consuelo. Acurrucada en el sofá familiar, se deshacía en sollozos. Joe Ryan se quería morir. Su hijo pequeño. Desaparecido. Quería salir corriendo a la calle y patear todas las puertas desde aquí hasta el Elephant and Castle. La rabia, la frustración y el miedo se mezclaban y bañaban su cuerpo antes de estrellarse como olas contra un acantilado.

Lo único que podía hacer era intentar consolar a la inconsolable. Y esperar. Y rezar. Ahora dependía de Ben. Sabía que lo que le pedía a Ben acabaría con su carrera y pondría en peligro su libertad. Igualmente, sabía que Ben no lo pensaría dos veces. No culpaba a Ben por lo que había pasado. ¿Cómo podría hacerlo? Ben les había dado tanto durante el último año. Sin él…, bueno, no valía la pena pensar en ello. El pequeño Ben no habría llegado tan lejos sin los medicamentos que el dinero de Ben había comprado.

No estaba seguro de si Sally sentiría lo mismo. Esto había sido un shock para ella. La idea de que se habían llevado a Ben porque no podían llevarse a Caroline acabaría saliendo a la luz. Cómo la afectaría esto en el futuro sería un problema pasara lo que pasara. Lo único que podía hacer ahora era esperar a que Ben viniera.

Hacia media mañana llamaron a la puerta. Luego un golpe más fuerte.

—Joe, abre.

Ryan fue a la puerta y la abrió; no podía creer lo que vio.

*

Alfred reconoció al hombre que corría hacia el coche como el joven detective de la otra noche. Salió del coche, ya que estaba claro que corría hacia el Rolls. Cuando alcanzó a Alfred, el detective habló.

—Rápido, lord Aston quiere que entreguemos un mensaje. Te diré dónde. Rápido. No podemos esperar ni un segundo más.

Reconociendo la urgencia, llorando ante la idea de pasar aún más tiempo sin comer, Alfred subió de nuevo al coche y arrancó el motor. En pocos segundos, el coche pasó por el pórtico de entrada.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Alfred.

—Tenemos que entregar un paquete a alguien cerca de Elephant and Castle'.

El detective se sentó y se quedó mirando por la ventanilla, dejando a Alfred en un apetitoso estado de hambre y curiosidad.

*

—Me voy —anunció por fin Johnny Mac.

—¿Qué? —exclamó Rusk—. ¿Qué quieres decir con que te vas? ¿Quieres decir que debo quedarme con esta máquina de mocos? ¿Por qué no te quedas tú y yo me voy?

—División del trabajo. Deberías leer a Marx.

—¿Marx qué?

Johnny Mac sacudió la cabeza y se levantó. Esbozó esa terrible sonrisa y dijo: —Algunos nacen para dirigir, otros para seguir. Limpia su nariz ensangrentada. Estoy harto de ver esa mierda. Quiero ver si hay alguna señal del donjuán.

Con este consejo flotando en el aire como un mal olor, Johnny Mac salió de la estancia, dispersando a unas cuantas palomas que se alimentaban de lo que parecía una rata muerta.

Johnny Mac bajó varios tramos de escaleras. El ruido de las máquinas aumentaba a medida que se acercaba a la planta maquinaria de la fábrica. Atravesó una puerta que daba a un pasillo y a su despacho y descolgó el teléfono. Un momento después, pidió a la operadora que le pasara con un número. Por fin, alguien lo cogió.

—¿Alguna señal? —preguntó Mac. El hombre al otro lado de la línea le contestó. Entonces Johnny Mac dijo resignado: —Bien. Llamaré cada media hora.

Colgó el teléfono y soltó unas cuantas palabrotas. Estaba nervioso, de eso no cabía duda. No quería que Rusk lo viera. El hombre ya estaba bastante deprimido. Las próximas horas iban a pasar lentamente. Pero entonces, la vida sería mucho más fácil. Se escaparía de Londres por un tiempo. Tal vez a Europa. Mejor aún, América. Empezar de nuevo. Empezar de nuevo como un hombre rico.

Ese era el plan, de todos modos.

*

Kit miró a Jellicoe. La cara del inspector jefe era impasible: ni conmoción ni consternación. «Interesante», pensó Kit. También, para otra ocasión, quizá. Bulstrode había estallado de ira y había ido directo a la puerta seguido de Brickhill. Ambos golpeaban la puerta con todas sus fuerzas.

Kit miró a Hastings.

—¿Tienes un juego de llaves de repuesto?

—No —admitió Hastings. No había considerado la posibilidad de que nos encarcelara un miembro de la policía.

—Yo tampoco —replicó Kit. Luego se volvió hacia Raven Hadleigh —. Supongo que no podremos recurrir a tus talentos.

Hadleigh estaba claramente enfadado. Los acontecimientos habían

sido tan inoportunos como inesperados. Era evidente que Hadleigh conocía, e incluso aprobaba, el romance entre su hija y el joven policía. Una mirada al entumecido asombro del rostro de su hija bastó a Hadleigh. Quería agarrar a Ryan. Preferiblemente por el cuello.

Se acercó a su escritorio, abrió un cajón y sacó de él una pequeña bolsa. Extrajo lo que parecían finas limas metálicas. Se dirigió a la puerta.

—Apártense —ordenó el prisionero al policía y al guardia. Se arrodilló y empezó a forzar la cerradura. Tardó once segundos.

—Voy más despacio. Serán los años —murmuró Hadleigh—. Vámonos.

Kit miró a Mary. Ella levantó las cejas y esbozó una media sonrisa. Se acercó a Caroline para consolarla. Mientras tanto, Kit se dirigió rápidamente hacia la puerta junto a Geddes y Hastings. Todos se chocaron con el pobre guardia que llevaba una bandeja de té.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gritó Brickhill.

—El detective me dijo que trajera té.

—Caray —dijo Bulstrode, limpiándose la leche del traje.

El grupo subió al despacho de Hastings. Jellicoe se volvió hacia Bulstrode, claramente disgustado y mojado, y le dijo: —¿Estará tu hombre en el Yard ahora?

—Sí —respondió Bulstrode con amargura.

Jellicoe marcó un número, esperó un momento y pidió que le pusieran con un número de Scotland Yard.

Mientras esperaban, Kit miró a Jellicoe y le dijo: —¿Sabes por qué se llevó los diamantes?

Jellicoe le devolvió la mirada. Todos los que habían estado en la celda de abajo estaban ahora en el despacho. Todos los ojos estaban puestos en Jellicoe. Por fin, el inspector jefe dijo una palabra antes de que le hicieran conectar la llamada.

—Sí.

*

El estimable sargento Beloved llegó a Scotland Yard a media mañana. Había sido una noche larga. Una noche muy larga, de hecho. Unas horas de sueño y de vuelta a la oficina. Entró cansado. Un policía sonrió al sargento, sin afeitar y con los ojos sombríos, y le dijo: —Buenas tardes, sargento.

La respuesta de Beloved, breve y grosero, se perdió en el ruido de la recepción de la oficina. Quería volver a su cama. Pronto. A ciegas, se dirigió a la oficina, ignorando un alegre «hola» tras otro. Sus únicas palabras fueron dirigidas a una secretaria en un despacho exterior.

—Quiero un té.

Theresa Malloy, una dublinesa recién llegada a Londres, miró al policía medio muerto. Al igual que Beloved, ella también había vivido

una noche de madrugada. A diferencia de Beloved, había ingerido una cantidad de alcohol significativamente superior a la que el abstemio detective probablemente había ingerido a lo largo de sus dos veintenas de años. En consecuencia, estaba de mal humor. Una mecha ya corta era considerablemente más corta en esa mañana en particular.

De complexión robusta, habría entrado cómodamente en la división de boxeo semipesados. La resacosa, que medía 1,80 metros y era inusualmente más alta que Beloved, puso la cara a escasos centímetros de la suya y soltó una andanada de improperios.

Beloved retrocedió, tanto por los vapores del alcohol como por la violencia de sus palabras. Y para ser justos, eran bastante agresivas.

—Fuera de mi camino, gitana loca —gruñó Beloved, intentando apartarla del camino con el brazo izquierdo. Este movimiento falló. Theresa no estaba de humor para ser movida. Al final, Beloved tuvo que rodear a la furiosa valquiria irlandesa y entrar en el despacho que compartían Jellicoe y Ryan.

El teléfono sonaba cuando entró. Fue hacia él inmediatamente y lo descolgó.

—Hola, Beloved.

Escuchó durante unos minutos cómo el inspector jefe Jellicoe le resumía lo que había ocurrido y lo que tenía que hacer. Cuando terminó la llamada, colgó el teléfono y volvió a cogerlo al instante. Dio un número a la operadora. Esperó casi un minuto y luego contestaron.

—Soy Lestrade. Lestrade, he dicho, idiota. Quiero a Wag, imbécil. Ahora —gritó el iracundo detective al otro lado del teléfono.

*

Wag McDonald estaba sentado en un despacho con vistas a Waterloo Road. A través de la llovizna que caía por las ventanas, miraba los brillantes paraguas de los transeúntes que se arremolinaban en la calle. Se alegraba de estar dentro. Aquello era la madre y el padre de un chaparrón. Disfrutaba viendo a los peatones dar vueltas para evitar ser salpicados por los coches que pasaban. Este ligero estado de ánimo iba a terminar en unos instantes, cuando sonó su teléfono.

—¿Sí? —contestó McDonald.

Escuchó durante un minuto y luego contestó: —Mira, yo nunca les dije que se llevaran al pequeño. Solo les dije que se llevaran a la joven. Eran Johnny Mac y Rusk. Ni idea de dónde estarán escondidos. Puede que se lo hayan llevado a la fábrica. Probablemente cuenta con que no lo sepamos.

Cuando terminó la llamada, McDonald colgó el teléfono de golpe y gritó: —¡Wal, ¿estás ahí?!

Wal McDonald, su hermano, entró en el despacho. Las facciones de su

hermano parecían casi un borrón de rabia. En esos momentos era mejor dar a Wag la oportunidad de ordenar sus pensamientos. Era el cerebro de la familia. Esperó a que su hermano hablara.

—No te lo vas a creer —empezó McDonald—, parece que Johnny ha decidido ir por su cuenta. La policía detuvo a la chica en casa de Ryan antes de que Johnny pudiera cogerla. Así que ha ido y ha secuestrado al hijo de Ryan. Al parecer, el hermano tiene los diamantes y va a reunirse con Johnny para hacer un intercambio. No hay duda de que será la última vez que lo veamos.

—Maldita sea, Wag. ¿Qué vamos a hacer?

—'Tal vez siga el plan original. Primero a la tienda en Lambeth. Sí, eso tiene sentido. Llama a Beloved. Dile que se reúna con nosotros en la fábrica.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Wal.

Su hermano sonrió y dijo: —Vamos a reunirnos con la policía.

*

Tres coches de policía llegaron a la prisión unos diez minutos después de la llamada entre Jellicoe y Beloved. De uno de los coches de policía salió Beloved. Siguió una rápida conferencia.

—Hemos recibido un chivatazo. Es Johnny Mac. También tenemos una dirección —anunció Beloved.

Kit subió a uno de los coches con Jellicoe. Bulstrode se unió a Beloved en el segundo coche y el tercero se llevó a Caroline y Mary, para evidente disgusto de ambas damas, que querían unirse a los demás.

Mary y Caroline fueron de mala gana al coche de policía. La ira que Caroline sentía hacia Mary se había suspendido brevemente por la repentina marcha de Ryan. Ahora, solas en el coche de policía, volvía con toda su fuerza.

—No hables. No soporto oírte —le espetó Caroline al ver que Mary estaba a punto de decir algo.

—¿Ni siquiera un lo siento?

Caroline fulminó a Mary con la mirada. Podía ver la angustia en el rostro de Mary. No había duda del remordimiento. Mary se había hecho amiga de ella, la había engañado y luego la habría visto feliz en la cárcel. O no. Caroline aceptó que ella también había sido parte de un engaño. También fue cómplice de un robo, aunque tácitamente sancionado por el Estado. Ella había hecho lo que había hecho por su padre. Por ello, jamás se disculparía.

Las dos damas viajaron en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos. De vez en cuando, Caroline miraba a Mary. La lluvia que caía por la ventanilla reflejaba perfectamente las lágrimas que veía en la mejilla de Mary. Caroline sintió un vacío. Peor aún, una sensación de soledad. Era egoísta, lo sabía, pero su mundo se había

roto.

Otra vez.

Las acciones de Ben habían sido explicadas por Jellicoe en la oficina. Pensar en el niño le hizo escocer los ojos y luego las lágrimas se convirtieron en sollozos. Pobre niño. Ben había tratado de protegerlo y ahora había puesto en peligro la vida de ese pequeño. No se resistió cuando los brazos de Mary la envolvieron. Con la cara apoyada en el hombro de Mary, lo único que se le ocurrió decir fue: —Todo es culpa mía. Todo es culpa mía.

*

—No preguntes —fue lo único que Ryan pudo decirle a su hermano mientras ambos corrían hacia los Rolls—. Tengo los diamantes. Tenemos que ir a una tienda llamada Bennett's en Lambeth Road y recibir instrucciones allí.

Ryan se sentó delante en el Rolls y dirigió a Alfred mientras conducían por Walworth Road. Menos de unos minutos después, Joe Ryan divisó la tienda.

—Allí —dijo señalando una tienda más adelante.

—Detente aquí, Alfred, por favor —dijo Ben Ryan, saliendo del coche. Entró corriendo en la tienda y pidió ver al encargado. El joven dependiente tenía muy claro que Ryan era policía. El encargado acudió de inmediato.

—Me han dicho que pregunte por Donald Bennett.

—¿De parte de quién? —preguntó el dependiente.

—Mac. Es todo lo que sé. Me dijeron que tú sabrías qué hacer.

El tendero asintió. No quería que su día fuera así. Molestar a la policía nunca era una buena idea, pero molestar a los «Elephant Boys» era aún peor. Bennett se dirigió a la entrada de la tienda y bajó una persiana amarilla hasta la mitad del escaparate.

Bennett se volvió hacia Ryan. Era evidente que el policía estaba muy nervioso. Esto era aún más preocupante.

—Mire, no sé nada, ¿de acuerdo? Me dijeron que bajara la persiana si alguien venía preguntando por Mac. Tendrá que esperar —Ryan asintió y se quedaron mirándose—. No sé cuánto tardará.

—Estaré afuera en el coche —dijo Ryan y salió.

Con algo parecido al asombro, Bennett vio a Ryan subir al Rolls Royce de Kit.

—Maldita sea —o algo parecido dijo Bennett en voz alta—. ¿Ves en qué nos gastamos los impuestos, Hilda?

*

En el coche de policía que iba en cabeza, Kit echó un vistazo al inspector jefe, que estaba sumido en sus pensamientos, mirando por la ventanilla empañada, mientras salía por las puertas de la prisión. El conocimiento que Kit tenía de Londres al sur del río era, cuando

menos, confuso. Esperaba que el viaje fuera rápido, porque parecía que el tiempo apremiaba. Pero otro pensamiento rondaba su mente. Se preguntaba si Jellicoe tendría el mismo.

—Notable que hayamos recibido un chivatazo así, ¿no crees?

—Estaba pensando lo mismo —se ofreció Jellicoe. Notable, de hecho. Se volvió hacia Kit y estaba claro que pensaban lo mismo.

Finalmente, Kit hizo la otra pregunta que le rondaba por la cabeza.

—¿Quién es ese Johnny Mac?

Jellicoe parecía preocupado cuando Kit hizo la pregunta.

—Es un matón de Ulster. Está relacionado con los «Elephant Boys», una banda de la zona de Elephant and Castle de Londres. Se dedican a las apuestas ilegales en los hipódromos del sur del país y, sin duda, a otras cosas. Los dirige la familia McDonald.

—Ya veo. ¿Sus intereses se extienden al secuestro de niños? —preguntó Kit.

—Siempre hay una primera vez, supongo —dijo Jellicoe, aunque su tono sugería que pensaba de otro modo.

—Johnny Mac es solo un apodo, supongo —sugirió Kit.

—Sí. Su verdadero nombre es John...

*

Tres hombres se acercaron al Rolls Royce en Waterloo Road. Golpearon la ventanilla y se abrieron las puertas trasera y delantera. Dos hombres de aspecto rudo y uno vestido de traje subieron para unirse a los hermanos Ryan y Alfred. Ben Ryan buscó rápidamente la pistola en el bolsillo.

—No lo hagas —advirtió el hombre trajeado, acercándose al brazo de Ryan y apretándolo como si fuera una mordaza—. Me llamo Wag McDonald. Supongo que me conoces.

El joven policía apartó el brazo del bolsillo y asintió. —Sí. ¿Qué pasa aquí?

—Mira, esto no tiene nada que ver con nosotros. Wal y yo llevamos unos corredores de apuestas. Tú sabes, nosotros sabemos, los apostadores están a salvo, todos felices. No secuestramos niños, ¿entiendes?

—Vale, lo entiendo —dijo Ryan—, pero alguien lo ha hecho.

—Sí, claro. Creemos saber quién es y adónde se ha llevado al niño. Por cierto, ¿quién es? preguntó McDonald, señalando a Joe Ryan.

—Mi hermano, Joe. El padre del niño.

Joe Ryan tomó la palabra. —Tenemos que darnos prisa. Mi hijo necesita medicinas. Tiene asma.

McDonald asintió, reconociendo la urgencia. Le dio una dirección a Alfred y el coche se alejó por la carretera en dirección a Southwark.

—Bonito coche —dijo McDonald, echando un vistazo al interior del Rolls—. ¿Quién dice que el crimen no paga?

Ryan ignoró el comentario de McDonald y preguntó: —¿Quién tiene al niño?

McDonald miró a Ryan y respondió: —¿Has oído hablar de Johnny Mac?

—Me suena el nombre, pero no lo conozco —respondió Ryan—. ¿Cuál es su verdadero nombre?'

—McGuffin. John McGuffin —dijo McDonald, dándose cuenta de que Alfred le miraba por el espejo.

Capítulo 32

Johnny Mac se quedó mirando el teléfono. Seguía sin haber contacto. Esto no era bueno. De hecho, era un problema. Le hormigueaban los sentidos y el cosquilleo que le producían era de «joder, joder, joder». Racionalmente, no había razón para suponer que la chica tenía los diamantes, aunque seguro que lo parecía. Además, era posible que aún no estuviera en contacto con el donjuán. Todo esto era posible, pero no contribuía mucho a la tranquilidad del gran hombre de Ulster. Quería los diamantes, quería deshacerse del chiquillo y quería que todo eso ocurriera inmediatamente.

Nada de esto fue ayudado por el cada vez más inestable Rusk. Unas pocas horas pasadas con el niño, ciertamente difícil, parecían haber reducido al hombre duro a una sombra de lo que fue. Antes, era el matón capaz de intimidar a obreros, mujeres y ancianos. En su lugar había un cretino errático y vacilante que también podía romper brazos. «No es una combinación ideal para un canguro», reflexionó Johnny Mac.

En realidad, pasaba más tiempo ahí abajo para refugiarse del continuo lloriqueo del niño. Entonces se le ocurrió una idea.

La comida.

A los niños les gustaba la comida, le parecía recordar de su juventud. Su experiencia con los niños desde aquella infeliz época se había reducido deliberadamente al mínimo, tanto por elección personal como por deseo de los muchos padres que solían meter a sus hijos en casa cuando él estaba cerca.

Encontró leche y unas ricas galletas. Estaba destinado a ser un éxito. ¿Qué niño rechazaría leche y galletas? Para Rusk, sería nada menos que Papá Noel.

Subiendo las escaleras de tres en tres, gracias a una zancada de dos metros, llegó al piso superior tan rápido como se lo permitían un vaso de leche y un plato de galletas. Dentro de la estancia, los pájaros volaron en cuanto entró.

Gritó en la penumbra: —¿Rusk?

No hubo respuesta.

—Rusk, ¿dónde diablos estás? —gritó Johnny Mac caminando hacia delante. El sofá estaba vacío. No había rastro de Rusk ni del niño. A su derecha oyó un arrullo—. Malditos pájaros.

Luego oyó una risa y después la tos de un niño. Dejó el vaso y el plato en el suelo y caminó hacia el sonido. Venía del otro extremo de

la larga estancia. Los pilares de madera le impedían ver.

Y entonces vio algo. O a alguien, para ser precisos. El niño se había arrastrado o había caminado hacia la ventana abierta al otro lado de la estancia. No había ni rastro de Rusk. El niño estaba de pie en una silla de madera mirando por la ventana. No, corrección. El niño diabólico intentaba salir por la ventana. El corazón de Johnny Mac se detuvo un instante antes de gritar: —¡Para!

Con un año de edad, el vocabulario del joven Ben estaba aún lejos del de Shakespeare. Un hombre de Ulster gritándole que dejara de escalar tuvo inmediatamente tanto sentido como el arrullo de las palomas cercanas. Momentos después, tras haber conseguido abrir la ventana, el pequeño Ben se encontró en manos de Johnny que lo llevaba de vuelta al sofá.

El joven Ben Ryan no iba a aceptar este tipo de trato sin protestar. Se quejó de la única forma que podía hacerlo: una combinación de lágrimas, gritos y patadas efectivas. Por muy tentador que fuera tirar al pequeño monstruo por la ventana, Johnny Mac mantuvo su mente concentrada en el premio.

Sin embargo, el atractivo del premio en cuestión empezaba a desvanecerse con cada aullido del odioso niño. Además, y lo que era más preocupante, tenía la fuerte sensación de que conseguir los diamantes era cada vez más improbable.

Ahora se le presentaba un nuevo problema: ¿dónde estaba Rusk? Era una estupidez criminal dejar al niño solo, aunque tuviera que responder a la llamada de la naturaleza. Johnny Mac volvió a colocar al niño llorón en el asiento y le mostró la leche y las galletas. Esto provocó un aullido huracanado del niño.

Johnny Mac estaba oficialmente al límite de su ingenio, que en realidad no era el más largo de los viajes. También había llegado al límite de sus fuerzas, un viaje igualmente limitado, y le gritó al niño en un lenguaje más propio de los clubes de trabajadores de Belfast que de las guarderías.

Increíblemente, el niño dejó de llorar inmediatamente. Tanto el niño como el adulto quedaron sorprendidos por la intensidad de la incandescente impotencia de Johnny Mac. Aprovechando la ventana del silencio, Johnny Mac empujó el vaso de leche hacia la boca del niño con la esperanza de que bebiera. Inclinó el vaso hacia la boca de Ben y, por fin, el niño empezó a beber la leche con avidez.

—Ya está —dijo el hombre de Ulster—, ¿a qué venía todo ese llanto?

Silencio.

Él, Johnny Mac, había dominado el arte de ser padre. Alimenta al niño. Enséñale quién manda. Realmente era así de simple.

O eso pensaba.

Y entonces ocurrieron dos cosas que minaron su recién obtenida sensación de logro. Lejos de resolver el problema de la miseria del bebé Ben, la leche solo sirvió para acelerar un nuevo ataque de tos. De repente, el bebé parecía que le iba a estallar la cabeza, tal era la intensidad del enrojecimiento y, lo que era más preocupante, la aparente asfixia. El niño no podía respirar y el pánico se había apoderado tanto de Johnny Mac como del bebé.

—Por el amor de... —gritó Johnny Mac, levantando al niño en el aire y palmeándole la espalda. Al hacerlo, la tos pareció calmarse y levantó al niño para que viera mejor su trabajo. Esto coincidió con el momento elegido por Ben para expulsar el contenido de su estómago con la fuerza de una bala en la cara del pobre gigante.

Momentáneamente cegado, Johnny Mac se tambaleó hacia una pequeña escotilla que daba a un conducto que bajaba al suelo de la fábrica. Todavía con el niño en brazos, se limpió la cara con la manga. Al recuperar la vista, oyó un ruido en el pasillo. Contuvo la respiración. Ben también. Entonces la puerta de la estancia se abrió de golpe. Johnny Mac se enfrentó a una visión que ciertamente no era la de Rusk, ni más bienvenida.

*

La prisión estaba relativamente cerca de la fábrica. No más de un par de kilómetros. No había mucho tráfico y llegaron a tiempo. Mientras conducían por la carretera que llevaba a la fábrica, Kit observó a su alrededor los edificios desolados a ambos lados de la carretera.

—Bonita zona —comentó.

Algunos tipos duros miraron al coche de policía que pasaba a toda velocidad e hicieron gestos obscenos.

—Buena gente —respondió Jellicoe.

Kit sonrió y entonces lo vio más adelante.

—Creo que hemos llegado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jellicoe.

—Veo mi Rolls —señaló Kit.

No era la respuesta a la que Jellicoe estaba acostumbrado en los casos de crímenes, pero al menos significaba que estaban más cerca de su presa. Los coches de policía se detuvieron y los hombres salieron de los dos coches hacia las puertas de la fábrica, para confusión de los trabajadores que estaban sentados fuera aprovechando un descanso para fumar. Uno o dos miraron nerviosos a la policía antes de darse cuenta de que no les interesaban. Uno de los policías se acercó cojeando. En cuanto a los detectives, parecía un poco mejor vestido. Su voz, cuando se dirigió a ellos, no era ciertamente la típica de un poli.

—Hola, caballeros. ¿Alguno de ustedes sería tan amable de

llevarme con Johnny? —el hombre les tendió unos cuantos billetes de cinco libras. Los tres hombres se pusieron en pie al instante.

*

La llegada a la fábrica le había planteado a Alfred un dilema. No estaba seguro de estar disfrutando de la experiencia de perseguir a un famoso criminal. Incuestionablemente no estaba disfrutando haciendo de chófer de lo que parecía de una pandilla londinense en la persecución de dicho criminal.

Al mismo tiempo, estaba emocionado. Nervioso, sí, pero también emocionado. Tal vez podría utilizar esto en su arte. Cuando llegó el momento de la verdad a las puertas de la fábrica, tomando su vida y su futuro en sus manos, siguió a los pasajeros al interior de la fábrica. Se dividieron en grupos. Los hermanos Ryan se dirigieron a las oficinas situadas en un lateral de la fábrica. Los miembros de la banda optaron, en cambio, por dirigirse al piso superior. Y aquí estaba el dilema. ¿Ir con los hermanos o con los matones?

Los hermanos parecían capaces de protegerse solos, pero la decisión de Alfred fue casi instantánea. Siguió a los pandilleros a una distancia prudencial. Para cuando él llegara, con suerte ya tendrían todo bajo control. En la práctica, Alfred no era capaz de seguirles el ritmo.

Wag McDonald condujo a sus hombres a través de una puerta situada en la pared trasera de la fábrica. Cuando Alfred cruzó la misma puerta, se dio cuenta de que era una escalera que conducía a varios pisos. Miró hacia arriba, hacia la luz del cielo. Esto le dio que pensar. Las escaleras eran de madera y no parecían nada seguras. Parecía un camino terriblemente largo para alguien que no estuviera en plena forma, y Alfred habría sido el primero en admitir que él no lo estaba.

Los otros hombres ya habían subido dos pisos cuando Alfred, con bastantes quejas internas, empezó a seguirlos a un ritmo más pausado. Estaba a dos pisos de altura cuando oyó los gritos. Miró hacia abajo, lo que fue un error. En ese momento se dio cuenta de que sufría vértigo. Al levantar la vista, se dio cuenta de que aún quedaban un par de pisos. Una mirada hacia abajo le decidió. Pegado a la pared, inició el descenso.

Alfred llegó de nuevo a tierra firme casi con éxtasis. Empujó la puerta por la que había entrado y se dio cuenta de que tal vez había salido de la sartén para caer en las brasas.

*

—Su despacho está por aquí —dijo Joe Ryan corriendo por la fábrica.

Ben Ryan, agobiado por su pesado abrigo, se esforzaba por seguirle el paso. Más adelante vio a Joe atravesar una puerta. Instantes

después estaba con él, dentro de una oficina vacía. El miedo se apoderó de Joe Ryan. Entonces se le ocurrió algo.

—Arriba. No he subido, pero hay un gran espacio en la última planta del edificio que no se utiliza.

Ambos salieron corriendo del despacho. Encontraron a Jellicoe y Bulstrode, acompañados de varios agentes, en el pasillo exterior de la oficina.

—Creemos que está en el último piso —dijo Ryan a Jellicoe.

Jellicoe asintió y preguntó: —¿Por dónde?

Ben Ryan se volvió hacia su hermano.

—Hay dos escaleras —dijo Joe Ryan señalando una puerta al final del pasillo—, esta y otra en la pared del fondo de la fábrica.

Jellicoe se volvió hacia Bulstrode. —Acompaña a Joe a la otra escalera. Ben, ven conmigo.

Los dos hombres y un agente corrieron inmediatamente al final del pasillo. Joe, mientras tanto, condujo a Bulstrode y a otro agente a la planta baja.

Joe Ryan se precipitó entre los confusos trabajadores de la fábrica hacia la pared del fondo, cerca de la sección de empaquetado de la fábrica, donde una vez había estado con Abbott. El ruido de las máquinas era, como siempre, casi ensordecedor y tuvo que gritar para hacerse oír.

—Por aquí —dijo Ryan señalando una puerta al final de la fábrica. Mientras corrían hacia la puerta, esta se abrió de golpe. Apareció el corpulento chófer. Parecía sin aliento y su cara roja pareció volverse blanca en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces Ryan supo por qué. Echó a correr hacia delante. Beloved y Bulstrode le siguieron. A una distancia discreta.

*

Wag McDonald irrumpió por la puerta seguido de sus dos hombres, Dan «Puñetazo» Harris, un ex boxeador de peso medio cuya clasificación nunca había alcanzado las vertiginosas alturas de los diez primeros; y Chris «Cabrón Loco» Christie, un hombre que se había pasado la vida peleando contra cualquiera que se riera de su nombre, del que se sentía extrañamente orgulloso. ¿Cuántas veces en su vida las palabras «¿Chris Christie? ¿Qué clase de nombre tan estúpido es ese?» se habían traducido en un gancho de izquierda que solía empezar desde las rodillas?

Johnny Mac se quedó estupefacto ante la aparición de McDonald. Mientras tanto, McDonald estaba igualmente conmocionado por el aspecto de Johnny Mac. Tenía la cara empapada de lo que parecía un desagradable cóctel de cola blanca y algo verde de lo que McDonald no quería saber nada más. Entonces McDonald miró los brazos de Johnny Mac y vio al niño.

Quizá el esfuerzo realizado para forzar tan prodigiosamente el contenido de su estómago sobre el hombre de Ulster había agotado al pobre niño o era simple curiosidad. Pero por primera vez aquella mañana, aparentemente, había dejado de llorar y dividía su atención entre Johnny Mac y los recién llegados.

El tiempo estaba a punto de detenerse cuando el joven Ben hizo algo completamente inesperado. Se echó a reír. Wag McDonald, que había estado a punto de pedir que le entregaran al niño, miró al joven totalmente confundido.

Esto no fue nada comparado con la reacción de Johnny Mac. Miró con odio al niño, lo que solo provocó más aullidos de alegría. Tal vez fuera la apreciación de su hábil trabajo en la cara del gran hombre de Ulster o la excavación de su estómago, pero estaba claro que algo había hecho maravillas en el ánimo del joven Ben.

Johnny Mac retrocedió hacia la escotilla. Su rostro y sus ojos, al menos las partes que eran visibles bajo el goteante contenido que antes ocupaba el estómago del niño, mostraban signos de manía.

—Dame al niño, Johnny. No quieres hacer esto —dijo McDonald temeroso, cuando por fin encontró la voz.

Harris y Christie se colocaron a ambos lados de McDonald. Cada uno tensó sus músculos, listos para saltar si Johnny Mac hacía algo.

Y lo hizo.

Todo ese tiempo desde que llegaron los matones a la sala, Johnny Mac, por instinto, había estado maniobrando para acercarse a la escotilla que conducía a la lavandería. Ahora, de pie justo delante de ella, tomó una decisión.

—¡Cógelo! —gritó, y lanzó al niño por los aires, en dirección a McDonald. Los años pasados jugando de portero en las calles de Lambeth, hicieron que la reacción de McDonald fuera tan rápida como ágil. Saltó hacia delante y atrapó en el aire al joven, que estaba disfrutando enormemente de este nuevo juego, a medio metro del suelo y de una lesión grave.

Harris y Christie se abalanzaron sobre Johnny Mac, pero este desapareció hacia atrás y bajó por la escotilla.

Harris miró hacia dentro. Era negro y poco acogedor. Se volvió hacia los otros dos hombres y dijo con bastante precisión: —Ha desaparecido.

*

La conversación con los tres hombres que acompañaban a Kit fue cordial. A ninguno de los hombres le caía especialmente bien el hombre de Ulster y la perspectiva de cinco libras para cada uno convertía el vago malestar ante la presencia del hombretón en antipatía activa. Caminaron a buen paso por el suelo de la fábrica, pero parecían comprender intuitivamente que caminar demasiado

rápido no sería posible para el caballero con una pronunciada cojera y un rígido bastón de madera.

—¿Ve aquella puerta, señor? —dijo uno de los hombres a Kit.

—Sí.

—Hemos visto a Johnny subir varias veces esta mañana y también a Rusk.

—Rusk.

—La mano derecha de Johnny.

—¿Crees que los dos están allí ahora?

Otro hombre dijo: —Rusk no. Salió hace veinte minutos por las puertas de la fábrica. No le he visto volver.

Kit asintió y tendió tres billetes de cinco libras a los hombres, que los cogieron apresuradamente.

—Gracias, caballeros.

Mientras decía esto, se oyó un extraño sonido procedente de una escotilla cercana. Y luego un estruendo. Kit miró a los tres hombres que, casi como uno solo, se encogieron de hombros, claramente desconcertados por el sonido. Los tres hombres se acercaron a la escotilla. Había alguien dentro intentando escapar. Los golpes aumentaron de intensidad hasta que finalmente la puerta se salió de su quicio.

Salió uno de los hombres más altos y malvados que Kit había visto nunca. A su lado, Kit fue consciente de que sus tres compañeros emprendían una rápida retirada. Mientras tanto, el hombre, que aún no se había percatado de la presencia de Kit, se palmeaba e intentaba aliviar el dolor de hombros y espalda. La caída por la escotilla le había causado varias magulladuras y lo que parecía una costilla rota.

Kit sintió de inmediato que estaba mirando a Johnny Mac. No había rastro del niño. Finalmente, el gran matón levantó la vista y percibió que le miraba un caballero alto y bien vestido. El hombre sonrió y habló despreocupadamente.

—Supongo que me dirijo a Johnny Mac. ¿Puedo preguntarle qué ha hecho con el niño?

Johnny Mac observó cómo el hombre se quitaba tranquilamente los guantes y se los guardaba en los bolsillos, antes de mirarle directamente a los ojos.

El hombre, inusualmente, no parecía asustado. De hecho, había un atisbo de malicia en su mirada, si Johnny Mac la leía correctamente. No parecía tener mucho sentido intentar intimidarlo. De hecho, probablemente no habría mucho tiempo para hacerlo. Johnny Mac reconoció que tenía que salir rápidamente. Estos pensamientos pasaron por su mente en una fracción de segundo. Su reacción fue inmediata.

Años de boxeo en la escuela y luego en la universidad, así como

una dolorosa lección impartida por el gran boxeador de peso ligero Jem Driscoll, hicieron que Kit esquivara con facilidad el primer derechazo, dirigido por Johnny Mac a su sien. El puñetazo había desequilibrado al hombre de Ulster, lo que Kit aprovechó para asestarle con su bastón un fuerte golpe en la mejilla.

El Goliat lanzó un aullido de dolor. Una mañana ya de por sí mala acababa de empeorar. Su plan había fracasado; no habría diamantes de por vida para enriquecerlo; el niño del infierno le había vomitado encima; había sufrido una aparatosa caída por el conducto de la lavandería y, ahora, un pijo de aspecto engreído le estaba dando lo que él, sin duda, llamaría una paliza.

Johnny Mac estalló. Rugiendo de rabia, cargó contra Kit sólo para recibir un duro golpe de izquierda con el talón del puño de Kit. Sin embargo, su ímpetu lo llevó hacia delante y chocó contra Kit. Ambos cayeron al suelo.

El tamaño y el peso de Johnny Mac le favorecieron y consiguió hacer rodar a Kit sobre su espalda. Ahora tenía la sartén por el mango. Levantó el puño para asestarle un martillazo cuando, de repente, apareció un brazo alrededor del cuello del gigante que tiró de él hacia atrás.

El hombre responsable se parecía mucho al sargento Ryan, y no parecía muy contento con Johnny Mac.

—¡¿Dónde está mi hijo?! —le gritó Joe Ryan a Johnny Mac.

El hombre de Ulster se puso en pie de un salto, sonriendo como un loco, y se acercó a Ryan. Al fondo, Kit pudo ver a Bulstrode observando la escena con cierta preocupación, pero sin hacer nada.

No le hacía falta.

Ryan se abalanzó sobre Johnny Mac con una ferocidad y un odio que llevaba días acumulando y que alcanzó su punto álgido cuando resultó evidente que había secuestrado al chico. La pelea, si es que puede describirse así, fue afortunadamente corta, pero lo bastante larga como para que Johnny Mac sufriera una grave reorganización de sus facciones, una posible fractura de mandíbula y un dolor en la ingle que desalentaría las relaciones conyugales con sus compañeros de celda durante bastante tiempo.

Kit y los dos policías tuvieron que sacar a rastras a Ryan del coloso antes de que hubiera consecuencias más graves por el violento castigo que le estaban infligiendo. Ryan estaba hecho un mar de lágrimas, loco de rabia, llorando de preocupación.

—¡Joe! —gritó Ben—. Mira.

Caminando hacia el grupo y la figura afligida de Johnny Mac, estaba el líder de los «Elephant Boys» con un niño gorgoteando en sus brazos. Se lo entregó. Ryan abrazó a su hijo.

Kit se sintió aliviado. Miró a McDonald y asintió. Entonces llegó

Jellicoe. Miró a McDonald y dijo: —Bien hecho.

McDonald reconoció a Jellicoe, pero no dijo nada. Luego se puso el fedora y, dirigiéndose a sus hombres, dijo: —Hora de irnos —empezó a alejarse, pero se detuvo. Se dio la vuelta y volvió hacia Jellicoe.

—¿Supongo que no hay ninguna posibilidad de llevarnos en el coche?

Capítulo 33

Cuando el coche de policía se acercó a la casa de Caroline en Eaton Square, se vio que había una gran multitud de periodistas, fotógrafos y transeúntes apostados fuera. Mary vio inmediatamente que sería imposible que Caroline regresara allí.

—Sigue conduciendo —ordenó Mary, y a continuación dio una dirección en Grosvenor Square a la que debían dirigirse.

Unos minutos más tarde, Mary ayudó a Caroline a subir los escalones de la casa de tía Agatha. Llamó a la puerta, que no tardó en ser atendida por Fish. Pasaron al salón. Agatha y Betty estaban allí tomando el té.

—Dios mío —dijeron las damas al unísono.

—Os presento a Caroline Hadleigh —dijo Mary y la sentó en el sofá —. Fish, más té, por favor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Agatha, incapaz de contener su curiosidad antes de que sus buenos modales innatos se apoderaran de ella y recordara saludar a Caroline con más cordialidad.

Mary dedicó los minutos siguientes a explicar lo sucedido en la prisión.

—¿Y el niño?

—No lo sé, estamos esperando noticias.

Las dos señoras miraron a Caroline, todavía angustiada por la posibilidad de que el niño sufriera algún daño.

—No debes culparte, querida. Son hombres malvados. No has hecho nada malo.

Esta última afirmación era un poco falsa. Después de todo, Caroline había sido cómplice en varios robos. Sin embargo, parecía descortés señalarlo, aunque a Mary le quedó claro, por la expresión de la cara de Agatha, que la idea se le había pasado por la cabeza.

Llegó el té y con él la cura milagrosa que esta asombrosa bebida ha proporcionado a ingleses e inglesas durante incontables generaciones. Caroline recuperó por fin la compostura, pero con ella llegó la confusión. Miró a Mary, ahora insegura de si era su salvadora o su enemiga. Mary pudo ver el conflicto en sus ojos.

—Debería presentarte a estas damas más formalmente, Caroline. Ellas, después de todo, ayudaron a resolver este caso, aunque te causaran algunas molestias.

Caroline miró con recelo a las dos ancianas. Ambas parecían bastante inofensivas, aunque una de ellas parecía tener poca

tolerancia con los ignorantes.

—Te presento a lady Frost. Es la tía de mi prometido, lord Aston, a quien conociste antes. Y esta —dijo Mary, indicando a Betty—, es lady Elizabeth Simpson. Ambas damas han seguido la carrera de tu padre con, debo decir, algo cercano a la fascinación.

—Es un gran hombre —dijo Betty con entusiasmo, demostrando así que describirla como una admiradora habría sido más acertado—. Y ahora que sé que también hizo su parte por nosotros durante la guerra, debo decir que ha subido aún más en mi estima.

El proceso de descongelación hacia este grupo de damas estaba ahora bien encaminado para Caroline. Estaba claro que, a pesar de todo, se preocupaban por sus intereses. Tal conocimiento conlleva una obligación. Seguir estando enfadada ya no era ni sensato, ni racional, ni correcto. Pero no le salían las palabras para enmarcar esos pensamientos. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Una vez más sintió el brazo de Mary alrededor de sus hombros.

Menos de una hora después, llamaron a la puerta. Desde el interior del salón, oyeron la voz de Kit que entraba en la casa. Las cuatro mujeres se miraron. Todas compartían la misma sensación de temor y esperanza. Contuvieron la respiración. El único ruido que se oía en el salón era el del reloj de la chimenea. Incluso Agatha experimentó un nivel de aprensión que nunca antes había sentido. Por fin se abrieron las puertas del salón. Entró Kit seguido del sargento Ryan.

—Ben —exclamó Caroline levantándose del sofá y corriendo hacia el detective.

Mary miró a Kit con los ojos desorbitados. Kit le sonrió y asintió. De repente, el miedo se disolvió y la culpa desapareció de Mary como por arte de magia para ser sustituida por el alivio. Ella también se levantó del asiento.

—Hemos encontrado al niño. Todo va a salir bien —dijo Kit. Momentos después de decir esto, Kit, una vez más, tuvo que lidiar con un adulto corriendo hacia él a toda velocidad. Esta vez era su prometida, más pequeña y atractiva. Mary saltó a sus brazos abiertos y enterró la cabeza en su hombro.

Agatha miró a la sonriente Betty con reproche. —La falta de control de las jóvenes hoy en día es de lo más indecorosa. No deberías fomentarlo, querida. No me habrías pillado haciendo esto, te lo aseguro.

—Oh, ríndete, Agatha.

Epilogo – Un Año Después

14 de febrero de 1921: Iglesia de San Bartolomé, Little Gloston

Kit sonrió al ver a sus amigos Charles «Gordito» Chadderton, el Dr. Richard Bright y Aldric «Spunky» Stevens. Estaban sentados juntos y le daban a Kit el apoyo moral que tanto necesitaba. El apoyo moral consistía en un brandy que bebían de una petaca sacada mágicamente por Spunky.

—Sabía que esto sería útil, sabueso —comentó Spunky.

—Bien pensado, amigo. Es justo lo que me recetó el médico —añadió Bright, tomando su turno para beber un trago.

—Quería preguntarte, Spunky, sobre ese asunto del Fantasma, el año pasado. He estado leyendo algunos informes sobre una serie de robos en la Riviera. El mismo tipo de cosas, joyas robadas de sospechosamente ricos peces gordos del continente. Si no lo supiera, diría que los cometió un amigo común.

Spunky sonrió y se puso el monóculo en su único ojo bueno.

—Lo dirías, ¿verdad? Bueno, obviamente no puedo confirmar ni desmentir nada. Como sabes, me mantengo alejado de la fábrica y los obreros —esto provocó una carcajada entre los hombres. Spunky levantó la mano para añadir algo más—. Todo lo que diré es que «C» también me llamó la atención sobre dichos crímenes infligidos a nuestros queridos primos continentales y puedo informar de que estaba prácticamente bailando una giga de placer.

Esto provocó más carcajadas de los tres amigos.

—Debo decir que siento haberme perdido el espectáculo —dijo Gordito.

—Yo también —añadió Bright—. ¿Qué le pasó al niño?

Kit sonrió y dijo: —Bueno, como médico de primera, te encantará saber que ha pasado el último año al cuidado de su familia en climas más cálidos. Si no está exactamente curado, al menos goza de mucha mejor salud.

—¿De dónde salió el dinero? —preguntó Bright.

—Se hicieron varias ofertas, digamos, pero una en particular se destacó. El padre y la madre tienen ahora un empleo remunerado en una casa del sur de Francia. Un brindis por mi tía Agatha. Las heroicas acciones del sargento Ryan inevitablemente ensombrecieron su carrera en la policía, pero, afortunadamente, prevaleció el sentido común. Ahora trabaja con un pequeño grupo multinacional de la policía que

se ocupa de delitos paneuropeos. Curiosamente, también trabaja en el sur de Francia. Eso significa que está cerca de su hermano y su sobrino.

—¿Y qué hay de la encantadora hija de Hadleigh? —preguntó Gordito.

—Como siempre, compi, apareces demasiado tarde —dijo Kit—. Ryan y ella se casaron. Supongo que está con él en el sur de Francia. Por lo que parece, tampoco está muy lejos de su padre. Espero que puedan mantenerlo alejado de los problemas policiales —Kit miró a sabiendas a Spunky.

Spunky levantó las manos e indicó que nada menos que la tortura obtendría la verdad de sus labios. En ese momento, llamaron a la puerta y Harry Miller asomó la cabeza, excitado.

—Señor, el coche acaba de llegar. La señorita Cavendish llegará enseguida.

Los cuatro hombres se levantaron de un salto. La puerta se abrió y entraron en la rebosante iglesia. Una suave música de órgano recorría la iglesia. En el altar, Kit pudo ver al reverendo Simmons, cuyo rostro esbozó una amplia sonrisa cuando vio a Kit. Mientras entraban en la iglesia, Spunky tiró del brazo de Kit.

—Por cierto, Kit, quería decirte antes que sería muy útil que desviaras tu luna de miel hacia Egipto. Winston está hasta aquí de lo que podría pasar en la conferencia de El Cairo con nuestros amigos de ORCA.

—Depende de Mary, amigo. No puedo hacer nada sin que ella lo diga.

—Ya se lo he pedido, sabueso —rio Spunky—. Espero que sepas montar en camello.

Nota del Autor

He hecho todo lo posible para garantizar la autenticidad histórica en el contexto de una obra de ficción. Se trata, efectivamente, de una obra de ficción. Sin embargo, hace referencia a personas de la vida real. Gore Vidal, en su introducción a Lincoln, escribe que poner la historia en la ficción o la ficción en la historia no está de moda desde Tolstoi y que el resultado puede ser acusado de no ser ni lo uno ni lo otro. Defiende la práctica señalando que escritores como Esquilo, Shakespeare o Tolstoi lo han hecho con un éxito y un mérito nada desdeñables.

En esta novela he mencionado a varias personas y acontecimientos reales clave. Mi intención en la siguiente sección es explicar un poco más su conexión con este periodo y esta historia.

Para leer más sobre las bandas de Londres, recomiendo a Brian McDonald, autor de varios libros, entre ellos *Elephant Boys*, *Gangs of London* y *Alice Diamond and the Forty Elephants*. Se han escrito muchas biografías de Alfred Hitchcock. Puedo recomendar la de Patrick McGilligan, *Alfred Hitchcock: A Life in Darkness and Light*, de Patrick McGilligan.

La Conferencia de Londres de 1920

La Conferencia de Londres se celebró aproximadamente un año después de la Conferencia de Paz de París. Gran Bretaña, Francia e Italia se reunieron para discutir la partición del Imperio Otomano. La negociación constituyó la base del Tratado de Sèvres. Bajo el liderazgo del primer ministro británico David Lloyd George, el primer ministro de Francia Alexandre Millerand y el primer ministro de Italia Francesco Saverio Nitti, las potencias aliadas finalizaron este tratado en la conferencia de San Remo.

Arthur Balfour (1848 - 1930)

El 1er Conde de Balfour fue primer ministro de Gran Bretaña entre 1902 y 1905. Fue uno de los estadistas más veteranos en la Conferencia de Paz de París, apoyando a Lloyd George como su Ministro de Asuntos Exteriores. Famosamente brillante en el debate, carecía de interés por los detalles de la gestión, prefiriendo el pensamiento abstracto a la acción concreta. Sin embargo, su famosa

carta, que llegó a conocerse como la «Declaración Balfour», fue un momento crucial en la formación de Israel.

Alfred Hitchcock (1899 - 1980)

Alfred Hitchcock nació y se educó en Londres. Tras estudiar arte en la Universidad de Londres, realizó diversos trabajos. En 1920, Hitchcock entró en la industria cinematográfica con un puesto a tiempo completo en la Famous Players-Lasky Company diseñando títulos de crédito para películas mudas. En pocos años, ya trabajaba como ayudante de dirección. Comenzó a dirigir sus propias películas a mediados de los años veinte y obtuvo un notable éxito a partir de los años treinta con películas como *El hombre que sabía demasiado* (1934) y *39 escalones* (1939). Se fue a Hollywood en 1939. Una de sus películas más populares fue sobre un ladrón de gatos retirado, *John «El Gato» Robie*, protagonizada por Cary Grant con Grace Kelly, una de sus últimas películas antes de su matrimonio con el Príncipe Rainer.

John MacGuffin (Johnny Mac)

John McGuffin es, por supuesto, totalmente ficticio. El apellido MacGuffin o McGuffin fue utilizado, famosamente, por Hitchcock para describir un recurso argumental. En 1944, la revista Time informó de que Hitchcock había dicho «El McGuffin es lo que persigue el héroe, aquello de lo que trata la película... es muy necesario». Hay varias teorías sobre su origen. Ésta es mía y solo mía.

Charles «Wag» McDonald (1885 - 1943)

McDonald era el líder de una banda criminal del sur de Londres conocida como los «Elephant Boys», que tenía su base en la zona londinense de Elephant and Castle. Contaba con la ayuda de su hermano Wal y formaron una eficaz asociación con Billy Kimber (que aparece en la serie de televisión *Peaky Blinders*). McDonald tuvo una vida interesante. Luchó en la guerra de los Boers antes de regresar a Inglaterra para hacerse cargo de la dirección de los «Elephant Boys». Después se alistó voluntario en el servicio activo durante la gran guerra. A su regreso de Francia, volvió a asumir el liderazgo de la banda antes de huir a Estados Unidos en 1921. Trabajó en Hollywood durante varios años y llegó a conocer a muchas estrellas. Su vida y la de las bandas de la zona han sido recogidas en varios libros por su descendiente, Brian McDonald.

Sobre el autor

Jack Murray nació en Irlanda del Norte, pero ha pasado más de la mitad de su vida en las afueras de Londres, salvo algunos periodos en Australia, Montecarlo y Estados Unidos.

Artista y escritor, su obra figura en colecciones de todo el mundo y ha expuesto en Gran Bretaña, Irlanda y Montecarlo.

Ya son cuatro libros de la serie Kit Aston.

Agradecimientos

No es posible escribir un libro uno solo. Son muchas las personas que han contribuido directa o indirectamente a lo largo de muchos años. Enumerarlas a todas sería una tarea imposible.

Mención especial merecen mi mujer y mi familia, que han sido pacientes y han soportado mi malhumor ocasional cuando trabajaba en este proyecto.

Mi hermano y John Convery también han colaborado en la corrección de pruebas y han hecho comentarios de apoyo que me han ayudado enormemente. Además, Kathleen Lance ha sido inestimable para ayudarme a corregir algunos errores gramaticales presentes en ediciones anteriores del libro.

A mi difunto padre y a mi madre les encantaban los libros. También fomentaron en mí el amor por la lectura. En particular, les gustaban los libros de detectives, así que me quito el sombrero ante los dos mejores escritores de este género: sir Arthur y dame Agatha.

Después de escribir, viene la comercialización. Mi agradecimiento a Mark Hodgson y Sophia Kyriacou por sus consejos en este importante campo.

Una vez más he contado con la colaboración de María del Pilar de Castro Cortes con la traducción. Y también mi agradecimiento a Álvaro Bustamante Sendra que ha sido el lector a la prueba.

A continuación, encontrará un avance de la quinta novela de Kit Aston: El Halcón de San Francisco

Prólogo

Constantinopla: junio de 1920

—Por Dios, señor, es un arma magnífica. No, no me lo diga. Déjeme adivinar. Parece una ballesta.

Era un arpón.

También estaba apuntando al pecho bastante grande del hombre.

—Sí, debe ser eso. Una ballesta inventada en China, creo, pero utilizada, si no me equivoco, en las cruzadas.

Al decir esto, el gordo se detuvo un momento y observó los rasgos morenos del marinero que tenía delante. Mencionar las cruzadas fue, en retrospectiva, imprudente. El gordo sonrió nervioso esperando que su desliz hubiera pasado desapercibido. Era un hombre que se acercaba a los setenta con experiencia de una vida vivida plenamente, con desmesura y sin remordimientos. Bueno, al menos en su mayor parte. Sí, ha sido una vida llena acompañada, invariablemente, de un estómago aún más lleno.

Hacía tiempo que había dejado de preocuparse por su peso. Desde muy joven supo que su destino no era el del deportista. La buena comida y el buen vino eran sus deportes y los practicaba con una habilidad sin igual y bastante entusiasmo. Sus rasgos floridos y el ronroneo de su voz delataban a un hombre que había conocido las cosas buenas que puede ofrecer el mundo. El brillo duro de sus ojos grises sugería algo más. Se apartó de la punta del arpón. Sin embargo, no fue un gran paso, ya que estaba arrinconado contra la pared de madera del camarote.

Sus pequeños ojos se entrecerraron, convertidos en meras rendijas por sus mejillas rosadas e hinchadas. Sonreía. —Es usted un hombre muy fiable, señor. Ya lo veo. Genial. Desconfío de los hombres que disfrutan más de su propia elocuencia que del resto del mundo. Por Dios, señor, debo confesar que usted me agrada. Es todo un hombre. Puedo verlo.

El hombre gordo estaba, inusualmente, diciendo la verdad. La persona que sostenía el arpón era, sin duda, un hombre. Más que eso, era un hombre enfadado. Una combinación no deseada, dadas las circunstancias.

—Sí, usted es un hombre, pero me pregunto si es alguien abierto a oportunidades de negocio. El hombre gordo soltó una risita, pero el intento de humor se vio socavado en cierta medida por las gotas de sudor que se agolpaban en su frente y caían sobre sus ojos.

¿Había algún cambio en los rasgos inescrutables del hombre que tenía delante? ¿Un momento de duda? ¿Una relajación en el agarre del arpón? La sombra que cubría su rostro dificultaba la decisión. La única pista de

sus intenciones era el odio que reflejaban sus ojos.

Los dos hombres se miraron. Era de noche; sonaba la bocina de un barco lejano. Era un gran sonido que resonaba en la oscuridad. Un remolcador respondió. Un pitido patético en comparación. El barco se mecía suavemente. Las aguas del Bósforo chapoteaban perezosamente contra el costado. Era casi hipnótico. El sonido. El balanceo. Las luces de la costa se filtraban por el ojo de buey iluminando un lado de la cara del hombre gordo. Era un camarote pequeño, apenas cabían los dos hombres. La puerta detrás del hombre del arpón oscilaba de un lado a otro, meciéndose persistentemente con el balanceo del barco.

El hombre gordo intentó esbozar una sonrisa de alivio. Siguió charlando con el otro hombre.

—Me gustan los hombres firmes, señor. Me gusta la firmeza de propósito unida al minimalismo de expresión. Es la definición misma del carácter, señor, y veo que usted es un hombre así. Ahora, ¿por qué no baja esa arma y me deja contarle lo que tengo en mente? Es una historia asombrosa, pero más que eso, tiene la promesa de un final bastante satisfactorio para cualquier hombre con un fuerte sentido de los negocios, que sepa juzgar a otros hombres. Un hombre, como usted, en otras palabras. Durante demasiado tiempo ha sido infravalorado por una sucesión de jefes. ¿Patrones? No, no son, señor. Estos hombres le han utilizado. Durante años se han aprovechado de su buen carácter.

El hombre que tenía enfrente se tocó la cicatriz que le recorría media cara. Se la habían hecho en una pelea con cuchillos. Había olvidado cuál. Era una de sus muchas cicatrices, tanto físicas como mentales. El contacto con la cicatriz fue momentáneo. Su mano volvió al gatillo. Sin embargo, al gordo no le pasó desapercibida.

—Sí, una cicatriz de batalla, sin duda, en la que, una vez más, tuvo que arriesgar su propia vida siguiendo el sueño de otro hombre; yo digo «basta». Ha llegado el momento de que se defienda y exija una recompensa por su verdadero valor. Señor, esta es su noche de suerte. Ha llegado su hora. Créame —dijo el gordo con voz pausada. La sonrisa estaba desapareciendo peligrosamente de su rostro—. Por fin ha llegado su hora.

Capítulo 1

Troon Golf Club, junio de 1920

La pelota de golf rodó lentamente hacia el hoyo, se detuvo y luego cayó dentro como un borracho que cae escaleras abajo. Otro golfista dio su golpe. Salió disparada como una bala de cañón.

—¿Caramba! —dijo el hombre. Intentó sonreír y se adelantó con la mano extendida.

—Bien hecho, Gloria, estás jugando mejor que nunca.

Gloria asintió. Se acercó a su caddie y le dio el putter.

—Bien hecho, señorita —dijo Hamish Anderson con una sonrisa más ancha que el mar de Irlanda. Ganaría un poco más con la victoria de su señora. Le gustaba hacer de caddie para la señorita Mansfield. Era generosa con él cuando ganaba, y normalmente ganaba. Mientras salían del campo, el hombre sintió el dolor de la derrota. Una derrota humillante y abrumadora. Por una mujer. ¡Pero qué mujer!

*

Dentro de la sede del club, Aldric «Spunky» Stephens observaba todo a través de un telescopio militar que había olvidado devolver cuando regresó de Francia.

—Sí, amigo, sin duda está en buena forma —dijo con complicidad.

—Su hándicap es muy bajo ahora —dijo Reggie Pilbream, un joven de veinticuatro años, que probablemente veinticuatro sería también el nivel de su coeficiente intelectual. Era delgado, con el pelo corto hacia atrás y una risa que producía un fuerte gruñido. Aunque él no era consciente de su impacto, la mayoría de las mujeres que había conocido sí lo eran. Esto era desafortunado para Reggie.

—Sin duda —dijo Spunky, que estaba más interesado en estudiar el cuerpo de la joven que sus habilidades para el golf.

—¿Qué posibilidades crees que tengo con ella? —preguntó Reggie —. Es guapa y juega al golf con un hándicap bajo. No tengo ninguna posibilidad.

—Desde luego que es guapa —coincidió Spunky, dando caladas a su pipa con satisfacción, con los ojos clavados en la diosa que se acercaba. A sus diecinueve años, Gloria Mansfield atraía muchas miradas de admiración de los hombres del club. Ello se debía menos a su habilidad para jugar una buena partida de golf que a la presencia de unos grandes ojos azules, rodeados de burbujeantes rizos rubios y un saldo bancario importante.

—Oye, Spunky, olvídalo todo, estamos hablando de la dama que

me ha robado el corazón. Ella no es una especie de...

—Entendido, viejo amigo, pero creo que necesitas abrir tu mente a la realidad de que la joven que, como dices, te ha robado el corazón, es bastante atractiva. Si no me crees, echa un vistazo a la manada de leones que rodean a la presa en el green de prácticas.

—Ya veo lo que quieres decir —dijo Reggie, mirando por la ventana. Se desplomó en el asiento y se bebió el gin-tonic de Spunky antes de que su rostro adoptara un ceño melancólico que habría sido trágico de no haber sido tan gracioso, al menos para el único ojo bueno de Spunky.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó lastimeramente.

—Ni idea, Reggie. Ni idea.

Reggie levantó la vista. Estaba un poco disgustado por la actitud algo frívola de su amigo. También se sentía demasiado miserable para discutir con él.

—Gloria es un ángel. Por lo visto, juega en Sunningdale y pronto podría ser una de las primeras en el campeonato británico de mujeres. Una de las mejores golfistas del país. Ya ves, Spunky, es inútil.

—Supongo que es algo más que golfista —señaló Spunky pacientemente.

—Bueno, está con ese horrible chico. Es su hermano pequeño, George. Belcebú, en mi opinión. Siempre gimiendo.

Spunky se volvió hacia Reggie. Esto era interesante. Los hermanos pequeños ofrecían prometedoras vías de estrategia para un hombre como Spunky.

—Vamos, cuéntame más sobre el pequeño monstruo.

—Por supuesto, le adora. Quizá sea su único defecto. De todos modos, he enviado al pequeño terror a explorar mientras Gloria está jugando al golf.

—¿Aventurero, entonces?

—Exactamente —dijo Reggie.

Spunky dio un sorbo a su gin-tonic y reflexionó sobre el asunto. A pesar de parecer un imbécil, Spunky era, de hecho, un miembro muy valioso del Servicio Especial de Inteligencia. Un puesto así no se otorgaba a la ligera, y el servicio no solía contratar a nadie con una deficiencia intelectual, a menos, claro está, que fuera acompañada de una buena familia aristocrática.

Debido a la pérdida de su ojo durante la guerra, el cometido de Spunky era principalmente administrativo, donde aplicaba una mente sorprendentemente matemática para comprender los puntos de presión económica de los enemigos potenciales del imperio. En la actualidad, eso parecía abarcar a todos los países que no eran miembros de dicho imperio.

Comenzó a gestarse un plan que, en opinión de Spunky, era tan

diabólico como lógico. Que estuviera, con toda probabilidad, desprovisto de cualquier signo de buen juicio era otro asunto y, en este caso, el problema era de otro. Para ser precisos: de Reggie.

Spunky se inclinó hacia delante, provocando que Reggie también lo hiciera. Tomando otro sorbo de su copa, empezó a esbozar su plan. Lo que tenía en mente era sensato desde el punto de vista estratégico, pero planteaba algunos problemas de ejecución.

—Tenemos que encarcelar al chico, dar la alarma de que ha sido secuestrado y luego, he aquí que Reginald St. John Pilbream salva el día, rescata al chico y ve cómo la señorita Mansfield se desploma agradecida en sus fuertes brazos.

Reggie tenía sus dudas. Dudas bien fundadas. El plan de Spunky era ilegal e inmoral. Levantó un dedo para intervenir con un par de comentarios.

Anticipándose a tales protestas, Spunky disipó cualquier atisbo de queja recordándole a Reggie lo que le pareció el hecho clave a tener en cuenta.

—No puedes ganarte el corazón de la bella doncella en el campo de golf. No cuando sabe jugar muy bien. Un ataque de flanco recuerda mis palabras, ganará esta batalla.

—¿No deberíamos esperar a que llegue Kit? Es un tipo con un buen conocimiento en esas cosas. Seguro que se le ocurre algo —sugirió Reggie.

Spunky sacudió la cabeza y miró a su amigo con paciente afecto.

—Reggie, viejo amigo, cuando miras a Kit y, siguiendo mi lógica, ¿qué crees que podría ver una mujer joven?

—Bueno —reconoció Reggie, un poco incómodo—, es un buen tipo.

—No entiendes lo que quiero decir. Déjame que te lo explique. Kit es rico, ¿verdad?

—Sí, ciertamente es rico.

—Uno tiene que admitir, tristemente debo añadir, que nunca va a ser confundido con una nevera por detrás.

—No, supongo que también es bastante guapo —dijo Reggie con desánimo.

—Actuó bien en la guerra.

—Un héroe —dijo Reggie casi a punto de llorar.

Spunky se dio cuenta de que estaba llevando la idea mucho más allá de los límites de la autoestima de Reggie. Se apresuró a poner fin a sus pensamientos.

—Lo que quiero decir —dijo Spunky con exagerada paciencia—, es que Kit no sabe lo que es intentar cortejar a una mujer joven. La verdad es que están cayendo sobre sí mismos para casarse con el maldito tonto.

—Quieres decir que Gloria se enamorará de él, ¿no?

Esto estaba resultando una batalla más cuesta arriba de lo que Spunky había previsto. A punto de intentar un ángulo de ataque alternativo, vio que la cara de su amigo registraba primero sorpresa y luego deleite.

Entró en el bar un hombre alto, que caminaba con una ligera cojera. El hombre sonrió y saludó con la mano a Spunky y Reggie.

—Hola, Kit —dijo Spunky con poco entusiasmo—. No te esperábamos hasta la hora de cenar.

—Cogí un tren más temprano —explicó Kit al llegar a su mesa, lo que provocó una ronda de vigorosos apretones de manos.

—Hola, Kit —dijo Reggie, con alivio en cada sílaba—. Llegas justo a tiempo.

—¿Justo a tiempo para qué? —preguntó Kit con una sonrisa.

*

Kit se quedó en silencio mirando un objeto lejano a través de la ventana. Finalmente, se volvió hacia Spunky y dijo: —Sí, puedo ver cómo podría funcionar el plan.

—¿Puedes? —exclamó Spunky con auténtico asombro. Era la primera vez que un plan suyo tuvo luz verde; siempre se desmoronaban ante la fría realidad, que solía coincidir con la primera vez que Kit los conocía.

—Sí, desde luego —se tranquilizó Kit—. Dime, ¿ese de ahí es el pequeño mocoso?

Los otros dos hombres miraron por la ventana. Vieron a un niño de unos diez años y a un labrador negro. El niño fingía lanzar una pelota y se reía mientras el perro corría persiguiendo la nada. Una y otra vez.

—Encantador muchachito, como ves —dijo Spunky con amargura.

—Y si puedo preguntar, ¿quiénes son tus competidores?

—¿Cómo dice? —dijo Reggie completamente confundido.

—Otro tipo —dijo Spunky tomando el relevo de nuevo—. Se llama Hugo Fowles. Un tipo arrogante.

Kit asintió. Sus caminos se habían cruzado antes. La valoración de Spunky fue sorprendentemente moderada. Reggie añadió algunas otras descripciones y pronto surgió la imagen de un hombre que no merecía vencer al amigo de Kit en un duelo del corazón.

El rival no tardó en llegar al bar acompañado de Gloria Mansfield. Miró rápidamente en dirección a Reggie. Una sonrisa ladina y un guiño cómplice. El guiño añadió otro nivel de determinación a los tres participantes en el plan para acabar con Reggie.

Kit se levantó inmediatamente para saludar a Fowles. Spunky y Reggie observaron cómo los dos hombres se saludaban como amigos perdidos de una guerra olvidada. La llegada de Kit dio a Fowles la oportunidad de acicalarse aún más. Le presentó a la señorita Mansfield. Para disgusto de Reggie, estaba muy claro que la joven

estaba encantada con Kit. Tanto que, en un momento dado, Reggie empezó a dudar de las buenas intenciones de su amigo.

Sin embargo, unos instantes después vio a Kit señalando por la ventana en dirección al green. Esto provocó una salida precipitada de Gloria Mansfield. Tras los comentarios de Kit, salió corriendo a rescatar al perro.

Spunky y Reggie observaron cómo Kit charlaba amistosamente con Fowles antes de recoger una ronda de gin-tonics y volver a la mesa. Unos instantes después, Fowles salió del bar con la determinación puesta firmemente en su mirada.

Reggie miró expectante a Kit, pero el gran hombre negó con la cabeza y comprobó si Fowles se había ido. Al otro lado de la ventana se desarrollaba una divertida escena. Gloria había llegado y le estaba echando una bronca al joven George que casi llegaba a darle un tortazo. Kit enarcó una ceja y miró a Spunky, que se había vuelto hacia él con una sonrisa.

Gloria Mansfield abandonó la escena con el pobre perro, que a esas alturas respiraba con dificultad tras haber corrido grandes distancias en las infructuosas correrías organizadas por el vil muchacho. El labrador en cuestión estaba tan agradecido por la asistencia como la galería de espectadores de la sede del club, impresionada por la facilidad con la que la joven lo recogió y lo transportó lejos del daño psicológico.

—También juega al golf a un alto nivel —dijo Spunky a Kit a modo de explicación.

*

Una hora más tarde, se oyó un grito, o quizá más bien un jadeo. —¿Dónde está George? Gloria, que ya iba por su tercer gin-tonic, se había dado cuenta de repente de que hacía tiempo que no veía al diablillo. Después de enviar a un joven caddie en busca del diabólico duendecillo, la convencieron para que se tomara una última copa antes de la cena.

Pasó un poco más de tiempo hasta que llegó Reggie, con aspecto algo desaliñado.

—Por Dios, Pilbream —dijo Fowles, queriendo resaltar el aspecto de su rival—, parece que te hubieran arrastrado por un seto hacia atrás, viejo amigo.

El siguiente comentario de Reggie desató el pánico y, sin querer, acabó con el corazón de la bella doncella encontrando a su héroe.

—He estado buscando a George. No lo encuentro por ninguna parte.

Los ojos de Gloria Mansfield se abrieron de par en par, mientras el miedo se alojó. Miró el semblante jovial del favorito, que ahora daba un sorbo a su quinto gin-tonic. Fowles bajó el vaso de sus labios al

darse cuenta de que la impresión que estaba dando carecía de algunas, si no de todas, las credenciales de hombre de acción que se necesitaban en la crisis que se estaba desarrollando. Sin embargo, tenía un as en la manga.

—Déjame esto a mí. Organizaré un grupo de búsqueda —anunció con decisión. Señaló al joven caddie y le ordenó que reuniera al resto del personal. A continuación, dejó su gin-tonic, miró a Gloria Mansfield a los ojos y declaró: —Le encontraré.

Reggie se quedó mirando, impotente ante tal autoridad mezclada con determinación. Trotó tristemente hacia Spunky y Kit. Se sentó abatido y se pasó las manos por la cara.

—Se acabó. Tendré que hacerme a un lado —dijo Reggie, reconociendo noblemente el probable éxito de su rival.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Spunky, completamente confuso.

—Fui a buscar al diablillo para hacer lo que me sugeriste, fingir que lo escondía de los secuestradores encerrándolo en algún lugar, antes de rescatarlo y ganar la mano de mi único y verdadero amor. Pero el destino me ha jugado una mala pasada.

—Ya veo —dijo Spunky, que claramente no lo entendía.

—¿Debemos suponer que no encontraste al niño y que por eso no pudiste representar la escena que habías planeado?

—Correcto, amigo.

Kit se levantó y sugirió que se unieran al grupo de búsqueda. De hecho, especificó que buscaran en algún lugar de la zona del cobertizo del tractor.

—Es donde yo pondría a un monstruoso fulanito de tal si quisiera quitarlo de en medio durante una hora o dos. Te sugiero que te apresures, Reggie. Nosotros te seguiremos.

La esperanza volvió a crecer en el corazón de Reggie. Salió del bar con un brillo acerado en los ojos que no pasó desapercibido para la señorita Mansfield, que se había bebido el resto de su copa y se disponía a unirse al grupo de búsqueda. Le llamó al pasar, pero Reggie era un hombre que no se dejaba retener.

Spunky miró a Kit con ironía mientras salían del bar al aire del atardecer. Era una noche preciosa. El cielo era de un azul púrpura y las gaviotas jugueteaban por encima, tal vez cantando la alegría del verano.

—No pareces tener tanta prisa, amigo. Me hace preguntarme si este plan no se ha adaptado ligeramente de su diseño original.

Kit miró a Spunky y contestó: —No tengo prisa, porque no quiero hacerme mucho daño en la pierna.

—Ya veo —dijo Spunky. Y esta vez lo entendió.

*

El plan de Spunky funcionó brillantemente.

El chico fue encontrado, y el héroe se sentó debidamente al lado de su prometida. Gloria Mansfield era la imagen de la perfecta satisfacción. Había encontrado a su Cid Campeador. Su vida estaba casi completa, aunque la campeona amateur femenina británica sin duda le pondría un lazo. Miró a George. Los niños tendrían que esperar un poco.

Spunky miró a Reggie, con una sonrisa de alivio. El joven estaba en el cielo mientras sorbía un gin-tonic. Miró a su antiguo rival, Hugo Fowles. Una punzada de compasión atravesó su corazón triunfante. Contempló un rostro que no podía parecer más abatido que si hubiera tenido a un niño pequeño a su lado dándole continuos puñetazos en el pecho, lo que, casualmente, tenía.

Aquella noche, durante la cena en el club de Troon, Spunky se volvió hacia Kit, se quitó un puro de la boca y le dijo en voz baja: —Bueno, sabueso, tengo que reconocerlo. Lo has visto todo y lo has planeado en consecuencia. En resumen, eres una maravilla.

—En serio, Spunky, tu plan fue impecable.

—No Kit, tú, colega, eres una maravilla. Necesitaba tu genio para desvelar su verdadera grandeza.

Los dos hombres volvieron a mirar a Hugo Fowles. Tenía una sonrisa rictus mientras el pequeño duendecillo le golpeaba el brazo derecho. La solución más sencilla, por supuesto, habría sido golpear al diablillo con la otra mano. Sin embargo, en ese momento sostenía la mano de su prometida, Gloria Mansfield.

—Tú pusiste a Fowles a encarcelar al niño, ¿no? ¿Cómo lo hiciste?

—Me limité a adaptar tu brillante idea —respondió Kit. Me pareció desde el principio que el encuentro con Reggie era un error. Se me ocurrió que Fowles era más adecuado para la joven. Miraron a Fowles al otro lado de la mesa. Acababa de recibir un pequeño beso en la mejilla de la futura señora Fowles, lo que pareció ponerle de mejor humor. Tanto que, de hecho, accidentalmente golpeó al joven George en la nuca. Se disculpó profusamente, por supuesto, pero su corazón no parecía sentirlo igual.

Kit, mientras tanto, continuó: —Le sugerí a Fowles que el niño tenía una imaginación activa y que un mensaje que lo enviara al granero con algún pretexto de espías extranjeros podría abrir una oportunidad para, por así decirlo, sacarlo de la compañía de su pobre hermana por un tiempo más. Eso le daría tiempo para hablar de su futuro y luego hacerse el héroe cuando fuera a buscarlo.

Reggie se inclinó hacia sus dos amigos. —Me salvé por un pelo, creo. Parece que ahora Fowles tiene que ocuparse de los dos.

—Totalmente. Por un pelo —coincidió Spunky.

—Creo que me iré mañana por la mañana muy temprano por si alguien cambia de opinión —dijo Reggie.

—¿Adónde irás? —preguntó Kit.

—A Malta —respondió Reggie, encendiendo un puro de celebración —. Unos cuantos estamos buscando unos tesoros perdidos de los Caballeros de San Juan.

—Bueno, creo que eso merece un brindis —dijo Spunky, para quien cualquier ocasión merecía una respuesta tan alegre.

Los tres amigos brindaron por el éxito de este proyecto y, tal vez, del episodio que acababa de pasar.